

UN THRILLER DE SUSPENSE FBI DE ELLA DARK — LIBRO 1

LA CHICA SOLA

BLAKE PIERCE

A la agente del FBI Ella Dark, de 29 años, se le presenta la gran oportunidad de alcanzar el sueño de su vida: entrar en la Unidad de Crímenes de Conducta. Ella tiene una obsesión oculta, ha estudiado a los asesinos en serie desde que sabía leer, devastada por el asesinato de su propia hermana. Ha adquirido un conocimiento enciclopédico de cada asesino en serie, cada víctima y cada caso, gracias a su memoria fotográfica. Destacada por su brillante mente, Ella es invitada a unirse a las grandes ligas.

Pero cuando un asesino ataca en los pantanos de Luisiana, Ella pronto se da cuenta de que lo que ocurre de forma real no se parece en nada a lo que esperaba. Frente a un asesinato real, un asesino real y un reloj real que corre, Ella se da cuenta de que no puede confiar en sus conocimientos. Debe aprender a confiar en su instinto y permitirse entrar en los oscuros engranajes de la mente de un verdadero asesino. Si se equivoca, su carrera está en juego.

Y también la vida de la próxima víctima.

¿El talento de Ella será una ventaja? ¿O será el motivo de su ruina?



Blake Pierce

La chica sola

Ella Dark - 01

LA CHICA SOLA

Blake Pierce

PRÓLOGO

Con los pies apoyados en el mostrador, Christine inclinó la cabeza hacia atrás y miró el reloj de pared que tenía encima.

5:32 p.m.

Giró su silla y sacó su teléfono para corroborar la hora.

«Uf —pensó—. Estoy segura de que ese reloj no se ha movido en una hora».

Había sido un día poco memorable, en un pueblo poco memorable. Ya hacía un buen tiempo que Christine Hartwell sabía que la mayoría de los viernes por la noche eran poco memorables cuando una se acercaba a la mediana edad, pero jamás soñó que llegaría al punto de mantener su tienda abierta hasta bien entrada la tarde por si alguien necesitaba material de bricolaje.

Se levantó y fue hacia el primer pasillo. Del otro lado de los vitrales de la tienda, Christine observó cómo el sol carmesí descendía bajo un conjunto de árboles al otro lado del pantano. La última luz natural del día se desvanecía poco a poco, arrojando un profundo tono gris sobre el pequeño pueblo.

El pequeño pueblo de Christine en Luisiana no tenía mucho que ofrecer, pero le permitía vivir una vida sencilla con un paisaje magnífico como escenario. Cuando su tienda estaba vacía, a veces podía oír el suave murmullo del pantano al otro lado de su ventana, serenamente rítmico y reconfortante.

Era una vida y era todo lo que ella quería.

Empezó a ordenar un pequeño expositor de sierras de arco en la vitrina y luego volvió a mirar la hora. No había ni un alma a la vista,

ni tampoco la había habido en las últimas dos horas en la tienda.

«Es hora de cerrar —pensó—. Tengo una vida que vivir».

Se dirigió a la parte trasera de la tienda hasta el interruptor que cerraba las persianas exteriores, ya que saldría por la salida de incendios que estaba detrás de ella. Pulsó hacia abajo y contó hasta diez. Oyó el zumbido mecánico al otro lado de la pared del depósito y comenzó a pensar en lo que le depararía en el resto de la noche.

«¿Televisión? ¿Cena? ¿Vino? ¿Buscar vacaciones que no puedo pagar?».

Pero cuando Christine llegó a la cuenta de seis, algo la sacó de su ensoñación provocada por el aburrimiento.

Pum.

Escuchó un ruido sordo al otro lado de la pared.

—Oh, mierda.

¿Se había caído algo en el suelo de la tienda? ¿Las persianas habían aplastado algo accidentalmente?

Se apresuró hacia el mostrador y examinó la sala. No había nada fuera de lo normal. Vacilante, se dio la vuelta y su visión periférica detectó algo en la esquina más alejada.

En el exterior, observó la silueta de alguien de pie junto a la puerta de la tienda. Las persianas semicerradas ocultaban el rostro del desconocido, pero sin duda era un hombre. Pantalones vaqueros negros, zapatos desgastados, la mitad inferior de un abrigo de lana.

—¿Hola? —gritó ella—. ¿Quién está ahí?

No hubo respuesta. La silueta no se movió ni un centímetro.

«Típico —pensó—. Alguien quiere algo justo cuando estoy cerrando».

Christine suspiró y regresó al depósito caminando a gran velocidad. Volvió a abrir las persianas y, cuando encajaron en su sitio, oyó que el hombre de la silueta abría la puerta. Ella volvió a asomar la cabeza junto a la puerta del depósito.

No había nada extraordinario en el hombre, salvo su pura normalidad. La mayoría de los hombres de la región del pantano hacían gala de un aura inconfundible de vida rural: manos ásperas

de toda una vida de trabajo manual, o el olor del estiércol arraigado en sus ropas. Pero este hombre podría presentarse diciendo que era camarero en el bar local o un banquero que gana seis cifras y Christine le habría creído en ambos casos.

No podía precisar cuál era su edad, tal vez apenas tenía cuarenta o era un treintañero que había tenido una crianza complicada. En otras circunstancias, Christine incluso lo habría encontrado atractivo, pero el hecho de que hubiera interrumpido bruscamente sus planes anulaba todo su atractivo.

Él caminó despreocupadamente y sin cuidado por el pasillo tres, antes de fijarse en el expositor de sierras que Christine había pasado tanto tiempo preparando ese mismo día.

—¿Puedo ayudarlo en algo? —le preguntó detrás del mostrador—. Estaba a punto de cerrar la tienda. Ha llegado en el momento justo.

No hubo respuesta. Ni siquiera hizo una señal como que la había escuchado.

«Qué grosero», pensó.

Finalmente, después de lo que pareció un interminable silencio, habló.

—Anticongelante —dijo. Su voz era suave, pero tenía un tono áspero, como la de un exfumador cuyas cuerdas vocales se estuvieran recuperando.

—No hay problema. Está aquí arriba.

Christine sacó un recipiente negro y lo depositó sobre el mostrador. El caballero se acercó y fijó su mirada en el objeto que había entre ellos. Sacó un billete de veinte dólares y se lo acercó a Christine.

—De alto rendimiento, cincuenta por ciento —dijo Christine—. ¿Esto le servirá?

De repente, dos manos agarraron el contenedor. Christine se estremeció y retrocedió. Su corazón empezó a latir con fuerza y, de repente, una inexplicable sensación de temor se apoderó de ella. En el exterior, la puesta de sol se convirtió en un anochecer. No había

luces encendidas en ninguna de las otras tiendas de su calle. Una niebla fantasmal bailaba en la ventana, trayendo consigo la angustiosa percepción de lo sola que estaba.

—¿Eso será todo? —preguntó.

Pero de nuevo, el hombre no le ofreció ninguna respuesta. Se retiró por donde había venido sin recoger sus cinco centavos de cambio, dejando a Christine con la mano extendida como un maniquí.

El hombre salió de la tienda, miró en ambas direcciones y luego se perdió en la oscuridad.

Christine siguió con la mirada fija en él mientras desaparecía. Antes de que su silueta se desvaneciera por completo, él se dio la vuelta, manteniendo la cabeza gacha y echó una última mirada a la Ferretería 101 de Christine.

Ella se sacudió los hombros, tratando de quitarse de encima una sensación de entumecimiento. Se recompuso para correr hacia el depósito y cerró las persianas. Llegó a la cuenta de diez, pero mantuvo el dedo en el interruptor hasta que estuvo segura de que estaban bien cerradas.

Sin luz natural, la tienda emanaba un resplandor naranja oscuro de las luces superiores. Christine retiró la caja registradora y la colocó dentro de la caja fuerte. Justo cuando pulsó el último dígito de la combinación de seis números para cerrarla, oyó un ruido extraño.

Un escalofrío le recorrió la columna vertebral. Miró hacia el suelo, rezando para ver un ratón curioso, una rata o un grillo.

Nada.

Luego escuchó el sonido de nuevo. Era como si algo estuviera rayando el suelo de madera. Tal vez unos zapatos ásperos, o un tornillo caído rodando entre los pies.

Pum.

Una gota de sudor recorrió su frente. Le empezó a arder la cara. Se quedó en su sitio, inmóvil. El sonido provenía del depósito.

«Debo haber tirado algo cuando estuve allí», se dijo a sí misma.

Pero entonces oyó un ruido seco, el tono reconocible del metal contra el metal.

Saltó del otro lado del mostrador y cogió el modelo de exposición más cercano que pudiera servir de arma. Se encontró con un cincel y lo agarró con una fuerza que no sabía que tenía.

Lentamente, se acercó con recelo a la sala trasera. La luz era mínima, pero todo parecía estar en su sitio. Más adelante, en la zona de la cocina, el sistema de calderas funcionaba correctamente, impulsando el agua a través del sistema de calefacción de la tienda.

«¿Habrá sido solo el sistema de calderas?», se preguntó.

Una ligera sensación de alivio la invadió, pero entonces Christine dirigió su mirada hacia algo que estaba junto a la salida de incendios.

Un recipiente de anticongelante. De alto rendimiento, cincuenta por ciento.

Se esforzó por comprender lo que estaba viendo. No tuvo la voluntad de gritar, llorar o correr; simplemente se quedó quieta, sin decir nada.

La misma ropa, el mismo aspecto anodino. Pero esta vez, había algo más. Él sostenía un rifle, con el cañón del arma apuntando directamente a ella.

El terror la envolvió de pies a cabeza. Lanzó el cincel contra el intruso, pero el objeto apenas se había separado de la mano cuando un disparo ensordecedor la hizo caer al suelo. Sintió cómo se le rompían las costillas. No pudo ver, pero de repente sintió en la cara la familiar sensación de la madera.

Luchando por respirar, finalmente abrió los ojos y se dio cuenta de que se había desplomado contra el mostrador de su tienda.

Christine se arrastró deslizándose por el suelo, cada movimiento era una agonía, la sangre le teñía las manos.

Un pie le presionó la muñeca, casi aplastándola.

Levantó la vista y finalmente estableció contacto visual con el extraño hombre que había visto por primera vez cinco minutos antes. Su mirada se desvió hacia el arma que tenía en las manos. Ya

no sostenía un rifle. En su lugar tenía un hacha de tala, levantada por encima de la cabeza del hombre, con su hoja afilada de color plata brillante.

Christine levantó la cabeza y gritó, sus gritos rebotaron en las piezas metálicas de la estantería que tenía al lado. Le corrían las lágrimas por el rostro cuando el hacha cayó sobre ella.

Y todo se oscureció.

CAPÍTULO UNO

Ella Dark levantó la pistola Glock Gen5, alineó la mira y apretó hasta sentir la máxima resistencia. La mano vibró con el retroceso y luego vació la recámara en menos de dos segundos, casi separando el cuello del muñeco del objetivo.

Las oficinas del FBI en Washington, D.C., eran un verdadero espectáculo a cualquier hora del día, pero tenían una apariencia increíblemente surrealista al caer la noche. Incluso el campo de tiro del FBI, cuyo acceso era una de las principales ventajas de su trabajo, estaba inusualmente desierto ese viernes por la noche. Se quitó las gafas de seguridad e inspeccionó el resto de las cabinas y solo vio a un tirador solitario en el otro extremo del campo.

Era mediados de noviembre. Pasaron las siete de la tarde, lo que marcaba la decimocuarta hora consecutiva de Ella en las oficinas centrales. Llevaba dos semanas recopilando datos sobre personas desaparecidas en la zona triestatal de Chicago. A veces, descubría un vínculo, un patrón, o algo que podía conectar a un niño desaparecido en Wisconsin con un asesinato sin resolver en Michigan. Sin embargo, su trabajo se limitaba a informar de los hechos, no a profundizar en los detalles.

Y creía que esa era la peor tragedia de todas.

Su trabajo era estadístico y analítico, pero el tema le pasaba factura. Cada día surgían nuevas tragedias y horrores, cuyos detalles Ella se veía obligada a absorber en su totalidad. Las sesiones nocturnas de tiro eran una forma constructiva de liberarse del peso.

Ella entregó su pistola y su equipo de seguridad al anciano que estaba detrás del mostrador y le agradeció con una inclinación de cabeza mientras se marchaba. Volvió a ponerse las gafas de montura gruesa y se soltó la coleta, dejando que el cabello negro azabache le cayera sobre los hombros. El olor del humo de las armas perduraba en las puntas.

Recorrió el campo de entrenamiento del FBI bajo un cielo ennegrecido que amenazaba con precipitaciones en cualquier momento. Un grupo de jóvenes agentes pasó corriendo junto a ella en una fila ordenada, varios de los cuales intentaron llamarle la atención, pero Ella mantuvo la cabeza gacha y continuó su camino.

Apenas llegó a la entrada del edificio principal del FBI, sintió una vibración en el bolsillo de su chaqueta. Sacó su teléfono de cuatro años de antigüedad, un destartado Samsung que ya era antiguo comparado con lo que se veía en la actualidad. Tenía un nuevo mensaje.

«Jenna: Fiesta en nuestra casa esta noche. Apúrate a regresar».

Ella soltó un fuerte suspiro, agotada por el solo hecho de pensar en tales actividades. Pensó en una excusa rápida para llegar tarde a casa, pero antes de poder plasmarla en la pantalla, oyó una voz desde atrás.

—Discúlpame, ¿Ella? —le preguntaban—. Eres Ella, ¿verdad?

Era cortés, pero tenía un claro tono de autoridad.

Se dio la vuelta y se encontró con un caballero de mediana edad que se apresuraba a seguirle el paso. Ya había visto ese rostro en alguna parte. No en vivo, ¿pero quizás en un correo electrónico? ¿O en uno de los boletines repartidos por las oficinas centrales?

—Sí, lo soy —respondió, con la mano alrededor de la manija de la puerta de plata que conducía al vestíbulo del edificio.

—Espero no haberte asustado —dijo—. Buenos disparos, por cierto. La vi en el campo de tiro.

«Por favor, que no sea otro tipo tratando de darme consejos de tiro», pensó.

—Gracias.

—Lo siento, debería presentarme. Mi nombre es William. Trabajo en el departamento de conducta.

—Oh —dijo Ella—, un placer conocerte. Yo trabajo en Inteligencia.

Ella estaba un poco sorprendida. La Unidad de Análisis de Conducta era una división casi mítica del FBI que se ocupaba de todo tipo de delitos ultraviolentos: asesinos en serie, asesinatos en masa, líderes de sectas, tiradores en escuelas y terroristas nacionales. Allí se encontraban los perfiladores psicológicos y los agentes especiales que todas las novelas policíacas se esforzaban por replicar. Ella había trabajado esporádicamente con algunos agentes del departamento a lo largo de los años y había hablado con algunos de ellos socialmente, pero siempre eran muy reservados con cualquiera que no estuviera dentro de su círculo.

—Lo sé —dijo William—. Tu departamento ha hecho mucho por nosotros en los últimos meses. Sin su ayuda en el proyecto de personas desaparecidas en la zona triestatal, no habríamos hecho ni la mitad del progreso que hemos hecho. Quería hacer llegar mi agradecimiento a las personas que hacen el trabajo pesado, especialmente a las más dedicadas. No tengo muchas oportunidades de aparecer mucho por aquí.

Una oleada de gratitud la invadió. Ella sintió que tenía que devolver el gesto, pero no se le ocurría nada que decir.

—Gracias, señor. Se lo agradezco.

—Tu trabajo en el caso del estrangulador de Greenville también fue extraordinario —continuó William—. Sé que la VCU se llevó todo el crédito, pero no pienses que no estamos al tanto de tu contribución.

Ella no era particularmente fan de las alabanzas, pero agradeció el reconocimiento.

—Solo hago mi parte, señor. Si puedo ayudar de alguna forma, lo haré.

—Excelente —dijo William—. Bueno, te dejaré para que puedas volver a tu casa. Estoy seguro de que tienes un marido esperándote.

Ella negó con la cabeza.

—No tengo marido, señor. No es lo mío.

Un tono de llamada atenuado interrumpió su conversación. William se llevó la mano al bolsillo y sacó su teléfono. Contestó, disculpándose y luego le dio la espalda a Ella. Ella no pudo distinguir lo que decía, pero se dio cuenta de que su comportamiento había cambiado significativamente. Echó los hombros hacia atrás y empezó a golpear el talón del pie contra los escalones de granito. En diez segundos, William había terminado la llamada.

—Lo siento. Ha ocurrido algo —dijo—. Escucha, me gustaría hablar más contigo cuando tengas tiempo. ¿Tal vez el lunes? Alguien con tu motivación podría ser de gran utilidad para nuestro departamento.

Un fuerte viento les sobrevino, trayendo consigo una pequeña cantidad de lluvia.

—Por supuesto, señor —dijo Ella sin querer interrogarlo más—. Puede enviarme un correo electrónico o llamar a mi extensión.

—Genial. Lamento haberte demorado —dijo William—. Qué tengas una gran noche. —Volvió a sacar su teléfono y se lo llevó a la oreja. Se dirigió al interior y subió la escalera de mármol hasta llegar al segundo piso de las oficinas del FBI.

Ella se reajustó la mochila y se dirigió al vestíbulo, donde alcanzó a ver una foto del hombre con el que acababa de hablar. En el cuadro que indicaba a todos los principales directores del FBI, vio una placa con el nombre de William Edis. Debajo decía: «Director de la Unidad de Análisis de Conducta».

Aparte de su propio departamento, nunca había hablado con un director en persona y menos con uno que supiera su nombre. El FBI empleaba a más de 35 000 personas en todo Estados Unidos, gran parte de las cuales estaban radicadas en D.C. Su propio equipo contaba con cientos de personas y, a menos que se tratara de una ocasión especial, rara vez tenía la oportunidad de hablar con personas ajenas a su burbuja de Inteligencia.

La oscuridad total se instaló en el cielo. La noche no tardaría en llegar. Ella se dirigió a su Ford Focus en el aparcamiento de varios pisos, reflexionando sobre lo que podría esperar del resto de la noche. Tiró su bolso en la parte trasera y observó una pila de libros de texto desordenados detrás del asiento del acompañante. «Análisis criminal y de investigación», «El arte de hacer perfiles», «Asesinos en serie modernos y su *modus operandi*».

Ella arrancó el coche y siguió su camino, dándose cuenta de que iba a tener que enfrentarse a la boca del lobo en algún momento de la noche. Esto ocurría todas las semanas, se veía obligada a hacer algo que no quería por su excesivamente entusiasta compañera de apartamento, pero esta vez no estaba demasiado preocupada, porque había una nueva luz al final del camino.

«Alguien con tu motivación podría ser de gran utilidad para nuestro departamento», le había dicho él.

* * *

En otras circunstancias, habría sido un viaje pesado, pero el día y la hora hicieron soportable el habitualmente exasperante trayecto entre D.C. y Annadale.

Pero cuando Ella se encontraba a mitad de camino hacia su casa, decidió que aún no estaba preparada para pasar la noche charlando con gente que apenas conocía. Dobló bruscamente a la izquierda en el aparcamiento desierto del bar Milestone.

Si Ella había aprendido algo en su carrera en las fuerzas del orden, era que cada división tenía sus lugares secretos. Un bar que ofrecía chupitos de *whisky* gratis para los oficiales, o un restaurante que reducía la cuenta a la mitad para quien tuviera una placa. El Milestone era el equivalente del FBI. Muchos agentes y personal administrativo pasaban por allí de camino a casa para tomarse un trago rápido y relajarse un poco.

En el aire se respiraba un fuerte olor a humo, lo que aumentaba el encanto rudo y *vintage* del lugar. Mientras estudiaba psicología, Ella había aprendido que los bares modernos equipaban sus interiores íntegramente con muebles de metal y madera para que el sonido del interior se amplificara, dando la ilusión de animación. Sin embargo, el Milestone era uno de los pocos bares que aún contaba con sillas mullidas y cortinas de algodón, diseñadas para absorber el sonido y crear un ambiente acogedor.

Ella agradeció la ausencia de gente en el interior. Tomó asiento en una mesa roja y sacó su computadora portátil del bolso, aprovechando la oportunidad para pasar las horas hasta que su compañera de cuarto inevitablemente trasladara su fiesta a una discoteca de la ciudad. Si Jenna le preguntaba dónde estaba, se limitaría a decir que su teléfono se había quedado sin batería.

La camarera, una mujer canosa de unos cincuenta años, se acercó a la mesa de Ella y le dejó una jarra de agua del grifo.

—¿Puedo ofrecerte algo? —preguntó con un acento sureño saliéndole de los labios.

—Solo café, por favor. La taza para rellenar.

—Claro que sí, querida. ¿Quemándote las pestañas?

—Solo necesitaba un lugar tranquilo donde estar —dijo Ella—. Este es el mejor lugar para ello.

—Estoy de acuerdo. Regreso en dos minutos, querida.

La computadora portátil de Ella emitió un pitido y se conectó automáticamente a la conexión *wifi* del bar. Pasó el cursor por el fondo de pantalla, una foto de un bosque, antes de posarse sobre un documento de Word en el que había estado trabajando.

«Un análisis psicológico de Norman Bates».

Hasta ahora solo tenía 700 palabras, pero tal vez tendría la oportunidad de terminarlo esta noche. Leyó el último párrafo.

«Un punto primordial que hay que establecer es que ningún análisis de un personaje de ficción podría reflejar una psicopatología similar si en la vida real se produjeran crímenes parecidos a los de Bates. Aunque la semilla de la que nació Bates fue plantada por el

asesino de Plainfield, Ed Gein, en los años 50, Bates es la manifestación ficticia de Gein llevada a sus máximos límites, además del hecho de que Bates también debe atenerse a las leyes de la narración lineal. La historia de Gein en la vida real fue mucho más azarosa y no siguió ese patrón, mientras que la desviación de Bates fue aumentando gradualmente a los efectos de una narrativa práctica. Dicho esto, Bates muestra un comportamiento claro de un autor que sufre un trastorno de identidad disociativo (TID), conocido coloquialmente como trastorno de la personalidad múltiple. La primera instancia aparece...».

—Aquí está el café, está muy caliente —dijo la voz, interrumpiendo la lectura de Ella. La camarera depositó una jarra de metal y una taza sobre la mesa—. Ya traigo crema y azúcar.

La camarera se alejó y Ella volvió a su computadora portátil. Sus pensamientos volvieron a Norman Bates, pero un sonido familiar de notificación la devolvió a la realidad.

Allí fue cuando lo vio.

Por pura costumbre, había abierto su correo electrónico al encender la computadora. En la esquina de la pantalla apareció una pequeña ventana.

Pero no era de uno de sus contactos habituales.

«De: Edis, William».

Su mensaje era breve y conciso, sin saludos innecesarios.

«Es urgente. Llámame cuando recibas esto».

Y lo hizo. Cerró su computadora portátil, salió al patio coloreado de verde y lleno de humo, y llamó al número que aparecía en el correo electrónico. Él respondió después de tres timbres.

—¿Sr. Edis?

—Ella, gracias por llamarme tan rápido. No sabía si recibirías mi correo electrónico.

—Casualmente estaba conectada, señor. ¿Cómo puedo ayudarlo?

—¿Recuerdas que dijiste que estarías encantada de ayudar en lo que pudieras?

—Claro.

—Tengo un caso interesante. Se necesita a alguien con cerebro. Alguien que pueda pensar y analizar. Trabajarías con la Unidad de Análisis de Conducta. ¿Es algo que podría interesarte?

Un millón de pensamientos pasaron por la cabeza de Ella, abrumándola hasta el punto de enmudecer. ¿Por qué ella? ¿Por qué ahora? ¿Qué pasaría con su actual trabajo en Inteligencia?

—Emm —empezó a decir—. Es decir, me encantaría. Pero...

—En realidad —la interrumpió William—. Quisiera darte todos los detalles antes de que tomes una decisión. ¿Estás libre ahora?

—Sí, señor. Solo estoy en el bar Milestone, pero puedo...

—No, es perfecto. Te veré allí. Quiero hablar extraoficialmente.

CAPÍTULO DOS

Al estar iluminado por las luces anaranjadas fluorescentes, William parecía un poco más corpulento y demacrado de lo que había estado anteriormente esa tarde. Ella pensó en sus comienzos y ahora estaba aquí, a punto de sentarse en un bar lleno de humo frente a un director del FBI.

A sus veintiún años y recibida de licenciada en criminología, Ella había aceptado un trabajo de tareas básicas en la policía estatal de Virginia. En su optimismo juvenil, pensó que tal vez llegaría a ver algo de acción. Tal vez un día un agente de policía se reportaría enfermo y ella estaría a la altura del desafío y se convertiría en la heroína del día.

Esta fantasía nunca se concretó. En cambio, realizó tareas administrativas durante dos años y luego pasó al análisis de datos. Eran más responsabilidades y más dinero, pero tenía la misma cantidad de oportunidades de trabajar en el campo: cero.

Pero a la avanzada edad de veinticinco años, un excolega de la policía la llevó a una entrevista con el director del departamento de Inteligencia del FBI. Ella tenía las habilidades necesarias en lugar de un título en informática, pero su trabajo con la policía del estado de Virginia hablaba por sí mismo. Tras rigurosos controles para ser autorizada que incluía muestras de orina, pruebas de polígrafo, exhaustivas evaluaciones psicológicas y un profundo escrutinio de toda su vida, le ofrecieron un contrato de seis meses en el equipo de Inteligencia del FBI.

Tres años más tarde, ahora con veintiocho años, seguía en el mismo puesto.

No había ocultado su interés por alejarse de la oficina y salir al mundo real. A veces, hablaba con agentes especiales y analistas en eventos sociales y las historias que le contaban la ponían tan celosa como emocionada. A veces veía imágenes de escenas de crímenes reales si estaba recopilando datos sobre un caso de la Unidad de Análisis de Conducta y a veces le contaban algo que el público en general no sabía. Tal vez se había encontrado un muñeco de vudú junto al cadáver, o una víctima había sido estrangulada con un par de medias. Estos pequeños detalles le llenaban la cabeza de teorías y posibilidades, pero como era una simple analista de Inteligencia, nadie estaba dispuesto a escucharla.

Excepto en una ocasión. Creía que esa debería haber sido la ocasión que había impulsado a William Edis a ponerse en contacto con ella esta noche, pero no podía estar segura. Sin embargo, pronto lo sabría.

Él llevaba un abrigo de lana hasta las rodillas que ocultaba su ropa y un par de gafas de lectura de color caoba resaltaban las arrugas que tenía bajo los ojos. Se sentó en la mesa de Ella y luego hizo una señal con el pulgar a alguien que estaba detrás de la barra. Se quitó una bufanda negra y la colocó a su lado.

—Espero no haberte asustado —dijo él.

Ella bebió su último trago de café.

—Aún no —le respondió.

—Bien. De todas formas, déjame contarte un resumen de esto. Tenemos una situación en Luisiana. Ha habido un asesinato. Mujer, de cuarenta años. Le dispararon y decapitaron en su propia tienda.

—Vaya, eso es terrible.

—Sí, ha dejado un auténtico desastre. Necesitamos que un par de agentes vayan allí esta noche y vean lo que pueden recabar. ¿Quién es esta mujer? ¿Por qué fue el objetivo? ¿Fue impulsivo o premeditado?

Ella sintió un repentino escalofrío que la recorría desde la punta de los dedos del pie hasta la columna vertebral. ¿Esto estaba yendo hacia donde ella creía?

—Ya tengo un agente preparado y listo para ir, pero quiero que tú también vayas. ¿Qué te parece?

Y ahí estaba. La invitación más importante de todas. Durante años, había soñado con ser convocada a una escena del crimen intacta, aún tibia por las acciones de un psicópata desquiciado. Ahora que había llegado el momento, le parecía casi surrealista. ¿Era una trampa? No, había sido elegida para una oportunidad única debido a su arduo trabajo. Así de sencillo, al menos eso esperaba. Sintió que la emoción se apoderaba de ella.

—Claro, me encantaría ayudar en un caso activo como ese —dijo. Ella se pausó mientras la misma camarera depositaba un trago de *whisky* frente a William. Ambos le sonrieron mientras ella se alejaba —. Pero si le parece bien, tengo algunas preguntas.

—Es comprensible.

Ella respiró hondo, ordenando sus pensamientos.

—En primer lugar, ¿por qué yo? No soy agente de campo. Piden seis años como mínimo antes de que un agente pueda ser considerado para ese tipo de trabajo en el FBI.

William suspiró y se bebió el *whisky* de un trago. Ella casi podía sentir el ardor del alcohol desde el otro lado de la mesa. Debía de ser algo fuerte.

—La forma en que el FBI hace las cosas es anticuada. Utilizamos tecnología antigua para combatir el ciberterrorismo. Nuestro sistema de gestión de casos es un desastre. Y si hablamos de los agentes de campo, la mayoría de ellos han sido formados por nosotros desde una edad temprana. Solo saben lo que les decimos que tienen que saber. Algunos de los directores están trabajando en una nueva iniciativa y consiste en llevar a personas con talentos en otras áreas y aplicarlas a casos activos en el campo.

—¿Qué clase de talentos?

—Gente que tiene experiencia desde la otra cara de la moneda, en lugar de gente formada en el trabajo que está haciendo.

Ella asintió. Tenía sentido y no iba a arruinar su gran oportunidad.

—¿Me han elegido gracias a mi ayuda en el caso del estrangulador?

—No exactamente. Te elegí por tu dedicación y tu ética. Te he visto. Eres la primera en llegar y la última en irte.

—Lo entiendo. ¿Y qué hay del entrenamiento de veinte semanas?

—Piensa en esta nueva iniciativa como un programa de aprendices. Tu compañero será un veterano que te enseñará todo. Además, por lo que he visto antes, es evidente que sabes manejar un arma de fuego.

—Sí, sé hacerlo y mucho.

—No te mentiré —continuó William—, esto es un poco arriesgado. El departamento de conducta tiene un historial probando nuevos enfoques en el trabajo de investigación y no todos han tenido éxito. Realmente queremos que esto funcione porque nos abriría un nuevo grupo de reclutas disponibles, sin mencionar que los casos de asesinatos seriales abiertos han aumentado por primera vez en treinta años.

—¿Seriales? —preguntó Ella.

—Sí. Este asesinato de Luisiana puede estar vinculado con otros homicidios.

«Oh, mierda —pensó Ella—. Voy a trabajar en un caso de un asesino serial».

—Necesitamos resolver este caso. Así que por favor, te pido que te apliques al máximo.

—Se lo prometo, señor. Estoy muy agradecida por la oportunidad. No lo defraudaré.

—No tengo ninguna duda. Ahora, suficiente charla. Tendrás que correr a tu casa y hacer una maleta porque no sé cuánto tiempo estarás allí. La agente Ripley te está esperando en el aeropuerto. Coordinaremos un taxi para ti.

Ella abrió los ojos de par en par.
—¿La agente Ripley? —preguntó—. ¿Mia Ripley?
—La misma que viste y calza.
«Tiene que ser una broma», pensó Ella.

* * *

Ella escuchó la música desde el pasillo. Al llegar a la puerta de su casa, ni siquiera pudo oírse al meter la llave en la cerradura. Sin duda, pronto tendría que disculparse con los vecinos en nombre de su compañera de apartamento.

Intentó entrar sin ser vista, pero Jenna estaba apoyada en la pared del pasillo interior charlando con un chico que parecía deportista. Se volvió al ver la entrada de Ella, le pasó su bebida al chico que estaba a su lado y corrió hacia Ella. Jenna la abrazó de una manera que Ella consideró totalmente innecesaria.

—Al fin —dijo Jenna, ajustándose la falda—. ¿Dónde has estado, mujer?

—No puedo quedarme —dijo Ella—. Mi trabajo necesita que me vaya de viaje. Lo siento. Me gustaría poder quedarme —mintió.

—Al diablo el trabajo. Siempre estás trabajando.

—Me necesitan. Es algo importante. —Ella llevó la mano a la manija de la puerta de su cuarto, pero en el último segundo decidió no abrirla. Se dio la vuelta hacia su compañera de apartamento.

—¿Jen?

—¿Qué?

—No hay nadie aquí, ¿verdad?

Jenna recuperó su bebida del desconocido. Se mordió el labio y puso cara de preocupación.

—No. Bueno, no lo sé. ¿Podrías intentar tocar la puerta?

Ella negó con la cabeza. No iba a golpear la puerta de su propia habitación. Al entrar, no se sorprendió al encontrar una pareja poniéndose cariñosos en su cama. Los dos se dieron la vuelta para

verla, como si fueran cervatillos sorprendidos por los focos de un coche. Ella no reconoció ni al chico ni a la chica. Dejó caer la cabeza entre las manos y señaló la puerta. Ambos se bajaron de la cama en cuestión de segundos.

Jenna apareció en la puerta.

—Oh, ustedes no usaron la habitación de Ella, ¿verdad? —preguntó dirigiéndose a los culpables, que aún no habían dicho ni una palabra—. Eso es muy molesto. No estoy contenta con ninguno de ustedes.

Ella se dio la vuelta y miró a Jenna con desaprobación.

—¿En qué lugar de nuestro enorme dúplex pensabas que podrían estar? ¿En la *suite* de invitados?

Jenna se rio.

—Qué buen chiste. Ustedes dos, lárguense de aquí.

Se alejaron sin hacer contacto visual con Ella.

—Vamos, fuera. —Jenna se volvió hacia Ella—. Entonces, ¿dónde es que vas?

—Luisiana —respondió. Abrió su armario y sacó las primeras prendas que encontró. Buscó su bolso y metió las cosas dentro.

—¿En el sur? ¿Por qué? Está a kilómetros de distancia.

Ella pensó en una excusa que fuera creíble.

—Entrenamiento —dijo. Fue a buscar su cepillo de dientes, un par de libros y algunos lazos para el cabello. Colocó todo dentro del bolso junto con su computadora portátil. Lo esencial. Supuso que el hotel le proporcionaría el resto.

—Suena horrible. ¿Cuándo volverás?

Ella pensó en eso. Se dio cuenta de que realmente no lo sabía.

—Pueden ser un par de días, puede ser una semana.

—¿Una semana? —preguntó Jenna, quedando boquiabierta para darle más dramatismo—. ¿Pero qué pasa si te necesito? ¿Y si tengo que volver a resetear la alarma de seguridad? ¿Y si te necesito para que llenes los formularios de gas y electricidad?

Ella hizo un rápido repaso mental de todo. Tenía todo lo que necesitaba para sobrevivir en condiciones naturales. Realmente no

estaba escuchando a Jenna divagar.

—Estarás bien. Solo llámame. Me voy al sur, no a Marte.

Jenna se llevó las manos a la cadera.

—¿Ya has estado en el sur, El? Es como ir al pasado. No te adaptarás.

—Estaré bien —dijo Ella, dirigiéndose hacia la sala de estar. Vio una decena de personas congregadas alrededor de su sofá y el suelo, y no reconocía casi ninguno de esos rostros. En más de un sentido, estaba agradecida de tener que irse por un caso. Se encaminó hacia la puerta principal. Jenna la alcanzó.

—Buena suerte y cuídate —dijo, abrazándola de nuevo.

Ella miró detrás de Jenna hacia el caballero con el que ella había estado charlando, que seguía holgazaneando en el pasillo.

—Tú también —dijo Ella, alejando su mirada del chico para mirar a su compañera de apartamento.

Ella salió de su apartamento y se apresuró a avanzar por el pasillo. La música se fue desvaneciendo de sus tímpanos mientras se adentraba en la noche hacia su nueva vida.

CAPÍTULO TRES

Durante toda su carrera, Ella se había tragado el mito de que todos los agentes especiales del FBI viajaban en avión privado.

Pero cuando su taxi la dejó en el ajetreado aeropuerto nacional Ronald Reagan de Washington, se dio cuenta de que la habían engañado.

Las cosas exteriores parecían mucho más nítidas que antes. A pesar del rígido roce del viento invernal y del interminable torrente de lluvia que la empapaba de pies a cabeza, Ella veía una belleza sombría en la oscuridad, como si el mundo exterior hubiera pasado a la cuarta dimensión mientras ella había estado en el interior.

Había trabajado por esto y Dios sabía que iba a aprovecharlo.

Recogió su billete de ida y se dirigió directamente a la puerta 31. Eran casi las 21:30, así que las filas de seguridad eran mínimas. Pero cuando se acercó al final de la fila, uno de los empleados del aeropuerto la apartó y la acompañó sin preguntarle. Nunca había recibido un trato de primera clase, pero era un beneficio más que bienvenido. La acompañaron directamente a través del túnel tambaleante hasta el avión, llevándola directamente a la deslumbrante clase ejecutiva. Los asientos de cuero color crema estaban situados junto a largas ventanas rectangulares, colocados uno frente al otro y entre ellos había una mesa blanca y brillante. Más adelante, vio una mesa de mármol con una reluciente máquina de café blanca colocada a un lado.

—¿Novata? —preguntó alguien—. ¿Tú eres la novata?

Ella se volvió hacia el rincón más alejado. Una mujer pelirroja, vestida con tacones de gamuza y un traje negro, estaba sentada bebiendo de una botella en miniatura. Tenía ojos claros y rasgos marcados y distinguidos. Parecía tener unos cincuenta años, aunque Ella no podía estar segura de su edad real. Parecía estar increíblemente en forma, como una profesora de yoga, pensó Ella. Las piernas y los antebrazos tenían una clara definición muscular, al menos por lo que Ella podía ver. Tenía algunas zonas de piel seca en las mejillas y la frente, posiblemente por los efectos de la nicotina o el alcohol. Ripley no le parecía una fumadora, al menos no en su línea de trabajo. Cuando Ella vio que la botella en miniatura era de *bourbon* puro, supo la respuesta.

Ella estaba un poco desconcertada. Nunca había visto a Mia Ripley en persona.

—¿Y bien?

—Sí, soy la novata, agente Ripley. Encantada de conocerla.

La mujer de rostro serio le devolvió el gesto, indicándole con la otra mano que se sentara cerca de ella en el asiento de enfrente.

Detrás de ellas, el resto de los pasajeros comenzaba a embarcar. Ella se sentó en el asiento mientras el ajetreo de los pasos llenaba el resto del avión. Nadie más las acompañó en la clase ejecutiva.

Ripley entrecerró los ojos mientras leía algo en su computadora portátil y luego la cerró de un golpe. Los relatos sobre el heroísmo de Ripley en el campo eran de conocimiento general en toda la organización. Había atrapado al asesino en serie más famoso y sádico de Iowa, Lucien Myers, tras perseguirlo a pie a través de una granja rural. Cuando un chico de Florida había tomado como rehenes a sus compañeros de colegio, Ripley había sido la que lo había convencido de que se rindiera. Lo más sorprendente de todo, al menos para Ella, era que Ripley había elaborado un perfil de delincuente tan preciso que predijo que atraparían al asesino vistiendo una chaqueta cruzada y corbata negra. Y unos días después, eso fue exactamente lo que ocurrió.

Sin duda había algo formidable en ella. Ella quería iniciar la conversación pero no sabía por dónde empezar. ¿Un comentario agradable? ¿Preguntarle por el caso? ¿Preguntarle si todas las historias eran ciertas?

—Entonces, ¿quién eres y por qué estamos trabajando juntas? —preguntó Ripley, fijando los ojos verdes cristalinos en los de Ella—. ¿Has estado en el campo antes?

—Ella Dark. Veintiocho años. Analista de Inteligencia durante los últimos tres años.

—¿Y?

—Solo he trabajado detrás de un escritorio, pero he soñado con ser agente especial toda mi vida.

—¿Has soñado con eso?

—Muchísimo.

—¿Y por qué nunca has hecho nada al respecto?

La pregunta la dejó perpleja. La verdad era que no tenía una respuesta. A veces es mejor dejar las fantasías como simples fantasías.

—Nunca tuve la oportunidad —mintió Ella—. Debe de ser un trabajo fascinante.

Ripley bebió un trago de *whisky* y sacó una carpeta marrón de su bolso. La arrojó sobre la mesa.

—Antes de comenzar, déjame aclarar algunas cosas. Este trabajo no es para los débiles y no, no es fascinante en lo más mínimo. Puede ser fascinante para los adictos al crimen que se deleitan con los detalles sangrientos y viven a través de la gente que tiene que ver esta mierda en carne y hueso, pero para cualquier adulto sensato, no tiene nada de fascinante. Tengo dos exmaridos y dos hijos que nunca vi crecer, todo porque este trabajo exigía toda mi atención. He visto morir a más compañeros de los que tú has visto episodios de «Seinfeld». No creas que esto es un viaje gratis por el país, porque no lo es. Vas a ver cosas horribles que te acecharán hasta el día de tu muerte. ¿De acuerdo?

Un silencio sepulcral flotaba en el aire. Ella asintió.

—Entendido. Estoy aquí para tratar las cosas con el máximo respeto y profesionalismo.

—Bien —dijo Ripley—. Ahora, seré honesta contigo, quería trabajar sola en este caso. Pero Edis me dijo que quería que tú me acompañaras. ¿Es otra idea nueva de los genios de la Unidad de Análisis de Conducta, o algo así?

—Eso fue lo que me dijo —respondió Ella—. Esto también es completamente nuevo para mí.

—Me sentí un poco insultada, pero luego me dijo algo sobre el estrangulador de Greenville. ¿Puedes contarme un poco más al respecto?

Aunque no le había dicho nada sobre su carrera, Ella supo al instante que todas las historias sobre Mia Ripley indudablemente eran ciertas. Parecía haber un fuego constante en su mirada, como si los años de trabajo de investigación hubieran entorpecido su disfrute de los placeres de la vida. Ella había visto a miles de policías en la misma situación. Deprimidos, frustrados y malhumorados. Había una razón por la que las tasas de suicidio de los policías eran de las más altas entre todas las profesiones.

—El año pasado, un sujeto desconocido, un sudes^[1], estuvo estrangulando mujeres en Carolina del Sur —dijo Ella—. Un sociópata desorganizado. Descuidado.

—Sé quién era —señaló Ripley—. ¿Pero qué tienes que ver con eso?

Ella reflexionó rápidamente qué tanto debía contar de la historia. ¿Debería hacerse la interesante o mostrarse modesta?

«Me limitaré a los hechos —pensó—, nada más».

—Cuando estaba leyendo sobre el caso en el sistema, descubrí que el estrangulador accedía a las casas de sus víctimas rompiendo sus ventanas. Sin embargo, todas sus víctimas fueron estranguladas mientras dormían. Pero normalmente un cristal rompiéndose despertaría a alguien, ¿no es así?

—Estoy de acuerdo —dijo Ripley.

—Hubo un extraño caso en Japón en 1988 con exactamente el mismo tipo de contradicción, por lo que pedí a los forenses que inspeccionaran las cerraduras de las puertas delanteras de las víctimas. Personalmente, creí que tenían el perfil equivocado. Él sabía exactamente lo que estaba haciendo cuando rompió esas ventanas, pero los investigadores interpretaron mal la situación.

El avión se sumió en la oscuridad total para el despegue. Una luz en el techo se encendió, bañando a Ella y a Ripley con un débil resplandor amarillo.

—La verdad era que entraba por la puerta principal, luego salía de la casa por la ventana después de cerrar la puerta principal con llave detrás de él. Luego rompía la ventana desde fuera para desviar la atención de donde estaba la verdadera pista: la cerradura de la puerta principal.

Ripley se recostó en su asiento y cruzó las piernas. Tenía los brazos cruzados, pero ahora los había descruzado para llamar a una azafata. Hizo un gesto para que les trajera dos cafés. El cambio en su lenguaje corporal no pasó desapercibido para Ella.

—Interesante —dijo Ripley—, ¿pero cómo ayudó eso a atraparlo?

—Los forenses examinaron las cerraduras y encontraron restos de filamento de nylon en todas ellas.

El avión se desplazaba lentamente mientras se posicionaba en la pista. Ella respiró hondo e intentó no pensar en el despegue. En realidad, volar la aterrorizaba, pero sabía que no debía mencionarlo.

—Y, bueno, eso me recordó a otro caso extraño. En México. Un asesino usaba cuerdas de guitarra para colarse en las casas de la gente. Las doblaba como un clip y las introducía en la cerradura. La cuerda imitaba la forma de la cerradura, por lo que podía abrirla con facilidad.

—Entiendo —dijo Ripley—. Bueno, eso es nuevo para mí.

Ella aceleró su ritmo. Estaba en su elemento. Ahora se daba cuenta de que no había hablado con nadie de su contribución en el caso del estrangulador. Era la primera vez que le contaba a alguien los hechos y se sentía increíble.

—Las cuerdas de guitarra se fabrican con filamento de nailon, pero tiene que ser una cuerda realmente gruesa para que funcione. De hecho, debía de ser una cuerda de bajo. Los forenses redujeron el tipo de material a una cuerda de bajo muy específica y luego los investigadores recorrieron todas las tiendas de música cercanas que vendían ese mismo artículo.

—¿Y?

—Las imágenes de las cámaras de seguridad hicieron el resto. Las mejores aliadas de la policía.

Ripley pestañeó varias veces dándole efecto a sus palabras.

—Es bastante impresionante. Realmente debes haber investigado mucho.

«¿Me habré ganado su confianza? —se preguntó Ella—. Aún no, necesito llegar más lejos».

—En realidad no. Los casos de Japón y México los recordé de memoria. He estudiado todos los casos de asesinatos en serie que existen. Empecé a hacerlo hace veinte años y no he dejado de hacerlo. Cualquier asesino, cualquier víctima, cualquier país del mundo. Puedo decirte la victimología, la metodología, los tiempos, las fechas, los lugares. Si hay un patrón de historia que se repite, lo reconoceré.

Ripley señaló la carpeta marrón que había sobre la mesa.

—¿Qué opinas de estas?

Ella inspeccionó una por una cada foto, con la esperanza silenciosa de haber dicho lo suficiente como para impresionar a su nueva compañera. La primera foto mostraba a una mujer tumbada en una mesa de autopsias cubierta con una sábana blanca. En ella se veía el corte irregular en el lugar donde antes se encontraba la cabeza.

—Christine Hartwell. Cuarenta y dos años. Agredida y asesinada en su tienda alrededor de las seis de la tarde de hoy. La policía local cree que el asesinato podría estar relacionado con otros dos de la semana pasada.

Ella asimiló la información y asintió.

—¿Eran similares? —preguntó.

—No. La primera víctima fue una adolescente, secuestrada y descuartizada. La segunda víctima fue una anciana, asesinada mientras dormía. Y ahora esto.

Ella no tuvo que pensar mucho.

—Todas eran mujeres, pero con edades y *modus operandi* completamente diferentes.

—Exacto. En mi opinión, no están conectados, pero por ahora concentrémonos en esta víctima reciente. ¿Se te viene una idea a la mente al ver estas fotografías?

Ella estaba acostumbrada a las imágenes horripilantes, bastante de hecho, pero algo en las fotografías era más real que todo lo que había visto antes. Se trataba de una persona real, que hacía apenas cinco horas había estado pensando en la vida y en los sueños, y ahora se había convertido en una pieza de exhibición para ser analizada.

Ella permaneció en silencio. La verdad era que solo veía un cadáver sin cabeza. Respiró hondo, rezando para encontrar al menos algo que aportar.

—Además de que le dispararon, las laceraciones a lo largo del cuello parecen casi idénticas al patrón de los cortes de las víctimas del asesino del hacha de Villisca, así que supongo que usó un hacha para decapitarla. La cantidad de sangre en la escena del crimen indica que fue asesinada en el lugar y el hecho de que el asesino viniera con dos armas muestra que fue premeditado. No es impulsivo. Sabía exactamente lo que iba a hacer.

Pasó a la siguiente fotografía. Un charco de sangre seca.

Y en ese momento notó algo en la esquina de la fotografía. Sintió un pequeño chispazo detrás de los ojos, como si dos trozos de cable eléctrico estuvieran tocándose momentáneamente.

Junto al cuerpo mutilado, vio un cartel que decía: «Tornillos de punta de tungsteno 0,99 dólares».

—¿La víctima tenía una ferretería? —preguntó Ella.

—Es correcto.

Recordó lo que había leído al principio de la noche.

Normal Bates.

«Psicosis».

Un arma, un hacha, una ferretería. Todo estaba allí.

No, no podía ser.

Ripley le llamó la atención.

—¿Qué pasa? —preguntó—. Puedo ver que estás pensando en algo.

—Nada.

—No puedes ocultarle nada a una experta en perfiles. Vamos, dilo.

Incluso en la oscuridad total, el contorno de Washington, D.C., serpenteaba y zigzagueaba con elegante equilibrio. Y luego desapareció, sustituido por fugaces siluetas de nubes y estrellas.

Ella acercó la foto de la escena del crimen a la altura de los ojos.

—No, no es nada —comenzó a decir—, es mucho para asimilar.

Sin embargo, lo que Ella no dijo era que estaba segura de haber visto antes esta misma escena en otro lugar.

CAPÍTULO CUATRO

Al cabo de dos horas y tres whiskis después, su avión aterrizó en el aeropuerto regional de Monroe, en Luisiana. Ella se limitó a tomar café, pero Ripley no había sido tan recatada.

A pesar de las preguntas de Ella, se dio cuenta de que no había averiguado mucho sobre la mujer que tenía delante. El exterior de Ripley era impenetrable, como ese profesor de escuela que nunca sonreía y no soltaba ningún comentario que no estuviera relacionado con el programa escolar. Si a Ripley le caía bien o la odiaba era un misterio que tendría que esperar para ser resuelto, si es que alguna vez llegaba a descubrirlo.

Llegó la medianoche. Sentía que habían pasado días desde que estuvo en el campo de tiro en Washington. No sabía si era el cambio de horario, la excitación, el cansancio o una emoción sin nombre lo que Ella estaba sintiendo por primera vez. Luchó contra el sueño, no queriendo que Ripley pensara que no podía soportar un poco de agotamiento.

En cuanto se apagó el zumbido del motor del avión, Ella y Ripley fueron las primeras en ser llamadas para salir. La pista de aterrizaje estaba iluminada con una serie de lámparas anaranjadas que formaban un camino hacia el aeropuerto. El aire se sentía diferente. Más frío que en su ciudad, pero más fresco. Era lo que su tía habría llamado «clima para congelar a un mono de latón» si aún estuviera viva. Ella nunca se molestó en buscar el origen de esa frase.

Ripley se adelantó, con un largo abrigo de lana negra y un bolso al hombro. Incluso en su determinación robótica por llegar a la sala

del aeropuerto, tenía una extraña elegancia. Ella se colocó su mochila sobre ambos hombros y, tras ver el bolso casi vacío de Ripley, se preocupó de haber empacado demasiado.

—¿Dónde vamos primero? —gritó Ella—. ¿Al hotel?

Ripley guiaba el camino, claramente ya había estado aquí antes.

—Levanta tu pasaporte —dijo.

Un auxiliar de aeropuerto vestido de chaleco amarillo les indicó que lo siguieran. Abrió una puerta lateral en la zona de seguridad y les hizo un gesto para que pasaran. Pasaron por la zona de equipajes, donde las cintas transportadoras funcionaban sin tener nada que transportar y sin una aglomeración a su alrededor. A Ella le pareció un silencio inquietante y lo único que proporcionaba un ruido de ambiente era la voz automatizada procedente del techo.

«Todos los pasajeros del vuelo de las doce y cuarenta a Washington, D. C., por favor aborden ahora».

En la sala de espera, una fila de ventanas de cristal daba al aparcamiento del aeropuerto. Frente a ellas, una figura solitaria miraba hacia afuera.

—Comisario Harris —lo llamó Ripley.

El caballero se dio la vuelta. Vestía una chaqueta de *tweed* y tenía las manos en los bolsillos. Tenía un cigarrillo colocado por detrás de la oreja. Llevaba el pelo negro y corto, y empezaba a quedarse pelado con cierta rapidez. Le tendió la mano a Ripley.

—Por favor, llámame Bill. Gracias por venir tan rápido, chicas.

—Agente especial Mia Ripley y ella es... —Ripley le hizo un gesto con la cabeza a Ella para que se presentara.

«¿También digo agente especial? —pensó—. No, claro que no. No seas ridícula».

—Ella Dark. Analista de Inteligencia. —Le estrechó la mano y una ola de humo de cigarro la envolvió por completo.

—¿De Inteligencia? —preguntó Bill.

—Estamos probando algo nuevo —dijo Ripley—. Está aquí para aprender.

—Bueno, definitivamente aprenderás algo aquí. Aunque no estoy seguro de qué. —Bill las llevó hasta el coche del comisario que esperaba fuera, vigilado por dos empleados del aeropuerto de ojos cansados. Era un todoterreno negro que llevaba las palabras «COMISARIO DEL CONDADO, HONOR, INTEGRIDAD, SERVICIO» en letras doradas en el lateral. Para Ella, el vehículo era innecesariamente grande. Era el tipo de coche que eligen los machos alfas inseguros y las esposas de los jugadores de fútbol de EE.UU. Ripley se sentó directamente en el asiento de acompañante en la parte delantera, mientras que Ella se resignó a la parte trasera.

—Seré su transporte esta noche. Estoy seguro de que entenderán el motivo —dijo Bill mientras arrancaba el coche. Ripley miró a Ella por el espejo retrovisor y se dio cuenta de la expresión indiferente pero intrigada que mostraba su rostro.

—Eso es porque a la policía local no le gusta que los federales interfieran —confirmó Ripley.

—Ni que lo digas. No les gusta creer que hay algo que no pueden manejar, ¿sabes?

Ella asintió.

—¿Crees que esto es algo que no pueden manejar? —preguntó. El coche salió del estacionamiento del aeropuerto hacia una calle principal. Era un viernes por la noche que lentamente se empezaba a convertir en un sábado por la mañana, así que había algunos caminantes de medianoche y fiesteros en las calles, haciendo filas para comprar comida chatarra antes de regresar a sus hogares y para tomar taxis demasiado caros.

—La vida es un poco más lenta en la región del pantano —dijo Bill, sacándose el cigarrillo de la oreja. Se lo colocó en la boca, pero no lo encendió—. Tenemos algún que otro robo. Tal vez algún perverso que se mete con un cerdo salvaje. Eso es bastante común. Pero ¿este tipo de cosas? No he visto algo así en mis veintiséis años de servicio.

Un tramo vacío de la autopista les llevó desde el centro de Luisiana hasta unos suburbios mucho más tranquilos en las afueras

de la ciudad. A través de un pueblo de estilo antiguo, con casas de paja y aljibes empedrados, por un interminable camino rural que aparentemente no tenía límite de velocidad.

—Por cierto, ¿a dónde las llevo? —preguntó Bill—. ¿Al hotel para descansar un poco?

—A la escena del crimen —respondió Ripley sin dudarlo—. Tenemos que verla mientras está fresca.

—Tú eres la jefa —dijo Bill.

Ya casi eran la una de mañana. Ella pensó en Jenna en su casa. Debería estar por llegar tambaleándose a su apartamento, después de haber seguido la fiesta en alguna discoteca cercana. La abordó esa sensación reconfortante de familiaridad, pero al mismo tiempo estaba un poco aliviada de no estar allí.

—Espero que no estés cansada, novata.

—Para nada —respondió Ella. Era una mentira y Ripley probablemente lo sabía.

—Habla por ti —dijo Bill, bajando la ventanilla del lado del conductor. Finalmente encendió su cigarrillo, después de tenerlo entre sus labios por diez minutos—. Lo siento. Necesito la brisa para mantenerme alerta. He estado despierto desde las seis de la mañana.

Ella le ganaba por una hora, pero no dijo nada porque se dio cuenta de que la diferencia horaria significaba que se habían despertado a la misma hora. Había visto cómo cambiaba el mundo, desde la jungla de cemento de Washington, D.C., hasta los remansos de Luisiana, con una pincelada de estrellas y nubes de por medio. La velocidad de los acontecimientos casi la abrumaba. Trató de ignorar todo: la posibilidad de fracasar, el hecho de que era una especie de experimento, la probabilidad de que todos los miembros de su departamento se enteraran de esta pequeña excursión y de que todo su equipo la envidiara. Había oído historias de personas a las que los superiores les habían dado oportunidades y muy pocas habían llegado al nivel de éxito esperado. ¿Qué le hacía pensar que con ella sería diferente?

Llevaban más de una hora de viaje cuando llegaron al pequeño pueblo del pantano. En la oscuridad, parecía aún más insólito que en su mente. Las casas se levantaban sobre pilotes de madera para evitar que las plantas bajas se inundaran. Las tiendas apenas eran más grandes que diminutas cabañas, muy distintas de las franquicias y cadenas de restaurantes de Washington. Todo el pueblo giraba en torno a un turbio lago central, que incluso en la oscuridad tenía un brillo verde apagado. A Ella le recordaba a un parque japonés de paseo, con sus edificios sobresaliendo del agua y las rocas dispuestas para crear escalones, pero era como un parque que se había dejado abandonado durante décadas. Un par de botes inflables descansaban en el agua. Algunas criaturas se movían en las sombras, deslizándose hacia el agua cuando el vehículo del comisario pasaba a su lado.

—¿Caimanes? —preguntó Ella.

—¿Irías a China y no verías la Gran Muralla?

Ella dudó.

—Supongo que no.

—Sería lo mismo que venir a Luisiana e irse sin ver un caimán o dos —dijo Bill—. Caimanes, serpientes de agua, nutrias, pelícanos. Este lugar es como un zoológico que no cobra entrada.

—Parece muy divertido.

—Sí. Bueno, te diré qué cosa no es divertida. Lo que van a ver ahora. —Bill se detuvo frente a una hilera de tiendas adosadas, delimitadas por una cinta amarilla. Al otro lado de un camino de tierra, Ella vio los primeros signos de vida humana. Se había congregado un grupo de gente, quizá eran unas diez personas, y un agente de policía estaba de pie frente a ellas—. Hablando de bestias. ¿Alguna vez han ido a cazar, chicas?

—La verdad es que no —dijo Ripley.

—Yo tampoco —acotó Ella.

—Es una pena. —Bill salió del coche. Ripley y Ella lo siguieron—. No digan que no les advertí.

Salieron del coche y se dirigieron a la entrada de la tienda. En el interior, Ella vio a dos oficiales forenses con máscaras que fotografiaban el interior de la tienda. Era la primera vez que veía algo así en directo y le pareció una experiencia estresante. Aún estaba emocionada, pero la realidad de saber que estaba a escasos metros del lugar donde se había producido un asesinato la llenaba de temor y responsabilidad.

Se le vino un recuerdo a la mente. Dos años antes, Ella había estado hablando con un agente especial en un acto de celebración del FBI. Sabía que probablemente él estaba tratando de acostarse con ella y a pesar de que eso no iba a suceder, no significaba que no quisiera sacarle algunos detalles escabrosos por su esfuerzo.

Él le dijo que el cerebro humano procesa una escena del crimen siguiendo siempre el mismo patrón. Primero, hueles la sangre. Como el cobre fundido que se oxida en una planta de aguas residuales. Segundo, ves el cuerpo. Ves el perfil habitual de un ser humano tan distorsionado que elimina todos los elementos humanos y deja una envoltura vacía en su lugar. Por último, te das cuenta de que lo que estás viendo es una vida llevada a su fin de la forma más absurda que puedas imaginar. Todas las esperanzas, todas las ambiciones y todos los esfuerzos creativos que esta persona podría haber llegado a vivir terminaron en la misma habitación en la que ahora te encuentras. Con cada escena del crimen, el día se volvía un poco más oscuro, pero la noche no se volvía más brillante.

Tal vez fue el olor lo que la hizo recordar. Dicen que el olfato es el sentido más vinculado a la memoria y quizás eso era lo que la hacía recordar lo que tanto había intentado olvidar. Incluso décadas después, su subconsciente aún podía reconocer el olor amargo y agrio de la sangre.

No había sucedido exactamente lo que el agente le había dicho. El olor de la sangre llegó primero, abrumando sus sentidos hasta el punto de anularlos. Y eso fue todo. Las otras etapas no habían llegado, al menos no todavía.

—Tres asesinatos. Una semana —dijo el Comisario Harris—. Este es el tercero.

La Ferretería 101 de Christine era una tienda poco llamativa. Filas de herramientas de bricolaje, tornillos, cerraduras, pernos... todos del mismo tono plateado apagado o más oscuro. Había cuatro pasillos, todos ellos provistos de estanterías lo suficientemente bajas como para asomarse por encima, lo que permitía una visión completa del interior.

Un oficial forense proporcionó a Ella y a Ripley guantes de látex y botas de caucho. Se reunieron con el comisario Harris en el pasillo tres junto a un charco de sangre, una gran parte se había secado en el suelo de madera. La zona estaba acordonada con una barrera de plástico.

—Christine Hartwell, la dueña de la tienda —comenzó a decir Harris—. A juzgar por los exámenes iniciales, le dispararon en el estómago con un rifle, probablemente desde un metro de distancia o un poco más. No hay cámaras de seguridad en la tienda.

—¿Quién la encontró? —preguntó Ripley, siguiendo las salpicaduras de sangre hasta el mostrador que estaba en la entrada de la tienda.

—Si te refieres al cuerpo, fuimos nosotros. Pero un cliente llegó alrededor de las siete de la tarde, vio que la tienda estaba abierta pero vacía. Vio las manchas de sangre y nos llamó.

—Necesitaremos su nombre y dirección —dijo Ripley—. ¿Y el cuerpo?

—A partir de ahí es cuando las cosas se ponen raras —dijo Harris—. Al principio no podíamos encontrar el cuerpo, al menos no en la tienda. Pero luego revisamos el cobertizo en la parte trasera... Bueno, véanlo con sus propios ojos.

Harris recogió una pequeña carpeta que había apoyado en uno de los estantes. A Ella le sorprendió un poco su actitud relajada, pero no dijo nada. Estaba demasiado ocupada tratando de atar cabos. Se hacía una idea de lo que Harris iba a mostrarles.

—El cuerpo estaba colgado boca abajo en el cobertizo. Enganchado como un cerdo de matadero. Cortado por la mitad. La pobre mujer casi fue separada en dos.

Ripley hojeó las fotografías mientras que Ella las miraba con atención. Eran mucho más viscerales que las pocas que había visto en el avión.

—¿Por qué no enviaron estas junto con el primer montón de fotos? —preguntó Ella.

—Estas fueron tomadas por los oficiales que llegaron primero al lugar de los hechos. Cuando llegó el resto de nosotros, el equipo forense ya había retirado el cuerpo y había tomado sus propias fotografías en la oficina del forense. Les llamé en cuanto llegué. Sus hombres se pusieron en contacto con los forenses locales, no con nosotros.

Ella no le creía.

—Veamos el cobertizo —dijo Ripley mientras se dirigía hacia la salida.

—Por aquí —señaló Harris. Las condujo por detrás del mostrador hasta la zona del depósito, abarrotada de cajas y paneles de madera. Ella pensó que este sería un lugar ideal para que un asesino se escondiera. Entraron en una pequeña zona de patio, llena de trastos como estanterías de repuesto y cajas de madera. Había salpicaduras de sangre alrededor de cada uno de ellos.

Pero Ella vio algo. Se detuvo en seco un segundo, pero la interrumpió el agudo chirrido de la puerta del cobertizo abriéndose. Y se apresuró hacia Ripley y Harris.

—Quizás le interese tomar esto prestado, agente —dijo Harris. Sacó de su bolsillo una pequeña máscara facial, arrugada pero aún funcional—. Los cadáveres no tienen un olor a coche nuevo precisamente.

Ella se puso la máscara y Ripley no tomó tal precaución. Entraron en un cobertizo húmedo y desordenado, iluminado por dos pequeñas lámparas de policía colocadas en el suelo. Todas las miradas se fijaron en lo mismo.

Del techo del cobertizo colgaban dos ganchos sujetos por cuatro clavos gruesos.

Algo en esta imagen hizo que Ella tuviera una terrible percepción de su propia mortalidad. Incluso a través de su mascarilla, el olor de la muerte se filtró en sus pulmones. Le recordaba a cuando los basureros locales no retiraban la basura comunitaria fuera de su complejo de apartamentos durante una semana. Como a carne podrida, comida enmohecida. Aunque la víctima solo había estado aquí unas horas, la presencia de la muerte seguía muy presente.

Ni Ripley ni Harris dijeron nada. De repente, Ella se sintió desbordada. Estaba viendo un instrumento de asesinato y mutilación. Ningún libro de texto en el mundo podría preparar a una persona para presenciar estas cosas en persona. Se sintió aturdida al pensar que, hacía tan solo unas horas, una mujer de carne y hueso había sido cortada en dos en esta misma habitación, mientras que el resto de este pueblo aletargado se dedicaba a sus asuntos, completamente ajeno a los horrores que estaban teniendo lugar a pocas puertas de distancia.

Ella había visto suficientes fotos de escenas de crímenes como para toda una vida. Estaba expuesta a este tipo de imágenes con regularidad, tanto en su vida personal como en la profesional. La sangre no era diferente y ciertas escenas de su pasado se repetían en sus pensamientos y en sus sueños cada noche. Pero aquí, en el mundo real, otros sentimientos aparecieron junto con el miedo y la pena. Estas eran las acciones de un verdadero asesino en serie y el simple hecho de estar aquí era suficiente para colocarla potencialmente en su mira. ¿Era una tonta por venir aquí, lejos de la seguridad de su cómodo trabajo de oficina?

Una parte de ella le decía que sí era una tonta.

—Antes de que lo pregunten —dijo Harris—, no. Aún no hemos encontrado la cabeza.

* * *

—Entonces, ¿quizás sea un cazador? ¿O un carnicero? —preguntó Harris.

—Posiblemente —respondió Ripley—. Este tipo de instalación requiere tiempo, planificación y coordinación. No lo hizo por capricho.

Ella perdió la cuenta de las veces que Ripley recorrió el camino de la tienda al cobertizo y viceversa. Hablaba en voz alta, pero para sí misma, poniéndose en la cabeza del asesino mientras seguía sus pasos desde la irrupción hasta el asesinato y el descuartizamiento. Garabateó notas en su libreta negra y luego se llevó el cabello detrás de las orejas.

—Comisario, los tres asesinatos recientes no están relacionados —dijo sin levantar la vista de su libreta.

Harris entrecerró los ojos. Sacó su tercer cigarrillo de la noche y lo encendió.

—¿Por qué estás tan segura? —preguntó.

—La victimología es diferente. Los *modus operandi* son diferentes. La progresión del crimen no tiene sentido. Esta no es la misma persona.

Ripley volvió a entrar en la tienda y Ella y a Harris quedaron en el exterior.

—¿Podrías explicármelo? —le preguntó él.

—Ningún asesino en serie, al menos no uno con motivación sexual, asesinaría a una adolescente, a una anciana y a una mujer de mediana edad en el lapso de una sola semana y mucho menos en ese orden. Los asesinos en serie tienen tipos —dijo Ella—. Tampoco se desharía de los cuerpos de formas tan diferentes cada vez, sobre todo si estos son sus primeros asesinatos.

—¿Qué hay de sexual en esto? —preguntó Harris—. Me parece que es solo un lunático.

—Está complaciendo una fantasía muy específica. Se trata de algo más que la muerte. Ha estado imaginando y perfeccionando esta escena en su mente durante mucho tiempo, y normalmente, eso viene de la mano de un componente sexual.

Ella aún sostenía las fotografías y comenzó a revisarlas de nuevo. Los mismos pensamientos que tuvo en el avión volvieron a surgir. Estas imágenes le resultaban extrañamente familiares, pero había algo diferente en ellas. Había un elemento adicional. Una recreación de algo. Como una nueva versión de una película clásica, pero modernizada y despojada de las cosas que la habían hecho un clásico en primer lugar.

Ripley volvió del interior de la tienda. Ya eran cerca de las dos de mañana. Incluso con el abrigo, la bufanda y la precaria máscara, Ella sintió que el frío viento le calaba los huesos.

—Sr. Harris, aquí nos enfrentamos a tres asesinatos distintos —comenzó Ripley—. Lamento si eso dificulta aún más las cosas, pero estoy convencida de ello. Existe la posibilidad de que estas tres víctimas estén conectadas de alguna manera, pero dado lo mucho que varían en edad y carácter, es poco probable. Puede ser un grupo que opera en la zona. No me atrevo a usar la palabra secta, pero es otra posibilidad. En todos mis años como agente, nunca he visto un asesino en serie tan desordenado. Por lo tanto, mi conclusión es que esto no es obra de un solo autor. Apostaría toda mi pensión en ello.

Cuanto más hablaba Ripley, más se convencía Ella de que estaba equivocada. Volvió a mirar los ganchos que colgaban en el interior del cobertizo y luego la variedad de trastos y mercancías que quedaban en el patio. Un cajón de emulsión. Sacos de grava. Cosas baratas.

Pero entonces, algo nuevo le llamó la atención.

«ANTICONGELANTE PREDILUIDO. ALTA RESISTENCIA. 50/50».

Harris dio una gran calada a su cigarrillo y exhaló el humo junto a un fuerte suspiro.

—Bueno, supongo que ustedes...

—¿Cuál fue el último artículo cobrado en la caja registradora de la tienda? —interrumpió Ella. Harris y Ripley la miraron fijo. Harris sacó sus notas y estas se agitaron con el viento.

—Veamos. —Pasó algunas páginas.

—Te ahorraré un poco de tiempo. Fue un galón de anticongelante, ¿verdad?

Harris levantó sus notas usando la luz del cobertizo para leer mejor.

—Tienes razón.

—¿Y eso qué importa? —preguntó Ripley.

—¿Qué hora está marcada en la compra? —preguntó Ella, ignorando la pregunta de Ripley.

—A las 17:49.

—Cerca del momento de asesinato —dijo Ella—. Lo sabía. Una pregunta más.

Este era el punto. Este era el detalle que confirmaría sus sospechas. Norman Bates. Psicosis. «El mejor amigo de un niño es su madre».

—¿A Christine le dispararon con un rifle del calibre 22? ¿Había una cuerda alrededor de las muñecas?

—Esas son dos preguntas, pero sí y sí.

—Sé quién ha cometido este asesinato —declaró Ella con una confianza absoluta que no sabía que poseía.

—¿Qué? —preguntó Ripley—. ¿Quién?

—Fue Ed Gein.

CAPÍTULO CINCO

Ella sabía que sonaba ridículo. Ripley y Harris parecían estar de acuerdo.

Ripley no lo pensó demasiado.

—Ella, habla en serio por un segundo. Ed Gein lleva muerto treinta años y aunque estuviera vivo, tendría cien años. No te trajimos de...

—No —interrumpió Ella—. No me refería a que literalmente lo había hecho Ed Gein. Me refiero a que alguien ha recreado una de sus escenas del crimen hasta el último detalle. Está todo aquí.

—¿Gein? —preguntó Harris—. ¿El chiflado de Wisconsin?

—Noviembre de 1957, Plainfield, Wisconsin. Ed Gein entró en una ferretería a pocos kilómetros de su casa. Compró un galón de anticongelante y luego le disparó a la dueña con un rifle del calibre 22. Arrastró el cuerpo hasta su camioneta y la llevó a su casa, donde la colgó como a un ciervo en su cobertizo. La decapitó, la destripó y dejó que su sangre se drenara. Esto es exactamente lo que ocurrió aquí, hasta las cuerdas en las muñecas.

Ella se apresuró a volver a entrar en la tienda. Antes de su revelación, se habría alegrado de salir del frío. Ahora no le importaba tanto.

—Yo soy la víctima —dijo Ella, parada detrás del mostrador—. El sudés viene y compra el anticongelante, ¿verdad? Lo estoy viendo en la tienda.

—¿Por qué tomarse la molestia? —preguntó Harris—. ¿Por qué no le disparó de inmediato?

Harris tenía razón, pero Ella tenía una mejor respuesta.

—Por dos razones. En primer lugar, necesitaba examinar el interior de la tienda. Asegurarse de que era segura. Conocer la disposición. Por lo tanto, lo más probable es que podemos afirmar que este tipo no es local. Supongo que esta es una comunidad muy unida y el asesino no es parte de ella.

—En eso tienes razón. No hay un rostro que no reconozca en este pueblo.

—Exacto. En segundo lugar y lo que es más importante, es parte de la fantasía. Este tipo desea ser Gein, quiere sentir la misma emoción que sintió Gein en 1957. Probablemente ha estado soñando con esto durante mucho tiempo.

Harris parecía intrigado, pero Ripley la miraba con desinterés y desconfianza. Ella se quitó la bufanda y la arrojó sobre el mostrador para causar un efecto.

—Cuando el tipo sale de la tienda, vuelve a entrar por la puerta trasera. Esa es una salida de incendios de dos vías, es decir, si logró entrar en el patio ya casi estaba dentro de la tienda. Una vez allí, le disparó a la víctima desde este ángulo. —Ella se colocó en posición—. De ahí viene la enorme salpicadura de sangre en el mostrador. Christine entonces se arrastró hasta el pasillo tres, donde él la remató con el hacha.

—Eso está muy bien —dijo Ripley—, pero Gein no hizo eso. Toda la mutilación la realizó en su propia casa.

—Gein no quería que nadie se enterara de su desviación. Este asesino obviamente sí.

Ella vio que Ripley estaba considerando su teoría. Harris parecía perdido.

—Tampoco se detiene ahí —continuó Ella. Pensó en algo que vio en el patio en su primer viaje al cobertizo. Se apresuró a salir—. Todas estas cajas son de madera. Probablemente Christine las haya comprado todas del mismo proveedor.

—¿Y? —preguntó Ripley.

—Entonces, ¿qué hace esto aquí? —dijo Ella, señalando con el pie un saco de arpillera—. Y es el único objeto de aquí que no tiene ninguna mancha de sangre. Eso es porque no estaba aquí cuando él arrastró a Christine fuera.

Su cansancio había disminuido. Llevaba casi veinticuatro horas despierta, pero nunca se había sentido tan viva.

—¿Y esos ganchos en el cobertizo? Él los puso allí. Los trajo consigo.

—Ella, a esto se le llama suposición. Estás moldeando los hechos para que se ajusten a la teoría. No tenemos evidencia alguna de que ese sea el caso.

—Y hay otra cosa —dijo Ella—. ¿No falta algo en esta escena?

—Le faltan muchas cosas —acotó Ripley.

—Este asesino quería que encontráramos esto, ¿no estás de acuerdo?

—Sí, lo estoy.

—A juzgar por el cuerpo descuartizado en el cobertizo, diría que tiene un gusto especial por lo teatral y por lo tanto, va a utilizar todos los medios disponibles para impactarnos y aterrorizarnos. Entonces, ¿qué estamos pasando por alto?

Harris no dijo nada, esperando una revelación de algún tipo. De cualquier tipo.

Ripley trasladó su peso a un pie.

—Una cabeza cortada —dijo.

Harris hizo una mueca al escucharla.

—No sabemos dónde está la cabeza.

—Creo que yo sí lo sé —dijo Ella—. Cuando la policía allanó la casa de Gein, descubrieron todo tipo de artículos elaborados con restos humanos. Uno de esos artículos era...

—Un saco de arpillera —completó Ripley.

Hubo un silencio intenso entre ellos. Ella y Ripley miraron a Harris. Muy a su pesar, él encendió su linterna.

Se dirigió al saco, que había sido desechado entre dos cajas. Lo arrastró hacia él, el saco parecía estar casi vacío al moverlo. Si había

algo ahí dentro, no pesaba mucho.

Iluminó el interior con su linterna.

En un segundo, dejó caer el saco al suelo y se llevó el brazo hacia la boca.

—Dios mío. Voy a vomitar.

Ella pensó en «Psicosis», en «La masacre de Texas» y en «El silencio de los inocentes». Todas estas obras han sido inspiradas por Ed Gein y las había visto innumerables veces. Ella y Ripley cogieron la bolsa y miraron en su interior. Pudo oír la voz de Hannibal Lecter en su mente.

«¿Nunca has visto sangre a la luz de la luna? Parece negra».

No se equivocaba. En el fondo del saco de arpillera, el rostro despellejado de Christine Hartwell la miraba fijamente. Resistió el impulso de decir «te lo dije». Ahora no era el momento.

—Lleva esto a los forenses de inmediato —dijo Ripley.

—Este tipo mato a una mujer, destripó su cuerpo, le cortó la cabeza y le despellejó el rostro en menos de una hora. Fuera de los confines de su propia estación de trabajo o área privada —dijo Ella—. Este no es un asesino en serie común.

—No voy a mentirte, novata, eso fue bastante impresionante. Ni yo misma habría hecho esa conexión. Alguien lo habría hecho eventualmente, pero tú lo hiciste de inmediato. Buen trabajo.

El agotamiento finalmente se apoderó completamente de ella, pero los elogios de Ripley lo aliviaron brevemente.

—Pero incluso con esa conexión, no sabemos quién hizo esto —continuó Ripley—. Sin mencionar que comprueba aún más mi opinión de que estos asesinatos son obra de tres personas distintas.

Ella no tenía una respuesta para eso. Ripley tenía razón. Si este asesino llegó a niveles tan extremos para crear esta escena, hasta los pequeños detalles como el anticongelante y un arma homicida muy específica, las otras escenas deberían haber sido igual de teatrales, ¿no? Pensó en los otros crímenes de Gein. Su asesinato de una segunda mujer de mediana edad, el robo de tumbas, incluso los rumores de que había matado a su propio hermano. Ninguno de

ellos coincidía, al menos hasta donde ella sabía. Pero sus conocimientos sobre los otros asesinatos del pueblo del pantano eran muy limitados, como mínimo.

—Me gustaría ver los informes de las dos primeras víctimas —dijo Ella—. Quizás haya otros patrones allí.

—Me parece bien. A primera hora de la mañana, yo hablaré con algunos familiares de Christine Hartwell. Harris, ¿puedes llevarnos al hotel? Tengo la sensación de que vamos a necesitar descansar.

* * *

Su motel era de tres estrellas, situado a poca distancia de la escena del crimen. Harris las había dejado allí y les había dicho que volvería a buscarlas por la mañana. Ella sintió una oleada de alivio cuando se enteró de que ella y Ripley tendrían habitaciones separadas. Ella pensó que habían sucedido demasiadas cosas, demasiado pronto. Necesitaba la privacidad para reponer fuerzas y reflexionar sobre lo que había visto hasta entonces.

Después de registrarse con la recepcionista, Ella y Ripley se dirigieron al primer piso. La habitación de Ella estaba situada al final de un corto pasillo alfombrado.

—Te veré en la mañana —se despidió Ripley—. Bien temprano. Así es como me gusta.

—A mí también —dijo Ella—. Nos vemos a la mañana. —Pasó su tarjeta de acceso y entró en su habitación. Era bastante modesta y estaba decorada en un tono naranja cálido. Su primer punto de atención fue la cama. Dejó caer su bolso junto a ella y se acostó, disfrutando del alivio que suponía descansar en un lugar cómodo. El cansancio la golpeó con fuerza. Incluyó la cabeza para poder ver por la ventana de la habitación del motel, pero no tenía la fuerza para levantarse para apreciar bien la vista.

Estaba pensando en la escena del crimen. Desde que vio el cadáver de Christine Hartwell, no había pensado en nada más. Su

subconsciente no se lo permitía, pensó. El hecho de haber visto algo tan visceral y antinatural le provocaba un montón de sentimientos extraños. Le entusiasmaba la idea de profundizar en el caso, sobre todo por la conexión con Gein, pero la incertidumbre era lo que la hacía sentirse ansiosa.

La incertidumbre de lo que podría ocurrir después. ¿Habría más cadáveres o esto era todo? ¿Volvería a soportar un horror similar mientras estuviera aquí, o podría centrar sus esfuerzos únicamente en esta escena del crimen?

No quería defraudar a Ripley ni a Edis. No le importaba ser la heroína principal, solo quería añadir valor a la investigación.

Ella cerró los ojos y volvió a ver el cadáver.

CAPÍTULO SEIS

Era un nuevo día, pero a Mia Ripley le parecía una prolongación del anterior. Eso era bastante común en estos días, los días se convertían en años y a veces se despertaba sin poder recordar si todavía estaba casada o no. Después de que pasaba la dichosa sensación de olvido matutino, la realidad siempre la atacaba con fuerza. Actualmente ya no había matrimonio, solo quedaban los sombríos detalles de los delitos federales que obstruían su capacidad cerebral.

Un cadáver decapitado y colgado. Una máscara de piel muerta. Un crimen de imitación de uno de los asesinos más infames del mundo. Un día más en la vida.

Hacía tanto tiempo que estaba en este trabajo que era capaz de ver las escenas del crimen con un ojo imparcial. Los primeros años de trabajo se los pasó jugando al juego del «¿y si?». ¿Y si esta víctima fuera mi hija? ¿Y si otra persona hubiera estado allí cuando el asesino entró en la tienda? ¿Y si ella hubiera tenido un arma bajo el mostrador? Con el tiempo, los «y si» dieron paso a la aceptación.

Mia tomó un taxi hasta la casa de Harry Hartwell, el hermano de Christine Hartwell. Pocas tareas le producían tanto malestar como la visita a la casa de la afligida familia. Su humanismo, o más bien su capacidad aprendida de carecer de humanismo, no la ayudaba mucho cuando tenía que sentarse al lado de alguien y ayudarle a procesar la muerte de un ser querido. Y esto se hacía aún más difícil cuando las circunstancias en torno a esa muerte implicaban descuartizamiento y piel desollada.

En el trayecto, Mia pensó un poco en la teoría de Ella. Aunque estaba impresionada de que Ella hubiera relacionado las cosas tan rápidamente, todo lo que hizo fue establecer el *modus operandi*. No les daba un motivo, ni tampoco ninguna pista.

La casa de Harry no era una de las lujosas propiedades frente al agua. En absoluto. El lago central del pueblo brillaba en la distancia, con el sol de la mañana reflejándose en su superficie, pero la zona en la que vivía Harry se consideraría como el barrio bajo del pueblo. Su taxi se sacudía por un camino de tierra que conducía a una hilera de casas aisladas, de tamaño modesto y aspecto descuidado. Varias casas parecían abandonadas a juzgar por la maleza que poco a poco se apoderaba de sus exteriores. La casa de Harry estaba al final de la hilera.

Mia salió del taxi y subió los escalones del porche blanco. Antes de que pudiera golpear la puerta, alguien la abrió desde el interior.

—¿Policía? —preguntó un hombre. Él era más bien grande, de mirada inocente y una barba larga desde el mentón hacia abajo. Mia hubiera asumido que era un motociclista, si no fuera por el Ford azul del 2009 que tenía estacionado en la entrada. Su camiseta declaraba con orgullo: «CUANTO MÁS VIEJO ME PONGO, MEJOR ESTABA ANTES».

—Bastante cerca —dijo Mia—. ¿Usted es Harry?

—Lo soy —respondió. Mia pudo ver el pesar de inmediato, aunque él se esforzaba por disimularlo. Vio lo débil y pálido que lucía, y ella se dio cuenta de que hablaba con la boca seca, signos evidentes de que Harry estaba luchando por asimilar su pérdida.

—Soy la agente Mia Ripley del FBI. ¿Le molesta si le hablo sobre un par de cosas?

Harry negó con la cabeza.

—No. Por favor, pase.

Mia entró en un pasillo sorprendentemente bien cuidado. Un pequeño perro de raza terrier, que no sabía si estaba emocionado o asustado, ladraba desde otra habitación.

—Perdón por Loki. No recibimos muchos visitantes nuevos —dijo.

—No hay por qué disculparse. Lamento que nos conozcamos bajo estas circunstancias.

La sala de estar de Harry era un cuadrado perfecto. Había un sofá marrón situado a lo largo de la pared, un televisor apoyado en una esquina y no había ninguna silla individual. La disposición de la persona soltera.

—Siéntate —dijo Harry, señalando al sofá. Acercó un taburete de la cocina que estaba al lado.

—Gracias —dijo Mia. Sacó su libreta y pasó a una nueva página. Primero necesitaba quitarse de encima la parte incómoda—. ¿Le han contado lo que ha sucedido? —preguntó.

—Sí. Es decir, el comisario me dijo lo esencial —dijo Harry. Tenía los ojos hinchados y rojos, pero hablaba con tranquilidad—. Sin embargo, me pareció que había un par de cosas que no quería decirme.

—Antes, ¿puedo preguntar sobre su relación con Christine? —Mia no quería abrumar a Harry con los detalles morbosos aún por miedo a que Harry perdiera su calma.

—La mejor hermana que he tenido. —Sonrió—. Éramos bastante unidos, creo. No queda nadie más en nuestra familia, así que solo éramos ella y yo.

Mia observó atentamente el lenguaje corporal de Harry. Su primer punto de referencia eran siempre los pies del entrevistado. Si apuntaban en sentido contrario a ella, solía ser una señal de que el entrevistado quería escapar. Su segundo punto de referencia eran las manos. Si alguien tenía algo que ocultar, utilizaría las manos para crear una barrera literal entre ellos y la entrevistadora. Como también lo eran taparse la boca al hablar, cruzar los brazos, sujetar la cabeza con las manos mientras se responde a las preguntas.

Hasta ahora, Harry no manifestaba ninguno de estos síntomas. Había un indicador más, pero Mia aún no había llegado a ese punto.

—Por favor, no piense que esta es una pregunta sospechosa, Sr. Hartwell, pero ¿puede verificar su paradero entre las cinco y las siete de la tarde de anoche?

—Estaba jugando a los dardos con unos amigos. Ellos podrán confirmarlo —respondió. Se pasó la mano por el cabello y se recompuso. Mia vio que se le empezaban a llenar los ojos de lágrimas.

—Gracias. ¿Qué más puede decirme sobre Christine? ¿Era querida en general? ¿Había alguien que quisiera hacerle daño?

—No —dijo Harry firmemente—. Aquí hay dos tipos de mujeres. Las que se van de fiesta y terminan vomitando en el retrete, y las que le sostienen el cabello a su amiga cuando está vomitando en el retrete. Christine era de esta última clase. Ella es la persona más amable que hayas conocido.

Eso era todo lo que Mia necesitaba. Estaba segura de que Harry no estaba implicado. Otra de las principales señales de alarma era cuando un entrevistado, especialmente uno que decía estar de luto, se refería al fallecido en tiempo pasado. Durante las primeras cuarenta y ocho horas, su subconsciente aún estaría asimilando el hecho de que la persona ya no estaba, por lo que era más probable que se refirieran a ella como si aún estuviera viva. Mia había atrapado a innumerables sospechosos con este pequeño truco.

—Bueno, en realidad, he mentido —continuó Harry—. Quizás haya una persona...

Mia sacó su lapicera.

—Por favor, dígame todo lo que pueda. Cualquier mínimo detalle puede ser útil.

—Su exmarido —dijo Harry. Se paró y dejó salir al terrier de la otra habitación. El perro fue corriendo hacia los pies de Mia y comenzó a olfatearla intensamente. Sus ladridos cesaron cuando sació su curiosidad.

—¿Nombre? —preguntó Mia.

—Rick Cornette. Christine se quitó su apellido después de su divorcio. Fue complicado. El tipo es un desastre. Bebe como un marinero irlandés. Solía maltratar a Christine hasta que ella se decidió y lo dejó.

—¿Su separación no fue amigable?

—Oh, no. Christine llegó una noche y lo sorprendió con un par de chicas trabajadoras de la noche. Ella lo enfrentó y él le dio una bofetada por sus acciones. Los chicos de los dardos y yo fuimos esa misma noche y le dimos su merecido.

—¿Y esa fue la última vez que lo vio?

—Sí, al menos yo. Pero Christine pasó por toda la basura del divorcio con él. Tuvieron una batalla por sus bienes y demás, pero Christine salió ganando. Ella obtuvo la propiedad total de su tienda y Rick no obtuvo nada. Lo que se merecía.

—¿Hace cuánto fue esto? —preguntó Mia.

—Hace un par de años. El rumor en el club de dardos es que eso hizo enloquecer a Rick. Ahora bebe como si no hubiera un mañana. Ese negocio significaba todo para él.

Era una pista consistente. Por el exagerado despliegue en la escena del crimen, Mia sospechó que Christine podría haber sido asesinada por alguien que quisiera vengarse de ella.

—Gracias, Harry. Una última pregunta. ¿Christine estaba interesada en los asesinos en serie? ¿O algo relacionado con crímenes verdaderos?

—¿Asesinos en serie? No, para nada. Es la mujer más remilgada que hay. ¿Por qué lo preguntas?

—Lamentablemente, no puedo divulgar detalles sobre una investigación en curso. Pero en realidad no es nada importante.

—Lo entiendo. Pero, Rick... Bueno, ese es otro cantar. Ese hombre ha masacrado unos cuantos animales a lo largo de su vida.

Mia volvió a sacar su libreta.

—¿Qué quiere decir?

—Cuando no atendía su ferretería, estaba en su casa despiezando cerdos y ciervos y cosas por el estilo. Era un cazador experto.

* * *

De repente, Ella se dio cuenta de por qué tantos policías estaban tensos. El despacho de trabajo que le habían designado en la comisaría local parecía algo sacado de un salón de exámenes de secundaria y la silla de cuero era tan dura como sentarse en un cactus.

Los oficiales que la rodeaban la miraban con cierta malicia. Estaban amontonados al otro lado de la oficina, mirando de vez en cuando a la nueva chica. Cada pocos minutos, se producía un coro de risas.

Ahora sabía por qué habían dudado tanto en enviar las fotos de la escena del crimen al FBI. El comisario Harris tenía razón. No les gustaba la idea de que otra persona se hiciera cargo de su investigación y menos aún una mujer joven. Las fuerzas del orden eran un lugar donde triunfaba lo masculino. Siempre había sido así. E incluso en la progresiva era moderna, no había señales de que esto cambiaría en un futuro próximo.

Comenzaba a sentir como si estuviera en exhibición, como una curiosidad de museo a la que había que mirar. Cuando Ripley le restó importancia a su teoría de Ed Gein, la soledad y las dudas empezaron a invadirla. Le sobrevino una oleada de aturdimiento, pero Ella respiró profundamente y se tranquilizó. ¿Qué fue lo que dijo Bukowski? «Decide que lo quieres más de lo que le temes».

Lo que ella quería era atrapar al asesino. Quizás fuera un largo camino, pero todos los caminos comienzan con pequeños pasos.

—Aquí tienes, querida —dijo una voz detrás de ella. Era otro oficial, era joven, quizás tenía unos treinta años. También era guapo y de aspecto juvenil. Un gran contraste con los idiotas de mediana edad que estaban a unos pocos metros—. Todos los expedientes que tenemos sobre los casos que has solicitado. —Y los dejó sobre la mesa frente a ella.

—Muchas gracias por tu ayuda —dijo Ella.

—Debo decir que ya hemos recibido a unos cuantos forasteros, pero pocos tan guapos como tú. ¿Dónde te alojas mientras estás en Luisiana?

«Oh, Dios mío. Podría vivir sin esto ahora», pensó.

—Depende. Pero puedo decirte un par de lugares donde no me estoy alojando.

—De acuerdo, cariño. Eso no es necesario. Solo trataba de ayudar. Estaré por aquí si necesitas algo.

—Estaré bien —dijo Ella.

Se preguntó vagamente si había sido demasiado dura, pero su tía siempre le decía que nunca se vinculara con un policía, un soldado o un cirquero. Cada vez que ellos salieran de la casa, te preguntarías si alguna vez volverían.

Abrió el primer informe y lo leyó íntegramente. El ruido de la comisaría la desconcentraba, así que sacó su iPod del bolso y usó sus auriculares para taparse los oídos. Puso la banda sonora de «The Prestige» en repetición. Tenía que ser algo sin letra.

Leyó el informe de la primera víctima. Su nombre era Julia Reynolds, una chica de diecisiete años cuyas partes del cuerpo habían sido descubiertas en el cercano bosque de High Gate hacía una semana. Ella sacó el informe de la autopsia y vio que la causa de la muerte había sido la estrangulación, lo que significaba que el descuartizamiento se había realizado *post mortem*.

Ella vio que la ciudad natal de Julia Reynolds era Lake Charles, Luisiana. Realizó una rápida búsqueda y descubrió que Lake Charles estaba a unos cientos de kilómetros de distancia del lugar donde se descubrió su cuerpo. Siguió examinando el informe policial y encontró algo que le llamó la atención.

Julia Reynolds había estado pidiendo aventones^[2] el día de su desaparición.

Una chica adolescente. Pidiendo aventón. Descuartizada.

—Tiene que ser una broma —dijo Ella en voz alta, haciendo una nueva conexión. Levantó la mirada y vio a un grupo de oficiales mirándola fijamente. Volvió a bajar la mirada a la página, pero se perdió en sus pensamientos. Apiló el primer expediente y pasó al segundo.

La segunda víctima se llamaba Winnie Barker, una mujer de ochenta y un años que fue asesinada tan solo dos días después de la primera víctima. Según el informe policial, fue apuñalada en su cama mientras dormía y presentaba heridas de arma blanca en el pecho y el abdomen, así como una grave laceración a lo largo de la garganta.

Revisó el informe policial en busca de pequeños detalles. Dos cosas le llamaron la atención. La primera era que habían robado numerosos objetos de la casa de Winnie, algo que el asesino no había hecho en ninguno de los otros asesinatos.

Pero lo más alarmante era que la víctima había sido descubierta con una pequeña marca de lápiz labial en la pierna.

Para los demás, esto podía ser intrascendente. Podrían haber sido varias las razones por las que esa marca llegó a ese lugar.

Pero Ella sabía el motivo. Esta marca no era un accidente.

Las cosas comenzaron a moverse. Sí, estas víctimas eran muy diferentes. La victimología era inconsistente, pero eso no quería decir que no hubiera un patrón que encontrar. El *modus operandi* cambiaba con cada asesinato, pero ¿era posible que el *modus operandi* de este sospechoso fuera el hecho de cambiarlo cada vez?

Cuanto más lo pensaba, más creía que todo tenía sentido. Ripley estaba equivocada. Este sí era un caso serial, pero el autor era un asesino en serie que imitaba a otros asesinos en serie.

Julia Reynolds. Recorriendo el país pidiendo aventones, pero fue estrangulada, descuartizada y abandonada en el bosque. Esto fue una imitación de los asesinatos de Edmund Kemper, el asesino de Coed que asesinó a diez personas en California.

Winnie Barker. Fue apuñalada repetidamente, degollada y robada mientras estaba dormida. Esto fue una imitación de los asesinatos de Richard Ramirez, el acosador nocturno que aterrorizó Los Ángeles y San Francisco en los años ochenta. Durante uno de sus asesinatos, dibujó un pentagrama con lápiz de labios en la pierna de su víctima.

La evidencia estaba a plena vista. Y el de ahora era el de Ed Gein. No estaba imitando solo un asesino en serie, estaba imitándolos a todos.

—¿Todo está bien? —preguntó una voz—. Te escuché hablando contigo misma. Esto podría volverte loca si lo permites.

El oficial guapo de nuevo. Ella se sacó los auriculares.

—Solo estaba pensando en voz alta.

—¿Hay algo con lo que pueda ayudarte? Nosotros somos expertos en esto, ¿sabes? —Él se sentó en el borde del escritorio de Ella.

Detrás de ellos se oyeron fuertes pasos. Otra voz interrumpió.

—Vete a otro lado con tu basura, Rick Astley. La señorita Dark es más que capaz de ordenar sus propios pensamientos, gracias.

Ella se dio la vuelta y vio a Ripley esperándola. El agente saltó de la mesa y levantó las manos bromeando en señal de rendición. Entró en la sala de descanso, cerrando la puerta con más fuerza de la necesaria.

—Es posible que lo hayas avergonzado —dijo Ella. De repente, su pequeño estallido de antes no parecía tan malo.

—Me importa un comino. Conocerás a muchos tipos así, será mejor que te acostumbres. Lo mismo ocurre con esa pandilla de viejos impotentes en el rincón.

Algunos de ellos levantaron la vista. Ella trató de no reírse.

—De todos modos, olvídate de ellos. Tenemos que interrogar a un sospechoso. Recoge tus cosas y vamos.

—Estoy en eso —dijo Ella mientras levantaba su bolso.

—¿Encontraste algo? —preguntó Ripley.

—Sí. No vas a poder creerlo.

CAPÍTULO SIETE

Ella iba en el asiento del acompañante mientras Ripley conducía. A pesar de su actitud de tipa dura, Ripley conducía igual que una abuela que lleva a sus nietos al entrenamiento de fútbol un domingo por la tarde. Lenta, obediente y no se arriesgaba a pasar un semáforo en rojo. El comisario Harris les había conseguido un vehículo para que no tuvieran que recurrir a los taxis.

—Créeme, como agente, no te conviene que te pillen tonteando en la carretera. Se supone que debemos dar el ejemplo. Además, tratar de ser la dueña de la carretera prácticamente grita que eres una perra frígida y vieja.

Ella no la estaba escuchando.

—Edmund Kemper. Richard Ramirez. Ambas víctimas coinciden con sus *modus operandi* al dedillo. Estamos ante un imitador, estoy segura.

El tráfico del mediodía estaba incrementando, aunque en este pueblo, la hora pico también sería una experiencia tranquila comparada con la tortura de Washington D. C.

—Winnie Barker, la segunda víctima, incluso tenía un pentagrama dibujado en la pierna. Esa era una de las marcas distintivas de Ramirez. ¿Cómo puede ser solo una coincidencia?

Ella se volvió para ver a Ripley buscando un tipo de confirmación. Algo. Ripley frunció los labios y entrecerró los ojos mientras recorría las carreteras.

—¿No te parece?

—Es una gran conexión, Dark y es un vínculo que nunca habría hecho yo misma, pero parece un poco forzado.

—¿Forzado? ¿Cómo?

—Lo que veo cuando miro esas fotografías es una mancha roja en la pierna de una anciana. No veo un pentagrama. Ni siquiera sabemos con seguridad que fue el sospechoso quien puso la marca allí. Podría ser cualquier cosa. Sin mencionar que incluso podría no ser una marca de lápiz de labios. Podría tratarse de un rotulador o algún tipo de anomalía por la excesiva pérdida de sangre. No podemos sacar conclusiones precipitadas.

Ella se quedó sorprendida. Hizo tamborilear los dedos sobre el tablero del Honda. Se produjo un silencio incómodo entre ellas. Sintió un repentino deseo de encender la radio, pero lo reprimió. Se quedó pensando en los comentarios de Ripley.

—¿Pero por qué tendría una mancha en el tobillo? Alguien debe haberla puesto allí. Una anciana como ella habría tenido dificultades para llegar hasta allí. Tenía más de ochenta años.

—¿Quieres saber lo que creo que es? Creo que fue una marca de feriante.

—¿Una qué? —preguntó Ella, sin querer sonar demasiado novata, pero su curiosidad le ganó.

—Winnie Barker fue robada, ¿verdad?

—Sí.

—Algunas bandas de delincuentes a veces marcan literalmente a las víctimas potenciales con símbolos reconocibles. Esta práctica se remonta a la época de los feriantes deshonestos que marcaban a los crédulos con tiza para que otros feriantes supieran que podían engañarlos. Este es el equivalente moderno. Lo he visto muchas veces.

Ella lo analizó. Sin duda, había oído hablar de cosas similares en el pasado. Mientras consideraba la posibilidad, su teoría comenzaba a alejarse lentamente. Decidió intentar recuperarla un poco.

—Pero los robos generalmente no terminan con un homicidio —dijo.

—Es verdad, pero muchos robos sí han terminado en homicidio. El delincuente podría haberse dejado llevar, o podría haber sido por una venganza personal contra la víctima. Winnie pudo haberlo sorprendido en el acto y no quiso dejar un testigo. Hasta que no sepamos más, no podemos afirmar nada a ciencia cierta.

—Edis me mandó aquí porque puedo ver patrones —dijo Ella finalmente—. Si no fuera por mí, el estrangulador de Greenville seguiría en las calles. Para predecir el futuro, basta con mirar el pasado. —Ella decidió que no lo iba a dejar pasar.

—¿Sabes cuántas personas que piden aventones son asesinadas? Muchas. ¿Sabes cuánta gente es apuñalada? Aún más. Y aunque lo de la pierna de Winnie no fuera una marca de feriante, he visto a sospechosos dejar marcas de estrellas, círculos y todo tipo de dibujos toscos en las escenas del crimen.

Ripley tenía razón, admitió Ella para sí misma.

—Tu teoría de Ed Gein tiene sentido para mí, eso lo admito. Pero te estás agarrando a un clavo ardiendo. Estás tratando de encontrar patrones donde no los hay. Eso es lo que hacen los teóricos de las conspiraciones, no los detectives profesionales.

—¿Realmente crees que es solo una coincidencia que tres asesinatos en la misma semana tengan relación con infames asesinatos en serie? —preguntó Ella calmada.

Ripley dobló la esquina que daba a un parque de remolques y entró en un camino de tierra rocosa. Se detuvieron bruscamente donde comenzaba una hilera de remolques a ambos lados. Ripley se inclinó hacia delante y examinó la zona.

—Parece que hemos llegado al barrio bajo —dijo—. Y para responder tu pregunta, sí. Si se examina minuciosamente cualquier asesinato, se verá algún tipo de patrón de un crimen famoso o de un asesino en serie. Apuñalamientos, disparos, estrangulamiento, amputación de penes... todo lo que pueda ocurrir ha sucedido en algún momento de la historia. No significa que haya una conexión, solo significa que ya ha sucedido antes. Comparar estos asesinatos

con hechos ocurridos hace décadas no nos ayuda a encontrar al culpable.

Ella se mordió el labio para no contestar sin pararse a pensar su respuesta. Ripley tenía razón y dado su historial, ciertamente hacía bien su trabajo. Pero Ella no podía dejar de sospechar que Ripley tenía otros motivos para cuestionar sus hallazgos.

—¿Y el vínculo con Ed Gein? —preguntó Ella—. ¿No crees que eso es una imitación?

—Puede haber sido la inspiración. Pero dejando de lado las películas y los podcasts y todas esas cosas sensacionalistas, la verdad es que los imitadores son más raros que un perro verde. En mis treinta años, solo me he topado con un asesino imitador.

Ella se devanó los sesos pensando en el asesino en cuestión. Le vinieron a la mente algunos imitadores, pero ninguno que hubiera sido investigado por el FBI.

—¿Quién era? —preguntó.

—Eso no es importante ahora —dijo Ripley. Salió del coche y cerró la puerta con fuerza. Ella la siguió—. Bueno, ¿estás concentrada en esto? ¿O vas a estar pensando en esas teorías cuando estemos interrogando a este tipo?

—Estoy lista —dijo Ella.

—Bien, ahora vamos. Es el remolque número trece.

Pasaron por delante de dos contenedores de basura volcados. En el lateral de uno de los remolques, alguien había pintado con *spray* «HAY GENTE VIVIENDO AQUÍ». Toda la fila de remolques frente al número 13 estaba completamente a oscuras. No había luces en ninguna ventana. Sin embargo, a dos puertas de distancia, el número 17 ponía música a un volumen incómodamente alto. A Ella le pareció que estaban celebrando una fiesta, a pesar de que acababa de anochecer.

Ripley tocó la puerta del remolque número 13. Resonó con un ruido metálico.

—¿Sr. Cornette? Somos del FBI. Por favor, abra.

Ella oyó un sonido de arrastre de pies en el interior y luego un golpe repentino. Pensó que las paredes eran tan finas que probablemente podría atravesarlas de una patada.

—¿Qué? —gritó una voz desde adentro. Era áspera, apagada—. ¿Qué quieren?

—Oh, por el amor de Dios. Está borracho —dijo Ripley.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Ella.

Ripley se dio la vuelta para verla.

—Está hablando desde su garganta y no desde su diafragma. Esa es una señal instantánea de que tiene alcohol en el sistema. Sin mencionar las latas vacías en su basura.

—Oh, buen punto.

—Sr. Cornette, si no abre la puerta, me temo que tendremos que derribar esta puerta y llevarlo bajo arresto. Y algo me dice que eso no será muy difícil.

—Ya voy —gritó el hombre. La traba hizo clic y la puerta se abrió—. ¿Sí?

Algo le decía a Ella que, en otra época, Rick Cornette era un hombre guapo. Un cabello exuberante, una estructura delgada, ojos brillantes. Sin embargo, ahora todo eso había desaparecido. Rick tenía pequeños parches de cabello canoso enmarcando su rostro deteriorado. Un cuerpo escuálido, como si no hubiera comido durante meses. Piel amarillenta y un aliento tan desagradable que podría revivir a un muerto. Era un hombre de sesenta años que aún debería tener cuarenta y cinco.

—Soy la agente especial Ripley y esta es mi compañera, Ella Dark. Tenemos entendido que usted es el exmarido de la Sra. Christine Hartwell, ¿esto es correcto?

—Y yo que pensaba que ustedes eran las rameras que había llamado.

Ella y Ripley no dijeron nada.

—Bien. Entren. Pero no tarden mucho.

El remolque de Rick solo tenía un asiento, que apuntaba directamente a un televisor que emitía Fox News. Su cocina estaba

desbordada de platos sin lavar. Uno de sus armarios no tenía puerta. Ella vio varias pastillas de receta en su interior.

Rick se dejó caer en su asiento y les dio la espalda a Ripley y Ella. Ellas caminaron a su alrededor para quedar frente a él. Ripley apagó el televisor tirando del enchufe.

—Espera, ¿qué crees que estás haciendo? —gritó Rick. Levantó una botella de *whisky* medio vacía de al lado de su asiento y se puso en pie. Ella se estremeció, por un segundo pensó que Rick iba a lanzarles la botella.

Ripley tiró el cable al suelo con fuerza.

—Amigo, quizás no seamos las prostitutas que esperaba, pero definitivamente tendrá algo en el culo si no coopera.

Ella y Rick callaron atónitos. Ella esperaba algún tipo de respuesta machista, pero sorprendentemente, no se produjo ninguna. En cambio, Rick se volvió a desplomar en su asiento.

Luego él empezó a llorar. Con la cabeza entre las manos.

Ripley y Ella cruzaron miradas. Ella supuso que era el alcohol el que hablaba.

—Yo la amaba, ¿saben? Aún la amaba. Nuestro matrimonio era perfecto. No debería haber terminado. Cuando ella se quedó con mi tienda, ese fue el final de mi vida.

—Lamentamos escucharlo, Sr. Cornette, pero si pudiera responder a algunas preguntas lo dejaremos tranquilo. ¿Dónde estaba ayer por la tarde entre las cinco y las siete?

Rick se levantó de inmediato, limpiando las pocas lágrimas que se le habían acumulado bajo los ojos.

—Yo estaba aquí. ¿Por qué?

—¿Alguien puede confirmarlo?

—No.

Ella y Ripley se miraron.

—Está bien. Sr. Cornette, ¿es cierto que su relación con Christine incluía cierto abuso físico?

Rick se dirigió hacia la cocina y tomó una botella de *brandy* a medio terminar. La dejó sobre la encimera de la cocina y luego se

apoyó en el fregadero. Miró su reflejo en la pequeña ventana situada frente a él.

—Sí, nuestra relación tenía sus altibajos, pero eso no quiere decir que yo la haya asesinado.

—No dijimos que lo haya hecho —señaló Ripley—, pero dadas las circunstancias de su muerte, consideramos que es necesario descartarlo.

—¿Las circunstancias? ¿Cuáles?

—¿Es cierto que es un cazador, Sr. Cornette? —preguntó Ripley.

—Lo era. Ya no lo soy.

Las agentes esperaron a que Rick se explayara al respecto. Pero no lo hizo. Abrió la canilla, se echó agua en el rostro y volvió a la sala de estar.

—¿Podemos preguntar cuándo fue la última vez que ha visto a la Sra. Hartwell? —dijo Ripley.

—Hartwell —dijo Rick riendo—. Ni siquiera se quedó con mi apellido.

—¿No es lo que sucede cuando la gente se divorcia? —dijo Ella, tratando de aliviar la carga de Ripley de llevar adelante la conversación. Vio cómo la lástima que Rick sentía por sí mismo se convertía en frustración.

—Ella estaba saliendo con alguien más, ¿lo saben? Mientras estábamos juntos. —Rick tomó un trago del *brandy*—. Todo el mundo se puso de su lado. Desgraciados.

—Eso no fue lo que nos dijo su hermano —respondió Ripley. Ella vio que algo cambiaba, sintió que el ambiente se transformaba. Rick apretó los dientes y con la mano apretó el cuello de la botella. Se apartó de las agentes y lanzó su botella de *whisky* al otro lado de la habitación, donde chocó con la ventana de la cocina. Se rompió por la mitad y la botella se desplomó sobre la pila de platos. El estruendo fue casi ensordecedor. El hombre se agachó y cogió la botella de *whisky* que ya estaba vacía junto a su asiento.

—Ustedes, estúpidas policías, vienen aquí, creyendo que me conocen, acusándome de toda clase de mierdas. Ya les dije que

amaba a la zorra. No la mataría.

Ella trató de calmarlo.

—Eso está muy bien, pero nosotras...

—Cierra la boca —interrumpió Rick. Tropezó contra una pared y se golpeó la cabeza contra ella—. ¿Eso no es suficiente? ¿El hecho de que la amara? ¿No me creen?

Hubo una gran pausa de todos los presentes. Ella seguía oyendo la irritante música de batería y bajo que provenía de dos remolques más abajo.

—No —dijo Ella.

Y antes de que ella o Ripley pudieran añadir algo más, Rick atravesó la habitación en un abrir y cerrar de ojos. Lo último que Ella vio fue el chaleco manchado de Rick, los dientes marrones y los globos oculares hinchados, a unos escasos centímetros de la cara de ella.

Y se paralizó.

* * *

Siempre le habían dicho que ningún entrenamiento era capaz de preparar a alguien para el mundo real. La gente siempre decía que la experiencia era el mejor maestro, aunque la prueba siempre llegaba antes que la lección.

Pero cuando su visión se vio interrumpida por la mano de Rick, que seguía agarrando una botella de vidrio, una oleada de adrenalina la sacudió de pies a cabeza. Y lo que era aún mejor, era una sensación familiar. Le vinieron a la mente recuerdos de sus clases de artes marciales. Reconoció los puntos de presión por instinto: la muñeca, la ingle, las sienes, los ojos.

Ella se movió rápidamente hacia su izquierda mientras Rick se precipitaba hacia ella. Extendió la mano, le agarró la muñeca y le clavó la rodilla en el estómago. La botella voló de la mano de Rick y se estrelló contra el televisor mientras él se doblaba. Aprovechando

un momento fugaz, Ella mentalmente trazó dos o tres centímetros por encima de los ojos de su atacante. Todavía con una mano alrededor de la muñeca de él, estrelló la palma de la otra mano directamente contra la sien de Rick. La cabeza de él se sacudió violentamente, haciendo que el cerebro le rebotara en el cráneo y dejándolo incapacitado durante unos cinco segundos.

Rick cayó de rodillas mientras levantaba el brazo para protegerse la cabeza. En ese momento, Ella le enganchó los dos brazos a la espalda y luego le hincó la rodilla en la columna vertebral. El cuerpo de Rick quedó inmóvil en los brazos de Ella mientras ella le empujaba la cara contra la alfombra azul barata del suelo de la sala de estar.

Ella levantó la mirada hacia Ripley, que observaba la escena con los ojos bien abiertos.

—¿Puedes ayudar a una novata y arrojarme esas esposas? —dijo Ella.

Ripley lo hizo. Ella atrapó las esposas y se las colocó a Rick con una técnica impecable. Rick empezó a retorcerse cuando el dolor de los golpes de Ella se calmó, pero ella le sujetó la cara para que sus gritos fueran silenciados.

—Demonios —dijo Ripley.

Ella retrocedió un poco. Rick no se iría a ningún lado. Él rodó sobre su espalda y escupió un grueso chorro de flema.

—Sí. Veinte años de clases de artes marciales finalmente dieron sus frutos —dijo Ella. Se puso de pie. Hasta ahora, nunca había visto que Ripley se quedara sin palabras—. ¿Qué? ¿Nunca has escuchado hablar de Bujinkan? —pregunto Ella.

Ella percibió una expresión de algo parecido al asombro en el rostro de Ripley.

—No —dijo Ripley.

—Es japonés. Se centra en los puntos de presión. Se golpean ciertas áreas hasta que la persona queda desorientada. Sienes, abdomen, columna vertebral.

—La querida parálisis. Es extremo, pero parece haber funcionado —dijo Ripley. Se agachó junto a Rick—. No esperabas ser tú el que estuviera atado esta noche, ¿verdad?

Rick escupió otra bola de fluido.

—No tienen nada contra mí —gritó Rick—. No he hecho nada malo. —Intentó ponerse de pie pero cayó por el propio peso de su borrachera.

—Ya lo veremos. —Ripley levantó a Rick. Ella ayudó a sujetarlo. Rick intentó desesperadamente liberarse las manos, pero rápidamente reconoció su derrota cuando se dio cuenta de que no tenía sentido. Ripley y Ella lo llevaron hasta la puerta del remolque y, cuando la abrieron, había dos mujeres jóvenes fuera. Ambas eran rubias platinadas y apenas habían terminado la adolescencia. Una de ellas tenía un cigarrillo incrustado entre los labios.

—Cambio de planes —dijo Ella, apartándolas del camino haciendo un gesto con la mano. Su batalla con Rick le había dado una nueva sensación de autoridad. La adrenalina seguía corriendo por sus venas. Era la ley y sería mejor que la respetaran—. Nosotros nos ocuparemos de escoltarlo ahora.

CAPÍTULO OCHO

Ella sostuvo abiertas las puertas de la comisaría mientras Ripley empujaba al hombre esposado a través de ellas. Rick tropezaba de vez en cuando, reduciendo a propósito su ritmo para molestar a las agentes. Pero los fuertes golpes de Ripley en su columna vertebral no tardaron en apresurarlo.

Por el pasillo y hasta la oficina principal, sus pasos llamaron la atención de los oficiales del turno de noche. Más adelante, Ella vio al comisario Harris mirando una pila de papeles. Él se levantó de su silla cuando las vio acercarse y se apresuró a darles una mano. Se colocó el bolígrafo detrás de la oreja y miró al detenido de arriba abajo. A continuación, sacudió la cabeza en señal de desaprobación.

—El viejo Rick Corny —dijo Harris—. Solo era cuestión de tiempo hasta que volvieras a estar aquí.

Rick, vestido con un chaleco manchado y pantalones deportivos, claramente sintiendo los efectos del frío, le gruñó a Harris mientras se mecía entre Ripley y Ella.

—Solo dame mi llamada telefónica —dijo Rick—. Tengo que decirle a tu madre que no la veré esta noche.

Harris sacudió la cabeza expresando su rechazo.

—Métenlo en la sala de hielo, damas. Es al final del pasillo a la derecha.

Durante todo el viaje la actitud de Rick fue cada vez más desagradable. Al principio, solo había hecho comentarios lascivos, algo a lo que ambas agentes estaban acostumbradas. Pero el licor en su sistema lo había rebajado lentamente a un balbuceo

incoherente. El repentino golpe de aire fresco le había dado un nuevo impulso, pero en cuanto Rick fue empujado a la sala de interrogatorios de la comisaría, volvió a murmurar tonterías y a perder la conciencia. Ripley lo sentó en una silla de madera dura, diseñada expresamente para ser incómoda. Rick no pronunció ni una palabra. Las dos agentes se sentaron frente a él.

—¿La sala de hielo? —dijo Ella. Se lo preguntó a Ripley.

—Significa la sala de interrogatorios. Es un viejo truco policial que consiste en poner el aire acondicionado al máximo para someter al sospechoso a un estrés adicional.

Ella se sorprendió un poco de que Ripley revelara esa información delante de Rick, pero teniendo en cuenta que tenía los ojos cerrados y estaba echado sobre el escritorio, no parecía ser un problema muy importante. Ella se puso imaginariamente en su lugar, mientras sentía que la temperatura escalofriante de la sala se alojaba en sus terminaciones nerviosas. Notó cómo el aire frío se le colaba en los pulmones, en la garganta y en los ojos. Era penetrante, desagradable.

—Sr. Cornette, no estás aquí para dormir. Estás aquí para responder nuestras preguntas. ¿Lo entiendes? —dijo Ripley.

Rick no respondió nada. Se movió en su silla, balanceándose de un lado a otro. Ella miró a Ripley y se encogió de hombros.

De repente, Ripley golpeó la parte inferior de la mesa, levantándola por completo del suelo para que Rick recobrara el conocimiento. Él parpadeó frenéticamente y le cayó un chorro de babas de los labios.

—¿Qué? —dijo él—. ¿Qué quieren?

—Quiero meterte en la cárcel por el asesinato de tu exesposa y me lo estás haciendo muy fácil —dijo Ripley—. ¿Vas a hablar, o debemos tomar tu silencio como una indicación de culpabilidad?

Rick espetó algo que casi parecían palabras, pero ni Ella ni Ripley entendieron nada.

—Creo que estamos perdiendo el tiempo aquí —dijo Ella—. Está demasiado borracho como para poder darnos información real.

Finalmente, Rick colapsó boca abajo sobre la mesa de madera frente a él. Ripley suspiró.

—Espero que le haya dolido. Vamos. —Le hizo un gesto a Ella—. Dejémoslo aquí. Tienes razón, estamos perdiendo el tiempo.

Las dos agentes se levantaron y salieron de la sala. Ripley llamó a Harris para que encerrara a Rick durante la noche.

—Podemos volver a intentarlo en la mañana —dijo Ella. Las agentes volvieron hacia el escritorio en el que estaba trabajando Ella. Levantó su bolso, que estaba guardado debajo. Todavía había algunos oficiales con los ojos cansados dispersos por la sala, que se esforzaban por continuar con la ayuda del café y los dulces.

—Cuando dije que estábamos perdiendo el tiempo, me refería en pasar tiempo hablando con este borracho. No es nuestro asesino y apostaré mi vida en ello —dijo Ripley—. Lo tendremos aquí hasta la mañana. Harris, acúsalo con el cargo de ebriedad y desorden, y por intento de agresión. Después de eso, puede irse.

Al volver a mirar a Rick a través de la pequeña ventana, Ella se dio cuenta de que lo único que podía determinar al mirar a Rick era que era un hombre, con todos los rasgos que lo hacían humano y nada más. Podía visualizar a Rick cometiendo el asesinato de Christine Hartwell, pero al mismo tiempo no podía imaginarlo haciendo algo así. Se le ocurrió que no tenía ni idea de lo que podía estar pensando Rick, ni de los secretos que podía estar ocultando. Vio un muro impenetrable de anatomía humana, con toda la verdad oculta e imposible de descubrir. El hecho de que Ripley pudiera afirmar tan fácilmente y con tanta certeza que Rick no era el responsable de este asesinato la llenó de asombro, celos y temor por no poseer esa capacidad.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —preguntó Ella.

—Mira en el estado que está. Este hombre es un desastre. Física, mental y emocionalmente. No podría haber logrado hacer una escena del crimen tan elaborada como la que vimos. Además, si quería que su exesposa desapareciera, ¿por qué llegaría hasta tales

extremos para matarla? Podría haberlo hecho discretamente y dejando el menor desorden posible.

Ahora, Ella lo veía. Ripley tenía razón, pero la presionó más, desesperada por obtener una explicación más profunda. No quería solo una explicación de su intención de liberar a Rick, sino una explicación de cómo Ripley era capaz de simplemente ver estas cosas.

—¿Y si solo lo hace como para desorientarnos? ¿Como si hubiera exagerado a propósito con el asesinato para hacernos creer que no era él? —preguntó Ella.

—Como dije antes, saca tu cabeza de los libros. Muy pocos asesinos serían tan inteligentes. Cuando conocimos a Rick, apenas sabía qué día era. Y teniendo en cuenta el estado de su remolque, ha estado viviendo como un simio durante meses. Ahoga sus penas con alcohol y paga prostitutas. Esa es su vida. No tiene las capacidades mentales ni físicas para ser nuestro agresor. Lo pude oler desde el principio. Teníamos que traerlo —continuó Ripley—, porque estamos estancadas con las pistas. Y los imbéciles maltratadores como él realmente me hacen enojar.

Ella asintió, asimilándolo todo. El agotamiento de las últimas veinticuatro horas la invadió, enviando un fuerte dolor al centro de su cerebro. Todos los viajes y las correrías eran algo completamente nuevo para ella y la descarga de adrenalina había agotado por completo sus niveles de energía.

—¿Damos por terminada la noche? —preguntó.

—¿Ya? Solo son las nueve de la noche.

Ella sintió que su corazón se hundía.

—Comisario —llamó Ripley—, ¿puedes llevarnos a la oficina del forense? La novata quiere ver sus primeros cuerpos en la mesa de autopsias.

—¿Las otras víctimas? —dijo Ella—. ¿Ahora?

—¿Ahora? —Harris se hizo eco de lo dicho por Ella desde el otro lado de la sala—. No estará abierto a estas horas. Todos mis chicos están agotados y yo también tengo que ir a casa. Mi mujer está

empezando a pensar que estoy engañándola con tantas noches llegando tarde.

—De acuerdo —dijo Ripley—. Entonces vamos, novata.

«Gracias a Dios —pensó Ella—. Necesito estar sola para recuperarme».

—¿Quieres que yo conduzca al hotel? —dijo Ella.

—¿Al hotel? No, no, no. Vamos a otro lugar. Y definitivamente no vamos a ir en coche allí.

CAPÍTULO NUEVE

La taberna de Freya le recordaba a Ella el *pub* Milestone de Washington, que era el lugar al que acudía cualquier agente de la ley. Pero aquí había una clientela muy diferente. A juzgar por las miradas que recibieron ella y Ripley al entrar, algo en su apariencia merecía ser contemplado.

Era un bar informal situado a escasa distancia de la ferretería de Christine Hartwell, con un fuerte olor a cerveza rancia y una decoración sacada directamente de un *pub* inglés de los años ochenta. Mesas circulares, máquinas de juego y ni un solo letrero de neón. Su monótono interior era casi impresionante.

Los sábados por la noche, Freya era el lugar al que iban los lugareños que querían liberarse del estrés de la semana laboral. Pero esta noche, solo se habían aventurado a salir de sus casas los más empedernidos amantes del alcohol. Ella se imaginaba por qué.

Ella encontró una pequeña mesa cerca de una ventana y miró hacia afuera mientras se sentaba. Pudo ver la fila de tiendas delimitadas por la cinta. Dos oficiales estaban sentados en un coche de policía fuera, impidiendo el paso a cualquier visitante curioso.

—¿Qué tomas? —gritó Ripley desde la barra.

—Una coca, por favor.

Se sentía un poco culpable de beber alcohol mientras la sangre de una víctima de asesinato se secaba a dos pasos de distancia, por eso se limitaba a tomar refrescos.

Pero Ripley, claramente no tenía la misma sensación. Volvió a la mesa con un vaso de *whisky* a medio llenar de un líquido marrón

dorado. Ripley se lo bebió todo de un trago y se acomodó en su asiento. Ella sorbió su bebida lentamente, sintiendo que tal vez la estaban juzgando por pedir algo suave.

—No, no tengo un problema con la bebida —dijo Ripley—. Excepto cuando no puedo conseguir un trago.

Ella se rio.

—Nunca hubiera pensado algo así. Solo estoy tratando de mantener la cabeza despejada. Lo último que quiero es despertarme sintiéndome más cansada de lo que ya estoy.

—Está bien. Sé que lo estabas pensando, pero ¿qué es la vida sin un trago o dos? Especialmente en este tipo de trabajo.

A Ella le dieron ganas de husmear, de preguntar cosas que no tuvieran que ver con asesinatos, perfiles o protocolos del FBI. Si había un momento para hacerlo, era ahora.

—¿Crees que tu trabajo lleva a que la gente beba? —preguntó Ella.

—Oh, sí, lo hace y eso es por dos razones. Muchas personas de las fuerzas del orden beben para olvidar, pero yo aún no he llegado a eso.

—¿No?

—En mi opinión, ya estoy ganando. La mayoría de los agentes no llegan a mi edad. Probablemente me queden menos de diez años de trabajo antes de tener que dejar la placa. Cuando llegue ese día, me imagino que pasarán unos cuantos años más antes de que se termine mi vida, así que podría disfrutar un poco mientras esté viva.

—¿Quieres decir que ya no disfrutas mucho? —preguntó Ella, manteniéndose lo más casual posible.

—Es difícil. Estoy en mis cincuenta, siempre juré que nunca sería una de esas personas de carrera que se casan con su trabajo y no tienen nada más por lo que vivir. Veinte años después, es exactamente dónde estoy. Mis hijos están fuera haciendo sus propias cosas y solo vuelven a verme en Navidad. Tengo una casa de cuatrocientos mil dólares con tres habitaciones vacías esperándome

en Washington y un par de exmaridos que no quieren hablar conmigo.

Como el bar estaba bastante tranquilo, Ripley llamó al camarero desde su asiento para pedirle otro *whiskey*. Él asintió con la cabeza, recibiendo el pedido.

—Pero has hecho todo lo demás —dijo Ella—. Hay gente en todo el país que te admira. Tienes distinciones que la gente mataría por tener. Tienes la oportunidad de viajar por el mundo y te pagan bien por ello. A mí me parece un sueño.

—Exacto. Parece divertido, pero también lo hace acampar en el Monte Fuji. La gente tiende a cambiar de opinión cuando tiene témpanos en los pezones en mitad de la noche.

Ella se rio de nuevo. ¿Quién sabía que la aclamada veterana del FBI Mia Ripley tenía sentido del humor? Tal vez hablaba por la bebida, pero esto era lo máximo que Ella había podido saber sobre Ripley desde que la había conocido. El camarero se acercó y dejó un *whisky* delante de Ripley y un cóctel multicolor delante de Ella.

—Lo siento, yo no pedí esto —dijo Ella.

—Lo sé, es...

—No me digas —interrumpió Ripley—. ¿Es un regalo de esos caballeros apoyados en la barra de allí?

—Correcto —dijo el camarero—. Puedo devolverlo si lo deseas.

Ella miró al otro lado del bar y vio a dos tipos, probablemente tenían cerca de treinta años, que intentaban desesperadamente aparentar que estaban en medio de una conversación. Parecían campesinos, eran muy diferentes de los habituales ciudadanos^[3] que hacían el mismo truco en los bares de Washington.

—No, me lo quedaré, gracias —dijo Ella. El camarero se fue. No quería incomodar a quien se lo había enviado. Le parecía que no valía la pena. Además, una parte de ella lo apreciaba.

—Tienes suerte. No puedo recordar la última vez que eso me sucedió —dijo Ripley—. Debe de ser agradable saber qué aún tienes el toque.

—Es un gesto amable, pero siempre se siente muy vacío, ¿entiendes?

—Entiendo lo que dices. ¿Tienes un novio en casa?

—No. No tengo novio.

—¿Novia?

—¿Una compañera de apartamento cuenta?

—Claro.

—Entonces sí, tengo una novia —bromeó. Ella acercó el cóctel hacia el lado de la mesa de Ripley—. Aquí tienes. Considera esto como mi primer regalo para ti.

—Bueno, probablemente esto sea más dulce que el pis de un diabético, pero una bebida gratis es una bebida gratis —dijo. Chocó el vaso de cóctel contra su vaso de *whisky* para atraer la atención de los dos caballeros y luego lo levantó hacia ellos—. Gracias, chicos —gritó—, pero hace falta algo más que un cóctel barato para conquistar a una novata como esta. —Ripley bebió un trago y luego hizo una mueca de asco—. Uf, es horrible.

Ella se movió en su asiento para esconderse de los dos hombres. Se sentía un poco avergonzada. Por sus experiencias anteriores, no existía una bebida gratis. Siempre querían algo a cambio. Esperó el momento en que solían acercarse para presentarse lenta y penosamente. Ella respiró aliviada cuando los dos hombres salieron del bar.

—¿Por qué me lo preguntas? —preguntó Ella—. Créeme cuando te digo que mi vida no es nada interesante más allá de mi burbuja trabajando en Inteligencia. En todo caso, debería ser yo quien te interrogara. ¿No es eso lo que debería hacer una estudiante curiosa?

—Vamos. Dame tu mejor pregunta —dijo Ripley.

—¿El caso más intenso en el que hayas trabajado?

—David Parker Ray. 1999.

Ella esperaba un poco más, pero no dijo más nada. Ya sabía sobre el caso de David Parker Ray y los detalles eran más que perturbadores y pasaban a otra categoría. Ripley volvió a prestar atención al mundo exterior mientras un breve silencio perduraba en

el aire. Ripley dio un gran trago a su bebida. Ella pensó que era mejor no insistir más, así que cambió de tema.

—¿Cuál es tu mayor arrepentimiento? —preguntó.

Ripley apoyó el ahora vacío vaso de *whiskey* en la mesa y tragó saliva. A su lado, el cóctel seguía medio lleno.

—No retirarme a los cincuenta —dijo Ripley, volviendo a acomodarse en su asiento—. Pero sabía que si me quedaba sentada en casa querría volver al campo. Pero cuando estoy en el campo, me arrepiento de no haberlo dejado todo. Es una batalla constante.

—Como «Rocket man» —dijo Ella.

—¿Quién?

—La historia de «Rocket man». El astronauta que extraña a su familia cuando está en el espacio, pero que extraña el espacio cuando está con su familia. Se trata de la lucha entre la conformidad y la búsqueda de esa última emoción. Mucha gente se encuentra en tu situación cuando llega a la edad de jubilación.

—Y el mejor consejo que te puedo dar es que no dejes que llegue a ese punto. No cometas el error de idealizar este trabajo, ni a la gente que perseguimos. Los asesinos en serie no son una especie exótica que hay que admirar. Son personas normales que cagan y apestan como el resto de nosotros. Son escoria y ciertamente no vale la pena dedicarles la vida —dijo Ripley—. Si te hago las cosas difíciles, es porque veo un poco de mí en ti. Pero veo una versión de mí que podría tener un final diferente. Cuando esto termine, vuelve a tu trabajo de oficina. Construye una vida fuera del trabajo y no la descuides. No te pases la vida persiguiendo asesinos, o acabarás siendo otra víctima.

Ella se quedó perpleja. No sabía qué decir. Lo último que esperaba era recibir un cumplido de Mia Ripley, por más indirecto que fuera.

—O aún peor, terminarás siendo una «Rocket man» como yo.

Ambas rieron.

—La idea de volver a trabajar en mi oficina parece realmente rara —dijo Ella—. Solo ha pasado un día, pero parece haber sido hace un

millón de años.

—¿Por qué te alistaste al FBI en principio? —continuó Ripley—. Una chica con tus habilidades podría estar ganando mucho dinero en el mundo de la tecnología.

Era la pregunta que más temía. Se la habían hecho cientos de veces en su vida y nunca había respondido con honestidad. Tal vez era el momento de sincerarse por fin. Dirigió su mirada hacia una luz baja que colgaba sobre la zona de la barra donde habían estado sentados los dos caballeros. La luz la cegó, ocupando toda su visión. Durante unos instantes, estuvo en un lugar y un tiempo diferentes. La taberna de Freya se convirtió en el dormitorio de su infancia y se vio mirando un reloj digital que parpadeaba.

Eran las 5:02 de la mañana. Ella no podía recordar haber visto antes los números comenzando con el 05. Cerró los ojos con fuerza deseando que al abrirlos estuviese más cerca de su hora habitual de despertarse, las 7:30.

Pero no funcionó. Algo la había despertado y ahora estaba completamente despierta. Se sentó en la cama y se asomó detrás de las cortinas. Aún estaba completamente oscuro afuera. El sedán de su padre estaba estacionado torcido fuera de su casa. Él decía que eso evitaba que los ladrones de coches intentaran llevárselo.

Ella escuchó atentamente los sonidos de la madrugada que nunca había escuchado antes, las canciones que entonaba la noche. Ningún coche pasaba por delante de su ventana y no oía ninguna señal de vida en su propia casa ni en la de sus vecinos. Todo estaba en silencio y quietud, hasta el punto de que sintió un repentino deseo de llorar. Nunca había sido la única persona despierta en la casa.

Al otro lado de la puerta de su habitación, pudo ver que la luz del pasillo seguía encendida. Su padre siempre la dejaba apagada cuando dormía, así que quizá él también se había despertado temprano. Ella saltó de la cama y abrió la puerta lo más sigilosamente posible. Necesitaba verle la cara, independientemente de que estuviera despierto o no. Necesitaba encontrarle sentido a

esto y luego podría volver a dormir. Si su padre le preguntaba por qué se había levantado de la cama, le diría que se le había caído el coletero y que el cabello le molestaba en la frente.

En el pasillo, la luz naranja le hizo doler los ojos. Parpadeó hasta que se adaptaron y luego trató de escuchar a su padre. Nada. Un silencio absoluto.

De repente, notó algo inusual.

La puerta del dormitorio de su padre estaba completamente abierta. Él no había dejado la puerta abierta desde que ella era una bebé.

—¿Hola? —dijo una voz. Esta vez, la voz provenía desde el exterior de su acústica interior. Volvió a la realidad, viendo de nuevo a Ripley frente a ella.

La música invadió sus oídos. Rock duro de los años ochenta. Sonaba como AC/DC, pero no estaba segura. De repente, estaba de vuelta en la taberna de Freya, muy lejos y a muchos años de distancia de aquella noche cuando era una niña de cinco años. Siempre se esforzaba por contener las visiones, pero la acechaban como una araña desde el suelo. En cuanto se daba cuenta de que estaban latentes, necesitaba mucha fuerza de voluntad para no darles rienda suelta. Cualquier mención a la familia, al trabajo o a un trauma podía hacerle revivir todo el dolor y destrozarla por el peso de sus recuerdos. Siempre se había enorgullecido de ser abierta, honesta, auténtica, pero había ciertos temas que evitaba como la peste. Este era uno de ellos.

—Lo siento, me fui al país de los sueños —bromeó Ella.

Ripley entrecerró los ojos para mirarla. Ella sintió su mirada. Era la misma mirada que había contemplado directamente dentro de un centenar de los delincuentes más violentos de Estados Unidos y ahora la apuntaba a ella. Le quemaba. La hizo sentir expuesta, como si Ripley pudiera ver todo lo que acababa de imaginar.

—Solo he trabajado en las fuerzas del orden hasta ahora —dijo Ella, tratando de volver a concentrarse en la pregunta inicial—.

Comencé en la policía estatal de Virginia hace siete años y nunca busqué otra cosa. Supongo que he quedado encasillada —se rio.

—Algo te estaba molestando hace dos segundos. ¿Qué era?

Ella tartamudeó.

—¿Molestándome? Nada.

—No me llaman la detectora de mentiras humana por nada. Hace un momento, te fuiste a otro lugar en tu mente. Háblame de ello.

Ella sintió que se paralizaba. No podía decirle la verdad a Ripley. Nunca se lo había dicho a nadie, mucho menos a alguien que solo conocía hacía veinticuatro horas. Pero si trataba de mentir para no hacerlo, existía la posibilidad de que podría afectar la opinión de Ripley sobre ella. Ella podía sentir que le estaba empezando a caer bien a Ripley, o al menos eso esperaba. Lo que menos quería era que eso desapareciera.

—Estaba tratando de pensar en el motivo por el cual me uní al FBI. En la época en que lo hice, estaban pasando algunas cosas malas en mi vida personal. Eso es todo.

—¿Cosas como qué?

—Creo que el término apropiado sería dramas familiares. —Ella esperaba que la mentira fuera lo suficientemente convincente.

El momento quedó en suspenso y se fue perdiendo poco a poco, pero enseguida Ripley lo revivió.

—Habla de ello. Creo que deberías hacerlo.

Ella pensó rápidamente en ideas para terminar la conversación, pero no se le ocurrió nada en concreto. Decidió ser directa.

—¿Podemos hablar sobre ello en otro momento? —preguntó. Ella vio que Ripley le lanzó una mirada de tres puntos, moviendo su mirada entre los pies, las manos y de nuevo a la altura de los ojos de ella. Era la mirada que decía que sabía la verdad al margen de lo que dijera.

—Reprimir el trauma no es bueno para ti. Si quieres hacer este trabajo durante más de una semana, tendrás que encontrar una manera de desahogar ese trauma.

—Lo entiendo, es solo que es una larga historia y el día de hoy me ha agotado.

Ripley sonrió con una mirada comprensiva. Ella no pudo percibir si era fingida o genuina.

—Claro, salgamos de aquí —dijo Ripley.

Salieron de la taberna de Freya y se adentraron en la noche, siguiendo las luces de la calle hacia una caseta de madera que servía de parada de taxis. Ripley asomó la cabeza por la mampara de cristal y reservó el siguiente taxi disponible para llevarlas al hotel.

Ella pensó que ver a Ripley haciendo algo tan mundano era una sensación extraña. Allí fue cuando se dio cuenta de que había dejado de verla como la figura legendaria por la que era conocida y empezó a verla como una persona de carne y hueso, con sus propios problemas, preocupaciones y remordimientos.

Lo más interesante era que Ella estaba empezando a darse cuenta de que Ripley no siempre tenía razón. Había puntos débiles en su razonamiento. La teoría de los imitadores de Ella parecía perfectamente válida en su mente y, sin embargo, Ripley se negaba a aceptarla, o incluso a tenerla en cuenta. Ella visualizaba todo el asunto como un rompecabezas: las víctimas, los *modus operandi*, las referencias a infames asesinos en serie, incluso los lugares. No veía ninguna falla, pero tampoco podía estar segura de que Rick Cornette no fuera un asesino. No sabía que los criminales solían marcar a las posibles víctimas de robos con extraños símbolos. Se percató de que había muchas cosas que desconocía y tal vez había ciertos aspectos de este asesinato que podrían desbaratar toda su teoría.

A lo lejos, Ella aún podía ver la Ferretería 101 de Christine. Uno de los oficiales de guardia se había quedado dormido en el coche de policía. Ella empezó a preguntarse qué tan fácil sería burlarlos. Se preguntó si el asesino había vuelto para inspeccionar su obra en las últimas veinticuatro horas. No era raro que los asesinos en serie se entrometieran en las investigaciones de cualquier manera que pudieran, ya fuera ofreciéndose a ayudar o llamando a la policía para proporcionar información falsa. Mientras más lo pensaba Ella, más

segura estaba de que el asesino al menos habría inspeccionado la escena de alguna manera, aunque solo hubiera sido pasando fugazmente en su coche por delante.

Ella pensó en los dos caballeros que le habían invitado el trago. Pensó en el camarero, en el policía que dormía, en los transeúntes de la noche que miraban con curiosidad la cinta de la escena del crimen al pasar. Cualquiera de esas personas podría haber sido responsable del asesinato de Christine Hartwell. Fuera quien fuera, podría haber estado en el mismo bar que ella y no lo sabría.

—Descansa un poco esta noche, Dark —dijo Ripley mientras esperaban—. Mañana por la mañana veremos algunos cadáveres.

CAPÍTULO DIEZ

Él se quedó en las sombras, observando a su presa. Recordó un párrafo de uno de los libros que había memorizado.

«El asesino en serie evoluciona continuamente hasta convertirse en su propio Dios y verdugo. Con cada nuevo asesinato, la droga homicida, mitigada por el uso habitual, crea una impresión decreciente y decepcionante. Lo extraordinario se vuelve cada vez más ordinario».

Eran las palabras de uno de los muchos hombres que admiraba. Los llamaba sus héroes. Los monstruos humanos a través de los cuales había vivido indirectamente desde que tenía uso de razón. Eran las palabras de Ian Brady, el asesino en serie, el genio psicópata de Inglaterra cuyas ideas sobre el asesinato le habían enseñado tanto y ya le habían traído un gran éxito.

Pero se había dado cuenta de que los conceptos solo le servían hasta cierto punto. Ahora sabía que adquirir conocimientos solo era la mitad de la batalla, ya que ponerlos en práctica era lo que diferenciaba a los verdaderos artistas de los aficionados. Y él había decidido que iba a ser el Picasso de su nuevo mundo. Nadie sería mejor que él. La gente hablaría de él durante décadas.

«Con cada nuevo asesinato, la droga homicida, mitigada por el uso habitual, crea una impresión decreciente y decepcionante». Sin embargo, se había asegurado de que las cosas fueran diferentes esta vez, para evitar cualquier impresión de decreciente. Aparte de los asesinatos por conveniencia, ¿cuántos asesinos en serie cruzan

los límites del género? Casi ninguno. Elegían su tipo de víctima y se apegaban a ella.

Bundy, Ramirez, Kemper, Gein. Todos ellos asesinaban mujeres.

Pero había un cierto caníbal de Milwaukee que tenía una predilección por hombres jóvenes, gay y afroamericanos. Hoy sería la resurrección de ese hombre.

Mientras veía al hombre salir a los tumbos de la discoteca hacia la carretera, volvió a tener pensamientos sobre descuartizamiento y lo excitaron al punto de empezar a temblar de anticipación.

El hombre empezó a alejarse caminando de la discoteca y él lo siguió. Su plan era simple. Seguirlo hasta su casa, entrar después de él y empezar el proceso. El hombre era Shawn Kelly y lo había conocido la semana pasada en la misma discoteca de la que había salido a tropezones ahora. Shawn era la víctima perfecta para lo que quería lograr. En cuanto iniciaron la conversación en su primer encuentro, su mente fue a las fotos de la escena del crimen de Dahmer y fue entonces cuando las piezas encajaron en su sitio.

Shawn cantaba mientras se dirigía a su casa, saliendo de la calle principal y entrando en una calle lateral inquietantemente tranquila. Sabía el recorrido exacto que Shawn seguiría hasta su casa y, según sus cálculos, le llevaría unos doce minutos de caminata. Hasta ahora, las cosas iban según lo previsto.

Shawn se apoyaba en la pared al avanzar por la calle lateral, consiguiendo mantenerse en pie. Shawn dobló hacia una gran calle sin salida iluminado por una luz naranja.

No le gustaba la calle sin salida. Era demasiado amplia, demasiado visible. Había casas en todas las direcciones, por lo que era fácil que alguien pudiera ver a un hombre extraño que seguía al borracho.

Pero sabía que la casa de Shawn estaba ubicada en la próxima calle. Mantuvo la distancia, mirando de vez en cuando su teléfono para dar la impresión de que estaba buscando un lugar cercano. Levantó la vista y vio que Shawn llegaba al pequeño sendero que

llevaba a la calle en la que estaba su casa y entonces se acercó un poco más para no perderlo de vista.

Pero entonces aparecieron las voces. Desde algún lugar por encima del muro. Eran numerosas y de tono jovial. El sonido inconfundible de la juventud borracha.

La irritación nubló su mente. Odiaba ese sonido y lo que era peor, desorganizaba su itinerario. Estaba parado en la entrada de la callejuela cuando, presa del pánico, se dio la vuelta y se apresuró a alejarse de la vista.

Ahora podía oír a Shawn hablando con ellos. Hablaban sobre la discoteca en la que había estado y sobre cómo se había emborrachado por completo. «Debe conocerlos», pensó.

—Vamos a Freya —dijo uno de los extraños—. ¿Vienes?

No, no, no. Estaba a punto de enfermar de preocupación. Se apoyó en la pared, sintiendo un repentino vacío en el estómago.

«No te atrevas a arruinar mi itinerario —pensó—. Hemos llegado hasta aquí. Si lo arruinan, los siguientes serán ustedes, imbéciles».

Continuaron hablando y después escuchó pasos que se acercaban hacia él. Entró en pánico. Su primera idea fue correr, pero eso solo conseguiría llamar la atención hacia él. Sabía que no podía arriesgarse a que lo vieran.

Quienquiera que fuera estaba saliendo del callejón. Estaban a punto de verlo y quizás Shawn también. Si eso sucedía, todo se echaría a perder.

Gracias a un instinto que no sabía que tenía, apoyó el brazo contra la pared y se inclinó hacia delante. Tosió hasta que la bilis le subió por el estómago hasta la garganta. Sintió su presencia detrás de él, observándolo.

—¿Estás bien, amigo? —preguntó uno. No era Shawn.

Levantó su pulgar en alto y luego continuó escupiendo. Expulsó algunas flemas al suelo.

Esperó el tiempo que le pareció una eternidad. Pero luego los escuchó irse. Aún apoyado contra la pared, los miró y vio que ambos eran blancos y adolescentes. Shawn no estaba con ellos.

El alivio lo invadió y cuando los chicos desaparecieron, se apresuró a cruzar la callejuela para seguir con su plan.

Llegó al otro lado y vio que Shawn seguía avanzando, tambaleándose. Llegó a su pequeña vivienda independiente, que gozaba de una impresionante vista del lago. Por supuesto, el asesino ya sabía la dirección de la casa de Shawn. Sabía cuál era su trabajo y sabía que había pagado la casa con la ayuda de su papá.

Se acercó, asegurándose de quedar oculto en las sombras.

Shawn rodeó la parte trasera de su casa, abrió una verja que le llegaba hasta la cintura y entró en su patio trasero. Como la mayoría de las casas del pantano estaban situadas en amplias zonas de hierba, era difícil encontrar espacios privados. Los paseos públicos solían rodear manzanas enteras, dejando los patios traseros a la vista de cualquier transeúnte. No le costó rodear el patio trasero de Shawn y permanecer en la oscuridad.

Al fin, Shawn llegó a su casa. Se prendió una luz en la planta baja. Habían pasado unos noventa minutos desde que el asesino había depositado la píldora en la bebida de Shawn y había escapado, por lo que sus efectos debían producirse en cualquier momento. Y allí sería el momento de atacar.

Dio un pequeño paseo hasta el final de la calle y volvió por si algún curioso le hubiera visto. Se aseguró de llevar su teléfono en la mano en el camino de vuelta. Si alguien le preguntaba, diría que estaba hablando con un tipo de la zona en una aplicación de citas y que había quedado para una cita a medianoche. Si alguno de los vecinos conocía a Shawn, y estaba seguro de que lo hacían, sin duda le creerían.

Después de que pasaron tres minutos, se acercó más al patio trasero de Shawn.

Como era de esperar, las herramientas del asesino seguían en el lugar donde las había dejado antes. Shawn estaba demasiado borracho como para poder darse cuenta de que estaban allí, a pesar de que estaban junto a su valla.

Un taladro eléctrico. Una botella de anticongelante, cortesía de la Ferretería 101 de Christine.

La puerta trasera se abrió con un clic. Entró en una cocina oscura con paneles de azulejos en blanco y negro. Cinco pasos después, estaba en la sala de estar, mirando a un hombre sentado en su sofá que miraba su teléfono celular.

—Hola, Shawn.

El hombre saltó del susto. El teléfono le salió volando de las manos.

—Vaya, mierda. Me has asustado. —Se llevó las manos al pecho y sonrió—. Entra—. Le hizo una seña al extraño para que lo acompañara en el sillón—. ¿Cómo es tu nombre? ¿O solo debo llamarte JD213?

—Puedes llamarme Jeffrey.

—¿Jeffrey? ¿En serio? ¿Qué tienes ochenta años?

El asesino dejó escapar una risa falsa.

—Muy gracioso. Quizás no sea tan joven como tú, pero la edad trae experiencia.

—¿Crees que no lo sé? —dijo Shawn—. Escucha, seré honesto contigo. He bebido muchísimo y me siento muy mareado. Eres activo, ¿verdad? Porque no hay forma de que pueda... —Shawn se interrumpió, poniendo la mano en el hombro de su nuevo amigo.

—¿Qué pasa, Shawn?

—Solo estoy un poco mareado. ¿Podrías traerme un poco de agua?

Los párpados de Shawn comenzaron a temblar. El asesino lo observó fascinado. Casi era demasiado fácil. Quería añadir algo de miedo a la ecuación. Quería que Shawn supiera que estaba al borde de la muerte.

—Shawn, creo que debería llamarte una ambulancia. No te ves bien. ¿Has sido drogado?

—¿Cómo podría saberlo?

—¿Tienes la visión borrosa? ¿Tu pulso se ha acelerado? ¿Tienes una sensación de ardor en las sienes?

—Sí, pero estoy borracho.

—No tendrías esos síntomas con una borrachera. Has sido drogado. He visto esto antes. No tengo mi teléfono conmigo, dame el tuyo para que llame a pedir ayuda. Esto es serio.

—El teléfono está detrás de ti —dijo Shawn, tirándose hacia atrás en su asiento.

—Lo tengo —dijo—. Déjame traerte un poco de agua. —Fue hacia la cocina y abrió la canilla para darle realismo. Esperó un par de segundos y levantó la bolsa que había escondido cerca de la puerta trasera. Cuando regresó a la sala de estar, Shawn había llegado a la fase en la que se le ponían los ojos en blanco.

Shawn enfocó su visión.

—¿Bolsa? ¿Juguetes? —dijo, arrastrando ambas palabras—. Pervertido.

—Se podría decir que sí.

—¿Los has llamado? Creo que tienes razón. Estoy empezando a... —Shawn dejó de hablar.

Él levantó su teléfono.

—No. No he llamado a nadie. —Tiró el teléfono al suelo y con el pie golpeó la pantalla, haciéndola pedazos. Siguió dándole pisotones hasta que los cables y las placas de los circuitos quedaron a la vista.

—Oye, que dem... —Empezó a decir Shawn antes de volver a detenerse. Sus habilidades motoras habían desaparecido, dejándolo casi inmóvil.

—Nadie vendrá, Shawn. Solo somos tú y yo, y sí, has sido drogado. En cualquier segundo te irás a desmayar y entonces voy a matarte.

Se activó la reacción de lucha o huida de Shawn, que empezó a dar patadas hacia el extraño. Pero estaba demasiado débil, demasiado abatido.

—Debes tener cuidado con quién hablas en internet, Shawn, porque podrían estar observándote desde lejos. Podrían estar en el mismo bar que tú, armados con pastillas de violación para dárselas a

un chico cachondo y desprevenido. Luego podrían organizar una cita contigo a medianoche.

Shawn cerró los ojos, su sistema nervioso se vio forzado a paralizarse a través de sustancias extrañas y del miedo más absoluto. Había un leve rastro de vida, así que el asesino se abalanzó sobre él, cerrando las manos alrededor del cuello del Shawn y apretando con fuerza hasta que el chico se desmayó.

CAPÍTULO ONCE

Los pasos la despertaron.

No eran los de su padre. Eran más pesados y más descuidados.

Ella salió de su cama. Su lámpara de noche proyectaba formas verdes y azules en el techo de su dormitorio, rotando hipnóticamente en sentido horario. Pensaba que ya era demasiado grande para ello, pero cada vez que su padre lo apagaba, extrañaba el suave zumbido que tanto había asociado con dormir.

Afuera aún estaba oscuro, debía ser de madrugada. Nunca se despertaba temprano, a menos que algo la interrumpiera. ¿Quizás era su padre comprobando si estaba bien? Le había dicho cientos de veces que no lo hiciera. No necesitaba que viniera a ver si estaba bien.

No. Su padre se movía con cuidado. Ella conocía su ritmo. Lo había escuchado cada noche durante cinco años.

Su puerta estaba ligeramente entreabierta, lo que le permitía ver la parte del pasillo que se encontraba más lejos. Vio sombras que se movían y bailaban, pero algo le decía que esas sombras no pertenecían a su padre. No estaba segura de cómo lo sabía. Tal vez era una intuición infantil, igual que cuando podía darse cuenta de que su padre estaba enfadado o irritado. Las sombras tenían una presencia diferente, un aura extraña.

Ella se acercó a la puerta andando con cuidado, asegurándose de evitar la alfombra azul que había en el suelo de su dormitorio. Allí era donde los crujidos eran peores.

Se asomó y vio una figura entrando en el dormitorio de su padre. Solo alcanzó a verla de refilón, pero fue suficiente para saber que tenía razón. Había alguien más en su casa.

De repente se sintió enferma y mareada. Sentía un frío glacial en las yemas de los dedos, pero salió lentamente de su dormitorio y siguió a la extraña figura.

Luego la oscuridad se cerró sobre ella. Por unos segundos no vio nada, salvo breves destellos de luz, pero cuando se le adaptaron los ojos a las condiciones de la habitación, vio la silueta de un hombre que sostenía un cuchillo en la mano.

Él estaba de pie junto a su padre que dormía. Ella trató de gritar, pero no salió ningún sonido. Trató de correr hacia él, pero había quedado inmovilizada. Levantó un pequeño jarrón de la mesa de su padre y se lo lanzó al hombre extraño, pero simplemente le rebotó y fue a parar al suelo. Él ni siquiera se dio cuenta de que ella estaba allí.

Él se acercó más a su padre. Todo lo que ella podía hacer era mirar.

En una serie de violentas embestidas, la silueta hundió el cuchillo en el corazón de su padre dormido. El repentino ataque lo dejó completamente inmóvil. No podía luchar, ni defenderse, ni escapar. Estaba a merced del extraño.

Ella se paralizó en el lugar, como si tuviera los pies clavados al suelo. Entonces, todo empezó a aparecer en pequeños fragmentos, como si la imagen se hubiera roto en pedazos y ella estuviera volviendo a ensamblar el rompecabezas.

Vio la sangre chorreando desde la cama hacia la alfombra. Escuchó a su padre gritándole que saliera de la casa. El atacante se dio la vuelta, se volvió a colocar la capucha y la miró a los ojos. Su rostro era irreconocible, le hacía pensar en un boceto mal dibujado. Fuera quien fuera, ella no lo conocía. No lo había visto antes.

Después de dejar a su padre en un charco de sangre, se abalanzó hacia Ella con el cuchillo apuntándole.

Bum, bum, bum.

Un grito silencioso. Después todo desapareció. El mundo se esfumó frente a ella. El hombre, el dormitorio, las sábanas manchadas de sangre. Volvió a la realidad de forma estrepitosa y, de repente, fue consciente de que estaba mirando el interior de sus párpados.

Bum, bum, bum.

Abrió los ojos, trato de adaptarlos para enfocar las persianas de la ventana a unos metros de distancia. Un rayo de luz solar se filtraba. Se sentó en la cama y cogió el teléfono de la mesa de al lado. 7:05 a.m. Recién entonces se dio cuenta de que el ruido de los golpes había sido en el presente, no en su mundo de los sueños.

—¿Quién es? —gritó. El aire frío la impactó y la despertó de inmediato.

—Soy yo, novata. Es hora de moverse. —Era la voz de Ripley detrás de la puerta de hotel.

—Lo siento, no pensé que saldríamos tan temprano.

—Llegar temprano es estar a tiempo. Llegar a tiempo es tarde.

—Dame un minuto y te veré abajo.

Ella escuchó que Ripley se iba, luego intentó recomponerse en su cama. Inhaló y exhaló lentamente, luego uso la técnica de la cuenta regresiva para calmar el ritmo acelerado de su corazón. Identificó cinco cosas en la habitación que podía ver. Un televisor, un sillón de cuero, un bolígrafo de motel, una pila de libros, su computadora portátil. Luego siguió con cuatro cosas que podía tocar, tres cosas que podía oír. Después de treinta segundos, estaba tranquila.

Las visiones siempre eran iguales. Inesperadas y crueles, y siempre la atormentaban por su oscuridad. Las tenía desde aquella noche hace veintitrés años y aunque había aprendido a manejar un poco mejor las secuelas emocionales, no la ayudaban a aclarar la historia. Habían distorsionado tanto los acontecimientos que le costaba recordar lo que era real y lo que no.

Pensó que a lo mejor se lo estaba inventado todo. Quizás nunca había visto al asesino, o ni siquiera supo que estaba en la casa.

Quizás su yo de cinco años no se había percatado de nada y el trauma y la culpa habían llenado los vacíos.

O quizás sí había visto al asesino. Quizás había visto al hombre que mató a su padre a los ojos. Pero si ese era el caso, ¿por qué seguía viva para poder contarlo?

* * *

Ella esperaba que la oficina del forense del condado tuviera un aspecto mucho más siniestro del que tenía.

Estaba ubicada a seis kilómetros de su motel. Era un edificio pintoresco, de forma extraña, con un tejado gótico, ventanas de varios paneles y dos chimeneas. En el exterior, el cuidado césped estaba decorado con un banco en memoria del fundador del edificio y dos árboles perennes se situaban a ambos lados de la entrada de cristal. El interior estaba revestido de un acogedor acabado de roble.

Desde la pequeña zona de la recepción, un miembro del personal escoltó a las agentes a la Sala B3, donde se encontraban los cuerpos de las víctimas implicadas en la investigación en curso. Una puerta corrediza de acero les bloqueaba la entrada a la sala. Antes de abrirla, el miembro del personal les entregó guantes de látex y mascarillas protectoras de plástico. Luego la abrió y les indicó a Ella y a Ripley que entraran. Cerró la puerta a sus espaldas con un golpe ensordecedor.

En el interior había un fuerte olor a fluido médico. Las paredes de color verde estaban detrás de varias filas de lo que a Ella le parecían archivadores, pero sabía que no era así. Eran compartimentos para cadáveres. En el centro de la sala había una mesa de acero con una sábana blanca que cubría lo que había debajo.

Un hombre entró desde una pequeña sala lateral, secándose apresuradamente las manos con una toalla. La tiró a un lado y luego saludó a las agentes estrechándoles las manos.

—Buen día, agentes. Disculpen la falta de preparación. Hoy ha sido un día de locos. Soy el Dr. Scott Richards, el forense de aquí. Espero que hayan encontrado el lugar fácilmente.

El Dr. Richards era una figura impactante. Ella no pudo evitar admirar su aspecto. Tenía un atractivo juvenil, lo que su compañera de apartamento podría llamar un «bombón». Tenía el pelo negro, corto y rizado, sin ningún estilo en particular. Unas gafas rectangulares le realzaban los ojos color caramelo. Llevaba una bata azul estándar que estaba manchada con un par de pequeñas manchas alrededor del pecho. Ella creía que tendría unos treinta años, pero no podía estar segura. Era uno de esos tipos que parecían tener entre dieciocho y treinta años.

—Es un placer conocerlo, Dr. Richards —dijo Ripley sin levantar la mirada de su libreta—. ¿Puede informarnos lo que ha encontrado hasta ahora?

—Con gusto —dijo Richards. Ella dejó su bolso y también sacó su libreta de notas. Observó cómo Richards se ponía un nuevo equipo de protección y tiraba de la sábana que había sobre la mesa central. Apareció un cuerpo mutilado y sin cabeza. Incluso a través de su mascarilla de ventilación, Ella podía oler la descomposición. Casi vomita.

Tardó unos segundos en procesar la imagen. Pensó en todos los cadáveres que había visto en los libros y en las fotos de las escenas del crimen, pero en la vida real era algo totalmente distinto. Esto era todo lo que quedaba de Christine Hartwell, una mujer que hacía pocos días vivía su vida creyendo que la muerte estaba a muchos años de distancia. Y ahora estaba sobre una mesa, todos sus sueños y esperanzas desaparecieron, solo para que un psicópata pudiera disfrutar de un breve colocón.

—La víctima número tres —comenzó Richards. Levantó un pequeño instrumento de metal y lo pasó por encima de su cuerpo y luego empezó a utilizarlo como apuntador para resaltar zonas del cadáver de Christine—. Una herida de entrada de bala en el estómago, saliendo por la espalda y golpeando la columna vertebral

en el proceso. Esto habría incapacitado significativamente a la víctima. Hay laceraciones en el cuello y el abdomen, causadas por el traumatismo de un instrumento afilado como un hacha de tala o una guadaña.

A continuación, Richards trajo otras dos mesas de acero de la sala contigua. Ella se movió para dejar suficiente espacio para que entraran.

—Lo siento. No hay mucho espacio aquí. No solemos tener tantos muertos al mismo tiempo —se rio. Ella se limitó a asentir, sin saber qué responder. Parecía que Ripley y Richards se sentían mucho más cómodos entre cadáveres que ella.

Richards retiró las sábanas que cubrían los cuerpos de las dos primeras víctimas. Su estado de descomposición era mucho más avanzado que el de Christine, confiriéndoles un aspecto amarillento y esquelético. Él desplazó su apuntador hacia la cabeza de Julia Reynolds, la víctima número uno. Había sido descuartizada y había sido reconstruida como un mosaico humano. La última indignidad.

—¿Ven estas marcas marrones en el cuello y los brazos? —preguntó Richards—. Traumatismo por objeto contundente, probablemente causado por manos y no por un objeto externo. La causa de la muerte fue la estrangulación.

Ripley pasó el dedo de su guante por las laceraciones de los brazos y el cuello. Volvió a mirar hacia el cadáver de Christine Hartwell y exhaló con fuerza. Ella hizo lo mismo, comparando las heridas de los dos cuerpos y tratando de determinar un patrón o similitudes de algún tipo. Pero lo único que tenían en común era la decapitación. Nada más coincidía.

—¿Y la víctima número dos? —dijo Ripley. Los tres se acercaron al cadáver de Winnie Barker.

Richards movió su apuntador hacia su sección media.

—Trece puñaladas en el abdomen y una en el cuello. Encontré rastros de manganeso y vanadio alrededor de las heridas, así que lo más probable es que el arma homicida fuera un cuchillo de trinchar de acero al carbono. Nada especial. Se puede comprar en cualquier

sitio. Lo más probable es que muriera por la excesiva pérdida de sangre durante el ataque, pero es posible que aún estuviera viva cuando él le laceró el cuello. Una vez más, estos cortes son caóticos y desordenados. Cortó dos arterias principales pero dudo que fuera intencional.

—Me parece que atacó sin tener la menor idea de lo que estaba haciendo —dijo Ella. A simple vista, a Ella le parecía que las tres víctimas eran obra de tres asesinos diferentes. Pero también sabía que eso era exactamente lo que quería el asesino.

—No del todo —dijo Richards—. Aún hay más. Encontré algo muy extraño. Miren, aunque los golpes mortales eran increíblemente violentos y descuidados, las...

—Las mutilaciones póstumas fueron cuidadosas y regulares —interrumpió Ripley—. Lo sé, eso es exactamente lo que estaba pensando.

Ella se acercó para inspeccionar las heridas del cuello de cada víctima una por una. Ripley tenía razón. Los cortes eran limpios y relativamente parejos, como si hubieran sido realizados con equipo profesional.

—Yo me atrevo a ir más lejos —dijo Richards—. Estas mutilaciones se realizaron con una precisión casi quirúrgica. Llevo quince años haciendo esto y nunca he visto ningún corte como este. Les diré que no hay mucha gente en esta zona que pueda hacer algo así. Esto es algo digno de Alfredo Treviño.

Eso le llamó la atención a Ella.

—¿Alfredo Treviño? —preguntó—. ¿Sabes quién es?

—Claro.

—Nunca conocí a nadie que supiera quién era Alfredo Treviño.

—Los asesinos en serie son una gran lectura para un cirujano en ciernes —se rio Richards—. Pasé la mayor parte de la facultad de medicina leyendo sobre asesinos en serie que descuartizaban a sus víctimas. Ya ha pasado un tiempo, pero creo que sigo recordando algunas cosas.

Ella estaba un poco sorprendida. No esperaba encontrarse con alguien que conociera a un oscuro asesino en serie mexicano de los años cincuenta. Ella miró a Ripley, que estaba inspeccionando las mutilaciones y tomando fotos con su teléfono. Ella no pudo evitarlo. Parecía la oportunidad perfecta para consultar.

—¿Recuerdas algo sobre Ed Gein, Richard Ramirez o Edmund Kemper?

Richards dejó su equipamiento y se quitó la mascarilla. Se quitó las gafas y limpió los cristales con su bata.

—Por supuesto. Todo el mundo conoce a esos tipos. Estoy muy familiarizado con su metodología.

—Bueno, estoy trabajando en una teoría de que nuestro sudes es un imitador de diferentes asesinos en serie. El asesinato de Christine Hartwell evoca lo que Ed Gein le hizo a una de sus víctimas. El asesinato de Winnie Barker incluía elementos de los crímenes de Richard Ramirez. Y Julia Reynolds fue estrangulada y descuartizada, exactamente igual que el *modus operandi* de Edmund Kemper.

Ripley levantó la mirada hacia Ella con desaprobación.

—Novata, ¿esto es algo que deberías compartir? Piénsalo bien. Tenía razón. Gran error.

—Lo siento. No debería hablar de cosas como esa.

Richards se rio.

—No te preocupes, no se lo diré a nadie. Pero ahora que lo dices, puedo ver con claridad a qué te refieres —dijo.

—¿En serio? —preguntó Ella. Sabía que había cometido un error, pero que su teoría fuera validada le daba una pequeña satisfacción. Pensó que quizás eso le demostraría a Ripley que ella también sabía de qué estaba hablando.

—Claro. Es decir, recuerdo muy bien las fotografías de la escena del crimen de Gein. La Sra. Hartwell es casi una réplica perfecta. Si lo recuerdo correctamente, Ramirez atacaba a sus víctimas mientras dormían con un cuchillo, ¿verdad? ¿Y Kemper secuestraba chicas adolescentes y las cortaba en pedazos? Diablos, no puedo creer que no haya hecho esa conexión yo mismo. Es absolutamente increíble.

Ella no esperaba una reacción tan efusiva del forense. Su fascinación era casi tan grande como la suya.

—Sabes de lo que hablas —dijo Ella—. ¿Recuerdas todos esos detalles de memoria?

—Bastante. Ha pasado un tiempo, pero hay cosas que no se olvidan.

Desde el otro lado de la pequeña sala, el timbre de un teléfono interrumpió su conversación. Ripley soltó un fuerte suspiro. Se apartó de la mitad inferior del cadáver de Christine Hartwell y se quitó la mascarilla y los guantes. Metió la mano en el bolsillo y sacó su teléfono celular. Ella regresó su atención al forense.

—¿Has notado algo más que podamos haber omitido? ¿Marcas de ataduras, heridas defensivas, cosas así?

«¿Estoy tratando de impresionarlo?», pensó.

—Nada que no figure en el informe policial inicial —dijo Richards—. Pero tu teoría ha abierto un nuevo universo de preguntas, así que seguiré indagando.

—Genial, gracias. Llámame si encuentras algo.

Se sintió un poco orgullosa, a pesar de que podía sentir la mirada de Ripley fulminándola desde el otro lado de la sala. Creía que revelar esos detalles valía la pena, ya que eso le daba al Dr. Richards más información para trabajar. Solo deseaba poder hacer que Ripley viera su lógica.

—Quizás te llamaré aunque no encuentre nada —se rio él. Ella no sabía cómo debía responder. Pero de repente, la frustración en el tono de Ripley rompió la tensión.

—¿Me estás tomando el pelo? —dijo al teléfono—. Acordona la zona. Estaremos allí en veinte minutos. —Ripley volvió a meter su libreta en el bolsillo de su abrigo. Ella la observó. Solo llevaba dos días en el puesto, pero Ella sabía exactamente lo que Ripley iba a decir.

—Necesitamos irnos de aquí. Ha vuelto a asesinar.

CAPÍTULO DOCE

El destino era una casa a unos cinco kilómetros al este. Ripley conducía y el navegador por satélite les indicaba que estaban a seis minutos de distancia. Ripley no había compartido los detalles de su llamada telefónica, aparte del hecho de que se dirigían a ver un cadáver personalmente.

—¿Dijeron algo más por teléfono? —preguntó Ella.

—No —espetó Ripley, con los ojos clavados en la carretera. Desde que habían subido al coche, Ripley no había encendido la radio. Y eso era algo que había hecho en todos los viajes que habían realizado hasta ahora.

Ella sintió una resistencia. Podía percibir que algo estaba mal, e intuía que sabía por qué era. Ella se armó de valor.

—¿Pasa algo? —preguntó.

—¿En qué demonios estabas pensando? —dijo, apenas deteniéndose para dejar que Ella terminara la frase. Ella no necesitó pedir más detalles.

—Lo siento. Solo creí que si alguien más creía en mi teoría, podría ayudar a persuadirte.

Llegaron a un semáforo y se detuvieron bruscamente. Ella sintió el rebote. Había hecho enfadar bastante a Ripley. No se atrevió a mirarla. En cambio, miró por la ventanilla del asiento del acompañante y vio a un hombre que abría las persianas de su pequeña licorería. La tienda se llamaba «LIQUOR OUT».

—Ha sido poco profesional, además de muy estúpido de tu parte —gritó Ripley con la voz cargada de veneno—. ¿Qué pasa si ese

forense le cuenta a alguien más tu pequeña teoría? Así es como empiezan los rumores. Sin mencionar el hecho de que no está confirmada y, en el peor de los casos, podría ser completamente incorrecta. ¿Te imaginas cómo nos afectaría?

—Pero él tiene la obligación de mantener la discreción, ¿verdad? —dijo Ella.

El coche volvió a ponerse en marcha. Estaban a cuatro minutos de su destino.

—No —dijo Ripley—. No es un oficial de policía. Es lo mismo que decírselo a un extraño en una cafetería.

Era la primera vez que Ella veía a Ripley tan enfadada. Se sintió como si la estuviera regañando un padre.

—Pero dijo que era una buena teoría. Pensé que si él hacía las mismas conexiones que yo, quizás podría estar atento y buscar cosas que los forenses suelen pasar por alto. Eso podría ayudarnos. Incluso dijo que investigaría más para mí.

—¿Y no podría haberlo dicho porque tenía otro motivo oculto? Sé que las habilidades interpersonales no son tu punto fuerte y sé que eres nueva en todo esto, pero lección número uno: no le confíes a nadie información confidencial sobre casos de asesinato. Así es como puedes acabar en un río de mierda sin un remo.

—Lo siento. Me siento como una idiota por hacerlo. Me dejé llevar.

No debería haber hecho lo que hizo y mirando hacia atrás, ahora le parecía obvio. Sintió una descarga de vergüenza. Sentía que se había defraudado a sí misma. En aquel momento, pensó que era algo de poca importancia que Ripley podría pasar por alto. Realmente no sabía lo perjudicial que podía ser revelar información confidencial.

—Entiendo tu entusiasmo, pero no puedes ir por ahí compartiendo tus teorías con cualquiera que esté dispuesto a escuchar. Esto no es la secundaria. ¿Cómo te sentirías si los padres de Julia escucharan esos rumores? ¿O el hermano de Christine? ¿O los nietos de Winnie? ¿Has perdido a algún ser querido?

Ella recordó los sueños. Solo habían sucedido hacía unas horas, pero parecían días.

—No —mintió—. No volverá a suceder.

—Bien —dijo Ripley. Más adelante se veía una hilera de casas individuales. Había tres casas a cada lado de la calle, todas ellas con modestos patios delanteros y traseros. Un camino serpenteante rodeaba todas las casas, lo que permitía que los peatones pasaran y disfrutaran de vistas despejadas de las zonas más pintorescas del pueblo.

—Mi mayor preocupación es que la prensa consiga cualquier información sobre nuestra investigación, particularmente sobre tus hallazgos —continuó Ripley—. Las teorías rebuscadas como la tuya son el sueño erótico de los periodistas. La prensa lo publicaría y lo convertiría en algo sensacionalista. Entonces, nuestro sospechoso sabría que estamos tras él y así, el FBI parecería un grupo de tontos incompetentes. De repente, tendríamos un escándalo mediático en nuestras manos. Lo he visto suceder.

—Lo entiendo —dijo Ella, su vergüenza le quemaba en las sienes—. A partir de ahora, me guardaré las cosas para mí.

—Dímelo a mí. Díselo al comisario. No se lo digas a nadie más.

Ella dejó que el silencio hablara mientras el coche pasaba por una calle sin salida que terminaba en una rotonda y finalmente se detenía frente a una casa en Lakeside View. La cinta amarilla para la escena del crimen rodeaba toda la casa y había cuatro agentes uniformados a su alrededor. Al otro lado del pequeño camino, dos vecinos observaban la escena sin vergüenza.

Ripley mostró sus credenciales a un oficial que esperaba. El oficial levantó la cinta y la hizo pasar junto con Ella. Dos técnicos forenses enmascarados salieron por la puerta principal de la casa de la víctima, se quitaron las máscaras y respiraron el aire fresco. Uno de ellos le hizo un gesto a Ripley con el pulgar hacia arriba y luego señaló la entrada trasera. Ella y Ripley dieron la vuelta a la casa, allí encontraron al comisario Harris esperándolas mientras sostenía un cigarrillo con fuerza entre los labios. La piel había perdido todo color.

Echó una bocanada de humo hacia el suelo y lanzó el cigarrillo por encima de la valla del patio trasero.

—Jamás he visto esto en mis treinta años —dijo sin mirar a las agentes—. Estoy comenzando a preguntarme si soy solo yo o si el mundo está cada día más loco.

—¿Qué tenemos? —preguntó Ripley.

—Desearía poder describirlo. Síganme. No olviden sus mascarillas. Las necesitarán.

Entraron en una amplia zona de cocina. Estaba diseñada con un estilo moderno y rústico, con superficies de madera y taburetes marrones colocados junto a una pequeña mesa de comedor. En la encimera a su derecha, los forenses habían dejado mascarillas y guantes para los recién llegados. Ella y Ripley se los pusieron por segunda vez en pocas horas.

Ella inspeccionó la zona de la cocina, posando los ojos en un cuenco de comida para gatos vacío y luego se dirigió a un refrigerador-congelador de color blanco brillante que estaba repleto de selfis y fotografías de fiestas y noches de discoteca. En todas las fotos, veía a un joven afroamericano de buen aspecto, generalmente rodeando con su brazo a otro joven igualmente atractivo. Todas las fotos estaban colocadas artísticamente alrededor de la manija del refrigerador. Independientemente de quién fuera el propietario, tenía buen gusto y, sin duda, era un tipo popular, se dijo Ella.

Solo bastaron unos segundos fugaces, pero el chispazo volvió a aparecer. Las conexiones estaban hechas y Ella ya sabía exactamente lo que estaba a punto de ver cuando se aventuró a adentrarse un poco más en la casa. Cuando los tres se abrieron paso hacia el interior, Ella se sintió como si hubiera entrado en la foto de una escena del crimen que había visto cientos de veces. De alguna manera, todo le resultaba extrañamente familiar.

Pero a pesar de ello, nada la preparó para lo que apareció frente a ella. Un hombre estaba sentado en un sofá marrón, ligeramente inclinado hacia un lado, como si solo estuviera durmiendo. Una máscara de sangre decoraba su rostro, bajándole por el cuello y sin

detenerse hasta acumularse en un charco sobre sus muslos. Se había secado hasta alcanzar un color caoba oscuro.

«A partir de ahora, no diré más nada», pensó Ella. No diría nada a menos que fuera imprescindible, pues temía una nueva reprimenda o algo peor. Sin embargo, estaba segura. La escena que tenía delante confirmaba su teoría con una claridad casi absoluta. El tipo de víctima, el *modus operandi*, la causa de la muerte. Se trataba de otro crimen imitado.

—Shawn Kelly, hombre de veinticinco años —dijo Harris—. Solo hemos llegado hace treinta minutos, así que aún estamos resolviendo cosas, pero me parece que le han disparado y lo han dejado morir.

Ripley se acercó al cuerpo y lo inspeccionó más de cerca. Ella se apartó, esforzándose por asimilar todo. Esta era la segunda escena del crimen a la que asistía en sus setenta y dos horas de carrera como agente especial y era la primera en la que había un cadáver. Al menos, uno que aún estuviera entero. La presión psicológica parecía aumentar día a día. Ver los cadáveres en la oficina del forense ya era bastante difícil, pero ver a una víctima reciente en el mismo lugar en el que fue asesinada no era algo que pudiera ignorar fácilmente. Sabía que era una imagen que la acompañaría para siempre.

«Mantén la calma —se dijo a sí misma—. Si quieres hacer este trabajo, tienes que aprender a manejar este tipo de cosas».

Ella pensó en una técnica de disociación que había aprendido en sus primeros días en el FBI, pero aplicarla era más difícil de lo que creía. El hecho de estar parada sobre la misma alfombra que había pisado un asesino de la vida real apenas unas horas antes le produjo náuseas. A pesar de la baja temperatura, sintió que en su frente se concentraba un río de sudor. Su respiración se aceleró. Era una imagen difícil de digerir.

—¿Quién lo reportó? —preguntó Ripley, apoyando la rodilla en el sofá y mirando el agujero dejado en la sien de la víctima.

—Una llamada anónima, hace una hora —dijo Harris.

—Claro que fue anónima. ¿No son así siempre? ¿Los forenses ya han tomado una muestra preliminar?

—Acaban de terminar. Deberán tenerla en unos minutos.

—Bien. ¿Encontraron una bala? ¿Qué demonios es ese olor?

—¿Qué crees que es ese olor? —preguntó Harris—. Es un cadáver, señora.

«Sé exactamente qué es ese olor», se dijo Ella a sí misma, pero después de la reprimenda, decidió que no era el momento de intervenir. No quería seguir presionando a Ripley con sus teorías aparentemente infundadas. La idea de ser regañada de nuevo, esta vez delante de los demás, la asustó hasta hacerla callar. Pensó en sus días de secundaria, cuando había resuelto el problema de la pizarra de forma inmediata pero tenía que esperar a que el resto de la clase lo resolviera para poder levantar la mano. Era frustrante, pero estaba segura de que su oportunidad de hablar llegaría con el tiempo. A juzgar por la expresión de incredulidad de Ripley, pudo ver que ya había sacado algunas conclusiones sobre el cadáver que tenían delante. Ella recordó cómo Ripley había hecho añicos sus teorías anteriores y no quería que sucediera lo mismo aquí.

—No es eso, es otra cosa.

—Estoy seguro de que aparecerá en el informe forense. ¿Qué piensan hasta ahora, agentes? —preguntó Harris.

Ripley se paró y sacó su libreta de notas.

—Toda esta escena es como si nos estuviera dando el gran dedo del medio. Este tipo sabe que estamos detrás de él y nos está mostrando lo capaz que es.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Harris.

—Como solo hay sangre en esta parte de la sala, quiere decir que la víctima fue asesinada en este sillón. Eso puede significar dos cosas. O el asesino entró a escondidas y atacó a la víctima, sometiéndolo y asesinándolo sin dejarlo salir del sofá. O se ganó la confianza de la víctima al punto de llegar a ejecutar su plan mientras estaba sentado a su lado. Ambas posibilidades demuestran organización, habilidades interpersonales y manipulación. También

fue él mismo quien avisó a la policía, algo que no hizo la última vez. Quiere que estemos aquí. Quiere que admiremos su obra.

En la sala entró uno de los forenses y le entregó a Harris un portapapeles. Ella no podía darse cuenta si había un hombre o una mujer detrás de la máscara.

—Los análisis están terminados, señor. Había altos niveles de alcohol en su sistema, junto con un rastro significativo de hidroxibutirato en el interior de su mejilla.

Harris revisó las notas de arriba abajo, levantando algunas páginas.

—Bien. ¿Y qué quiere decir eso en español? —preguntó Harris.

—La pastilla de la violación —interrumpió Ripley—. La víctima fue drogada.

—¿Drogada?

—Lo más probable es que le haya alterado la bebida. El asesino debe haber puesto una pastilla en su bebida, esa es la forma más efectiva y eficiente de introducir hidroxibutirato en el sistema.

—Bueno, he puesto a los oficiales a buscar a gente que conociera a este tipo. Esposa, novia, amigos, familia.

—No habrá una novia —dijo Ripley—. Es gay y soltero. Quizás haya conocido al asesino en un bar y terminaron aquí juntos. Comienza con eso. —Ripley se volvió hacia Ella—. ¿Novata? Estás muy callada. ¿Qué piensas de todo esto?

—Estoy asimilando todo.

—Mira, dije que podías compartir tus ideas conmigo y con Harris. Solo estamos nosotros aquí, así que habla.

Era hora de poner otra pieza en el rompecabezas. Pero no esperaba que Ripley lo aceptara.

—En primer lugar, no creo que la víctima haya recibido un disparo. —Ella se movió y pasó la mano con el guante cerca de la herida en la sien de la víctima.

—¿No?

—Definitivamente no. Creo que usó un taladro eléctrico para hacer este hueco.

Harris murmuró un sonido no identificable.

—Odio decirlo, pero puede ser. Ya no me sorprende nada de lo que haga este tipo. Sin mencionar que este informe dice que no hay herida de salida en ninguna parte de la cabeza del tipo. A menos de que le hayan disparado desde un kilómetro de distancia, debería tener dos agujeros en la cabeza.

Ripley lo consideró.

—Interesante. El hueco es muy fino, pero es difícil de ver con la coagulación de la sangre.

—Y sobre ese olor que mencionaste... —continuó Ella—. Creo que es ácido o cloro. El asesino hizo un agujero en el cráneo de la víctima y lo llenó con algún tipo de líquido.

Harris contrajo los músculos de la cara. Sacudió la cabeza.

—Por el amor de Dios, ¿por qué lo haría?

—Porque eso fue exactamente lo que hizo Jeffrey Dahmer con dos de sus víctimas en los años ochenta.

—¿Dahmer? ¿El loco de Wisconsin? No he escuchado ese nombre en años.

—Dahmer estaba obsesionado con la idea de crear un zombi humano. Pensó que podía hacerlo introduciendo ácido clorhídrico en sus cráneos, pero obviamente no funcionó.

—¿Otra teoría de imitación? —dijo Ripley.

—El *modus operandi* es idéntico. El asesino conoce a un hombre afroamericano y gay en un bar y va con él a su casa. Luego lo embriaga con alcohol, lo droga y le perfora la cabeza mientras está vivo. Luego lo llena de cualquier líquido que pueda conseguir. Todo está aquí, hasta el último detalle.

Ripley se frotó la frente con la punta de los dedos. Ella esperaba una objeción.

—Eso es —dijo Ripley—. Lo tengo. El olor. Es anticongelante.

Ella y Harris tardaron unos segundos en relacionar las cosas. Ambos se dieron cuenta de lo que estaba sucediendo.

—Dios —dijo Harris—. El mismo anticongelante que se llevó de la ferretería.

—Es muy probable, pero no puedo garantizarlo.

Luego Ella pensó en algo. Era otro patrón que su subconsciente reconstruyó a partir de varias imágenes recopiladas a lo largo de su corta vida. Pensó en los crímenes de Dahmer, en las mutilaciones, en el canibalismo y en las fotografías que él tomó.

—¿Entonces podemos decir que el tipo que hizo esto fue el mismo que asesinó a la Sra. Hartwell? —preguntó Harris—. Odio darle un sentido positivo a algo como esto, pero es algo bueno.

—De nuevo, no podría asegurarlo, pero diría que es probable. —Ripley tomó fotografías del cadáver de Shawn Kelly con su teléfono celular. Marcó un número en su teléfono, pero Ella la interrumpió.

—Comisario, ¿los forenses han registrado este lugar a fondo?

—Aún no. Eso sucederá ahora. ¿Por qué?

—Creo que tengo una forma de confirmar que esto es obra de un solo asesino.

Ripley y Harris se volvieron para verla.

—Somos todo oídos —dijo Ripley.

—Los otros asesinatos realmente tenían los elementos más famosos de cada asesino en serie. Dahmer inyectó ácido solo en dos de sus víctimas. Es mucho más conocido por otras cosas.

—¿Cómo qué?

—Guardarse partes del cuerpo como trofeos.

Ripley volvió a mirar a la víctima.

—No nos falta ninguna parte del cuerpo, novata.

Ella rezaba por haber hecho bien la conexión. Ripley parecía estar convencida de su teoría y no quería que su entusiasmo disminuyera.

—Sí, nos falta. Tal vez no de esta víctima, pero nos falta algo desde antes.

Se apresuró hacia la cocina, pasando por delante de los lujosos muebles rústicos y se situó frente al refrigerador. Ripley y Harris la siguieron.

—¿Ven esas fotos? —dijo Ella, señalando las fotografías junto a la manija de la puerta—. Pensé que estaban arregladas así, pero no lo

están.

Ripley dio un paso atrás para ver mejor.

—Bueno, están arregladas como un signo de interrogación.

—Exacto. Nos está atrayendo aquí. Dahmer guardaba algunas partes de los cuerpos en el refrigerador.

—Tienes que estar bromeando —dijo Harris—. Traigan a los forenses ahora —gritó desde la puerta trasera. Volvió a acercarse al refrigerador y lo abrió. Estaban presentes los elementos habituales: dos botellas de leche, comida enlatada para gatos, verduras y mantequilla. Harris fue sacando productos antes de descubrir un gran recipiente de plástico metido en la esquina inferior izquierda del refrigerador. El contenido de la caja estaba oculto desde el exterior porque los lados estaban borrosos.

Pero Ella sabía muy bien lo que había allí, y Ripley y Harris rápidamente se dieron cuenta de lo mismo.

Harris abrió la tapa y un olor nauseabundo inundó el aire. Era el olor de la muerte rancia, que se había dejado pudrir durante días antes de ser trasladada a su nuevo lugar de reposo.

Ella pudo verlo en los ojos de Ripley. Su teoría era correcta y parecía que Ripley estaba casi convencida de ello también.

Harris se quedó con la boca abierta.

—Madre de Dios. ¿Qué demonios es esto?

* * *

Ella, Ripley y Harris se quedaron mirando su nuevo descubrimiento mientras dos oficiales forenses se apresuraban a llegar a su lado. Las manos de Harris temblaban al pasarles el objeto. El equipo forense lo recibió y lo colocó suavemente en la encimera junto a ellos.

Era la cabeza desollada de Christine Hartwell, sin rostro y sin cabello, con dos ojos marrones cristalizados trabados en una eterna mirada a la muerte. Había restos de las cejas y aún tenía la dentadura completa. Todos los tendones que iban desde el cuero

cabelludo hasta la mejilla eran visibles. Todo esto hizo que Ella tuviera arcadas. Mientras Ripley y Harris lo miraban, Ella salió corriendo de la casa para tomar un poco de aire.

Su teoría ahora tenía un peso importante, pero seguía siendo una mañana muy sombría. Por encima de ella, el cielo estaba nublado y a sus pies se extendía la hierba embarrada. Sintió que la humedad del césped empapaba sus zapatos. Al principio se sintió incómoda, pero luego sintió que volvía a la realidad. Toda la muerte y la decadencia a la que había sido expuesta en los últimos días la hacían sentir como si estuviera en una especie de sueño surrealista.

Los últimos días le habían enseñado mucho, incluyendo la importante lección de que los manuales y las fotografías de las escenas del crimen no pueden preparar a una persona para enfrentarse a ello en la realidad. Ella siempre creyó que sería capaz de dejar de lado sus emociones si estaba en una situación como esta, pero la realidad era muy diferente de cualquier cosa que se hubiera imaginado. Cada escena del crimen dejaba una huella que lograba diluir todos los recuerdos agradables con imágenes de brutalidad y sufrimiento humano.

Pensó que quizás este no era un trabajo para ella, pero la idea de defraudar a la gente que le dio esta oportunidad hacía que aumentara su nivel de ansiedad.

De repente, sintió una mano en el hombro.

—Jamás se hace más fácil, novata, si eso es en lo que estás pensando.

Ella se sacó sus anteojos y se frotó los ojos. No se dio la vuelta para enfrentarse a Ripley.

—No era en eso. Estaba pensando que quizás no esté hecha para esto.

Ripley se rio.

—¿Estás bromeando? Tu teoría se ve bastante bien de repente. No dejes que un par de detalles escabrosos te desanimen.

Ella sintió que bajaba su ansiedad. El alivio apareció lenta y gradualmente al darse cuenta de que estaba siendo halagada por la

mítica agente Mia Ripley.

—Bueno, gracias. Es solo... que ver todos esos cadáveres frescos me ha dado una lección. Cuando los veo en los manuales, es como si solo estuviera consumiendo hechos. Como si solo estuviera leyendo historia, ¿sabes? No puedo hacer nada para cambiar lo que les ha pasado.

—Pero ahora sientes como que eres responsable por ellos —dijo Ripley.

Ella respiró profundamente y asintió.

—Creo que sí. Es difícil de explicar. Se siente como que si nos hubiésemos esforzado más, teorizado más, discutido más, tal vez no habría un cadáver en esa casa.

—Sí, recuerdo cuando yo pensaba así. Pero créeme cuando te digo que solo siendo vidente habrías evitado esto. No puedes culparte por las acciones de un psicópata.

—Lo sé. Solo que es difícil.

—Sí que lo es, pero deberías estar orgullosa. Has acertado con esta teoría desde el principio, basándote en una escena del crimen y unos pocos detalles. Es algo jodidamente impresionante. Incluso con los hallazgos de hoy, yo no habría podido hacer esa conexión. Habría asumido que era un esquizofrénico desorganizado experimentando con diferentes técnicas de asesinato. Pero tu teoría cambia completamente la dirección. Esto incluso podría superarme a mí.

Ella se volvió a poner los anteojos y se dio la vuelta hacia Ripley. Una brisa helada las alcanzó. A Ella le heló hasta el alma. Toda la mañana se había sentido surrealista, pero lo más surrealista era que Ripley la estaba felicitando. Ella tuvo que repetir sus palabras en su mente para asegurarse de que la había escuchado bien. Durante cuarenta y ocho horas, Ripley había desacreditado la teoría de Ella con insistencia. Ahora, la estaba aceptando. Era un éxito, por más agri dulce que fuera. Una sensación de gratificación se apoderó de ella.

—¿En serio? ¿Incluso a ti? —preguntó Ella.

—Incluso a mí. Si hubiera elaborado un perfil psicológico y se lo hubiera enviado a la policía, piensa en lo mal que habría quedado cuando se supiera que él era consciente de lo que estaba haciendo con cada asesinato.

—Bastante mal —coincidió Ella—. Pero ahora sabes la verdad.

—Aún hay cosas que quizás yo no vea con claridad. Tú te das cuenta de las pequeñas cosas, como la bolsa de arpillera en la escena de Hartwell, la marca de lápiz de labios en la escena de Barker. Esas son las cosas que hacen posibles las conexiones y permiten un perfil psicológico más completo. Por eso quiero que elabores uno.

Ella la miró sorprendida.

—¿Qué? ¿Yo?

—Sí, tú. ¿Ya has elaborado uno?

Esto era todo. El logro supremo. El mayor honor que podía recibir. Había soñado con ser la que proporcionara un perfil psicológico oficial al FBI desde que estaba en la secundaria, cuando solía dar presentaciones en clase e imaginar que eso era lo que estaba haciendo. Todo por lo que había luchado, todos esos años que pasó trabajando hasta la medianoche para destacar entre la multitud, todas esas horas de investigación que hizo en su tiempo libre, cada vez que se había sentido invisible a pesar de trabajar hasta el cansancio. La validación que anhelaba en secreto había llegado en este tsunami de responsabilidad.

Este era el punto culminante, un momento que recordaría durante el resto de su vida, independientemente de cómo evolucionara su carrera.

—No. Al menos nada oficial.

—Un perfil no oficial ya es bastante bueno. Echemos un último vistazo a esta escena y luego pongámonos en marcha. ¿Crees que puedes manejarlo?

Era un honor, cuando menos y era un honor que no esperaba recibir. Conllevaba una increíble responsabilidad, pero había grandes posibilidades de que ella pudiera predecir los próximos movimientos

de este sudas. Había grandes posibilidades de que sus habilidades pudieran ayudar a atrapar a un asesino en serie de la vida real.

—Sí, puedo manejarlo.

—Bien.

CAPÍTULO TRECE

Ella estaba agotada. Miró el reloj en la pared de la comisaría. Había estado elaborando este perfil hacía ya cuatro horas, cambiando y agregando secciones a medida que los pensamientos invadían su mente.

Lo leyó de principio a fin, a pesar de que las palabras empezaban a hacerse borrosas.

«Es suficiente», se dijo a sí misma, segura de que había cubierto todas las áreas que necesitaba. Imprimió unas copias y las preparó para mostrárselas a Ripley.

La ponía nerviosa pensar en la reacción de Ripley a su perfil. ¿Y si el perfil carecía de sentido, o quedaba empequeñecido en comparación con algunos de los perfiles que Ripley había escrito? ¿Y si había pasado por alto algunos componentes obvios del crimen?

Se tranquilizó a sí misma diciéndose que no sería así, como si de alguna manera eso lo hiciera realidad. Ella salió de la oficina con las impresiones en la mano y encontró a Ripley tecleando en su computadora portátil en el área principal de la comisaría.

—¿Listo? —preguntó Ripley antes de que Ella pudiera decir algo.

—Listo.

Volvió a sentir el nerviosismo. Un perfil psicológico debía ser un plano para atrapar a un delincuente. Tenía que ser perfecto y Ella estaba entregando su primer perfil oficial a la agente en vida más mítica del FBI. Sentía más presión que con cualquier otra cosa que hubiera hecho en su puesto en Inteligencia.

—Adelante —dijo Ripley. Se acomodó en su silla y miró hacia el techo.

—¿Adelante?

—Léelo en voz alta.

Ella se sintió como una chica en clase. Ripley era la profesora seria que te decía que mostraras tu presentación. Aún más presión. Ella miró a su alrededor para asegurarse de que ningún otro oficial pudiera escuchar. Empezó por el principio.

—Todos los hombres emulados por el sudes han sido el arquetípico asesino en serie estadounidense. Hombres blancos, desviados por motivos sexuales, solitarios que mataban para satisfacer sus propias perversiones. Aunque todos ellos se esforzaban por mostrarse socialmente capaces, no eran tan ineptos como para ser rechazados por todos con los que se relacionaban. Todos tenían conocidos, por insignificantes que fueran. Se las arreglaban para encajar en sus propios círculos, donde se les consideraba parte del grupito, pero aun así, los desconocidos a veces consideraban que había algo raro en ellos. Como el sudes ve en estos asesinos algo que él mismo anhela, algo que consciente o inconscientemente cree que le falta, lo más probable es que muestre estas mismas características. También estará en el mismo rango de edad de estos asesinos, así que estará entre los veinte y los cuarenta años.

Ella esperó la refutación. Analizó la expresión facial de Ripley. Cerró los ojos y asintió.

—Perfecto. Estoy completamente de acuerdo. Sigue.

Ella estaba sorprendida. La positividad la hizo seguir adelante y sintió que esta vez hablaba con más autoridad.

—En el caso de que vuelva a matar, sin duda el asesino emularía a otro criminal similar a los ya referidos. Todos los asesinatos cometidos hasta el momento han rendido tributo a un conocido asesino en serie diferente cada vez, de modo que es probable que este patrón se repita. De ser así, podríamos suponer que serán asesinos de lujuria similares a sus anteriores homenajes, como John

Wayne Gacy, Gary Ridgway o Dennis Rader. Hombres blancos estadounidenses de edad similar, cuyos asesinatos tenían todos un componente sexual. Sin embargo, él no elegiría a un asesino cuyos asesinatos fueran insípidos. El crimen tendría que poseer un componente reconocible para que el homenaje fuera claro.

—Exacto —dijo Ripley. Se paró de su silla—. Cada asesinato tiene un factor único. Algo destacable. Cada muerte tiene algo único. Algo notable. Su primer asesinato, el de Julia Reynolds fue bastante ordinario para sus estándares, pero desde entonces, ha evolucionado. Está marcando estas escenas del crimen con una firma única pero diferente cada vez.

Ella dio vuelta la página, ya no leía las palabras que había escrito, sino que decía su opinión.

—En cada escena, la victimología ha tenido un papel importante. Cada tipo de víctima coincide con la de los asesinos a los que imita. Además, cada uno de los asesinos en serie elegidos siempre se apegaron a su tipo de víctima preferido durante sus propias matanzas. O al menos, de los asesinatos que cometieron y que hicieron por gratificación sexual. No se desviaron. Por lo tanto, si el sudes quisiera emular a John Wayne Gacy, elegiría a un joven adulto o a un adolescente. Si quisiera emular a Gary Ridgway, elegiría a una trabajadora sexual. La elección de la víctima es tan esencial como el propio acto de matar.

—Has dado en el blanco —dijo Ripley—. A la perfección. Continúa.

—Igualmente, la ubicación también es un factor crucial. Todas las víctimas del sudes fueron asesinadas en los mismos lugares en los que los asesinos originales mataron a las suyas: coche, dormitorio, tienda, salón. Sin embargo, los lugares de disposición del sudes difieren de los de los asesinos originales. Esto puede atribuirse a la idea de que este sudes desea la atención de los medios de comunicación y de la policía, además de matar para su propia gratificación.

Ripley levantó un bolígrafo y lo giró entre los dedos. En cualquier otro momento, Ella se habría impresionado por esa habilidad, pero se su atención estaba concentrada únicamente en esto. El malestar que había sentido unos minutos antes había desaparecido por completo.

—Lotería —dijo Ripley—. Así que si combinamos las dos últimas partes, podemos determinar el tipo de víctima y el lugar del asesinato. El sitio de disposición puede variar, pero eso es algo que no podemos predecir. Entonces, ¿qué asesinos históricos podría copiar a continuación?

Ella continuó donde lo había dejado, volviendo a leer en voz alta.

—Esto descartaría asesinatos muy conocidos pero no excepcionales, como los de David Berkowitz y el Zodiaco, ya que los elementos presentes en estos crímenes eran comunes entre las víctimas de asesinatos habituales en todo el mundo, incluido el hecho de que estos agresores cambiaban ocasionalmente sus tipos de víctimas y los lugares en los que mataban. Al mismo tiempo, también descartaría toda posibilidad de que hiciera un homenaje a Charles Manson, ya que él carecía de las características de los otros criminales ya imitados por el sudes. También descartaría a cualquier delincuente que no fuera blanco, hombre, estadounidense y que actuara solo. No haría referencia a Aileen Wuornos, Jack el Destripador, el estrangulador de Hillside o cualquier otro delincuente similar.

Ripley dejó caer su bolígrafo pero no se molestó en levantarla.

—¿Sabes qué? Es una gran reflexión —dijo—. Eso realmente reduce el espectro de manera significativa, ¿verdad?

—Sin dudas —dijo Ella—. Si sabemos que solo hablamos de hombres blancos estadounidenses, eso nos facilita las cosas.

—¿Ves, Dark? Puedes hacerlo. Sabía que podías.

Ella se sintió aliviada. «Gracias a Dios», pensó.

—Háblame sobre el *modus operandi* —dijo Ripley.

—El sudes encaja en la categoría organizada de psicópata. Es muy capaz, metódico y se controla emocionalmente en presencia de

sus víctimas. Estos asesinatos han sido planeados con antelación, durante la cual adquiere las herramientas necesarias para llevarlos a cabo. Para dominar a sus víctimas, las ataca cuando están desprevenidas para obtener un control inmediato sobre ellas. Es probable que no haya intimidación previa al asesinato, un posible signo de insuficiencia física. Sin embargo, este aspecto puede darse para estar en sintonía con el *modus operandi* de los asesinos que está imitando, ya que ellos también obtuvieron el control por los mismos medios.

Ella respiró hondo. Miró a su alrededor, comprobando que su cuasidiscursus había atraído la atención de algunos oficiales dispersos. La mirada de Ripley los hizo darse la vuelta.

—Como sus víctimas son elegidas deliberadamente por sus rasgos físicos, es poco probable que las conozca personalmente —continúo Ella—. Las escoge con anticipación, las acecha, aprende sus rutinas y luego ataca en el momento más oportuno. Considera a sus víctimas como objetos y aunque las ve como juguetes para manipular, puede personalizar a las víctimas al hablarles para agregarle al crimen una profundidad emocional e intelectual.

Ripley golpeó las manos contra el escritorio.

—Novata, ni yo misma podría haberlo hecho mejor. Has atinado en todos los puntos. ¿Tienes algo sobre su infancia, su trabajo, su vida familiar?

Ella estaba eufórica por dentro, pero no lo demostró. Ahora no era el momento.

—Sí. —Señaló la última página—. Está todo aquí.

—Vamos, Tenemos que darle esto a Harris de inmediato. Alguien en el pueblo debe coincidir con tu perfil y lo visitaremos esta noche.

* * *

—Harris, necesitamos que hagas una búsqueda por nosotros —dijo Ripley—. Hemos elaborado un perfil psicológico del criminal y

necesitamos ver si alguien en el pueblo coincide con la descripción.

El comisario metió un montón de papeles en su cajón y llamó a las agentes para que pasen a su lado del escritorio.

—A sus órdenes —dijo—. ¿Qué tengo que buscar?

—Un hombre blanco, de entre veinticinco y cuarenta y cinco años —comenzó Ripley—. No está casado, soltero. Ha vivido en esta zona toda su vida, o a menos de tres kilómetros del pueblo. Tiene un empleo especializado que requiere trabajo manual y posiblemente sea autónomo. Buscaría un puesto en el que pudiera trabajar solo y podría implicar algún elemento de carnicería. Asistente de hospital, carpintero. Su historial de empleo mostraría que ha tenido múltiples trabajos cuando era más joven, pero se habría estabilizado en los últimos cinco años aproximadamente.

Harris completó las celdas de la pantalla de la base de datos. Los resultados de la búsqueda comenzaron a disminuir.

—Aparecen más de cien nombres, señoritas. Desde el panadero hasta el fabricante de velas. ¿Qué más pueden decirme?

Ripley revisó los nombres y los delitos por los que fueron arrestados.

—Tendría antecedentes de delitos menores, muy probablemente de naturaleza sexual. Voyerismo, conducta indecente en público, uso de trabajadoras sexuales. También existe la posibilidad de incendio provocado, crueldad con los animales y violencia doméstica en su juventud. Puede haber sido huérfano o haberse escapado de casa cuando era niño. Sus padres estarían muertos o vivirían en otro estado.

—Estoy en ello —dijo Harris—. Tres resultados. Veamos qué tenemos. —Harris se acercó a la pantalla—. El primer tipo, diecinueve, vive en...

—No. Demasiado joven. Próximo —lo interrumpió Ripley.

Harris hizo clic en la próxima ficha policial.

—Segundo tipo. Veintiséis, se mudó aquí hace un año después de que lo condenaran por abusar de menores en Louisville.

—No. Es latino. Nuestro sospechoso sería blanco.

Harris asintió y pasó al siguiente nombre. Se acercó aún más a la pantalla.

—Esperen, reconozco a este tipo. —Harris repasó sus detalles—. Oh, vaya, este sujeto es un personaje, permítanme decirles.

—Dinos todo —ordenó Ripley.

—Clyde Harmen —dijo Harris, golpeando la pantalla con su bolígrafo—. Un completo cretino y no tiene exactamente muchas luces.

Ripley analizó sus datos básicos. Hombre blanco, de treinta y seis años, soltero y vivía solo. Su historial laboral era irregular, con enormes lagunas de desempleo entre puestos de trabajo manual.

—¿Por qué lo arrestaron? —preguntó.

Harris hizo clic en el perfil del sospechoso. Apareció una fotografía de fichaje a color de un hombre escuálido y demacrado, con el cabello negro hasta la barbilla. Su frente estaba cubierta por una enorme cicatriz que se extendía en diagonal desde el cuero cabelludo hasta el ojo derecho.

—Una noche mostró sus partes a una pobre anciana en la ciudad. Iba vestido como un bicho raro, con gabardina y botas enormes, así que lo encontramos rápidamente. Esto fue hace unos dieciocho meses —dijo Harris—. Confesó y se le levantaron cargos. Caso cerrado. Pero no es por eso que lo recuerdo tan claramente. Ocurrió algo más poco después.

—¿Qué pasó?

—Nos encontramos con él unos dos meses después del incidente de su exhibición. Una mujer vino aquí y dijo que sorprendió a alguien en su propiedad. Aparentemente se escapó con su perro. Dijo que quien fuera tenía una enorme cicatriz en la frente.

—¿Robo de perro?

—A veces sucede. Normalmente lo hacen para las peleas de perros, pero volvimos a investigar a Clyde, ¿y adivinen qué? El perverso había iniciado un negocio de taxidermia justo en la época del robo.

Ripley y Ella se miraron. Sus rostros decían lo mismo.

—Si tiene antecedentes de crueldad hacia los animales, es posible que haya progresado hasta dañar a personas reales, especialmente si ha tenido un año para evolucionar.

—Sin embargo, no teníamos nada con qué acusarlo —continuó Harris—. No había pruebas, ni rastro del perro. Así que se salvó de la cárcel.

—¿Dónde vive? —preguntó Ripley.

Harris comprobó los registros.

—Black Lake. El mismo lugar donde lo atrapamos la última vez. Está en las afueras, a unos ocho kilómetros de aquí. Un lugar horrible.

—¿Es un lugar aislado? —preguntó Ripley.

—Muy aislado.

—Se ajusta al perfil —exclamó Ripley—. Está en el grupo demográfico, es un solitario, tiene antecedentes de ofensas. Esa cicatriz en la cabeza podría ser de heridas defensivas cuando una víctima potencial se defendió. La taxidermia requiere habilidad manual e implica cortar y volver a ensamblar. Tenemos que investigar inmediatamente.

Harris se levantó de su silla de un salto y convocó a cuatro oficiales.

—Tenemos un sospechoso —anunció—. Preparémonos para movernos. Quiero dos coches con dos oficiales en cada uno. No hay tiempo que perder, vamos.

Ripley se dio la vuelta para hablarle a Ella.

—Lo tenemos —dijo—. Pero créeme cuando te digo que tipos como este nunca se rinden fácilmente.

CAPÍTULO CATORCE

No estaba señalizado, pero Ella prácticamente podía señalar el punto exacto donde comenzaba la zona conocida como Black Lake. Los árboles se hicieron más frondosos y voluminosos y se retorcieron en formas que la naturaleza no solía crear. Pasaron junto a un pantano de color verde oscuro en el que nadaban multitud de depredadores. Empezaba a anochecer y algunos de los animales más aventureros habían salido a darse un festín con presas más débiles. Mientras conducían por el camino de tierra que iba del pueblo a los bosques, su coche se sacudió violentamente al entrar en un territorio que no estaba diseñado para el acceso de vehículos. Ella miró por la ventanilla del acompañante y observó formas que se movían en la oscuridad, distinguiendo la silueta de un caimán que avanzaba por el pantano.

Su coche subía con dificultad por un estrecho camino en una pequeña colina y las ramas de los árboles rozaban las ventanillas. Ella sintió una repentina oleada de claustrofobia. Su ansiedad se encendió, sentía que se dirigía a la puerta del infierno. Un poco más adelante estaba la casa de un posible asesino en serie. Por su mente se agolparon las opciones de cómo podría desarrollarse la situación, pero ahuyentó los pensamientos y se dijo a sí misma que tenía que estar presente en el momento.

El camino de tierra cedió el paso a un amplio césped seco con un camión destartado abandonado en el medio. Detrás de una pequeña y destartada valla había una granja, de tamaño impresionante pero en un estado lamentable. Su exterior de madera

estaba siendo conquistado por la naturaleza y varios paneles de madera estaban a punto de caer. Hacía tiempo que todo rastro del color había desaparecido, dejando una capa gris en su lugar.

—¿Está solo aquí de esta forma? —preguntó Ella.

—Eso parece. No hemos visto otra casa desde que entramos en el bosque —dijo Ripley. Descolgó la radio del coche y habló con Harris en el vehículo que iba detrás de ella—. Mantén a tus chicos alejados por ahora. Nosotros nos adelantaremos. No queremos asustarlo. Si ve los coches, podría entrar en pánico y salir corriendo por la parte de atrás. Haz que los otros oficiales vigilen el otro lado de la casa por si huye.

La radio emitió un zumbido. Se escuchó la voz de Harris.

—Entendido.

Detrás de ellas, los coches patrulla apagaron sus luces y se perdieron en la oscuridad. Ripley dirigió el coche hacia la parte delantera de la casa.

—¿Crees que es posible que ya nos haya visto? —preguntó Ella—. Parecería que no recibe muchas visitas.

—Si tuviera que adivinar, diría que nos está observando ahora mismo. Con lo silencioso que es por aquí, se podría escuchar un pito ponerse flácido.

Ella estaba demasiado ansiosa como para emitir una respuesta. Si lograban concretar esto, le permitiría consolidarse como una figura importante en las grandes ligas del FBI. Tan solo llevaban tres días de investigación y su asesino estaba a punto de ser esposado. Conseguirlo podría conducir a la carrera con la que había soñado durante años.

Apartó ese pensamiento y se centró en lo que era más importante para ella. Este era un asesino real que se había cobrado cuatro vidas reales. Los padres de Shawn Kelly ya no tenían un hijo. El hermano de Christine Hartwell ya no tenía una hermana. Ella conocía muy bien el sentimiento y lo que más le importaba era poder ofrecer a esas personas un cierre.

Lo único que se interponía en su camino era un asesino en serie extremadamente violento y sádico con niveles de organización que el FBI no había visto desde que Dennis Rader aterrorizó Wichita durante casi tres décadas.

La granja que estaba delante de ella le recordaba a cierta casa que se encontraba en Plainfield, Wisconsin. La granja de Ed Gein. En 1957, cuando las autoridades lograron acceder a la casa de Gein, encontraron algunas de las creaciones más morbosas de la historia. Un traje de mujer hecho de piel humana, genitales disecados, cráneos humanos usados como tazones. Ella pensó que este tipo se podría haber inspirado en Ed en más de un sentido. En realidad, había soñado toda su vida con ver esa vieja casa en persona. Era el nirvana de los obsesivos del crimen real; un sueño y una pesadilla combinados.

—¿Estás lista? —preguntó Ripley, pero no esperó una respuesta—. Vamos. Probablemente ya está pensando en escapar.

Ella y Ripley bajaron del coche y escalaron el empinado camino hasta la puerta de la granja.

—¿Quieres que hable yo? —preguntó Ella. Estaba más ansiosa de lo que jamás había estado en su vida, pero su confianza y su adrenalina tomaron el control.

—¿Estás segura?

—Es más probable que hable con una mujer joven que... —Ella se detuvo.

—Con una vieja perra frígida. Tienes razón.

Ella golpeó la puerta, luego se quedó completamente quieta, escuchando si había movimiento. Pasaron diez segundos. Nada. No había señales de vida, ni ladridos de perros.

—Tienes que estar adentro, bastardo —dijo Ripley—. Vamos.

Desde el otro lado de la puerta se escuchó una voz.

—¿Qué quieren?

Esto dejó a Ella perpleja y le heló la sangre. No había oído ningún movimiento ni tampoco ningún paso. Era como si la persona en cuestión hubiera estado detrás de la puerta todo el tiempo.

—¿Sr. Harmen? Mi nombre es Ella Dark y esta es mi compañera Mia Ripley. Estamos trabajando con la policía local. Quisiéramos hacerle un par de preguntas sobre una investigación en curso, si está de acuerdo.

Hubo una breve pausa.

—¿Qué investigación? —preguntó la voz. Era nasal y tenía un tono infantil. Hablaba con un fuerte acento de Luisiana.

«Consigue que abra la puerta. No lo espantes», pensó Ella.

—Ha habido una serie de homicidios en la zona y creemos que usted puede tener alguna información que podría sernos útil.

Otro momento de silencio, como si estuviera pensando en lo que debería decir.

—¿El comisario está ahí? Yo no robé ese perro.

Ella y Ripley cruzaron una mirada. Era una pregunta que no esperaban.

—No. Aquí solo estamos mi compañera y yo. ¿Podemos entrar? Está muy frío aquí afuera y no queremos ser comidas por los caimanes. Le aseguro que no robaremos mucho de su tiempo.

La voz desapareció. Ella esperó lo que parecieron horas, pero no fueron más de diez segundos. Finalmente, la puerta empezó a moverse. Oyó el sonido de un pestillo metálico que chirriaba al ser retirado.

«Vamos. Muéstrate ante mí», dijo Ella para sí misma.

La puerta se abrió un par de centímetros antes de detenerse bruscamente. Había dejado la cadena de seguridad puesta.

—Sr. Harmen, no podemos entrar si tiene puesta la cadena, ¿verdad?

—Los caimanes no llegan hasta aquí —dijo. Apareció su rostro entre la rendija. Ella logró verle claramente el rostro. Sin duda era el mismo hombre de la ficha policial, pero tenía la piel más agrietada y el pelo largo hasta los hombros. La cicatriz de la frente aún no se había curado y, a juzgar por su profundidad, nunca lo haría. Todo en él apuntaba a que era un inadaptado o, peor aún, un asesino desequilibrado. Ella miró a su izquierda y vio a Ripley espiando por

las ventanas con una linterna. Sin embargo, la suciedad que había en ellas era tan espesa que resultaba imposible ver el interior.

—Necesitarán una orden para entrar aquí —dijo él.

Ella entró en pánico. Tenía razón, pero ella no quería que él lo supiera.

—Solo precisamos una orden si sospechamos que puede estar involucrado en la investigación que estamos llevando a cabo. Ahora solo queremos hacerle algunas preguntas para limpiar su nombre. Sabemos que tiene un historial de delitos y solo queremos descartarlo.

Ella podía verlo en su mirada. No había forma de que sus palabras pudieran derribar sus barreras. Él sabía que ella estaba mintiendo y aunque eso no era un buen augurio para su captura, sugería que él también era un manipulador hábil. Hasta ahora, estaba cumpliendo con todos los criterios de su perfil.

—No van a entrar aquí. Consiga una orden y vuelva, señora.

Ripley intervino, pasando su linterna a Ella en el proceso. Ella la aceptó y se apartó a tropezones. Ripley se plantó contra la pequeña abertura, acercándose a Clyde todo lo que pudo.

—Amigo, estamos investigando un delito federal muy serio y ha surgido tu nombre, así que te sugiero que empieces a hablar muy pronto. Te conviene hacerlo. De un modo u otro, hablaremos contigo en las próximas veinte horas, así que será mejor que lo hagas ahora. Entonces, ¿qué vas a hacer? —Ripley se volvió hacia Ella—. Alúmbrales con esa linterna. Quiero ver con quién estoy hablando.

Ella dirigió la luz hacia la pequeña abertura, iluminando el torso de Clyde Harmen. Llevaba una camiseta negra demasiado grande y tenía tatuajes desvaídos en los antebrazos.

Pero algo detrás de él llamó la atención de Ella. Solo pudo ver brevemente el interior de su vivienda, pero divisó algo que le dijo todo lo que necesitaba saber: el hombre que estaba frente a ella era el responsable de estos asesinatos.

Apuntó la linterna hacia allí para verlo con claridad. Tanto Clyde como Ripley siguieron la luz de la linterna.

Y en ese preciso instante, Clyde se adentró en las profundidades de su casa y desapareció en la oscuridad.

Él sabía que se le había acabado el juego, porque en la repisa de la chimenea, como una especie de trofeo sombrío, había un cráneo humano. Ella gritó tras él:

—¿Qué demonios es eso?

CAPÍTULO QUINCE

Su instinto se activó. Ella forzó su bota contra la puerta y sintió que vibraba en sus bisagras. Cedió un poco, pero no lo suficiente.

—Olvídate la orden, el cráneo es suficiente como causa probable —gritó Ella. Si no aprovechaban esta oportunidad para arrestarlo, quizás no tendrían otra.

Dio un paso atrás y se lanzó al ataque con otra potente patada, que le provocó una oleada de entumecimiento en la pierna derecha. Después del tercer golpe, la deteriorada puerta se abrió violentamente, arrancando el cierre de la cadena de seguridad del panel de madera. Ella se apresuró a entrar con Ripley consigo, adentrándose en la desconocida oscuridad de la extraña granja.

—Tú ve a la izquierda —gritó Ripley, corriendo en la dirección opuesta. Ella vio a Ripley sacar su arma y desaparecer al doblar la esquina, así que Ella hizo lo mismo. Se apresuró a atravesar un pasillo sinuoso, pasando junto a una mesa rota y un viejo reloj victoriano. El olor a moho y podredumbre invadió sus sentidos. En el umbral entre el pasillo y la siguiente habitación, el pie tropezó con algo y casi la hizo caer al suelo.

Miró hacia abajo y en la oscuridad pudo distinguir una pila de huesos, pero a diferencia del cráneo, eran pequeños. No estaban completamente desarrollados. Como los de un niño.

«Oh, por Dios», pensó. Su mente imaginó el peor escenario posible, pero apartó esos pensamientos para concentrarse en la tarea que le correspondía. Entró en una amplia habitación de techos

altos, con una decrepita lámpara de araña que colgaba en el centro. Alumbró con su linterna los rincones, rogando que el sospechoso se lanzara sobre ella. Era preferible a la alternativa de que escapara.

Pudo ver unos objetos familiares. Había un piano de cola, cubierto de polvo y que parecía no haber sido tocado en décadas. Había armarios cuyas puertas apenas se sostenían. Pero al dirigir la linterna hacia el otro extremo de la habitación, retrocedió aterrorizada. Vio algo que nunca había visto antes, algo arrancado de los planos de una película de terror.

Una especie de criatura extraña le devolvía la mirada.

Pegada a la pared, como una cabeza de ciervo montada, había una extraña creación hecha con partes de cuerpos incompatibles. Tenía escamas de caimán, pero la cabeza era de un perro. Tenía la boca abierta y en su interior había enormes colmillos de morsa que sobresalían como estacas de madera.

Ella se detuvo sobre la marcha. Sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Dirigió la linterna hacia la izquierda de la bestia y se encontró con otra imagen inquietante.

Una vitrina llena de frascos. Todos los frascos estaban llenos hasta el borde de un líquido amarillo y en su interior había cadáveres de murciélagos, totalmente conservados y lucían escalofriantemente vivos.

«¿Qué demonios es este lugar?».

Desde una habitación lejana, Ella escuchó la voz de Ripley.

—Despejado. No hay rastro de él.

Ella apartó la linterna de la vitrina hacia otro rincón de la habitación, pero oyó un golpe estrepitoso procedente de un armario lejano. De repente, una rápida serie de pasos pasó cerca de ella. Su visión periférica distinguió el contorno borroso de una figura en la oscuridad, negra contra un fondo negro.

—Alto —gritó. Él se dirigía hacia el lugar por el que habían venido, pero su impulso disminuyó al tener que detenerse y abrir la destartada puerta de la cocina. Ella lo persiguió, alargando la mano para agarrarlo y apenas rozando su camiseta negra. Cuando él

doblaba la esquina del pasillo, Ella saltó hacia él con la rodilla por delante, chocando con su hombro y lanzándolo contra la pared. Él rebotó contra los paneles de madera, haciendo que una capa densa de polvo cayera desde arriba sobre ambos. Ella le agarró la mano por la muñeca, pero fue entonces cuando se dio cuenta de que algo no estaba bien.

La muñeca era dura como una roca. Completamente helada. Subió las manos por el brazo, sintiendo más rigidez. La cosa que tenía debajo tenía forma de humano, pero no era real.

Estaba sujetando un maniquí.

—¿Qué demonios? —Alumbró el pasillo con su linterna al oír un pequeño golpe y vio la puerta principal moverse con el viento. Los pasos de Ripley retumbaron en el pasillo cuando llegó desde el otro lado de la casa.

—¿Qué es esto? ¿Qué pasó? —gritó.

—Salió por la puerta —dijo Ella—. Ha escapado.

Ripley se dio la vuelta y fue hacia la misma dirección.

—Espera aquí —le dijo.

Ella se levantó del suelo, mientras oía a Ripley desaparecer en la naturaleza. Entre una rendija de la puerta, vio que unos cuantos oficiales seguían a Ripley por el camino de tierra y desaparecían de su campo de visión.

Volvió a sentir el aplastante peso de la decepción. Se maldijo por no haber actuado más rápido, por no haber disparado en lugar de haberlo perseguido. Quería a este tipo vivo y gracias a eso ahora se había dado a la fuga. Se acercó a la puerta y se asomó a la oscuridad exterior, pero no pudo ver nada más que la entrada. Sintió que se había defraudado a sí misma y a las familias a las que ansiaba poder darles un cierre.

«Espera aquí» le había dicho Ripley. Ella se preguntó por qué no quería que la acompañara. ¿También había decepcionado a Ripley?

No, estar afuera era peligroso. No tenía sentido que ambas estuvieran a merced de la naturaleza salvaje. Ripley debió pedirle

que se quedara para que pudieran volver a reunirse aquí, independientemente del resultado.

Decidió aprovechar la oportunidad para registrar la casa buscando cualquier prueba potencial, así que regresó sobre sus pasos hasta la cocina. Buscó un interruptor de luz con la linterna, pero antes de encontrar algo, oyó un ruido proveniente de otra habitación.

Se escuchó un clic. Luego un ruido metálico.

—¿Ripley? —gritó Ella.

No hubo respuesta.

Ella sacó su pistola y mantuvo su linterna a su lado. Volvió a entrar sigilosamente en el pasillo, notando algo diferente esta vez.

No entraba luz por la puerta principal. La habían cerrado. La cadena de seguridad rota aún colgaba suelta, pero habían trancado la cerradura.

Ella se acercó y giró el pomo de la puerta.

Nada. Habían trancado la cerradura.

Por primera vez, sintió que el aire frío le penetraba en la piel. De pronto fue consciente de la inmensidad de la casa, que aún desprendía olores mohosos de Dios sabe qué. Entonces sintió lo que los demás llamaban intuición de agente: un conocimiento repentino y definitivo de algo a pesar de no tener pruebas. Pero es algo que se sabe.

Y Ella lo sabía.

Sabía que no estaba sola allí.

Y luego llegó el sonido. Un zumbido ensordecedor que se sentía tan cerca como si estuviera dentro de su canal auditivo. El instinto la impulsó a protegerse saltando hacia atrás y en ese momento vio la misma figura oscura de antes parada a unos metros de ella. Pero esta vez, él había venido preparado. Llevaba algo en las manos, pero Ella no pudo distinguir qué.

Ella le apuntó con la pistola y la linterna, pero antes de que pudiera extender los brazos hasta alcanzar la posición de disparo,

algo le chocó las manos. Tanto la pistola como la linterna volaron al suelo, haciéndola tambalearse junto a ellas.

Con un rápido movimiento, se recompuso y pateó en la dirección desde la que la figura había atacado, pero solo se encontró con la oscuridad. No pudo divisar a nadie frente a ella.

Dirigió su atención hacia la linterna. Dio un salto para agarrarla, pero algo salió de la nada y le presionó la muñeca. Con la luz periférica de la linterna, distinguió a Clyde Harmen de pie sobre ella. Llevaba una especie de sierra eléctrica en las manos. La levantó y se la puso al hombro.

—No quiero matarte, pero lo haré si tengo que hacerlo —dijo él. Pulsó un interruptor y el zumbido comenzó de nuevo.

—No quieres hacer esto, Clyde —gritó Ella, esforzándose por respirar. El terror la había dejado sin aliento. De pronto pensó en cómo serían los titulares de los periódicos de mañana. «EL ASESINO EN SERIE DEL PANTANO MATA A CINCO PERSONAS. ASESINO EN SERIE CAPTURADO; NOVATA DEL FBI ASESINADA».

—Tienes razón, no quiero —dijo Clyde. Él bajó la sierra, pero Ella movió las piernas y consiguió patear a Clyde en la parte posterior de las rodillas. Clyde se tambaleó y dejó caer la sierra peligrosamente cerca del hombro de Ella. Ella rodó hacia un lado, se levantó de un salto y se apresuró a entrar en la habitación situada en el lado derecho del pasillo. Estaba demasiado oscuro para poder luchar. Analizó las opciones en su mente.

O debía iluminar la habitación para tener la oportunidad de luchar, o debía hacer tiempo para esperar a que Ripley volviera.

Tomó una decisión. Ella se dirigió hacia las paredes, buscando desesperadamente un interruptor de la luz. Se escucharon pasos procedentes de la otra habitación justo cuando encontró un cordón con la mano. Tiró de él.

Sobre ella se iluminó una bombilla desnuda que colgaba de un cable largo y se dio cuenta de que estaba en la sala de estar. Con su visión periférica vio más de las extrañas criaturas de Clyde, pero no tuvo tiempo de analizarlas. Examinó la habitación en busca de

salidas, pero la sala de estar solo conducía a un decrepito comedor abarrotado de muebles podridos. Había una mesa volcada y sobre ella había sillas amontonadas. Más adelante, solo había una pared.

No tenía escapatoria. Tenía que luchar o morir.

Ella fue corriendo al comedor para buscar un arma. Necesitaba algo con lo que enfrentarse a su sierra y que le diera cierta ventaja. Saltó por encima de un pequeño sofá hasta una pila de madera en desuso y se encontró con la pata de una mesa abandonada. La agarró.

La luz de la sala de estar iluminaba un pequeño nicho en el comedor, lo que le permitió a Ella ver el interior. Otro de los extraños monstruos de Clyde lo custodiaba, pero esta vez era algo colosal.

Vio un oso pardo embalsamado, sin ojos y con tentáculos emergiéndole de la cara. El oso era más alto y corpulento que ella. Tuvo una idea rápida. Ella apartó ligeramente el oso de su nicho. Para su sorpresa, era bastante ligero, le pareció que pesaba casi como un sofá pequeño.

Se apresuró a entrar en su nuevo escondite. Luego esperó.

Clyde llegaba a toda prisa doblando la esquina, chocando su sierra contra la pared mientras recorría su sala de estar. Era un Clyde diferente al que había visto diez minutos antes. Estaba asustado, desquiciado, desesperado.

—Sal, pequeña —dijo él.

Ella se dio cuenta de que el maníaco que estaba blandiendo una sierra a unos pocos metros de ella era un asesino en serie de la vida real cazando su próximo cuerpo. Se preguntó cuál era su plan de acción. Ya sabían su nombre, ya sabían dónde vivía. ¿La mataría y luego huiría? ¿La mataría y luego se suicidaría? ¿Este sería su broche de oro antes de rendirse a la vida en prisión por el resto de sus días?

Clyde llegó al comedor. Se puso la sierra al hombro y miró al oso. Se rio.

—Sal de ahí detrás, cariño.

Ella se aferró a la pata de madera con las dos palmas, corrió desde su escondite en el otro lado de la habitación y estrelló el trozo

de madera contra la nuca de Clyde. Sintió el impacto desde la punta de los dedos hasta los antebrazos. Él se desplomó sobre su oso disecado y ambos cayeron contra la pared. Él se dio la vuelta con rapidez y lanzó su sierra hacia Ella, pero ella bloqueó el golpe con su propia arma. La hoja de la sierra quedó hundida en la madera, pero no la penetró. Ella reconoció su oportunidad y la aprovechó.

Sujetó la madera con una mano en cada extremo y separó la sierra del débil agarre de Clyde. Observó una mirada vidriosa en los ojos de él, claramente aún aturdido por su brutal golpe en la cabeza. Las dos armas quedaron juntas y ella las arrojó al otro lado de la habitación.

Clyde le lanzó un puñetazo que le dio en la mandíbula. Un brote de sangre le llenó la boca. Lanzó un segundo puñetazo, pero Ella lo bloqueó con el antebrazo y apretó la muñeca de Clyde. Maniobró alrededor de él, doblándole el brazo con ella y casi arrancándoselo del hombro. Clyde gritó de dolor. Ella sintió la tensión en sus articulaciones. Ella sabía que si quería, podía partirle cualquier hueso a una persona tan delgada como él.

Le clavó la rodilla en la columna vertebral y lo acercó al suelo, mientras escupía un chorro de sangre por la boca.

—Mierda. Detente —gritó Clyde—. Me vas a arrancar el maldito brazo.

—Te tengo —dijo Ella—. Se acabó lo que se daba. —Le apretó la mejilla contra el suelo polvoriento, mirando fijamente a un hombre que había acabado con cuatro vidas inocentes de forma tan cruel e inimaginable. Era la primera vez que se encontraba cara a cara con un asesino y fue tan surrealista como emocionante.

Ella recuperó el aliento mientras lo retenía. Se escuchó un sonido en la puerta principal. Fuertes golpes. «Por favor, que sea Ripley», pensó Ella.

Oyó que la puerta se rompía en pedazos y que las pisadas invadían el interior.

—Aquí —gritó. Los recién llegados siguieron el sonido de su voz. Eran Ripley, Harris y dos oficiales. Se apresuraron hacia Ella,

relevándola de sus funciones y esposando las manos de Clyde detrás de su espalda.

Ella se dejó caer a un lado. Ripley se inclinó hacia ella.

—¿Dark, estás bien? Mierda, ¿cómo ha vuelto a entrar aquí? Si hubiera sabido... —Se quedó sin palabras. Parecía realmente apenada por haber cometido un error.

—Está bien —dijo Ella. Ripley la ayudó a ponerse de pie—. Es mi culpa. Creí que había salido de la casa. No lo hizo. Debió haberse escondido.

—¿Estás lastimada? Tu boca está hinchada. Te llevaremos a un hospital de inmediato.

—No, estoy bien. Por favor. Saquemos a este tipo de aquí. —Se volvió hacia Clyde y vio que Harris y los oficiales mantenían a Clyde sujeto.

—Bueno, pero qué sorpresa. Es Clyde Harmen. Sabía que volvería a verte —dijo Harris.

Clyde alzó la cabeza del suelo todo lo que el agarre de Harris le permitía. Miró a Ella, atravesándola. Tenía los ojos de un verdadero psicópata: pupilas pequeñas, inexpresivas, completamente desprovistas de toda emoción positiva. Solo había amargura y furia en ellos. Ella vio pura maldad, era el rostro de un hombre que podía arrebatarse vidas inocentes deliberadamente y sin remordimientos. Ella podía imaginarlo llevando a cabo todos esos asesinatos. No tenía ninguna duda.

Dos oficiales más entraron corriendo y ayudaron a Harris a levantar a Clyde. Clyde se quedó mirándola fijamente y Ella, por un impulso inexplicable, le devolvió el gesto. Mientras Harris le leía sus derechos Miranda, Clyde se mantuvo en completo silencio. Siempre hacían lo mismo. Gein permaneció en silencio y sin problemas, al igual que Dahmer. Kemper incluso se entregó a la policía por voluntad propia. Una vez que habían terminado su juego, sabían que no tenía sentido seguir luchando. Además, les esperaba la infamia. Ella sospechaba que lo mismo le ocurriría al hombre que tenía delante.

Ripley salió de la sala y regresó, devolviéndole a Ella su pistola. Ella la recibió y le dio las gracias. En la otra mano, Ripley sujetaba el mismo cráneo humano que hizo huir a Clyde.

—Estuviste increíble, Dark. Un gran trabajo. ¿Otra vez Bujinkan?

Ella se recompuso y se dio la vuelta para mirar a Ripley.

—No, distracción con un oso. Y Muay Thai. ¿Has visto este lugar? Es una exhibición de fenómenos.

—No. No pude ver demasiado en la oscuridad.

—Bueno, mira lo que tienes en las manos. —Señaló el cráneo con la cabeza—. ¿Realmente deberías estar tocando eso?

Pero la expresión de Ripley le decía a Ella que algo no estaba bien. Nunca había sentido que sus emociones pasaran de la euforia a la decepción con tanta rapidez.

—Malas noticias, novata —dijo Ripley. Golpeó el cráneo con los nudillos—. Los huesos están huecos. Este cráneo no es real.

Los oficiales sacaron a Clyde Harmen por la puerta y lo metieron en su coche patrulla. Antes de irse, Clyde volvió a mirar a Ella y se rio.

* * *

A juzgar por lo que habían visto hasta ahora, la casa de Clyde Harmen era como un museo de lo grotesco.

Clyde fue trasladado a la comisaría para esperar el interrogatorio. Mientras tanto, Ella, Ripley y Harris aprovecharon la oportunidad para registrar su casa de arriba abajo.

—¿No es real? —preguntó Ella—. ¿Cómo puedes saberlo?

—La textura es completamente diferente y hay una parte hueca donde debería haber un hueso sólido. Tampoco es lo suficientemente pesado. Cuando has visto tantas autopsias como yo, sabes cómo es un cráneo humano.

No trató de ocultar su frustración, pero incluso con esta revelación, Ella sabía que eso no significaba que Clyde Harmen fuera

inocente. Si tenía una predilección por este tipo de objetos, su capacidad para la actividad morbosa podría llegar aún más lejos.

—Así que no son los restos de una nueva víctima —reconoció Ella—, pero aún podría ser nuestro sudes, ¿verdad? Me atacó con una sierra, por el amor de Dios.

Ripley frunció los labios mientras buscaba el interruptor de la luz en la pared.

—Digámoslo así, definitivamente este tipo tiene algo que ocultar. No estoy segura de lo que sea, pero lo más probable es que esta casa nos lo diga.

Lo encontró. Un tenue resplandor anaranjado se proyectó en la sala y lo que se vio era algo que nunca habían visto antes. Hasta ahora, solo habían visto las extrañas creaciones de Clyde desde la oscuridad, pero bajo la luz, adquirirían una apariencia totalmente nueva.

—Bueno, esta mierda me supera —dijo Harris—. ¿Qué es todo esto, en nombre de Dios?

Estaban en la sala de estar. Lo primero que le llamó la atención a Ella fue una ardilla que estaba sobre la mesa a su lado, pero no era ninguna ardilla normal. Le habían cosido alas de murciélago en el lomo y tenía uñas alrededor de la cabeza como una corona de espinas. Sobre ella, en un estante, había una especie de alimaña alargada con diez patas, cosida con los cadáveres de varias ratas. Una tarántula gigante estaba situada a su lado, pero en lugar de tener los ojos saltones, tenía lo que parecía ser un solo globo ocular humano.

—Taxidermia. Pero como nunca la has visto —dijo Ripley.

Harris se dio la vuelta y vio la tarántula disecada. Saltó del susto.

—Dios mío. Esas cosas me dan escalofríos. —Se alejó de ella—. No puedo creer que alguien tan demente viva en mi pueblo, pero tengo que reconocer que todo esto refuerza la idea de que es nuestro asesino.

Ella levantó los pequeños huesos que había pisado accidentalmente antes de encontrar a Clyde. Tomó un hueso curvado

que parecía una costilla humana y se lo llevó a Ripley y Harris.

—¿Qué piensan de esto?

Harris lo tomó y lo inspeccionó.

—Son huesos de caimán. Parece que es de una cría de cocodrilo. Aparecen en la orilla todo el tiempo.

Ella se sintió aliviada y decepcionada al mismo tiempo, pero al menos esta casa demostraba que Clyde Harman estaba muy trastornado. Había muchas posibilidades de que la experimentación con cadáveres de animales fuera un trampolín para la matanza de seres humanos. Por no mencionar que encajaba perfectamente en el perfil psicológico.

Ella siguió buscando en la planta baja, encontrando más y más construcciones extrañas en cada habitación que inspeccionaba. Pero cuando entró en la cocina, oyó un sonido de movimiento debajo de los pies.

—Chicos, vengan aquí —los llamó. Ripley y Harris se unieron a ella—. ¿Pueden oírlo?

Tardó unos segundos, pero volvió a oírse el inconfundible sonido de algo moviéndose por debajo de ellos.

—Escucho algo —dijo Ripley—. ¿El sótano?

—Vamos a comprobarlo. La entrada debería estar debajo de las escaleras —dijo Harris. Siguió sus indicaciones hasta un pequeño hueco en el pasillo, pero la entrada estaba bloqueada por una maciza puerta de metal. Harris la empujó—. Está trancada.

—Qué raro —dijo Ripley—. ¿Una puerta de metal en una casa antigua como esta?

—¿Y sin una manija para entrar? —añadió Ella.

Ripley empujó la puerta, pero no tuvo éxito.

—Esta puerta es nueva. Y es una puerta de salida de incendios. Solo se abre de adentro hacia afuera. Lo que sea que haya aquí detrás, él no quiere que nadie lo vea.

—¿Podemos llegar al sótano desde afuera, comisario? —preguntó Ella.

Harris lo pensó por un segundo, mirando hacia las ventanas. Negó con la cabeza.

—No es posible, esta es una casa de dos niveles. Estilo de vivienda de la vieja usanza del mil ochocientos. A menos que se excave el suelo, la única manera de bajar es a través de esta puerta.

—Entonces hay otra forma de entrar —dijo Ella—. Debe haberla.

—Bueno, tú conoces a este bicho raro mejor que yo —dijo Harris—. ¿Dónde pondría una puerta secreta un tipo como este?

Ella observó la habitación. Pensó en cuando tenía doce años y escribía sus apuntes en el diario todas las noches a la luz de la lámpara de su habitación. Allí escribía todos sus pensamientos, por muy oscuros y sinceros que fueran. No sabía qué haría si alguien lo encontraba, así que siempre lo escondía en un compartimento falso de su cajón.

Pero encima de ese compartimento falso había otro diario. Un diario falso con pensamientos y sentimientos falsos, lleno de reflexiones de una colegiala tímida que comentaba sobre chicos y deberes y nada importante. Sabía que si su tía encontraba ese diario falso, saciaría su curiosidad y se marcharía, sin haber tocado el diario auténtico de Ella.

Este sospechoso, un individuo algo infantil pero funcional, adoptaría la misma táctica.

—Lo pondría en algún lugar sin relevancia y dirigiría la atención hacia él como una forma de distraer a la gente. —Se precipitó por la planta baja, de vuelta al cuasicomedor—. Busquen un lugar repleto de criaturas de taxidermia. Pequeñas, nada demasiado llamativo. —Pero entonces se detuvo—. Esperen.

—¿Qué? —preguntó Ripley.

Ella observó la puerta trasera, igual de deteriorada que las otras partes de la casa. Sin embargo, la puerta estaba bloqueada por varios sacos de cemento de gran tamaño.

—No hay otra forma de salir de esta casa que no sea por la puerta principal. Y no hay una planta alta. Por eso corrió hacia allí

cuando lo acorralamos. —Ella miró a Ripley. Tardó unos segundos en darse cuenta.

—Por lo tanto, en un estado de pánico, se habría dirigido al único lugar donde podría evitarnos —dijo Ripley.

—Al menos yo habría hecho eso, ¿tú no?

—Sin dudas. ¿Dónde estaba?

Ella regresó sobre sus pasos, situándose frente al armario con los frascos de murciélagos.

—Luego apareció por allí —señaló. Se dirigió a un gran armario de madera empotrado en la pared. Tiró de él para abrirlo. Medía alrededor de un metro ochenta de alto y un metro veinte de ancho.

—Demonios, debería haberlo sabido —dijo Harris—. Las casas de dos niveles como esta tienen los cuartos de baño y los aseos separados. Esto es lo que solía ser el aseo.

Pero el interior parecía un armario normal. Había tres estantes de taxidermias monstruosas y un zorro de dos cabezas custodiaba la mitad inferior.

Ripley intervino. Levantó el zorro y lo arrojó al comedor. Se agachó y levantó el panel inferior, revelando un agujero irregular cortado en el suelo.

—Maldición —dijo Harris—. Eso sí que es algo.

—Aquí es. Él corrió hacia aquí porque pensó que era su única oportunidad de escapar. Pero cuando se dio cuenta de que eventualmente lo encontraríamos, trató de volver a huir por la puerta principal. —Ella iluminó la oscuridad con su linterna. Una horda de chillidos y sonidos irreconocibles brotaron de abajo, como si hubieran molestado a una lejana colonia alienígena.

—Hay algo vivo allí abajo —dijo Ripley. Examinó el agujero. La creación era *amateur*, con cortes irregulares y desiguales. Ella alumbró hacia abajo con su linterna, pero no pudo distinguir nada concreto. Los tres se miraron entre sí.

—¿Quién baja primero? —preguntó Ripley.

Ella no dudó en meterse por el agujero, al menos eso parecía. Había atrapado a este sospechoso y la adrenalina le corría por las

venas como una droga pesada. Sin duda sentía miedo en su corazón, pero algo le impedía demostrarlo. Por dentro, estaba gritando, pero la determinación superaba cualquier emoción.

No había ninguna escalerilla ni escalera, solo era una pequeña caída del techo al suelo. Aterrizó en una superficie de hormigón, el aire frío y mohoso la impactó con fuerza. Los chillidos se hicieron más fuertes, casi frenéticos, pero no se acercaban. Recorrió la pared en busca de un interruptor de la luz y, finalmente, dio con un cordón para tirar de él.

Su corazón latía con fuerza cuando un halo de luz apareció en el centro de la habitación. No era mucho, pero era suficiente para que los horrores del sótano quedaran a la vista.

—Oh, por Dios —dijo Ella.

* * *

Había jaulas en el extremo del sótano en las que había criaturas vivas que pedían ser salvadas. Una cría de caimán se paseaba por su pequeña prisión, arañando los barrotes de acero en un intento desesperado de escapar. A su lado, había dos perros tumbados juntos, sin fuerzas y frágiles, posiblemente esperando que la muerte los liberara de su sufrimiento. A su derecha, a lo largo de la pared, había una larga caja rectangular. Se asomó para ver el interior y encontró una fosa común de pájaros muertos. Uno o dos seguían vivos, aun agitando sus alas. Casi cada centímetro de la habitación tenía restos de algún tipo: huesos rotos, pieles de animales, escamas, plumas, cabezas de perro.

Ripley y Harris descendieron a la cámara de los horrores desde arriba, compartiendo la misma reacción que Ella.

—Dios me libre y me guarde. Sabía que era un loco, pero... nunca esperé esto. —Se escuchó la Harris desde atrás.

Ella se volvió hacia el extremo opuesto del sótano y vio la escalera que llevaba al pasillo. A sus pies había bestias muertas y

cadáveres en descomposición. Mechones de pelaje, miembros desgarrados y los restos esqueléticos de un perro decoraban una gran mesa de operaciones que abarcaba todo el ancho de la pared del sótano. Parecía que el perro era el próximo en ser intervenido por la cirugía *amateur* de Clyde.

—Este tiene que ser el asesino —dijo Ella—. Mira esto. Esto es puro sadismo y experimentación. Entre asesinato y asesinato debe experimentar con animales para satisfacer sus impulsos.

Ella estaba convencida, pero la cara de Ripley le decía otra cosa. Ella observó a Ripley estudiar la habitación con su mirada experta. Detrás de ella, sonó el teléfono de Harris. Lo contestó mientras miraba los restos putrefactos del perro sobre la mesa de trabajo de Clyde. Lo contemplaba con incredulidad.

—Bien, se los diré —dijo. Y terminó la llamada.

Antes de que Ripley pudiera exponer sus ideas, Harris intervino.

—Clyde está en la comisaría y hay noticias buenas y malas —dijo—. La mala noticia es que no les ha dicho ni una palabra a mis oficiales.

—¿Y las buenas noticias? —Ripley preguntó.

—La buena noticia es que está dispuesto a hablar, pero solo con la señorita Dark.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Ella, Ripley y el comisario Harris estaban frente a la puerta de la sala de interrogatorios 3A. A través del vidrio reflectivo, Clyde Harmen parecía mucho menos intimidante que cuando estaba en las sombras. Pero por otra parte, todos lo parecían. Ella pensó en las fotos de 1957. A pesar de todas las espeluznantes andanzas de Ed Gein, en cuanto le pusieron las esposas parecía apenas un frágil anciano.

—¿Estás segura de que quieres entrar ahí sola? —preguntó Ripley.

Ella había hecho el perfil de este tipo hasta el último detalle. También había sido quien lo había capturado. Era lógico que también fuera ella quien le sacara la verdad.

—Sí. Puedo hacer esto —dijo, sin quitarle los ojos de encima a través del vidrio—. Sé cómo hacer hablar a un tipo como él. Estoy convencida de que es el asesino. Me lo dice mi instinto.

—La última vez que él estuvo aquí, era un perverso con P mayúscula —dijo Harris—. Con una joven de armas tomar como tú, va a tratar de sacarte de quicio. Prepárate.

Ella lo escuchó y lo incorporó. Pensó que no habría problema. Era algo a lo que estaba acostumbrada.

—Un pequeño consejo —comenzó Ripley—. Con un bicho raro como este, mostrarte fuerte no te conducirá a ninguna parte. No va a confesar, sin importar la agresividad con la que se lo preguntes. Tienes que molestarlo. Hacerlo sentir incómodo. Ponte a su nivel y sé más astuta que él, ¿de acuerdo?

Ella sintió que el nerviosismo invadía su estómago. Recordó cómo las autoridades habían conseguido que Charles Manson y David Berkowitz hablaran. En pocas palabras, les habían dicho que se dejaran de estupideces y fueran a los hechos. Era un truco que daba resultado suponiendo que el asesino supiera que tú sabías que era culpable. Teniendo en cuenta que Ella y Clyde habían tenido una batalla casi mortal hacía menos de dos horas, ya existía una relación de «te odio y me odias». Ella no podía jugar con su ego, como hicieron con John Gacy y Richard Speck. No funcionaría, puesto que ella ya le había ganado. Ella tenía que ser la autoridad.

Entró en la sala de interrogatorios, volviendo a darse cuenta de por qué la llamaban la sala de hielo. Ignoró la incomodidad y se concentró en Clyde.

Era su primera conversación cara a cara con un posible asesino en serie. Llevaba años soñando con un momento así, de la misma manera que había soñado morbosamente con recorrer una casa de los horrores del mundo real en persona. Ni en un millón de años se habría imaginado que haría ambas cosas en el mismo día, ni tampoco que esas imágenes y acontecimientos le dejarían una cicatriz mental de la que nunca se recuperaría. Cuando recordara este día, sabía que no lo recordaría con cariño. Había sido una experiencia desgarradora y si hubiera sabido entonces lo que sabía ahora, posiblemente habría renunciado a la fantasía de la casa del horror por algo menos traumático.

—¿Por dónde quieres empezar? —dijo Ella. Apartó la silla y se sentó frente a Clyde, asegurándose de que su postura indicara confianza. Quedarse de pie y pasearse por ahí emitiría una imagen deseudominio que sabía que no funcionaría con una personalidad como la de Clyde. Él necesitaba saber que ella estaba al mando, pero no debía ser tan dominante como para que él se opusiera a su autoridad.

Clyde apoyó las manos encadenadas en la mesa que había entre ellos y la observó atentamente mientras ella se sentaba. Los grilletes que le sujetaban los pies tintineaban mientras él movía las rodillas

en un gesto inconsciente de nerviosismo. Ella vio cómo se le ponía la piel de gallina en los antebrazos.

—¿Quién eres, la secretaria? —preguntó.

Ella dejó el momento en suspenso.

—Sí, soy la secretaria que te dio una paliza hace una hora.

«Eso es algo que Ripley diría», pensó.

Clyde ignoró el comentario. Tosió de manera obviamente falsa.

—¿Por qué una chica guapa como tú se convertiría en policía? —preguntó—. Si me preguntas, me parece un desperdicio.

—En realidad, agente del FBI —dijo con una pizca de veneno. Se sentía bien ponerlo en su lugar.

Clyde sonrió.

—Vaya. Debes haberte acostado con algunos hombres muy poderosos para conseguir ese trabajo.

«No le des importancia —pensó Ella—. Si reaccionas a sus pequeñas insinuaciones, sabrá que puede sacarte de tus casillas haciéndolo más».

—Claro que sí. Así que dime, ¿por qué solo querías hablar conmigo?

—¿Una agente del FBI no es capaz de darse cuenta por qué?

—Aparentemente no.

—Esfuézate más.

—Vamos, Sr. Harmen, no estamos aquí para jugar a nada —dijo Ella.

—A mí me parece que no sabes.

Decidió atacarlo con algunas verdades crudas. Bajarle los humos y demostrarle que ella era la que llevaba las riendas. No iba a dejar que este tipo la dominara.

—Sr. Harmen, lo encontré basándome en un extenso análisis de comportamiento, elaboración de perfiles psicológicos y razonamiento inductivo. ¿Cree que ya no sé todo sobre usted?

—Hay muchas cosas que no sabes sobre mí.

—¿Cómo qué?

—Bien, te lo diré. Pero tienes que responder mi pregunta. ¿Qué tiene dos pulgares y prefiere a las zorras jóvenes antes que a los viejos y miserables comisarios? Pista, no es el mono muerto que está en mi sótano.

Ella retrocedió mentalmente. No esperaba que Clyde fuera así. Esperaba un hombre tímido y retraído que no se sintiera cómodo con las mujeres. Esperaba silencio y ansiedad de él, no rebeldía y ciertamente tampoco bromas.

Ella negó con la cabeza.

—¿Una broma de quién tiene dos pulgares? ¿Es 2002 otra vez?

—Oh, vamos. Una chica como tú debería reírse más.

—Hablando de tu sótano —comenzó Ella—, ¿quieres contarme de qué se trata? —Vio cómo una sonrisa maliciosa se dibujaba en su rostro. Se dio cuenta de que había estado esperando mucho tiempo para contarle a alguien los horrores que había en su sótano.

Clyde se acomodó en su silla y sacudió las cadenas de las muñecas.

—Tengo un negocio de taxidermia —dijo—. No se puede hacer taxidermia sin animales, ¿verdad?

—¿Es imprescindible encerrarlos en jaulas, dejándolos al borde de la muerte? ¿Torturados? ¿Muertos de hambre? —dijo, sintiendo que crecía gradualmente su ira. Tenía poca tolerancia con los maltratadores de animales. Son los más débiles entre los débiles. Algunos de los casos más devastadores en los que trabajó durante su período en la policía estatal de Virginia tenían que ver con el maltrato de animales. Durante muchos años había intentado olvidarlos.

—No —se rio Clyde—. Esa es una elección personal.

Ella se sintió asqueada de repente. No solía ser conflictiva, pero si estuviera en cualquier otro lugar que no fuera este, se habría lanzado sobre la mesa y le habría dado a Clyde un codazo en la boca.

—Puedes reírte todo lo que quieras, pero estás fichado por algunos delitos graves. Crueldad animal, negligencia, abandono,

caza sin licencia, robo de ganado. Sin mencionar el grave ataque a una agente especial. También podemos detenerte por intento de asesinato y solo por eso pueden caerte veinte años. Y eso es solo el principio. ¿Podrías decirme dónde estuviste anoche alrededor de las once de la noche?

—¿Por qué? —preguntó Clyde.

—Porque un hombre local fue asesinado y algo me dice que estoy mirando a la persona que lo hizo.

Clyde tensó el cuerpo. Algo cambió.

—¿Yo? ¿Asesinato? ¿Estás completamente loca?

Ella vio que empezaba a formarse una grieta, una fisura en su armadura.

—Sr. Harmen, ¿recuerda los eventos de esta noche? ¿Cuándo me atacó con una sierra? ¿O tiene la memoria de un pez de colores?

—Estaba bromeando. Entraste en mi casa. Tengo derecho a defenderme.

—Ya le habíamos informado que éramos agentes. Esa excusa no es válida.

—No importa. No soy un asesino.

—Sr. Harmen, una casa repleta de animales muertos, de atracciones de feria y de imitaciones baratas de Frankenstein, me dice que quien vive allí puede ser un sociópata. Me dice que quien vive allí tiene pensamientos perturbadores. Me dice que es un sádico, un experimentador que tiene que descargar sus frustraciones en cosas más débiles que él, cosas que puede controlar. Me hace pensar que quizá no solo torture a los animales. ¿Entiende adónde voy con esto?

—Yo no maté a nadie. Nunca he matado a nadie.

—Entonces, ¿dónde estuvo anoche?

Clyde se acomodó en su silla. Bajo las intensas luces, las gotas de sudor se le acumulaban en la frente. Se llevó el pelo hacia atrás, detrás de los hombros.

—Estaba en casa.

—Muy conveniente —dijo Ella—. ¿Eso es todo?

—¿Qué quieres que diga?

—¿Alguien puede confirmarlo?

—No, a menos que los caimanes puedan hablar.

—¿Y el viernes pasado por la noche? —preguntó Ella.

Clyde pensó durante unos segundos y luego sonrió burlonamente.

—Otra vez lo mismo. De hecho, hace un par de semanas que no salgo de casa. He estado demasiado ocupado con mis proyectos, si sabes a lo que me refiero. —El tono baboso de Clyde le produjo una repentina sensación de frustración, del mismo modo que un ruido fuerte e inesperado provoca una sensación de irritación y adrenalina al mismo tiempo.

—Cuando te muestras con esa postura del falso machismo, ¿sabes que solo te hace parecer más culpable, no? Si yo fuera tú, no lo haría. Cuando atrapemos al responsable, irá a la cárcel por unos cuatrocientos años. Posiblemente será ejecutado.

Clyde ignoró su amenaza, pero Ella decidió dejar la idea flotando en el aire. Finalmente, Clyde fue quien rompió el silencio.

—¿Tenías mascota de niña? —preguntó él.

Ella decidió seguirle la corriente. Cuanto más hablaba, sin importar el tema, permitía saber más sobre su comportamiento.

—Sí. Un perro.

—Yo también. Lo tuve por doce años. Pero luego se hizo demasiado viejo y tuve que librarlo de su sufrimiento. Fue mi primero, si sabes lo que quiero decir.

Pensó que estaba tratando de hacerla sentir incómoda. Él se había dado cuenta de su reacción cuando mencionó la tortura de animales y volvía a hacer lo mismo. Ella respondió con el mismo juego.

—Y desde entonces has cubierto todas las especies, llegando a los humanos —dijo Ella.

—Estás equivocada.

«Tienes que molestarlo —pensó—. Ponte a su nivel».

—¿Todo esto es porque papá no te dio suficiente amor cuando eras un niño? —dijo ella—. ¿O fue todo lo contrario? ¿Fue demasiado amor?

Clyde reculó en su silla y golpeó el piso de madera con ella.

—¿Qué tal si cierras la maldita boca, secretaria?

—Sí, leí tu informe policial antes de entrar aquí. Cada noche, cuando tu papá entraba en tu habitación, te hacías el dormido, ¿no? Esperabas que solo por esa noche te dejara en paz. Pero nunca te dejaba una noche libre y solo se volvían más violentas a medida que... te aflojabas, digamos. Llorabas en la almohada hasta que terminaba y al día siguiente salías a buscar un animalito para matarlo y recuperar una especie de poder en tu propia vida. ¿No fue así?

Clyde bajó la mirada a la mesa. Sacudió la cabeza repetidamente.

—Y el pobre Clyde nunca llegó a superarlo, ¿verdad? Por eso sigue por ahí, incluso a su edad, creando extrañas criaturas de exhibición de feria y descargando sus frustraciones con gente mucho más adaptada que él.

—¡Basta! —gritó Clyde, estampando las muñecas contra la mesa. Un estridente sonido metálico los sobresaltó a ambos—. Yo no mato gente, ¿entiendes? Mato animales. Me mantengo completamente alejado de la gente. Me esfuerzo por estar solo, porque sé que no sirvo para vivir entre ustedes. ¿Me oyes? ¿Por qué crees que vivo como un maldito ermitaño? ¿Porque quiero?

Y como consecuencia de su rabia, Ella vio algo que temía más que todo lo que había visto hasta ese momento. Vio la verdad revelada. Una verdad cruda y primaria que se canalizaba a través de la ira.

—Oh y no son criaturas de exhibición de feria —dijo Clyde apretando los dientes—. En la feria son falsas. Las mías son verdaderas. No hables de cosas que no conoces.

Ella permitió que la sala quedara en silencio por un segundo. Dejó que él se calmara y casi admitió la derrota. Pero entonces, una idea se le vino a la mente.

—Si no eres nuestro asesino, entonces no te molestará si te muestro estas fotos, ¿verdad? —dijo Ella. Colocó una carpeta sobre la mesa y la abrió. La primera foto era la del cadáver de Shawn Kelly, que estaba tirado en el sofá—. ¿Qué piensas de esto?

Clyde lo observó y luego apartó la mirada.

—Asqueroso. No quiero ver esa mierda.

—¿Tienes animales del zoológico de Satanás en tu casa y crees que esto es asqueroso?

—No me gusta ver cadáveres humanos.

—Creemos que ha imitado a Jeffrey Dahmer en esta escena del crimen. ¿Sabes quién es Dahmer, verdad? Era el caníbal de... —Ella se pausó y simuló pensar—. Creo que de Iowa. No lo sé. Pero ¿a quién le importa? Mataba hombres gay afroamericanos. Un gran cobarde, realmente, al igual que quien hizo esto.

Ella sabía que Ripley estaba observando, pero también sabía que Ripley reconocería los juegos mentales que Ella estaba utilizando. Ella llegó a la conclusión de que Clyde era un hombre solitario con muy pocas conexiones con el mundo exterior. No podría difundir la información del caso por ahí, e incluso si lo hiciera, ¿quién le creería a un tipo como él?

—Claro, lo recuerdo. ¿Esta víctima también era gay?

—Sí, lo era.

—Entonces, quizás recibió su merecido.

Dejó pasar el comentario y pasó a la siguiente foto.

—¿Ves esto? Se trata de una mujer local llamada Christine Hartwell. ¿La conoces?

—No.

—Bueno, creemos que aquí estaba imitando a otro asesino en serie también, pero la escena era tan *amateur* que no pudimos distinguir a quién. Para nosotros solo parecía un gran lío. ¿Tal vez Dennis Nilsen, el chico gay de Inglaterra? No estamos seguros.

Clyde se encogió de hombros y se dio la vuelta.

—No tengo idea quién es.

Luego pasó a la escena del crimen de Winnie Barker, que quedó sangrando en su cama.

—¿Qué hay de la Sra. Barker? De ochenta años. Apuñalada mientras dormía. Una acción bastante cobarde, ¿no crees?

Clyde examinó la foto mientras Ella observaba si había un signo de culpa, remordimiento o placer en la mirada fría de Clyde. No había emoción, solo una curiosidad indiferente.

—¿Aún vivía a sus ochenta? Creo que este tipo le hizo un favor.

—Esta vez estaba imitando a otro criminal. Aileen Wuornos, la asesina en serie de Florida. Sin embargo, no lo hizo tan bien como ella. A veces hace falta una mujer para hacer las cosas bien, ¿sabes?

—Estaba diciendo información incorrecta a Clyde deliberadamente, tratando de engañarlo para que la corrigiera.

Clyde le hizo un gesto con la mano a Ella.

—Mira, me hablas como si conociera a esta gente. Ya te he dicho que yo no he hecho esto. No sé quién lo hizo y no conozco los nombres de estas personas que me estás mencionando. Eso es todo lo que tengo que decir al respecto.

Ella se sintió derrotada, agotada. Tuvo que usar toda su fuerza de voluntad para no estirarse por encima de la mesa, agarrar a Clyde por su sucia camiseta negra y gritar: «Sé que lo has hecho tú, hijo de puta».

La puerta de la sala de interrogatorios se abrió de golpe, haciendo que Ella casi saltara asustada. Ripley entró con una expresión intensa en su rostro. Ella ya la había visto antes.

—Señorita Dark —dijo—, necesito hablar con usted urgentemente.

CAPÍTULO DIECISIETE

Alex nunca había conducido su Ford Focus fuera del pueblo, pero sería capaz de conducirlo hasta la luna si eso le permitiera venderlo.

El coche era una chatarra y solo le servía de para familiarizarse con las reglas de las calles. Un año después de su compra, sin un rasguño ni una abolladura, Alex había decidido cambiarlo por algo que le diera más prestigio en la calle.

Así que cuando el comprador anónimo le dijo que estaría encantado de quitarle el coche de las manos, siempre y cuando pudiera conducirlo hasta su casa, Alex aceptó la oportunidad sin pensarlo dos veces. Una breve búsqueda de la dirección del hombre le indicó a Alex que vivía en algún lugar de las afueras y en la pantalla el panorama parecía menos peligroso. Pero en medio de la nada, como decían los lugareños, el viejo Ford de Alex se esforzaba por cruzar el maltrecho terreno hacia el centro del pantano. Había pocas casas y la vida humana era aún más escasa. Los árboles pasaban del verde al amarillo y la fauna aumentaba en tamaño y hostilidad. Aún estaba a un kilómetro y medio de su destino cuando su sistema de navegación por satélite le dijo que no reconocía la región en la que se encontraba.

Pero Alex siguió adelante y finalmente entró en el pequeño pueblo de Starksville. Sintió alivio. Las casas estaban desperdigadas entre la naturaleza sin ningún tipo de patrón, por lo que tardó unos minutos en encontrar el número once.

Llamó a la puerta. En el interior, se oyó un revuelo de pasos sobre el suelo de madera. La puerta se abrió y Alex se encontró ante un hombre de unos treinta años, con el pelo negro azabache y una sonrisa forzada en los labios.

—Hola. Soy Alex, el chico del coche —dijo. Por un segundo, el hombre que estaba oculto detrás de la puerta parecía estar viendo a un fantasma. Miró a Alex de arriba abajo durante unos segundos, sin que la incomodidad pasara desapercibida para ninguno de los dos. Luego, el comportamiento del hombre cambió rápidamente.

—¡Alex! Claro. Lo siento. Me olvidé de que vendrías. Por favor, entra.

Alex entró en una casa que era sorprendentemente moderna, a pesar de estar al menos a un kilómetro de la civilización.

—Vaya, la mayoría de las casas de por aquí son prácticamente chozas. Este es un buen lugar —dijo Alex mientras avanzaba por el pasillo hacia la sala de estar.

—Gracias —dijo el hombre—. De hecho, la construí yo mismo. Me gusta la soledad que hay aquí.

—Tienes suerte —dijo Alex—. Debes tener bastante dinero.

Su sala de estar era espaciosa y estaba decorada con un elegante acabado blanco que contrastaba con los tradicionales cimientos de madera de la casa. Un televisor de gran tamaño ocupaba una esquina de la sala. A su lado había unas fotografías enmarcadas de dos niños pequeños.

—Tengo lo suficiente —dijo el hombre—. Por cierto, llámame John. ¿Quieres beber algo?

—Oh, no, gracias —dijo Alex—. No puedo quedarme mucho tiempo. Mi padre está esperando que lo llame para venir a buscarme, si decides comprar el coche.

—¿Estás seguro? Tengo café, soda, incluso cerveza si quieres.

—Estoy bien. Además, no tengo la edad suficiente para beber cerveza —se rio Alex—. Solo tengo diecinueve años.

La cara de John hizo una mueca.

—Bueno, es de mala educación rechazar una bebida, especialmente el alcohol. Supongo que eso es algo que no te enseñan en la escuela.

El comentario tomó a Alex desprevenido.

—Lo siento, no quería ofenderlo. Estoy seguro de que su cerveza es deliciosa.

John tomó asiento del otro lado de la sala. Miraba el televisor a pesar de que solo estaba la pantalla en negro. Alex sintió que el clima cambiaba de repente.

—De todos modos, el coche —comenzó—. Es suyo si lo quiere.

—Genial, gracias. Tendré que probarlo primero.

—Claro.

—Solo —agregó John—. No quiero que intentes ocultarme nada.

—Lo dijo como si fuera una broma, pero le faltaba el tono necesario para que realmente lo fuera.

Alex vaciló.

—De acuerdo... Aquí tienes las llaves. —Alex sacó las llaves de su bolsillo y John se acercó y tomó el manajo de llaves en un abrir y cerrar de ojos. Alex comenzó a sentirse un poco incómodo—. Ehh... ¿quieres que espere aquí?

—Sí.

Alex permaneció sentado mientras John salía de la casa. A través de la ventana de la sala de estar, vio a John subirse al Ford Focus sin verlo con mucho detenimiento. El motor se puso en marcha, pero el coche no se movió.

Todo quedó en silencio. Alex aprovechó el tiempo para revisar casualmente la casa de John desde su asiento. John debe de ser increíblemente confiado para dejar a un extraño solo en su casa, pensó Alex. Pero eso no importaba mientras pudiera deshacerse de aquel viejo y oxidado vehículo que apenas recorría un kilómetro antes de que se encendiera una luz de advertencia.

Alex se volteó y miró hacia la cocina. Estaba unida a la sala de estar, pero separada por un bar improvisado, con botellas de *whisky*,

vasos y pintas de Guinness. En el exterior, vio el coche moverse por primera vez.

Alex se levantó para estirar las piernas e inspeccionó distraídamente la cocina. Se topó con una gran puerta de cristal que daba al patio trasero de John, aunque se parecía más a un campo de fútbol que a un patio trasero. La casa más cercana, una pequeña cabaña de una sola habitación, apenas se veía en la distancia. Alex vio que John ya tenía dos coches en una choza convertida en garaje junto a su casa. No pudo distinguir los modelos, pero tenían matrículas nuevas. Le pasó por la cabeza la pregunta de por qué John querría comprar un viejo Ford deteriorado, pero pensó que no era su problema.

En la pared de la cocina, Alex vio un calendario de fotos. Era una familia de cuatro miembros. La madre, el padre y dos niñas. Alex pensó que debía ser uno de esos calendarios personalizados, mientras pasaba casualmente de noviembre a diciembre y viceversa. Un calendario entero de fotos familiares. Qué bonito. Recordaba haber tenido uno cuando era niño, antes de que su madre falleciera.

Pero entonces Alex se dio cuenta de algo.

El hombre de las fotos no era John.

No tuvo tiempo para pensar demasiado en el misterio porque John regresó rápidamente a la vista, aparcando el coche en su patio trasero en un ángulo torcido entre la casa y el garaje. No había tardado mucho. Como máximo habían sido treinta segundos. Alex se apresuró a volver a la sala de estar y se sentó en su lugar original para dar la impresión de que no se había movido. John entró de golpe por la puerta del patio trasero.

—Se conduce bien —dijo—. Te daré mil dólares en efectivo. ¿Qué te parece?

Se sintió aliviado. Finalmente alguien quería comprar su pedazo de chatarra.

—Trato hecho —dijo Alex—. Gracias.

—Un gusto.

—¿Qué planeas hacer con él? —preguntó Alex, entablando una breve conversación mientras John desaparecía en una habitación contigua—. Veo que ya tienes dos coches bastante nuevos.

—Sí. Es para mi hijo —gritó John en respuesta.

Alex volvió a mirar las fotografías del mueble del televisor y el calendario. No era un experto, pero los niños de las fotos le parecieron niñas. Pensó que era mejor no preguntar.

—Oh, bueno, espero que le guste.

—Estoy seguro de que sí —dijo John, volviendo a la sala de estar. Alex vio que tenía algo en la palma de la mano, pero no parecía dinero—. Escucha, ya que estás aquí, ¿crees que podría probar algo?

Alex se paralizó.

—¿Algo como qué? ¿Algo con el coche?

—No, nada de eso. Puede sonar un poco raro, pero en realidad tengo vocación de artista. Mi esposa e hijos han estado en el lago toda la semana y tengo una nueva rutina que he estado desesperado por probar.

—¿Tú? ¿Un artista? —preguntó Alex.

—Sí, yo. ¿Por qué es tan sorprendente?

—Lo siento, no quise decir eso. Es que no me pareció que fueras de ese tipo de persona. ¿Qué tipo de artista?

—Un mago.

—Vaya, eso es genial. No quieres cortarme por la mitad, ¿verdad?

—No exactamente —dijo John—. Mira, mañana por la noche haré un espectáculo y tengo muchas ganas de incluir este nuevo número, pero no he podido practicarlo con nadie. ¿Puedes concederme cinco minutos antes de irte a casa? Sé que es una petición extraña, pero probablemente entiendas porque no puedo llamar a mi vecino.

Esto era lo último que Alex esperaba, pero sería una historia divertida para contarle a sus amigos. Además, ¿quién era ese tipo? No era Criss Angel, pero quizá fuera un mago famoso del que nunca había oído hablar.

—Claro que sí. ¿Qué es, un truco de cartas?

John abrió la mano y mostró un par de esposas. Alex sintió una sensación de incomodidad.

—¿Qué demonios es esto? ¿Por qué quieres esposarme?

—A ti no —dijo John—. A mí. Yo haré todo el trabajo. Mira, inspecciónalas. —John levantó las manos para mostrar que estaban vacías—. Nada en las manos y esposas completamente normales, ¿verdad?

Alex tomó las esposas y las inspeccionó. No estaba muy seguro de lo que se consideraba normal y lo que no, pero siguió el juego de todos modos.

—A mí me parecen que están bien.

—Bien. Ahora espósame. —John se dio la vuelta y puso las manos detrás de la espalda—. Vamos. Pónmelas y apriétalas.

Alex se levantó del sofá, manipuló las esposas hasta averiguar cómo funcionaban y las colocó en su sitio. Las apretó para que el metal quedara ajustado a las muñecas de John.

—Listo, creo.

—Bien. Ahora mira esto. —John se dio la vuelta y lo miró mientras empezaba a mover los brazos a su espalda. John arrugó el rostro, cerró los ojos y los volvió a abrir cuando escuchó un chasquido. Lentamente, liberó un brazo. Otro chasquido y las esposas cayeron al suelo cerca de John.

—¡Tarán!

Alex pensó que lo mejor era fingir interés. El truco no era precisamente innovador. Esperaba algo con un resultado mucho más satisfactorio. Había algo raro en este tipo y Alex no quería quedarse para averiguar más sobre él.

—Vaya. ¿Has forzado el cerrojo o algo así?

John se agachó y levantó las esposas.

—No, nada de eso. Un mago no debería revelar sus secretos, pero honestamente, este truco es tan simple que no importa. Cualquiera puede hacerlo.

—Oh, bien. Bueno, avísame dónde vas a actuar y quizás vaya a verte —dijo Alex, sin tratar de ocultar su deseo de salir de la casa.

Había algo sobre un hombre de mediana edad haciendo trucos de magia básicos que era generalmente inquietante.

—Ven, déjame mostrarte. —John se acercó hacia él y maniobró detrás de él. Alex se resistió cuando él tiraba de sus brazos hacia atrás, pero John los sujetó con un agarre firme.

—No, está bien. Realmente tengo que volver.

—Solo tomará un segundo. Mira. —Antes de que Alex pudiera apartarse, John le había ajustado una de las esposas en la muñeca. Alex trató de quitárselo de encima, pero antes de que pudiera hacerlo, le puso la segunda esposa. La repentina falta de movilidad en sus brazos provocó una violenta oleada de pánico en sus terminaciones nerviosas. Agitó las muñecas con ferocidad para intentar liberarse.

—Esto no es gracioso —gritó—. No quiero hacer esto.

—Tranquilo —dijo John sonriendo—. Mira, te mostraré el truco. Es fácil.

Alex sintió el aliento de John en la nuca. Desde tan cerca, olía a suciedad.

—¿Cómo me libero de las esposas? ¿Cuál es el truco?

Alex sintió la mano de John acariciando su cuero cabelludo. Alex se quedó paralizado en un estado de confusión. Pensó que tal vez esto era parte del truco.

Pero entonces la mano de John empezó a apretar, agarrando a Alex con fuerza por el pelo con un agarre implacable. Un intenso dolor pulsante le recorrió el cuero cabelludo. John le tiró la cabeza hacia atrás mientras le daba una patada a Alex en la parte posterior de las rodillas, haciéndolo caer al suelo.

—El truco es tener la llave —gritó John, sosteniendo una llave plateada contra la cara de Alex. John tiró la llave al suelo mientras Alex perdía el equilibrio y caía de espaldas. Sintió que las manos de John le agarraban con fuerza el cuello, haciéndole estallar en un frenesí de patadas y movimientos. No pudo disipar la presión de ninguna manera. No había suficiente espacio entre él y John para

ejercer fuerza y con lo único que le chocaban los pies era la base del sofá de cuero marrón en el que había estado sentado.

Comenzó a ahogarse y a escupir mientras los pulgares de John le presionaban la tráquea. Intentó respirar por la nariz, pero la entrada de oxígeno estaba interrumpida en el cuello.

La adrenalina lo obligó a tirar de las esposas con toda la energía que le quedaba. Un fuerte dolor de ardor le invadió las muñecas, pero en la mano derecha sintió que el dolor se extendía hacia arriba. Hasta el pulgar. Hasta los nudillos.

La esposa derecha estaba aflojándose.

Con un último y agonizante esfuerzo, Alex liberó la mano derecha de las esposas, desgarrando capas de carne y tejido. Instintivamente trató de aliviar el control de John alrededor del cuello para permitir el flujo de aire hacia los pulmones, pero John era demasiado fuerte, demasiado poderoso. Alex estiró el brazo para arañar la cara de John, pero él apartó la cabeza de forma brusca y puso una distancia demasiado grande entre ellos.

Una sensación de confusión se apoderó de él. De repente, el dolor insoportable empezó a disminuir, siendo sustituido por una especie de alucinación y desorientación. Su visión empezó a tornarse blanca mientras el brazo derecho caía a su lado.

Y entonces sintió algo en las yemas de los dedos. Algo metálico. Lo arrastró frenéticamente entre los dedos y sintió que tenía unos dos centímetros de largo y un extremo dentado.

La llave de las esposas.

Alex rezó para que la suerte estuviera de su lado. Reunió fuerzas para clavar la llave en la cara de su atacante, esperando que fuera suficiente como para desorientarlo.

—¡Mierda! —gritó John.

El aire llegó a los pulmones de Alex. Recuperó la visión y se llenó de energía. Encima de él, John se cubría un lado del rostro con las manos, la sangre se filtraba entre las grietas de los dedos. Alex lo había apuñalado en el ojo.

Alex volvió a hacer lo mismo. Repetidamente. Empujó su arma improvisada contra la cara de John, contra la sien y contra el ojo sano en una rápida sucesión, fue suficiente como para hacerlo perder el equilibrio. Alex se liberó de una patada, se puso en pie de un salto y salió disparado hacia la puerta principal. Su estado de confusión le hizo chocar contra ella de manera estruendosa con el hombro por delante. Tiró de la manija. Trató de abrirla con furia.

—Abre, maldita cosa —gritó. ¡Abre!

Pero no se abrió. Se dio cuenta de que era uno de esos pestillos que necesitan una llave. John debe haberla cerrado con llave después de que él entró.

«La puerta trasera».

Alex volvió a la sala de estar, donde John se había puesto en pie. Alex cogió un jarrón de la repisa de la ventana y se lo lanzó a John. El impacto lo hizo tambalearse y John cayó en la entrada de la cocina. Alex se precipitó hacia la barra y saltó por encima de ella, rompiendo varias botellas de alcohol al hacerlo. Llegó a la puerta del patio y tiró de la manija.

La puerta se abrió.

Los pasos de John retumbaron detrás de él, pero Alex estaba en el exterior. Corrió tan rápido como le permitieron las piernas, cubriendo lo que parecía medio kilómetro de hierba embarrada en menos de un minuto. Llegó a un pequeño camino, se detuvo y miró a su alrededor. Seguía sintiendo una agonizante sensación de ardor en el cuello y la garganta. Un par de esposas aún le colgaban de la muñeca izquierda, mientras que una sensación implacable y aguda le recorría ambas manos. La niebla invernal, combinada con su visión borrosa, dificultaba que pudiera detectar cualquier cosa, viva o no.

Observó en todas las direcciones, rezando por haber dejado atrás al hombre que se hacía llamar John. No vio más que un par de luces en la distancia. Se acercaban rápidamente hacia él.

Alex corrió hacia el vehículo.

—Detente —gritó—. Por favor, detente. —Alex se dejó caer al suelo en medio del camino. La presión en los tobillos hizo que se desplomara en el lugar donde estaba.

Un pequeño Volkswagen plateado apareció y se detuvo bruscamente frente a él. Una mujer joven salió del asiento del conductor, pero se quedó detrás de su puerta abierta para protegerse.

—Por favor. Mi nombre es Alex Bauer. He sido atacado —dijo Alex antes de que la mujer pudiera decir nada.

—Oh, por Dios, ¿estás bien? —dijo alterada.

—No. Él me estranguló. No puedo respirar bien. Por favor, sácame de aquí. Todavía puede estar buscándome.

La mujer abrió la puerta trasera y ayudó a Alex a entrar. Se apresuró a volver al asiento del conductor y trabó todas las puertas.

Cuando el coche volvió a arrancar, Alex estuvo seguro de ver una figura en la distancia. Un pequeño punto en un campo verde.

Creciendo en tamaño.

Acercándose.

Volvió a ver la misma cara. La misma ropa cubierta de sangre. Él seguía persiguiéndolo, avanzando tambaleante por la hierba.

—¡Conduce! —gritó Alex—. Por favor, Dios, sácame de aquí.

El motor comenzó a hacer un sonido de traqueteo. Una columna de humo negro apareció en el parabrisas trasero. Alex conocía ese sonido, conocía ese humo. Su propio coche había hecho lo mismo muchas veces.

—Mierda —dijo la mujer, apretando el acelerador al máximo. Alex escuchó como el pie de la mujer golpeaba el piso del coche—. ¡No está arrancando!

Y Alex sintió el peor miedo que había sentido en su vida.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Ella dejó caer la cabeza hacia atrás en su silla. Se apartó el cabello de los hombros. Volvió a sentir la habitual sensación de frustración, la misma que sintió cuando Ripley le dijo que el cráneo humano era falso. La victoria se sentía al alcance de la mano, pero al mismo tiempo estaba bloqueada por una barrera invisible e impenetrable.

Ella se levantó de la silla y se dirigió a la puerta. Ripley le sostuvo la puerta mientras salía. Se reunieron con Harris, que miraba a través del vidrio reflectivo.

—Déjalo —dijo Ripley—. No va a suceder.

Ella sintió que la decepción se apoderaba de ella. Escuchar a Ripley hablar en un tono igualmente desanimado la llenó de una sensación de derrota. Se sentía como si acabara de salir de un *ring* de boxeo después de haber sido golpeada durante diez asaltos.

—Lo siento —dijo Ella—. Intenté conseguir que se equivocara de alguna forma.

—Hiciste todo lo que podías, Dark —dijo Ripley—. A veces no puedes llegar a ellos, sin importar lo que intentes. Fue una gran idea, decir la información equivocada a propósito para ver si reaccionaba, pero no lo hizo.

—¿Eso fue lo que hiciste? —preguntó Harris.

Ella asintió.

—Sí. Cuando se enfadó porque dije que sus taxidermias eran falsas, pensé en intentar lo mismo con las escenas del crimen. Si idolatra a esos asesinos en serie tanto como creemos, se habría

enfadado porque teníamos mal los detalles importantes. Pero no pareció afectarle en absoluto. —Ella odiaba tener que decir esas palabras. Apenas podía soportar mirar a Ripley, sabiendo que no había sido capaz de hacer el trabajo.

—Bien —dijo Harris—. ¿Ahora qué?

—Creo que Clyde Harmen es muchas cosas —comenzó Ripley—. Sexista, homofóbico, extremadamente trastornado, sexualmente incompetente. Pero no creo que sea un asesino en serie.

—Pero todavía hay una posibilidad, ¿no? —preguntó Ella, casi suplicando—. Tiene que haberla. Que no lo haya admitido no significa que sea un caso perdido. No tiene coartada para los asesinatos de Hartwell y Kelly. Tiene un historial de desviaciones sexuales y de crueldad con los animales.

—Lo siento, novata, pero mi instinto me dice que el tipo que está delante de nosotros no podría ejecutar ninguna de las escenas que hemos visto hasta ahora. Míralo. Débil, flaco, infantil, vestido como un skater de los noventa. Puedo verlo vendiendo marihuana fuera de Walmart. No puedo verlo cometiendo homicidios organizados y complejos sin dejar un solo rastro. ¿Viste cómo reaccionó cuando lo acusaste? Emoción cruda, como si matar a un humano fuera lo último que haría.

Ella miró a Clyde a través del vidrio. Él estaba sentado de espaldas a ellos, mirando la pared del fondo. No había volteado a ver las fotos de la escena del crimen ni una sola vez desde que Ella salió de la habitación.

—De todos modos, lo retendremos aquí durante un tiempo —dijo Harris—. La comisión local de vida silvestre está vaciando su casa mientras hablamos. Al menos podemos acusar a este enfermo de crueldad con los animales, por no hablar de su ataque a la señorita Dark. Incluso podría ser condenado a prisión.

—Realmente quería que fuera él. Más que nada —dijo Ella, aún mirándolo a través del vidrio.

—Yo también, pero mira, atrapamos a este tipo y hemos evitado que haga cosas macabras. Eso ya es una victoria. Si puedes

encontrar a este tipo usando solo tus habilidades para hacer perfiles, también puedes encontrar al verdadero asesino, ¿verdad? —dijo Ripley.

—Aún no estoy convencida. Todo encajaba a la perfección. Déjame volver a entrar. Intentaré un enfoque diferente —dijo Ella, casi tratando de convencerse a sí misma más que a Ripley. El sentimiento de envidia volvió a surgir. Ripley podía verlo. Podía ver lo más allá del exterior superficial, de las tonterías, de la grandiosidad. Pero Ella no podía. Era casi abrumador comprender que la realidad visceral era una bestia totalmente diferente a la lectura de libros y la memorización de acontecimientos históricos.

—Dark, no estoy diciendo que no deberíamos seguir interrogando a este tipo, pero que vuelvas a entrar no va a conseguir mucho.

Ella suspiró. Lo sabía, pero le costaba aceptarlo.

—¿Solo puedo intentarlo?

—Mira, tu conocimiento atrapó a este tipo y eso es un logro increíble. ¿Pero ser capaz de ver en el interior de alguien y poder sacarle la verdad? No es algo que se aprenda en cuarenta y ocho horas. Lleva años de práctica, de prueba y error. No puedes hacerlo. No mucha gente puede. No te sientas mal por ello, Dark.

Le costaba comprenderlo. Ella siempre había asumido que si estudiaba lo suficiente, podía hacer cualquier cosa. En la mayoría de las áreas de su vida, había funcionado. Pero esto era algo que requería experiencia, algo que no podían enseñarle los manuales. Se sintió un poco desalentada al darse cuenta de que le quedaba un largo camino por recorrer antes de alcanzar los niveles de capacidad que deseaba.

Ella se dirigió hacia la puerta de la sala de interrogatorios, pero Ripley levantó la mano para detenerla. Mientras lo hacía, comenzó a sonar su teléfono en el bolsillo. Ripley lo sacó, miró el número y contestó.

—¿Hola?

En cuestión de segundos, Ella observó cómo el rostro de Ripley adoptaba una expresión que ya había visto una vez. De hecho, la

había visto esa misma mañana.

—Ya vamos —dijo Ripley. Terminó la llamada.

—¿Qué ha sucedido?

—Clyde no es el asesino.

—¿Cómo lo sabes?

—Necesitamos ir al hospital local. No van a creer esto.

* * *

Harris las llevó desde la comisaría hasta el hospital Saint Mary, en las afueras del pueblo. Era el único hospital en un radio de trece kilómetros. La fuerte lluvia invernal que rebotaba en las ventanas del coche era la banda sonora del viaje. Era una noche lúgubre en todos los sentidos.

—¿Qué dijeron exactamente? —preguntó Ella desde el asiento trasero.

—No mucho. Solo dijeron que un chico joven llegó al hospital y que apenas podía hablar después de haber sido estrangulado. Dijo que fue atacado por un hombre que vivía en un lugar aislado en Starksville.

—Vaya, les diré que allí sí que no hay nada —dijo Harris—. Más silencioso que un cementerio. Starksville tiene una extensión de un kilómetro y medio y hay unas cinco personas viviendo allí. Es donde van los jubilados ricos.

Entraron en el estacionamiento del hospital Saint Mary y Harris aparcó en uno de los espacios de la parte delantera destinados a los vehículos de los servicios de emergencia. Los tres salieron del coche y cruzaron la puerta doble del hospital. Ella se quitó las gafas para proteger sus cristales de la lluvia.

—Ni siquiera sabemos si esto está conectado con todo, así que no nos precipitemos —dijo Ripley mientras entraban en el hospital y recorrían los pasillos. Siguieron a Harris. El hospital estaba inquietantemente vacío, solo había un largo pasillo blanco que se

extendía eternamente frente a ellos. De repente, una mujer embarazada en pijama apareció desde una de las esquinas. Un enfermero la estaba ayudando. Harris asintió a ambos saludándolos.

—Aquí. —Llegaron al corredor 43. Dentro estaban las camas para los pacientes de urgencias. En la recepción, el asistente les señaló la cama de Alex Bauer. Solo había otros tres pacientes en la habitación. Dos dormían y uno observaba intrigado a los agentes.

Ella, Ripley y Harris se acercaron a la cama de Alex. Estaba despierto, sentado recto y mirando su teléfono con la mano izquierda. Tenía un vendaje alrededor del cuello y el brazo derecho estaba vendado desde la mano hasta el antebrazo. Miró a los tres recién llegados con pánico y desconfianza.

—¿Sr. Bauer? —preguntó Ripley.

El chico asintió. Sus heridas eran evidentes, incluso más notorias que su aspecto juvenil, pensó Ella. La mitad inferior de la cara estaba enrojecida y probablemente el enrojecimiento se extendía por debajo del vendaje y hasta la espalda.

—Yo soy la agente Ripley y estos son la agente Dark y el comisario Harris. Entendemos que has pasado por bastantes cosas en las últimas horas, pero ¿te molestaría que te hiciéramos algunas preguntas sobre el incidente?

Ella opinó que Alex parecía un buen chico, con su melena rubia y su aspecto de deportista. Sin duda sería un hombre atractivo cuando llegara a la edad adulta, pero no pudo evitar preguntarse cómo esta experiencia tan traumática afectaría su vida.

Alex abrió la boca para hablar, pero solo pudo emitir gruñidos. Volvió a intentarlo, pero se detuvo y negó con la cabeza. Una enfermera, vestida con una holgada bata azul, se apresuró a acercarse a la cama del paciente en observación.

—No, no, no. Oficiales, lo siento, pero Alex ha sufrido un severo traumatismo en su columna cervical. Los vasos sanguíneos alrededor de su esófago se han hinchado gradualmente desde que se produjo la lesión, lo que hace que hablar sea difícil y doloroso. Lo siento, pero no pueden hablar con él.

Ella vio la frustración en el rostro de Alex. Él se encogió de hombros y volvió a teclear en su teléfono celular.

—Entendido —dijo Ripley—. Alex, volveremos cuando estés curado, así podremos hablar contigo en condiciones.

Pero Alex se volvió hacia los agentes y les mostró su teléfono. En la pantalla había escrito: «Puedo hablar por aquí».

Ella y Ripley cruzaron una mirada de confirmación.

—¿Estás seguro? —preguntó Ella.

Alex asintió efusivamente con la cabeza.

—Bueno, gracias por ser tan cooperativo —dijo Ripley—. ¿Puedes hablar, o escribir, para contarnos lo que ha pasado?

Hubo un breve silencio mientras Alex tecleaba. Ella ya había buscado en las profundidades de su cerebro asesinos en serie que tuvieran como objetivo a chicos jóvenes y la lista era demasiado extensa como para poder identificarlo todavía. Si había algo más que pudiera ayudar a reducir la lista, pronto se daría a conocer.

Alex entregó su teléfono después de unos treinta segundos. «Publiqué un anuncio de mi coche en Auto Trader. Recibí una llamada de la nada de un número oculto. Era un tipo que decía que compraría mi coche si podía ir a su casa hoy».

—¿Qué aspecto tenía? ¿Tenía algo que lo identificara? ¿Marcas de nacimiento, tatuajes, cicatrices? —preguntó Ripley.

Otra corta espera. «Nada en particular. Lucía como un tipo normal. Tenía cabello negro y ojos marrones y era un poco más alto que yo. Cerca de un metro ochenta. No era joven, pero no era viejo. Dijo que su nombre era John. Actuó un poco raro al principio».

—¿Raro cómo? Explícanos.

Alex tecleó frenéticamente. «Me ofreció una bebida y se enfadó conmigo cuando le dije que no. Luego se llevó mi coche a dar una vuelta y lo aparcó en su patio trasero. Cuando regresó, hubo una situación de mierda y me esposó. Luché como un loco y salí de allí a toda prisa. Salió tras de mí. Me persiguió hasta que me metí en el coche de alguien. Casi me atrapa, pero logramos salir a tiempo».

—¿Esposas? —preguntó Ripley—. ¿Cómo las metió en la conversación?

Otro chispazo, otra conexión. Pero Ella se mantuvo callada. No quería darle pistas a Alex. Una cosa era exponer teorías al personal médico, pero decírselas a un adolescente sería como el beso de la muerte en lo que respecta a mantener las cosas en secreto. La enfermera regresó y asomó la cabeza entre ellos.

—Lamento interrumpir, oficiales, pero tenemos que tratar la hinchazón de Alex. Se ha inflamado desde la última vez que lo revisamos así que debemos ser cautelosos. Si pueden esperar media hora, se los devolveremos.

—Claro, trátenlo —dijo Ripley—. De todas formas, debemos irnos.

—Yo me quedaré —dijo Harris. Sacó las llaves de su coche y se las arrojó a Ripley—. Revisen la casa. Starksville está a unos once kilómetros. Yo me quedaré a hablar con el chico cuando esté listo y llamaré a dos coches patrulla para que se encuentren con ustedes allí. También buscaré la identidad del dueño de la casa.

Ripley asintió en señal de confirmación. Se dio la vuelta hacia Alex.

—Si puedes ofrecernos la dirección, nos dirigiremos allí de inmediato. —Alex escribió la dirección en su teléfono y se la mostró a las agentes. Ripley la anotó.

Salieron del hospital y volvieron al coche, dejando a Harris para que terminara la entrevista. Si Ella no tuviera que irse, se habría quedado más tiempo con Alex, pensó. Ver a ese pobre chico en su estado, sobre todo en los mejores años de su vida, fue como un golpe en el estómago. Ver una víctima muerta era una cosa, pero en cierto modo ver una viva era peor. Sabía que el chico sufriría traumas y recuerdos durante el resto de su vida, algo que ella misma conocía demasiado bien.

—¿Crees que es nuestro tipo? ¿Encaja? —preguntó Ripley, destrancando las puertas del coche patrulla.

Si este era realmente su asesino, Alex había pintado la imagen de un agresor impulsivo e influenciado por la fantasía que haría todo lo posible para lograr sus objetivos. Pensó que este intento de asesinato era diferente al resto. No estaba segura de que fuera él, pero hasta el momento todos los indicios le decían que lo era.

—No sé qué pensar. Pensé que nuestro asesino estaba encerrado en la comisaría. Es hora de averiguarlo.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Ella y Ripley llegaron a la dirección justo antes de la medianoche. Tardaron más de lo previsto en llegar a Starksville, dado que la fuerte lluvia y los caminos rurales sin luz dificultaban la conducción. En otras circunstancias, la infinita naturaleza y las casas retiradas habrían dado lugar a soñar con una vida menos agitada, pero Ella no tenía tiempo para esas trivialidades.

Un camino de adoquines llevaba a la puerta principal de la casa. Ella la golpeó. Ripley sostenía con firmeza su pistola Glock 17 mientras esperaban una respuesta.

Pasaron treinta segundos sin respuesta. El teléfono de Ripley vibró en su bolsillo. Atendió la llamada.

—Harris. Adelante. Estamos en la casa del sospechoso. Parece estar vacía. —Puso el teléfono en altavoz.

—Debería estarlo —dijo la voz de Harris—. La casa pertenece a una pareja, sus nombres son Jared y Chloe Green, pero el tema es que están de vacaciones en Europa desde el viernes pasado. Acabo de hablar con Chloe y me ha asegurado que no debería haber nadie en su casa. Cerraron todo cuando se fueron.

—Entonces alguien utilizó su casa para atacar a chicos jóvenes. Vamos a entrar —dijo Ripley. Ella tomó la iniciativa y comenzó a empujar la puerta principal con el hombro, pero era demasiado dura para ceder.

Se escuchó la voz de Harris de nuevo.

—Los otros oficiales están en camino. El GPS tiene problemas en las zonas rurales.

—Entendido —dijo Ripley, guardando el teléfono en su bolsillo—. A la puerta trasera. Vamos.

Ripley y Ella avanzaron por el costado de la casa, pasando por varias ventanas, todas ellas cerradas por completo. El interior también estaba sumido en la oscuridad. No había ninguna valla que separara el patio trasero de los alrededores cubiertos de hierba, un garaje abierto era lo único que señalaba el área aproximada donde terminaba el territorio exterior de la casa. Ella vio tres coches.

—Dos Audis y un Ford Focus —dijo Ripley—. Uno de ellos es distinto a los demás.

—El Ford debe de ser de Alex. Él dijo que el tipo se lo llevó para probarlo. Mira cómo lo ha estacionado.

—Atascado entre el garaje y la puerta trasera, de forma de que Alex no pudiera escaparse en él rápidamente si se liberaba.

Ella se puso en el lugar de Alex. Si él hubiera conseguido entrar en el coche, habría tenido que hacer grandes maniobras para sacarlo del ángulo en el que había quedado bloqueado. Sintió una sensación de impotencia al imaginar a Alex tratando de escapar de su captor, dándose cuenta de que tendría que escapar a pie.

Se acercaron a la zona del patio trasero. Dos puertas corredizas de cristal les permitieron ver la zona de la cocina. Ella jaló una de las manijas y la puerta se abrió la primera vez. Miró hacia atrás para ver a Ripley.

—Escapó por aquí y no tenía forma de trabarla —dijo Ripley—. Sacó su linterna para iluminar el interior y encontró un interruptor a su derecha. Lo encendió. La zona de la cocina se iluminó. Una pila de cristales rotos tapizaba la superficie de la cocina y el suelo. Ella siguió adelante y encontró el interruptor de la sala de estar.

—Por Dios —dijo Ripley, examinando el montón de sangre que se había secado en la alfombra gris—. Alex debe haberlo golpeado bien. —Al lado de ello había un jarrón blanco y dorado, al que le faltaba un gran trozo en el costado.

—¿Qué piensas, Dark? No veo ninguna razón por la cual esto pueda estar conectado con los otros cuatro asesinatos. ¿Irrumpir en

una casa a trece kilómetros de su último lugar de asesinato? ¿Un engaño sobre la compra de un coche? ¿Esposas? ¿Por qué llegaría tan lejos? Si mirara esto desde el punto de vista de un caso de asesinato aislado, argumentaría que la gratificación sexual fue el principal motivador aquí, algo de lo que carecían los otros asesinatos.

—No, nuestro sudes hizo esto. Estoy segura. —Ella se arrodilló junto al charco de sangre y recreó la escena en su mente. Visualizó a Alex entrando y conversando con el asesino. Pudo ver cómo el asesino lo observaba por la espalda, asegurándose de que era el tipo de víctima adecuado. Cuando lo aprobó, le sirvió una bebida y se la ofreció. Alex dijo que no. Entonces vio cómo la rabia y la frustración invadían al asesino. Lo vio entrar en pánico y volver a trazar su plan. Luego siguió la recreación de los acontecimientos históricos. Ella se imaginó al asesino utilizando las referencias de su base de memoria. Era un hombre fornido, físicamente hábil.

Un payaso.

En efecto, esta escena era diferente del resto, pero también similar en un aspecto muy determinante. Las cosas encajaban casi a la perfección. Cuando estuvo segura de que tenía los eventos en orden cronológico, se lo comentó a Ripley.

—Alex entró y se sentó aquí. ¿Recuerdas que dijo que el tal John se molestó cuando rechazó su oferta de beber algo?

—Sí.

—Eso es porque estaba tratando de llenarlo de alcohol, o posiblemente de drogas para aflojarle, para que sea una víctima más fácil. Sabemos que este tipo no tiene confianza en sus habilidades físicas. Siempre ataca cuando sus víctimas menos se lo esperan. Tuvo que usar drogas para sedar a Shawn Kelly porque él representaba una amenaza física y Alex también. Necesitaba debilitarlo antes de sentirse lo suficientemente cómodo como para atacarlo.

—Estoy de acuerdo, eso hace —dijo Ripley—. Pero eso es algo bastante común en los casos de asesinatos en el mundo.

Ella miró hacia el coche de Alex abandonado en el patio. Volvió a visualizar la situación en su mente y revisó el proceso paso a paso.

—Contaba con que Alex aceptara la bebida, pero cuando ese método no funcionó tuvo que pensar en otra forma de dificultar la huida de Alex.

Ella se imaginó al asesino esforzándose por mantener la calma, pero entrando en pánico por dentro. Lo vio queriendo atacar a Alex como lo había hecho con los otros, pero sabía que no podía. Casi podía verle la expresión del rostro mientras libraba esa batalla interna consigo mismo. ¿Lograr el asesinato o rendir el tributo apropiado?

—Alex estaba sobrio, así que tenía que descartar el coche de la ecuación. Fue entonces cuando se le ocurrió el cuento de la prueba de conducción. Pudo quitarle las llaves a Alex y aparcarse el coche en algún lugar donde fuese más difícil escapar. Si Alex conseguía recuperar la llave de alguna manera, o si tenía una llave de repuesto en el bolsillo, tendría que maniobrar bastante el coche para salir de esa posición.

Ripley escuchó con atención, siguiendo el patrón de pensamiento de Ella.

—Supongo que podrías tener razón. Si Alex se defendía, la única forma de escapar sería corriendo por los campos, lo que le daría al sudes una mejor oportunidad de volver a capturarlo.

Ella se levantó del suelo empapado de sangre.

—¿Harris sigue en la línea?

Ripley levantó su teléfono.

—Sí, lo está.

—Dile que le pregunte algo a Alex. Que le pregunte si ese tal John intentó enseñarle un truco de magia con las esposas.

Ripley lo hizo, luego le agradeció a Harris y colgó.

—Estabas en lo cierto, novata. ¿Qué sabes que yo no sé?

Ella no respondió todavía.

—Lo de las esposas no fue un desvío de sus intenciones. Había planeado hacerlo, solo que planeaba que Alex estuviera intoxicado

en ese momento. Pero como no pudo seguir su plan al pie de la letra, como hizo con todos los demás, tuvo un descuido.

—Entró en pánico. Eso nos dice que no es bueno improvisando. Tal vez no es tan organizado como pensábamos.

—Pero hay una cosa que no entiendo —continúo Ella—. ¿Por qué aquí? Eligió a Alex porque encajaba en el perfil que necesitaba, pero el lugar que eligió es extraño.

—Quizás tenía un acceso fácil a este lugar. Podría ser un amigo o pariente de los propietarios. Quizás lo haya escogido al azar. Podría haberlo intentado entrar en otras cien casas antes de llegar a esta.

—¿Crees que este tipo habría hecho eso? —preguntó Ella—. Todas sus otras escenas del crimen han sido calculadas y controladas hasta el último detalle.

—Dímelo tú. En tu perfil del sudes, dijiste que la ubicación era tan importante como la victimología y la firma.

Ella pensó en ello.

—No elegiría este lugar al azar. Él no hace nada al azar, ni por conveniencia. La puesta en escena lo es todo para él. Necesitaba matar a Alex en esta casa porque era parte de la firma. Todo lo demás coincide, excepto... —Ella se detuvo a mitad de la frase. Estaba mirando la repisa de la ventana que daba al jardín delantero.

—¿Qué pasa? —preguntó Ripley, tratando de leer sus pensamientos telequinéticamente—. Solo dilo.

Sobre la repisa había una fila de tres trofeos. Cada uno representaba a un golfista en una postura diferente. Ella se inclinó para leer las placas de cada uno de ellos.

El primero, ASOCIACIÓN DE GOLF DE ESTADOS UNIDOS - JARED GREEN.

El que le seguía, PREMIO DE PLATA DE LA SOCIEDAD DE GOLF DE LOUISIANA - JARED GREEN.

Pero fue el tercero el que hizo que se conectaran los chispazos.

Ella levantó el trofeo y señaló el grabado. Simplemente decía «J. G».

—¿Qué hay con ello? —preguntó Ripley—. Se trata de un tipo que juega al golf.

—No, mira las iniciales. El dueño de esta casa es Jared Green. J. G. Toda esta escena es un homenaje a John Gacy.

Ripley lo consideró por un momento.

—Mierda, creo que tienes razón.

—Entre 1972 y 1978, John Wayne Gacy fue responsable de la muerte de al menos treinta y tres jóvenes y niños en toda la zona de Chicago. Su número de víctimas lo convirtió en uno de los asesinos en serie más prolíficos de la historia moderna. En su tiempo libre, Gacy trabajaba como animador infantil, como payaso.

—Tiene sentido —coincidió Ripley—. Esta casa sería una gran ubicación para él. Está en medio de la nada, eso le da privacidad. Es lujosa, así que la gente se sentirá más atraída a entrar. Todo está aquí.

—Realmente lo es. Gacy atacaba a chicos jóvenes, de una edad media de unos diecinueve años. Utilizaba una serie de trucos para llevarlos a su casa, luego los atiborraba de alcohol hasta que no estaban en condiciones de defenderse. Me cuesta entender cómo pudo encontrar una casa con las iniciales del dueño de la casa, J. G., que además estuviera fuera del pueblo.

—Probablemente hay un millón de propietarios con esas iniciales. O podría haber encontrado uno solo llamado John, o Wayne. Es lo que se denomina salidas múltiples. Había diferentes maneras en las que podría haber hecho referencia al nombre y finalmente, consolidó su decisión cuando se dio cuenta de que esta gente estaría en Europa.

Ella lo pensó y luego asintió.

—Supongo. Luego de que Gacy terminara de darle alcohol, usaba el truco de las esposas.

—Luego los estrangulaba y los dejaba bajo las tablas del suelo —terminó Ripley.

—Y probablemente esa era su intención aquí, pero fracasó —dijo Ella. Cruzaron una mirada.

—En mi experiencia, cuando un asesino serial falla, las cosas tienden a complicarse más para los investigadores.

—¿Por qué?

—Los asesinos en serie estallan si no consiguen satisfacer sus fantasías, como si los interrumpieran durante el asesinato. Es como si alguien te diera una bofetada en la cara cuando estás a punto de llegar al orgasmo.

La mente de Ella pensó en Jack el Destripador, que había matado a dos mujeres en una noche porque no había conseguido mutilar a la primera.

—A algunas personas les gusta eso —dijo Ella.

—Es cierto y como esa gente, puedo sentir que las cosas se ponen difíciles. Si esta es la primera vez que se frustran sus planes, su próximo ataque podría ser muy imprevisible. Podría ser un apuñalamiento al azar en la calle, o un allanamiento de morada impulsivo.

Ella repasó los posibles escenarios en su mente. Teniendo en cuenta su fracaso aquí, ¿intentaría repetir el asesinato de Gacy? ¿Encontraría otra víctima, otro hogar? ¿O volvería a buscar a Alex?

—Traeremos a los forenses para que registren este lugar. Tenemos suficientes muestras de ADN para obtener una coincidencia exacta si está en la base de datos.

La otra posibilidad era que aceptara su fracaso y siguiera adelante, pero ¿hacia dónde?

La única certeza que tenía era que el hombre que estaba en la celda de la comisaría no era el responsable de esos asesinatos.

—Tenemos que volver a la comisaría y revisar el perfil —señaló Ella—. Hay algo que se nos ha pasado por alto.

—Esta noche no dormiremos —dijo Ripley mientras se dirigían a la salida—. Tenemos que resolver esto de inmediato.

CAPÍTULO VEINTE

Cuando Ella llegó a la comisaría a la mañana siguiente, su mente estaba llena de preguntas. Sentía una nueva determinación, porque durante todo el caos de ayer, Ella había pasado algo por alto.

Había tenido razón.

Se encerró en la oficina y empezó a escribir en una pizarra. Sus pensamientos la consumieron rápidamente, pero alguien que llamaba a la puerta la trajo de vuelta a la realidad. Ripley entró con un café humeante en las manos.

—Llegaste temprano —dijo Ripley.

Ella rezó para que los círculos rojos que le rodeaban los ojos hubieran desaparecido. Rezó para que Ripley no notara los signos de cansancio en la cara y la piel.

—No podía dormir —dijo Ella.

—Esas ojeras te delataron. Estás agotada y no me sorprende.

Ella se dejó caer en su silla y se quedó mirando su obra. Había dibujado una tabla con la lista de todos los asesinos en serie que el sudes había imitado hasta el momento, enumerando el número de víctimas, los lugares, las horas, las fechas, el número de los que se habían escapado, las armas homicidas, las características de las víctimas, los rituales específicos y los *modus operandi*. En la mano tenía una copia impresa del perfil psicológico que había elaborado. Recorrió la página con el bolígrafo, sintiendo una oleada de ansiedad abrumadora que le sacudía el estómago. Tenía demasiada información para desglosar, demasiados factores, demasiada

complejidad. Tenía toda esta información como base, pero ¿y si estaba completamente equivocada? Moriría más gente y sería su culpa por haber dirigido el perfil en la dirección equivocada. Esa era un peso que no podía soportar. A pesar de todo lo que encontraron en la casa de Clyde, no pudo evitar sentir que todo el esfuerzo había sido una pérdida de tiempo valioso y que todo era su culpa por su perfil. Mientras ellos investigaban en una dirección, el verdadero asesino atacaba en otra. La culpa la atormentaba y era una de las razones por las que apenas había podido dormir cuatro horas la noche anterior.

—Dark, háblame. ¿En qué estás pensando?

Ella bajó la mirada hacia el papel que tenía en la mano.

«Podríamos suponer que emularía a asesinos similares, como John Wayne Gacy, Gary Ridgway o Dennis Rader. Si quisiera emular a John Wayne Gacy, elegiría a un joven adulto o a un adolescente».

—Predije que solo imitaría asesinos por lujuria y que Gacy podría ser uno de ellos.

—E hizo exactamente eso.

—Entonces, creo que sé cómo podría atacar a continuación, pero no puedo estar segura.

—Sigue.

—Con cada asesinato ha habido una progresión de alguna forma, ¿verdad? Si estuvieras viendo esto al margen de mi teoría, ¿cómo lo verías? —preguntó Ella.

Ripley tomó un trago de su café y señaló el primer nombre de la lista.

—Bueno, el primer asesinato de Julia Reynolds por parte del sudes fue simple y directo. La asesinó rápidamente, se deshizo de ella de inmediato y no dedicó demasiado tiempo al cadáver, ni la dejó en una pose ni escenificó la escena de ninguna manera.

Ripley pasó al siguiente nombre.

—Su segundo asesinato, Winnie Barker, fue similar, pero también hubo un cambio en el *modus operandi*. La mató rápidamente y no pasó ningún tiempo con ella mientras estaba consciente, pero en

esta ocasión dejó un pequeño mensaje con lápiz de labios. Aquí fue donde realmente le puso un sello a su asesinato. Si no lo hubiera hecho, quizá nunca hubiéramos sospechado o, mejor dicho, tú nunca hubieras sospechado que estaba imitando a Richard Ramirez.

—¿Y Christine Hartwell?

—Ahí fue donde realmente empezó a pulir su operativa. Perfeccionó esta escena hasta el último detalle, incluso pasando un tiempo considerable con su cadáver *post mortem*. Aquí incluyó cosas que no había hecho antes, copiando las acciones de Gein hasta cosas menores como el material de sujeción. Todo fue escenificado hasta niveles obsesivos.

—¿Dirías que el asesinato de Shawn Kelly fue como una disminución, considerando que la puesta en escena fue menos dramática?

Ripley lo pensó durante un segundo. Se echó el pelo castaño hacia atrás y lo recogió en una cola de caballo.

—No, yo no diría eso en absoluto —dijo—. El hecho de que la brutalidad *post mortem* no fuera tan extrema, no significa que no hubiera una aceleración en su psicopatología. La progresión puede significar cosas diferentes en los confines de la escena del crimen y el psicoanálisis. No se limita a las muestras de violencia.

Ella consideró la idea. Le había inquietado el hecho de que el asesinato de Shawn Kelly fuera menos teatral, menos sistemático que el de Christine Hartwell.

—¿Cómo qué?

—Bueno, dime cómo Jeffrey Dahmer se acercaba a sus víctimas.

—Se hacía amigo de ellos en las discotecas gay de Milwaukee y los invitaba a su apartamento. Les prometía alcohol, drogas y sexo, y cuando estaban solos, los embriagaba y los atacaba.

—¿Y en qué se diferencia del resto? ¿De Kemper, Ramirez, Gein? —preguntó Ripley.

—Todos ellos atacaban en el momento en que los veían. Kemper pasaba un poco de tiempo con sus víctimas, pero eso era solo para

que lo supieran. Ramirez y Gein no se ganaban la confianza de sus víctimas en absoluto.

—Bien, en ese caso, esa es la progresión aquí. El sudes entabló una conversación con Shawn Kelly antes de someterlo. Al menos, a niveles que no había hecho antes. Personalizar a la víctima es una aceleración común en los asesinos en serie ya que hace que el asesinato sea mucho más satisfactorio cuando lo llevan a cabo. Se excitan con el engaño y luego con el asesinato.

—De acuerdo, ¿y podrías afirmar que esta progresión continuó con su intento de asesinato imitando a Gacy? —preguntó Ella.

Ripley se calentó las manos en el café y luego se las frotó.

—Sin dudas. ¿Tomarse la molestia de localizar una casa vacía, organizar para que su víctima fuera a verle, darle alcohol allí mismo y luego pasar por toda la experiencia con las esposas? Eso es muy diferente a drogar a alguien y esperar a que se intoxique. Sin mencionar que no sabemos exactamente qué habría hecho si la víctima no hubiera escapado.

—También creo que está aumentando en términos de la notoriedad de los asesinos en serie —dijo Ella—. Las escenas del crimen no solo rinden homenaje a estas personas, sino que reflejan la presencia de cada asesino en la cultura moderna. Si le preguntamos a cualquier persona en la calle si ha oído hablar de Edmund Kemper o Richard Ramirez, probablemente dirá que no. Si les preguntamos por Ed Gein, tal vez una de cada diez personas diga que sí.

—Pero si les preguntamos por Dahmer y Gacy, la mayoría de la gente reconocería sus nombres —añadió Ripley.

—Exacto. Y ahora que ha llegado a Gacy, ¿dónde podría seguir? —preguntó Ella—. Es el asesino en serie moderno con el mayor número de víctimas en Estados Unidos, uno de los asesinos más prolíficos de todos los tiempos.

—Dímelo tú.

Ella se aclaró la garganta.

—Excluimos a asesinos de otros países como Jack el Destripador y Harold Shipman. Excluimos a asesinos históricos como Albert Fish y H.H. Holmes. Excluimos a las mujeres asesinas como Aileen Wuornos. Así que solo hay otro asesino en serie famoso que podría ser el siguiente.

—¿Quién?

—Ted Bundy —dijo.

Ripley se mordió el labio mientras la idea rondaba entre ellas. Volvió a mirar hacia la pizarra como si se tratara de una idea que no quería tener que confirmar.

—No puede ser nadie más. Tiene que ser Bundy —continuó.

Ella repasó la posibilidad en su mente una vez más. Ted Bundy era el modelo del mal, el asesino en serie por excelencia de todos los asesinos en serie. Incluso décadas después de su muerte, seguía clavado en el tejido de la cultura de EE.UU. Ted Bundy era tan icónico como Monroe o Lincoln. Si este sudes iba a aumentar la intensidad de Dahmer y Gacy, el único sujeto posible podía ser Ted Bundy.

—Bundy. Claro. He hecho todo lo posible por olvidar a ese imbécil. Lo interrogamos cuando recién ingresé al FBI. Fue lo único que escuché durante los primeros años de mi carrera.

—¿Crees que tengo razón? —preguntó Ella. Volvió al pizarrón y empezó a escribir frenéticamente los detalles de los crímenes de Bundy de memoria.

—No lo sé, novata. Me gustaría saberlo.

Ella se pasó una mano por el cabello. Empezó a sacudir la cabeza. Le faltó la respiración y sintió una leve sensación de ahogo en la garganta. Miró hacia el techo. Respiró hondo y luego habló en un tono que podría utilizarse en el confesionario de un sacerdote.

—¿Y qué pasa si me equivoco, Ripley? ¿Y si estoy completamente equivocada y esta noche terminamos con otro cadáver en nuestro haber? Sería mi culpa por no haber predicho su comportamiento efectivamente. Habré hecho que maten a otra persona porque no pude adelantarme a este tipo. ¿Y luego qué? ¿Se esconde y no

volvemos a saber de él? Entonces, cada vez que oiga la palabra asesinato, muerte, asesino en serie, me acordaré de la sangre que tengo en las manos. —Ella apoyó la cabeza en la pizarra—. No podría vivir así. No sé cómo cualquiera de ustedes puede vivir así.

—Dark, estamos jugando un juego que nunca podremos ganar. La tragedia es parte del trabajo. No es un fracaso si no atrapas a todos los sudes que te asignan. Fallamos mucho más de lo que acertamos, créeme.

—Pero es más que eso. No me importa si me defraudo a mí misma. Me he fallado a mí misma antes y volveré a hacerlo. Pero si me equivoco en esto, morirá más gente y caerá sobre mi cabeza. No solo me estaría fallando a mí misma, sino a todo el mundo.

—Novata, escúchame. —Ripley saltó de su asiento, sacó el bolígrafo de la mano de Ella y la volteó para que la mirara. Puso las manos sobre los hombros de Ella y la miró fijamente a los ojos—. Vas a tener que confiar en tu intuición en esta ocasión. Sé que al principio no creí tu teoría, pero fue porque no quería hacerlo. Tuviste razón desde el principio, ¿de acuerdo? ¿Sabes cuántos perfiles he elaborado que no han aportado nada? Muchos. Mientras tanto, el tuyo nos condujo a un arresto en un solo día. De todas las personas que el FBI tiene para ofrecer, ¿por qué crees que te elegí para que vinieras aquí?

—¿Qué? ¿Tú?

—Edis me mostró varios candidatos adecuados y solo había una persona en esa lista que me parecía que podía manejarse en el campo. Esa eras tú.

Ella quedó completamente muda del asombro. Hasta ahora, pensaba que todo había sido por obra del director Edis.

—Oh. No tenía idea de que estabas relacionada con eso.

—Claro que lo estaba. ¿Crees que los dejaría que me pusieran a cualquiera como compañero? Vi tu trabajo anterior y te vi en el campo de tiro y en el gimnasio más veces de las que puedo contar. Sinceramente, cuando llegaste aquí, solo esperaba que sobrevivieras y nada más. No esperaba que tuvieras éxito. Pero por cómo te has

enfrentado a Rick y a Clyde, y por cómo has montado este caso basándote en tu memoria, pondría mi vida en tus manos y eso es más de lo que puedo decir de mis anteriores compañeros.

Ella asintió con la cabeza, sin saber qué responder. Sintió una gratitud que nunca había sentido en su vida.

—Bueno, gracias. Lo aprecio mucho.

—Tú tienes el talento, pero el talento es más barato que la sal de mesa. Lo que separa los éxitos de los fracasos es el trabajo duro. Has rascado la superficie de este tipo con tu perfil, ahora tienes que profundizar. Conoces a los asesinos en serie que está imitando y tienes una idea de lo que vendrá después. Me gustaría poder darte mi propio consejo, pero no conozco a estos asesinos históricos tan bien como tú. Yo recuerdo lo básico pero tú recuerdas los detalles finos. Así es como vamos a atraparlo, ¿de acuerdo?

Ella asumió todo eso.

—Hagámoslo. —Recogió sus papeles con una renovada determinación. Se apresuró hacia sus expedientes, sacó una pila de carpetas nuevas y las colocó sobre el escritorio dando un golpe.

CAPÍTULO VEINTIUNO

El café y el aire fresco de la mañana contribuyeron a despejar la niebla mental de Ella y al regresar a la oficina que ahora se denominaba «sala de guerra», su mente se centró en el reciente asesinato fallido de Alex Bauer.

Estaba parada frente a un mapa de la zona fijado en la pared de la comisaría. Cinco puntos indicaban los cinco asesinatos, dispuestos en forma de V distorsionada. En el lado izquierdo de la V se encontraba la comisaría. Ella pensó en cuántos asesinos en serie habían sido atrapados utilizando la técnica triangular. Es decir, al marcar todas las escenas de los asesinatos en el mapa, a menudo se creaba una forma triangular. En ese caso, lo más probable era que el responsable viviera cerca del centro de la forma.

Harris y su equipo habían registrado la zona de Starksville en busca de huellas de pisadas o neumáticos, cualquier cosa que pudiera indicar cómo llegó el misterioso John a la residencia en la que había atacado a Alex. Su informe indicaba que las únicas huellas eran las del Ford Focus de Alex, lo que sugería que John debía haber llegado en taxi, o había tomado un autobús hasta la estación más cercana, a unos dos kilómetros de distancia y había caminado. La elevada hierba dificultaba la extracción de las huellas, pero un equipo de especialistas seguía trabajando en ello.

Los vecinos no habían informado sobre la presencia de ningún extraño, pero dada la distancia entre las casas, a Ella no le sorprendió.

Los forenses presentaron un informe de su búsqueda en la escena del crimen y, aunque todavía no había coincidencias de huellas dactilares ni de ADN, un elemento del listado le llamó la atención a Ella.

«Llave de coche para un Ford Focus 2009 modelo Zetec-S con anilla metálica».

O más bien, lo que faltaba en el listado.

Ella sacó una impresión de la transcripción de la entrevista de Harris con la víctima que se había escapado. Cuando la hinchazón del cuello de Alex disminuyó unas horas después de ser llevado al hospital, pudo volver a comunicarse oralmente sin molestias, por lo que Harris pudo recabar mucha más información de él sobre el incidente.

Ella leyó rápidamente el documento hasta que encontró la sección que necesitaba.

«C. Harris: Así que entraste en su casa, rechazaste su oferta de alcohol y te sentaste. ¿Puedes explicar lo que sucedió después?

A. Bauer: Me preguntó por las especificaciones del coche y le contesté lo mejor que pude. Luego dijo que quería probar el coche, así que me dije claro, ¿por qué no?

C. Harris: ¿Y le diste las llaves a él?

A. Bauer: Algo así. En realidad, me las quitó de las manos. Ni siquiera tuve tiempo de quitarle mi llavero. Era una pequeña cosa de metal con mi nombre grabado. Simplemente agarró todo el manajo».

Ella había verificado dos veces con los técnicos forenses y no se encontró un llavero en ningún lugar de la escena ni en las zonas de hierba que rodean la casa, a pesar de que la llave del coche y la anilla metálica fueron descartadas en el patio trasero de la casa.

Esto solo podía significar una cosa: el sudes se llevó el llavero de Alex a propósito.

Hasta ahora, Ella se había centrado tanto en el hecho de que el asesino llevara cosas a la escena del crimen que había pasado por alto las cosas que podría haberse llevado. Su mente empezó a trabajar y volvió a centrar su atención en la pizarra. Añadió una nueva fila en la parte inferior de su tabla y la tituló «Trofeos». Comenzó a anotar los pensamientos a medida que se le venían a la cabeza.

Edmund Kemper había guardado las identificaciones y las chucherías de las chicas que asesinaba.

Richard Ramirez guardaba varios objetos que tomaba de las casas de sus víctimas.

Ed Gein era más conocido por los espeluznantes trofeos que guardaba que por cualquier otra cosa.

Jeffrey Dahmer conservaba varias partes corporales en líquido.

Y John Wayne Gacy llegó a tener cadáveres enteros en su casa.

En cambio, Ted Bundy hizo algo bastante singular. Aunque también guardaba varias chucherías pertenecientes a sus víctimas, una de sus retorcidas perversiones era regalar las joyas de sus víctimas a las mujeres de su vida. Disfrutaba viendo las posesiones de sus víctimas alrededor del cuello y de los dedos de mujeres vivas, que obviamente desconocían el origen de los objetos.

Ella consideró que si se habían llevado alguna joya de las víctimas anteriores, tal vez podrían intentar localizarla adornando a otras personas. También podrían buscar en las casas de empeño de la zona los últimos lotes de joyas.

Por lo tanto, su primer paso era ir a la morgue. Si podía determinar que algo había sido arrancado de un cuerpo, eso sería un punto de partida bastante bueno.

Ella revisó sus notas y encontró el número de la oficina del forense. Una recepcionista contestó después de que sonara tres veces. Su voz era suave, con un acento de Carolina del Norte.

—¿Puedo hablar con el Dr. Richards, por favor? —preguntó—. El forense.

—Lamento decirte que no, cariño. El Dr. Richards se fue esta mañana a las once. Dijo que estaba celebrando un cumpleaños. ¿Hay alguien más que pueda ayudarte?

—Soy la agente Dark y estoy trabajando con la policía local. Necesito ir allí e inspeccionar algunos recién llegados a su morgue. ¿Podría hacerlo?

—Desgraciadamente, no podemos dejarla entrar sin la presencia de un forense en el lugar. El Dr. Richards volverá por la mañana, si le sirve de algo.

—No, está bien. Dile feliz cumpleaños al Dr. Richardson de mi parte —dijo secamente.

—Oh, no es su cumpleaños. Dijo que era el de alguien cercano a él. Pero le dejaré un mensaje para que sepa que has llamado.

Ella le dio las gracias abruptamente y colgó, luego tiró el teléfono sobre la mesa con frustración. Tenía que avanzar inmediatamente o, dada la extrema frecuencia con la que operaba este sudes, habría otra víctima en las próximas veinticuatro horas.

Abrió el archivo del caso en su escritorio y tomó algunas de las fotos de la autopsia. Si no podía ir en persona, tendría que conformarse con las fotografías. Las desplegó frente a ella y examinó todos los detalles visibles, buscando alguna marca tenue en el lugar donde alguna vez podría haber un anillo, una pulsera o un pendiente.

Pero cuando se llevó una foto de la primera víctima a la altura de los ojos, notó algo extraño. En el fondo de la foto, podía distinguir el perfil del Dr. Richards. Incluso en la imagen prácticamente borrosa, pudo ver su atractivo. Tenía un aire de chico corriente, algo que a Ella siempre le resultaba mucho más atractivo que los físicos musculosos o las mandíbulas muy definidas.

En los pocos días transcurridos desde que vio a Richards, había estado tan abrumada por todo que había olvidado cómo lucía. Cuando pensó en los pocos minutos que pasó con él, recordó que él conocía a un oscuro asesino en serie mexicano de los años cincuenta.

Pero en ese momento algo la impactó.

Volvió a buscar la transcripción de la conversación de Alex y la revisó de arriba abajo frenéticamente. ¿Cómo había dicho Alex que era John?

«Lucía como un tipo normal. Tenía cabello negro y ojos marrones, y medía alrededor de un metro ochenta. No era joven, pero tampoco viejo».

El hombre en el fondo de la foto de la autopsia encajaba exactamente con esa descripción.

Ella reflexionó por un momento sobre la idea. Claro que era una descripción imprecisa y que todas esas características eran muy comunes, pero ahora necesitaba tener algo a lo que aferrarse.

El Dr. Richards había reconocido los nombres de los asesinos en serie que ella había mencionado, y ¿qué había dicho sobre los cortes en las extremidades de las víctimas?

«Estas mutilaciones se realizaron con una precisión casi quirúrgica. He estado haciendo esto quince años y jamás he visto cortes como este. Déjenme decirles que no hay mucha gente en esta zona que pueda hacer algo así».

Pero cuanto más lo pensaba, más la asaltaban las dudas. Aparte de tener un aspecto similar y conocimientos quirúrgicos, casi nada del Dr. Richards se ajustaba al perfil. Era un profesional de la medicina, sin antecedentes ni delitos anteriores. Era sorprendentemente guapo, lo que contrastaba con la repulsión física de los hombres a los que imitaba este asesino.

Kemper, Ramirez, Gein, Dahmer, Gacy. Todos eran físicamente horribles, sexualmente incompetentes, sin ningún encanto, rechazados por el sexo opuesto.

Pero también estaba Bundy. Encantador, seductor, seguro de sí mismo, un donjuán en todos los sentidos.

De repente, algo que había pasado por alto se le vino a la cabeza. Su subconsciente tardó unos milisegundos en establecer la conexión y, cuando lo hizo, fue como si la última pieza de un rompecabezas hubiera encajado perfectamente.

El nerviosismo invadió su estómago y la hizo sentir mareada. Sintió la adrenalina y un momento de claridad. Era esto, tenía que ser esto.

Sabía quién era el asesino.

* * *

—Mierda —dijo, saltando de la silla. Se apresuró hacia la puerta, la abrió con fuerza y la cerró tras de sí con un golpe ensordecedor.

—Ripley —gritó Ella, llamando la atención de casi todos los oficiales de la oficina principal de la comisaría. Ella los ignoró. Ripley estaba escribiendo intensamente en su computadora portátil en un rincón.

—¿Qué pasa?

—Es el Dr. Richards. El asesino es el Dr. Richards.

Ripley se levantó y miró a Ella entrecerrando los ojos.

—¿Qué? ¿Estás segura? —Llamó a Harris para que se les uniera frente al escritorio y los tres se trasladaron a un despacho alejado de los oídos indiscretos de los demás trabajadores de la policía. Harris cerró la puerta detrás de ellos.

—Es el Dr. Scott Richards de la oficina del forense. Tiene que ser él.

Los ojos de Ella se movían entre los dos. Ripley juntó las manos en señal de que continuara. Harris entrecerró los ojos y se rascó la cabeza.

—¿Richards? —preguntó Harris—. He trabajado con él durante años. Realmente no creo que él podría hacer algo así.

—Mira la evidencia. ¿Cómo dijo Alex que era el asesino? Cabello negro, ojos marrones, un metro ochenta, un poco raro. ¿Les recuerda a alguien?

—Señorita Dark, esa descripción aplica a muchas personas. Demonios, la mitad de mi equipo de policía podría ser el asesino si nos basamos en eso.

—No, hay más. ¿Recuerdas que él conocía a los asesinos en serie que mencioné? Incluso conocía a uno oscuro que mencioné. Y dijo que no había mucha gente que pudiera hacer cortes como el de las víctimas. Esa era su manera de alardear en nuestras caras. Era su manera de demostrar que estaba un paso por delante de nosotros.

Ripley y Harris cruzaron una mirada que decía lo mismo.

—Es bastante común que un asesino en serie participe en la investigación de alguna manera. Y cuando lo hacen, a algunos de los más confiados les gusta sobrepasar los límites y ver que tan lejos pueden llegar —añadió Ripley.

—Pero eso no es todo —dijo Ella—. Llamé a la oficina del forense para ver si podía volver a ver los cadáveres y la recepcionista me dijo que el Dr. Richards ya se había retirado por el día. Dijo que estaba celebrando el cumpleaños de alguien cercano a él.

—¿Y?

—¿Qué fecha es hoy?

Harris miró su reloj.

—Es veinticuatro de noviembre.

—Exacto. Hoy es el cumpleaños de Ted Bundy.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Ella vio cómo el ambiente de la comisaría pasaba de la calma razonable a la caos en cuestión de segundos, como si hubiera encendido un fuego debajo de un nido de avispas.

—Pusimos a todos nuestros oficiales disponibles a buscarlo —dijo Harris—. Conseguimos sus datos de la oficina del forense y estamos revisando todas las calles. Sabemos su matrícula y la dirección de su casa y tenemos agentes vigilando ambas cosas.

—Bien. Vigilen la casa desde lejos. Llamen a la puerta, pero si nadie responde, no entren. Vigilar su casa es la mejor oportunidad que tenemos de atraparlo. Si vuelve y ve que la puerta está rota, saldrá corriendo —dijo Ripley—. ¿Y su teléfono celular?

—Está apagado. Pero seguiremos intentando.

—No tiene sentido —dijo Ripley—. Si está planeando otro ataque, no va a encenderlo antes de cometer el crimen. Tenemos que encontrarlo de otra manera. Hay que seguir buscándolo toda la noche.

—Hemos interrogado a su secretaria sobre su paradero y no sabe nada. Dijo que lo único que sabía era que Richards había dicho algo sobre un cumpleaños. Nada más —dijo Harris—. Estamos haciendo todo lo que podemos, agentes. Si queremos controlar cada centímetro de este pueblo, vamos a tener que llamar a algunos oficiales de otra comisaría.

—Hazlo —ordenó Ripley—. Pon a tus hombres en contacto con los colegas y la familia que él pueda tener. Busca en sus cuentas bancarias. Mira cuándo fue la última vez que usó su tarjeta de débito

y sigue el rastro. Este tipo ahora mismo está en algún lugar de este pueblo.

—Tenemos unas doce horas antes de que posiblemente vuelva a matar. Llama a todos los refuerzos que tengas para rastrear a este hijo de puta. —Ripley se volvió hacia Ella y le puso las manos en los hombros—. Novata, sé que dudé de ti antes, pero creo que tienes toda la razón con esto. Concuerda demasiado bien para que sea una coincidencia.

Ella presentía que se avecinaba algo más. Una petición. Ripley respiró profundamente y continuó.

—Pero saber su identidad es la mitad de la batalla. Cuando encienda su teléfono y vea que un montón de números diferentes han intentado comunicarse con él, va a sospechar. Probablemente sabrá que estamos tras él y entonces se esconderá.

Ella adoptó una actitud de desánimo.

—Lo sé. Solo podemos esperar que asuma que está relacionado con las autopsias de las nuevas víctimas, ¿no?

—No. Sus sospechas ya se habrían intensificado. Si está planeando un asesinato, sus emociones estarán caóticas e incontrolables. Tendrá la paranoia por las nubes. Y además, para ese entonces, ya podría haberse cobrado una nueva víctima. Dada la rapidez con la que está acumulando cadáveres, no podemos esperar. Tenemos que capturarlo antes de que pueda atacar.

Antes de que Ripley dijera otra palabra, Ella ya sabía lo que iba a ocurrir. De ella dependía predecir su paradero, de ella dependía ponerse en los zapatos de este desconocido.

—Ya has llegado hasta aquí —siguió Ripley—, ahora es el momento de que te metas en la cabeza de este tipo y descubras a dónde va, qué hace, cuáles son sus planes. Todo lo que necesitas saber está en tu mente, solo tienes que extraerlo.

Ella sintió que la aplastaba un peso invisible desde arriba. Era el peso de la presión, con vidas humanas reales en juego. Ripley bajó el tono para que nadie más pudiera escuchar.

—Eres nuestra mejor oportunidad de atrapar al Dr. Richards. Tenemos veinte oficiales patrullando trece kilómetros de terreno buscando a un tipo anodino que podría estar en cualquier lugar. No me gustan esas probabilidades. A menos que Richards vuelva a su casa, no lo encontraremos.

—Entonces, ¿qué hago? —preguntó Ella—. Tú misma lo has dicho, hay trece kilómetros donde podría estar. Me equivoqué con Clyde Harmen y podría equivocarme con esto. ¿Y si envío a toda la policía al lugar equivocado? Esta es una responsabilidad que no podré soportar si sale mal.

—Novata, la verdad es que tienes dos opciones. O recorremos este pueblo y esperamos que la suerte nos favorezca, o podemos aplicar las técnicas que tú y yo llevamos años dominando y multiplicar por diez nuestras posibilidades de encontrarlo. Intentarlo y fallar no es el mayor error que vas a cometer, pero no intentarlo sí lo es. ¿Cuál vas a elegir?

Ella cerró los ojos y pensó en todo lo que había pasado en los últimos días. Su antigua vida, sentada detrás de un escritorio en el departamento de Inteligencia, parecía estar en un mundo lejano. Sintió una repentina nostalgia por esa vida, e incluso por todas sus tensiones y su agotamiento mental, parecía el paraíso comparado con donde se encontraba ahora.

—Puedo hacerlo —dijo Ella—. Intentémoslo.

* * *

De vuelta en la sala de guerra, Ella desplegó sobre la mesa las páginas de su perfil psicológico y las fotografías de la escena del crimen de las cinco víctimas. Se volvió hacia Ripley, que estaba a su lado.

—¿Por dónde empezamos?

—Comienza por donde te lo indique tu intuición y retrocede a partir de allí. En algún lugar, este asesino está planeando un

homenaje a Ted Bundy. Va a incorporar los principales elementos de los asesinatos más infames de Bundy y tal vez otros aspectos del *modus operandi* de Bundy también. Será algo específico, algo obvio. ¿Qué dice tu instinto?

Ella reflexionó sobre todo lo que sabía. Pensó en el aspecto más importante del *modus operandi* del asesino, la victimología y lo llevó a la vida y a los crímenes de Bundy.

—Bundy mató a más de treinta personas, desde niñas de doce años hasta mujeres de veintitantos —dijo, sintiendo el pánico apoderarse de ella. Recién al reflexionar sobre ello, se dio cuenta de lo amplios y esporádicos que eran los crímenes de Bundy—. ¿Cómo podemos saber qué edad va a tener como objetivo?

—Detente ahí mismo —dijo Ripley—. Así que, a diferencia de sus dos últimos asesinatos, podemos afirmar sin temor a equivocarnos que su objetivo será una mujer, ¿no?

—Bueno, sí. Sin duda.

—Entonces esa es la primera característica del perfil. Dado lo que hemos visto de sus otros asesinatos, ¿qué posibles referencias a Bundy podría hacer? Además de la victimología, ¿cómo se ha asegurado el asesino de que supiéramos que estaba rindiendo homenaje a Kemper, Ramirez, Gein, Dahmer y Gacy?

Ella examinó las fotos de la escena del crimen, volviendo a relatar los detalles.

—En su primer asesinato, lo único que hacía referencia a Edmund Kemper era el descuartizamiento y la eliminación del cuerpo.

—Debes recordar que si ese fue realmente su primer asesinato, entonces sus niveles de confianza habrían sido mucho más bajos que en sus asesinatos posteriores. En ese momento, todavía estaba interpretando el papel de un asesino en serie en lugar de realmente ser uno. No habría planeado con demasiada intensidad su primer asesinato porque en ese momento no era consciente de su propia capacidad. No se convirtió en un asesino en serie hasta su tercer o cuarto asesinato.

Ella miró la foto de la segunda víctima del sudes, sin vida en su cama. Había un primer plano del pentagrama en la pierna.

—Su asesinato imitando a Ramirez también fue anodino, pero el pentagrama fue su forma de vincular este asesinato con el primero. Este fue el comienzo de su ritual personal, ¿correcto?

—No, este sudes no muestra ningún tipo de comportamiento ritualista. No hay patrones que se repitan. Todo es diferente cada vez. A lo que te refieres es a su firma. La firma son los componentes del crimen que tienen lugar fuera del asesinato, es decir, los componentes que no son necesarios pero que él hace de todas formas. En el caso del asesinato de Ramirez, fue el pentagrama.

—En el asesinato imitando a Gein, fue la decapitación y la puesta en escena —terminó Ella.

—Correcto. Y fue igual en el asesinato imitando a Dahmer y en el intento de Gacy. Todos tuvieron lugar en el interior de un lugar, donde él podía ejercer un control total sobre la puesta en escena y en donde se garantizaba que alguien encontraría los cuerpos.

—Bundy desechaba la mayoría de los cadáveres en ríos y montañas —dijo Ella—. Así que, lo más probable es que no lo haga, ¿verdad? Él quiere que veamos su obra en todo su esplendor. Quiere que nos sintamos como si estuviéramos entrando en una escena del crimen de Bundy en la vida real.

—Exacto —dijo Ripley—. Así que, para mantener esta firma, el crimen que va a cometer tendrá paralelismos con las acciones de Bundy que son irrefutables y fácilmente identificables. Bundy mató a mujeres, pero también lo hicieron miles de personas, así que ignoremos ese componente. Dime qué hizo Bundy que no haya hecho nadie más.

—Mierda, hizo tantas cosas. Es decir, ¿dónde empiezo? ¿Qué escondía cadáveres en el bosque y los visitaba regularmente?

—No. Eso es metodología poscrimen. Otra cosa.

Ella repasó mentalmente la cronología de Bundy. Expresó los hechos a medida que se le ocurrían.

—Sus primeros asesinatos a lo largo de 1974 fueron discretos. Secuestro, apuñalamiento y eliminación en bosques y montañas. No hay nada que destaque en absoluto.

—Continúa. Piénsalo mejor.

—Sus asesinatos de 1975 fueron casi iguales y casi todos los cadáveres de las víctimas que mató ese año nunca fueron descubiertos. Y luego... espera un momento —dijo Ella—. Dijiste que nuestro sudes no se convirtió en un asesino serial hasta su tercer o cuarto asesinato, ¿verdad?

Ella volvió a sentir ese chispazo, sentía cómo se unían las piezas y formaban un patrón completo e identificable. El hecho de compartir sus pensamientos con Ripley había despertado nuevas ideas en su mente. Estaba haciendo conexiones que no habría hecho sentada sola y meditando sobre ellas. Las cosas empezaban a tomar forma y entonces un sentimiento de euforia se apoderó de ella.

—Sí, tanto en término de definición legal como en la mentalidad del sudes. Fue allí cuando evolucionó plenamente, tanto psicológica como emocionalmente, para aceptar su naturaleza de multiaasesino. No es algo que se pueda aceptar inmediatamente. Incluso un psicópata, cuando está satisfecho con lo que ha hecho, cambiará su perspectiva cuando acepte sus acciones.

—Cuando Bundy estuvo siendo interrogado justo antes de su ejecución, dijo que no había llegado a alcanzar su punto álgido hasta su última serie de asesinatos. Fue entonces cuando se convirtió en un depredador de primera, en sus propias palabras.

—¿Y? —pregunto Ripley.

—Y allí fue cuando... —Se detuvo a sí misma—. Oh, por Dios, los asesinatos de la hermandad Chi Omega.

—¿Los qué?

Encajaba, casi perfectamente. A pesar de su infamia y notoriedad, los asesinatos de Bundy eran bastante ordinarios en cuanto a su *modus operandi* y metodología. Fue la gran magnitud de sus crímenes y el número de víctimas lo que lo convirtió en la figura del mal absoluto que es en la actualidad.

Lo había conseguido, había descifrado el código. Había entrado en la mente de este sudes y había extraído sus pensamientos y planes. La emoción la invadió, incluso la euforia.

—En 1978, Bundy invadió la casa de una hermandad en Florida. Atacó a cuatro mujeres en el espacio de quince minutos, matando a dos de ellas. Esos asesinatos fueron completamente diferentes a cualquier cosa que había hecho antes. Se teoriza que él estaba sufriendo un episodio psicótico y simplemente estalló. Esta fue una muestra del verdadero Bundy. No hay encanto superficial, no hay manipulación. Era puro caos descontrolado.

Ripley golpeó la mano contra el escritorio.

—Maldición, claro. Lo recuerdo. Cuatro ataques y dos asesinatos en una sola vez. Si el sudes imita esto, sería una gran progresión de sus asesinatos anteriores y es algo exclusivo de Bundy. Novata, creo que podrías tener razón y si eso es lo que te dice tu instinto, entonces así es como vamos a actuar.

Ripley abrió la puerta de la oficina y llamó a Harris para que entrara.

—Comisario, sabemos dónde va a atacar este tipo ahora —continuó Ripley—. ¿Hay alguna residencia universitaria cerca?

—¿Residencia? No hay residencias por aquí. La universidad más cercana está a cientos de kilómetros —dijo Harris.

Ripley empezó a teclear algo en su computadora portátil.

—Será un lugar donde las chicas jóvenes pasen mucho tiempo, e idealmente vivan allí. No tiene que estar necesariamente relacionado con ningún sistema educativo. Este asesino quiere emular la escena del crimen de Bundy, así que cualquier lugar con chicas jóvenes que esté alejado de la mirada del público será su objetivo.

—¿Un orfanato? Allí hay chicas de hasta dieciséis años.

—No, estas mujeres deberían tener entre dieciocho y veintiún años.

—¿Por qué no irrumpe en una fiesta en una casa, o simplemente en un lugar donde sabe que viven cuatro chicas? —preguntó Harris.

Ripley intervino, levantando la vista de su computadora.

—Acabo de consultar el sistema de registro inmobiliario. No hay ninguna casa con esa composición de residentes en este pueblo. Hay dos casas con dos compañeras de edad similar, pero eso es todo. Haz que tus oficiales se pongan en contacto con ellas y las pongan en alerta, pero estamos seguras de que va a apuntar a cuatro mujeres a la misma vez.

—¿Por qué? Si Ted solo mató a dos, ¿por qué estamos buscando a cuatro? —preguntó Harris.

—Bundy tenía la intención de matar a cada mujer que estaba en esa casa de hermandad esa noche en 1978 —dijo Ella—. Si no lo hubieran interrumpido, podría haber matado hasta nueve mujeres en un solo escenario. Nuestro sudes va a intentar hacer exactamente lo mismo. Además de rendirle tributo, también estará encantado de superar a Bundy si puede.

—Entiendo —dijo Harris.

—Un año después del incidente, una de las chicas que presencié el ataque de Bundy se suicidó. Bundy incluso se atribuyó despreocupadamente el mérito de eso también.

—Espera un segundo —dijo Harris, chasqueando los dedos—. Ahora que mencionas un suicidio. ¿Qué tal una casa de rehabilitación?

—Eso podría funcionar sin dudas. ¿Hay una por aquí? —preguntó Ripley.

—Claro que sí. Hay una organización sin fines de lucro que ayuda a chicas jóvenes con dificultades. Abuso doméstico, problemas mentales, adicción a las drogas y cosas así. ¿Conocen al tipo de casa al que me refiero?

—¿Las chicas viven en la casa? —preguntó Ella—. ¿Duermen allí? Las va a atacar mientras están durmiendo, de lo contrario no hay forma de que pueda matar a cuatro mujeres en una sola ocasión.

—Sí, lo hacen. Bueno, no todas ellas, pero una gran parte sí. No es nada lujoso, solo unas cuantas camas, algo de comida y una ducha. Los propietarios tienen un corazón de oro. Aceptan a muchas de las jóvenes a las que ayudamos si no tienen dónde ir.

Ripley y Ella se miraron. Ella se dio cuenta de que Ripley pensaba lo mismo que ella.

—Es allí. Tiene que ser allí. ¿Solo hay una casa de rehabilitación en el pueblo?

—Yo solo conozco una. No hay nada que se le parezca.

—Entonces, vamos —gritó Ripley, tomando su chaqueta—. Necesitamos llegar allí antes de que las residentes se acuesten. —Se dirigieron a la zona principal de la comisaría. Harris se acercó a su escritorio para tomar sus llaves. A su lado, estaba sonando el teléfono celular.

—Esperen, es uno de mis oficiales —gritó—. ¿Hola?

Ella y Ripley avanzaron hacia la puerta, pero Harris levantó la mano para indicarles que esperen.

—Entendido. Gracias —dijo, colgando rápidamente—. Agentes, uno de mis muchachos acaba de localizar la matrícula del Dr. Richards. Pero el oficial está al otro lado del pueblo y no puede llegar rápidamente.

—¿Dónde fue visto Richards? —preguntó Ripley.

—En el hospital Saint Mary.

Ella abrió los ojos alarmada.

—Allí es donde está Alex. —Se dio la vuelta hacia Ripley—. Quizás vaya a acabar con él antes de cometer el asesinato de Bundy.

—A los asesinos seriales no les gustan los cabos sueltos. Creo que eso es exactamente lo que va a hacer. Comisario, ¿puedes enviar patrullas al hospital de inmediato?

Harris fue corriendo hasta su escritorio y revisó el sistema.

—No, señorita. El equipo más cercano a Saint Mary somos nosotros.

—¿Y a la casa de rehabilitación? ¿A quién puedes mandar allí?

—A nadie ahora mismo. En media hora puedo enviar dos patrullas.

—Mierda. Llama a la seguridad del hospital y descríbeles al Dr. Richards. Que lo localicen y que mantengan segura la habitación de Alex. Iré al hospital.

—¿Y si se ha ido antes de que lleguemos? —preguntó Ella.

—Iré sola —dijo Ripley—. Tú ve a la casa de rehabilitación. Si no está en el hospital, iré directo a dónde estás tú, ¿de acuerdo? También habrá oficiales allí en treinta minutos.

A Ella no le gustaba en absoluto la idea.

—¿Quieres que vaya sola? ¿Estás bromeando?

—No. De una forma u otra, una de las dos va a atrapar a este tipo esta noche.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Era una noche para la muerte, pero Mia estaba decidida a estropear las cosas.

Se dirigió a toda velocidad hacia el hospital Saint Mary mientras el sol se ponía y las luces de las calles ocupaban su lugar. Durante todo el trayecto, sus pensamientos se centraron en Ella y en la casa de rehabilitación. ¿Había alguna posibilidad de que estuvieran equivocadas en todo esto? Si así fuera, acababa de enviar a una novata hacia los brazos de un asesino en serie. No había tiempo que perder, aunque eso significara que Ella tuviera que ir sola. Harris se había quedado en la comisaría porque aún tenían a Clyde en la celda. Y hasta que no llegara otro agente, no podía dejarlo solo.

No. Su intuición le decía que este era el tipo y sus instintos la habían llevado al éxito más veces de las que podía recordar. Además, ya habían tomado la decisión y no había vuelta atrás.

Mia sorteó el tráfico de las primeras horas de la tarde y aceleró para subir la pequeña pendiente hasta el aparcamiento del hospital. Condujo hasta la parte delantera, justo delante de las puertas y salió de su vehículo.

La sala de recepción era de un cálido color naranja y había unas cinco personas sentadas en silencio mirando los teléfonos celulares que tenían pegados a las manos. Un niño estaba sentado con las piernas cruzadas en el suelo accionando un coche de juguete en círculos. Mia se acercó al mostrador de la recepción principal y golpeó el cristal. No había tiempo para ser cortés.

—Estoy con la policía. Ya he llamado para dar la alerta. Estoy aquí para conocer a su jefe de seguridad.

Naturalmente, sus palabras atrajeron la atención de los pacientes que esperaban, pero Mia ignoró sus miradas. La recepcionista sacó un *walkie-talkie* y lo encendió.

—Está aquí —informó la recepcionista.

—Hazla pasar —dijo una voz al instante.

La recepcionista se levantó y le indicó a Mia que la siguiera. Lo hizo y la condujo a una sala lateral en la que se leía «SOLO PERSONAL». En el interior había un caballero afroamericano mirando varios monitores.

—Sra. Ripley —dijo él, ofreciéndole la mano—. He pasado los últimos diez minutos buscando en todas las habitaciones a alguien que coincida con la descripción que me dio la policía. Hasta el momento no he encontrado nada, al menos no en las cámaras en directo.

—Gracias. ¿Alguien ha intentado acercarse a la unidad en la que está internado Alex Bauer? ¿Aunque no se ajuste a la descripción?

—Nadie. Tengo un guardia de seguridad en la entrada y me dice que está más silencioso que en un cementerio allí.

—¿Hay algún lugar en el hospital donde las cámaras no puedan ver?

—Solo las unidades de cuidados prolongados en el último piso. La gente que está ahí arriba prácticamente vive allí y hay ciertas cuestiones legales en torno a grabarlos todo el día. Puedes ir y echar un vistazo si lo deseas. La escalera está justo ahí a tu izquierda. Yo puedo vigilar aquí abajo.

—Muy bien, gracias —dijo Mia, volviendo a salir hacia la recepción del hospital. Siguió las indicaciones del guardia y encontró una escalera de caracol por la que subió al último piso. Era poco probable, pero ¿quizás existía la posibilidad de que el Dr. Richards estuviera escondido en algún lugar del hospital? ¿Podría estar al tanto de que lo estaban buscando?

El último piso estaba inquietantemente desierto. Los pasos de Mia retumbaron en el piso de mármol por un pasillo largo y estrecho y rebotaron en las ventanas enrejadas del fondo. Un cartel le indicó que el pasillo conducía a la Unidad de Cuidados Críticos de Niños. Se asomó al interior y vio una pequeña habitación en la que solo había seis camas y solo una de ellas estaba ocupada. La niña de la cama estaba durmiendo.

Mia retrocedió y continuó por el pasillo, llegando a la Unidad de Cuidados Intensivos, la única otra sala de cuidados prolongados del piso.

Presionó el timbre y la voz de una recepcionista surgió por el altavoz.

—Hola, ¿estás aquí para visitar a un paciente?

—No, estoy con la policía. Estamos buscando a un Sr. Richards. Seguridad debería haberles alertado sobre él.

Se produjo un momento de silencio confuso.

—No hemos recibido ninguna alerta de seguridad, señora, pero el señor Richards está aquí.

—¿Qué? ¿Él está ahí?

—Sí. Le abriré la puerta.

Se oyó un fuerte zumbido y las puertas dobles se abrieron con un clic. Mia entró de un salto. Se volvió hacia su izquierda y vio a una joven recepcionista rubia que la miraba desde su escritorio.

—En la cama número trece, querida. El Sr. Richards está allí. —Apuntó con su bolígrafo.

—¿Qué? ¿Cama? —Mia comenzó a especular, pero no pudo encontrar ninguna conclusión lógica en su mente.

—¿Puedo preguntar sobre qué se trata? —preguntó la recepcionista.

—No —dijo Mia, dándose la vuelta y dirigiéndose en la dirección opuesta.

Las habitaciones comenzaban en el número veintiocho y descendían, no se parecían tanto a habitaciones como a cubículos separados por particiones blancas. En cada cubículo había una cama

y un televisor suspendido frente a ella. Había pocas señales de vida en el interior de la unidad, a excepción de una enfermera que ayudaba a una anciana con bata a ir a un baño cercano.

Mia siguió los cubículos hasta encontrar el número trece. Se detuvo frente a él y estableció contacto visual con el hombre sentado en la cama. Se miraron durante una cantidad incómoda de tiempo.

—¿Hola? —preguntó él, su voz ronca la sobresaltó. Llevaba una bata blanca y de la mano le salía una cánula intravenosa. Otro tubo salía de su boca y llegaba a una máquina situada detrás de él. Su rostro carecía por completo de pelo. No tenía barba ni cejas. Mia calculó que debía tener unos sesenta y cinco años.

Solo era un paciente llamado Sr. Richards, no era el hombre que ella buscaba.

—Lo siento, me equivoqué de identidad, señor. Espero no haberlo molestado.

Pero una voz diferente emergió de las sombras, sobresaltándola aún más.

—¿Agente Ripley? —preguntó la voz.

Mia sintió la adrenalina e instintivamente llevó la mano a su pistola y sus esposas. Ante ella se encontraba el Dr. Richards, vestido con una sencilla camiseta blanca, pantalones vaqueros y sosteniendo un café de máquina dispensadora.

—Es Ripley, ¿verdad? —Levantó la mano que tenía libre con la palma hacia fuera—. Vaya, me estás asustando. ¿Está todo bien?

Algo le decía que las cosas no eran exactamente lo que parecían.

—Dr. Richards, ¿qué estás haciendo aquí? —preguntó, aflojando el agarre de las esposas—. Te hemos estado buscando todo el día.

—¿Me han estado buscando a mí? —preguntó. Se sentó en una silla junto al anciano en la cama—. ¿Por qué me han estado buscando? Salí temprano del trabajo para ver a mi padre. Esta mañana ha llegado un nuevo cadáver, pero no he tenido tiempo de hacerle la autopsia. Volveré a la morgue mañana, si quieres puedes venir a verme por la mañana.

«Mi padre. Sr. Richards», pensó Mia.

—¿Este es tu padre?

—No te sorprendas tanto —intervino el hombre mayor—. Ahora estoy maltrecho, pero me parecía a él hace treinta años, lo juro —se rio.

—Corrección. Hace treinta y un años —dijo el Dr. Richards, señalando una pancarta que colgaba de la división de la derecha. Por el apuro, Mia no lo había notado en absoluto.

En una banda plateada con letras doradas estaban las palabras «FELIZ CUMPLEAÑOS NÚMERO 64 TOM».

—Saliste temprano para celebrar un cumpleaños —dijo Mia.

—Sí. Mi padre ha estado en cuidados intensivo durante unos meses. La mayoría de las noches vengo a sentarme aquí y a estar con él. —El Dr. Richards señaló con la cabeza el televisor—. ¿Por qué hay tantos *reality shows*? ¿Qué ha pasado con la televisión de calidad?

—Como Baywatch —agregó el padre de Richards—. Te lo digo, si el cáncer no me mata, esas chicas lo harán.

—Papá, deja de decir eso.

Mia observaba todo aquello con confusión, mientras reflexionaba sobre el asunto. No podía llegar a otra conclusión que no fuera la más sencilla: su hipótesis de que el Dr. Richards era el asesino era incorrecta.

Aunque no era una prueba definitiva, el Dr. Richards no tenía aspecto de asesino en absoluto. Era amable, simpático y pasivo. Tenía la piel impecable, no tenía ninguna herida visible y ella sabía que Alex Bauer había clavado una llave en el rostro del asesino. Ciertamente este no era un hombre involucrado en un altercado el día anterior. No pudo identificar ni una sola pizca de violencia en su cuerpo, a pesar de su profesión. Encajaba con la descripción física, pero nada más.

—Lo siento, agente Ripley, pero no me has dicho qué haces aquí —continuó Richards—. ¿Todo está bien?

Mia se tomó un instante para plantearse si podía decirle a Richards la verdad. Miró a su padre en la cama. No, no era el momento ni la ocasión.

—Sí, todo está bien. En realidad estaba abajo visitando a alguien, pero luego vi tu coche afuera en el aparcamiento.

—¿Tú... reconociste mi coche?

—Un Toyota Camry, ¿verdad? Lo vi el otro día en la morgue. Es el único Camry que he visto por aquí. Creo que ser una agente del FBI te hace recordar ese tipo de cosas.

—Claro, me imagino que sí.

Mia esperaba que la mentira fuera lo suficientemente convincente.

—Pensé que quizás estabas aquí por motivos profesionales, pero nunca te habría interrumpido si hubiera sabido que solo estabas visitando a tu padre. —Se volvió hacia el padre de Richards—. Feliz cumpleaños, señor. Lamento que nos hayamos conocido en estas circunstancias.

Mia se despidió con la mano mientras salía corriendo de la Unidad de Cuidados Intensivos al pasillo. Sacó su teléfono y marcó el número de Ella mientras bajaba la escalera de caracol y volvía a salir.

—Contesta, maldita sea.

No respondía.

Las dos llamadas siguientes tuvieron el mismo resultado.

Llamó a Harris en su lugar. Él contestó al segundo tono.

—Comisario, tenemos que ir a la casa de rehabilitación ahora mismo. ¿Hay alguien allí que se encargue de las tareas de vigilancia?

—El oficial del turno de noche acaba de llegar. Estoy en camino.

Mia se subió a su coche, salió del aparcamiento y se fue a toda velocidad hacia la noche. Si el Dr. Richards no era el asesino, entonces lo más seguro era que el verdadero asesino estuviera en la casa de rehabilitación. Mia se dio cuenta de que podría haber enviado a Ella directamente hacia su muerte.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

El callejón olía a gasolina y cigarrillos, pero su ubicación era ideal para lo que había planeado. El gran final. La obra maestra.

Hizo el trayecto de tres kilómetros a pie, como había hecho con todo el resto. Los que dejaban sus vehículos en sus casas siempre evadían la detección durante mucho más tiempo que los que no lo hacían. Él era uno de los inteligentes, un miembro de la élite. Estados Unidos no había visto una matanza como esta en décadas y mañana por la mañana, después de que las aguas se hubieran calmado y el entusiasmo se hubiera disipado, volvería a subir la apuesta.

Oh, tenía grandes planes para lo que vendría después, pero esta vez no se trataría de un asesinato. No, se trataría de la prensa y los medios de comunicación. Los asesinatos podrían parar o podrían continuar, aún no estaba seguro. Pero sí estaba seguro de que en los próximos días, el mundo se enteraría de los asesinatos del imitador del pantano.

Se preguntaba distraídamente cómo le llamarían. ¿El Replicador, el Imitador, el Asesino Simulador? En un principio pensó en ponerse su propia denominación, como Jack el Destripador, el Zodiaco y BTK, pero decidió no hacerlo. Pensó que parecía como que estaba esforzándose demasiado. Tenía que dejar que se diera de forma natural.

Tenía todas las pruebas que necesitaba en su casa. Fotografías de todos los cadáveres. Chucherías que había tomado de sus cadáveres, recuerdos que había robado de sus casas. Mechones de

pelo, trozos de uñas, incluso un trozo de carne humana. Seguramente habría quienes dudaran de él, pero nadie podría negar que había sido él y solo él, quien había llevado a cabo este plan magistral.

Metió una mano en el bolsillo mientras se apoyaba casualmente en la pared. Palpó el pequeño trozo de metal que encontró. Lo sujetó entre los dedos y lo sacó, luego lo apretó con fuerza en la palma de la mano. Era el llavero de metal que le había robado al estúpido chico que había logrado escapar de su furia, el afortunado imbécil que no tenía ni idea de que al huir de aquella casa se había comprometido a una vida en el infierno.

Había guardado el llavero por las mismas razones que las otras cosas, pero cada vez que lo miraba, no le despertaba los mismos sentimientos que el resto. No lo emocionaba. Solo le recordaba su fracaso.

Después del incidente, pasó cerca de doce horas consumiéndose en la ira, dando puñetazos a cristales hasta que le sangraron los nudillos. ¿Cómo pudo ser tan descuidado como para dejar escapar al chico? Debería haberlo planeado mejor, haberlo ejecutado mejor, haberse asegurado de que las salidas estuvieran cerradas con llave, no tendría que haber corrido tantos riesgos como había hecho.

La frustración de su fracaso se prolongó hasta la mañana siguiente al intento de asesinato, cuando prácticamente había expulsado cada gramo de rabia de su cuerpo. Recordó lo que había dicho Jeffrey Dahmer una vez: «matar era un medio para conseguir un fin». El acto de matar era secundario, lo que él disfrutaba era todo lo que le antecedió. El tormento, tanto físico como mental, la lucha de poder, el acto de jugar a ser Dios.

Todo esto aún era muy posible. Una de sus víctimas estaba viva y aunque el chico podría saber cómo lucía, no conocía su nombre ni su ubicación. Eso significaba que podía atormentarlo por el resto de su vida desde lejos y tal vez un día regresaría para terminar lo que había empezado. Diablos, si era lo suficientemente intenso, tal vez incluso podría impulsar al estúpido chico a quitarse la vida. Qué

agradable sería matar sin ni siquiera estar presente. ¿Cuántos otros podrían decir que hicieron eso?

Volvió a colocar el llavero en su bolsillo y sintió cómo le presionaba la pierna. Lo había traído para recordarle su fracaso y, para que esta vez lo hiciera mejor. Toda esta experiencia había sido una intensa fase de aprendizaje, en la que él mismo consideraba que había prosperado. Incluso los mejores cometen errores. Casi todos los asesinos en serie de alto perfil tienen alguno que se les escapa. Dahmer tuvo uno, BTK tuvo uno. Diablos, Bundy tuvo un sinnúmero de ellos. Era de esperarse. Incluso se podría argumentar que era necesario para perfeccionar el arte de matar.

Esta noche era su oportunidad de redimirse y de meditar y actuar sobre lo que había aprendido. No habría errores, ni defectos en su plan. No iba a fallar de nuevo y menos durante el homenaje más importante de todos. Esta noche, haría lo que pocos asesinos en serie habían hecho o jamás podrían hacer: cobrarse varias vidas en una sola noche. Había una gran posibilidad de que superara a su ídolo. Tres era el objetivo y si había más, sería un extra. ¿Qué mejor manera de celebrar el cumpleaños de Ted que recreando su crimen más perverso? Si le añadía un nuevo toque, mejor aún. La historia se repetiría, pero estaría adaptada a la era moderna.

Se situó en la oscuridad donde terminaba el callejón y empezaba la calle principal. Se dijo a sí mismo que entraría a la una de la madrugada y que saldría antes de que fuesen la una y media. Bundy lo hizo todo en veinte minutos y él también lo haría. Ahora eran las 12:56 de la mañana.

Apoyado en la pared a su lado había un robusto trozo grande de leña de roble que había conseguido especialmente. Era exactamente la misma arma que Bundy había utilizado para romper los cráneos de cuatro jóvenes inconscientes. No podía utilizar otra cosa.

Ahora eran las doce y cincuenta y ocho. Llevaba casi una hora vigilando el edificio y no había visto que se iluminara ninguna de las ventanas traseras. Sin duda, todas estaban durmiendo.

Era el momento de entrar. Era el momento de poner en marcha el plan maestro. Recogió su arma y se dirigió con sigilo hacia el centro de rehabilitación Maya para mujeres en recuperación. Había visto al menos a seis mujeres entrar en el edificio durante la última hora y lo que más le entusiasmaba era que nadie, ni siquiera él mismo, sabía cuántas saldrían.

* * *

El centro era un edificio separado rodeado por una valla metálica que daba al callejón en el que él se estaba escondiendo. Él mismo había pasado un tiempo en este centro hace años, cuando era un lugar para las reuniones de Alcohólicos Anónimos. Después de todo este tiempo, aún no habían arreglado los dos barrotes rotos de la valla.

Se escabulló entre ellos, asegurándose de no golpear su arma contra los barrotes de metal. La entrada lo condujo a un pedazo de hierba crecida, todavía empapada por el chaparrón de la noche. En los árboles de encima, las criaturas nocturnas le cantaban sus canciones de medianoche. Oyó el ulular de un búho a lo lejos y estuvo seguro de ver un grupo de murciélagos aleteando en un roble lejano.

Y luego reinó el silencio, únicamente interrumpido por sus pasos al llegar a la parte del patio. Había algunos electrodomésticos viejos tirados por ahí, una lavadora rota, un retrete desmontado y una mesa redonda con un cenicero en el centro. Había cuatro sillas repartidas alrededor y en una de ellas aún quedaba un abrigo colgando del respaldo.

Luego fue hacia el pomo de la puerta. Lo giró, esperando que se abriera como solía hacerlo en sus tiempos. Pero sintió cierta resistencia.

Le dio la vuelta con más fuerza. Nada.

«Mierda», pensó. Tiene que haber otra forma de entrar, se tranquilizó y se acercó a una gran ventana que daba a la sala de descanso del centro. Entrecerró los ojos, sin lograr identificar mucho. Pensó en romper el vidrio, pero no quería llamar la atención. Podía intentar entrar por la puerta principal, pero esa estaba siempre cerrada con llave.

«Va a tener que ser por la fuerza bruta», pensó, apoyando las manos contra la ventana para comprobar su resistencia.

Pero al hacerlo, vio un haz de luz desde el interior. Un destello, como el de una linterna.

«Mierda». Se agachó hasta desaparecer de la vista, presa del pánico. ¿Era una de las mujeres que vivían aquí? ¿Le habían visto el rostro?

Le empezaron a temblar las piernas mientras sentía que una vez más le invadía esa sensación de frustración. La misma que sintió cuando el estúpido chico se había escapado. La idea de volver a fallar le hizo apretar los puños hasta el punto de no sentir las yemas de los dedos.

«¿Qué hubiera hecho Bundy? —se preguntó a sí mismo—. ¿Habría sido más astuto que ellos. Habría utilizado la situación a su favor. Habría improvisado?».

Posó los ojos sobre la chaqueta que colgaba de la silla. Se le ocurrió una idea.

Fue hacia allí, cogió la chaqueta y se acercó a la puerta trasera. Se aseguró de que su pedazo de madera estuviera oculto. Llamó a la puerta.

En su visión periférica vio que el haz de luz regresaba. Esta vez, estaba justo al lado de la ventana. Quienquiera que estuviera dentro lo había visto, pero no se volteó para encontrarse con su mirada.

Arrastrando los pies al otro lado de la puerta. Más allá del vidrio esmerilado, vio aparecer una figura. Fornido y de hombros anchos, vestido de azul de pies a cabeza.

«El guardia de seguridad», pensó.

Una voz retumbó.

—¿Quién es?

Era el momento de activar el encanto.

—Me llamo Theodore. Mi hermana vive aquí. Ella dejó su chaqueta en mi casa esta tarde. Solo se la estoy devolviendo.

Hubo un breve silencio.

—¿A esta hora tan inadecuada? ¿Cómo has entrado en la parte trasera?

Se metió en el personaje. Pensó de nuevo en Bundy.

—Sus medicamentos están en el bolsillo también. Ella los necesita. Llamé a la puerta principal pero nadie respondió.

Otra pausa.

—No escuché que tocaran a la puerta.

—La toqué ligeramente. No quería despertar a nadie.

—Bien —dijo el guardia—. Bueno, solo deja la chaqueta en los escalones y la iré a buscar en un segundo.

—Gracias —le dijo, colocando la chaqueta a propósito en la silla—. Está en la silla cuando estés listo.

—¿A quién le pertenece? —preguntó el guardia.

Una serie de nombres le pasaron por la cabeza. ¿Podría dar una vaga descripción? No, el guardia sabría que estaba mintiendo. Necesitaba un nombre. Probó su suerte con un nombre.

—Abigail.

Observó cómo la forma distorsionada del guardia se movía de un lado a otro detrás del vidrio esmerilado.

—De acuerdo —dijo finalmente—. Gracias. Ahora, por favor, abandone las instalaciones.

Asintió con la cabeza, sin saber si el guardia podía verle y se alejó de la puerta. Rodeó el costado del edificio, alejándose de la vista del guardia. Revisó la pared en busca de ventanas o cámaras de seguridad y no vio ninguna.

Esperó. Tomarse el tiempo era una virtud del psicópata funcional, se dijo a sí mismo. La impulsividad era un juego de tontos.

Se agachó contra la pared, escuchando cualquier señal de vida. Acarició el tronco de madera entre las manos, sintiendo su rigidez y

solidez. Lo golpeó suavemente contra sus propios nudillos para probar su potencia de ataque.

Se le pasó por la cabeza la idea de ponerle un nombre al arma. «Sam», pensó, el mismo nombre que el perro que poseía David Berkowitz. Eso estaba bien.

De repente, oyó el clic de la puerta destrancándose. Agarró su arma con más fuerza y respiró profundamente. El aire fresco de la noche penetró en sus pulmones y agudizó su concentración. Oyó el chirrido de las bisagras de la puerta y luego los pasos del guardia contra el hormigón.

Pensó en Alex. En que ahora estaba en algún lugar, todavía vivo y respirando. Aprovechó esa rabia, la canalizó en un deseo de salvajismo y salió corriendo de su escondite hacia el guardia de seguridad.

Vio el terror en los ojos del guardia. El mismo terror que habían manifestado todos. Apuntó su tronco directamente a la cara del hombre y su aparición sorpresiva hizo que el guardia se quedara paralizado. El ataque lo impactó, cegando momentáneamente al guardia y haciéndole caer al suelo. No tuvo tiempo de gritar, correr o defenderse.

Se colocó sobre el guardia, levantó el tronco de madera en el aire y lo volvió a golpear con fuerza.

El silencio se hizo presente.

Las manos le temblaban. Su adrenalina estaba a flor de piel. Volvía a ser Dios. Arrastró el cuerpo del hombre hacia la penumbra y lo metió en un pequeño hueco entre el edificio y la valla. Un acto de piedad, se dijo a sí mismo. Este pobre imbécil no formaba parte del plan, pero tuvo que morir por la causa.

—Con este ya vamos uno —dijo—. Ahora, ¿cuántos más tenemos aquí dentro?

Y entró en el centro.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Todo estaba oscuro en el interior, apenas un nivel por debajo de la oscuridad total. Podía distinguir formas vagas a su alrededor y era capaz de avanzar guiándose por ellas. Se le adaptaron poco a poco los ojos a la oscuridad y luego recordó la distribución de la construcción, que se encontraba en alguna parte de su banco de memoria a largo plazo. Reconoció la distribución general de la sala, aunque los muebles habían sido reemplazados y habían añadido nuevas áreas. Pero fue capaz de dirigirse a la zona principal, la sala comunal, sin problemas.

El suelo ahora era de moqueta y había un pequeño televisor y unos cuantos sofás de dos plazas dispersos a su alrededor. Una fragancia alimonada le llegó a la nariz mientras rememoraba la distribución del lugar en su mente. Por lo que recordaba, había una pequeña zona en el piso de arriba, así que decidió revisar primero allí. Había una gran probabilidad de que las habitaciones estuvieran allí.

Subió las escaleras tan sigilosamente como pudo, asegurándose de pisar la parte de cada escalón que estaba más cerca de la pared. Ese lugar siempre era el más silencioso, había aprendido ese detalle en una entrevista de Ramirez en la cárcel.

Se topó con un pequeño pasillo de acceso repleto de cajas. Vio cantidades al por mayor de comida enlatada, botellas de agua, arroz. Elementos esenciales de supervivencia. Pasó por delante de ellos y llegó ante dos puertas.

«Pum».

Su estado de alerta se intensificó. Había alguien más aquí. Miró hacia abajo y vio que había pateado una de las cajas más pequeñas por accidente. ¿Había sido él quien provocó ese sonido?

«No. Hay alguien más en la casa. Alguien está despierto».

Abrió suavemente la primera puerta y encontró una habitación con un solo retrete. Se dirigió a la habitación de enfrente. La habitación se abría a una zona mucho más grande. Había más material de almacén y unos cuantos aparatos de gimnasia antiguos. Paseó por allí, disfrutando del carácter de su presencia. Era un intruso, un depredador a la caza. Había leído que muchos asesinos en serie cometían sus asesinatos en una especie de nebulosa de desapego y que a veces eran incapaces de recordar los detalles más sutiles.

Pero él no iba a dejar que eso sucediera. Quería saborear cada momento de sus crímenes. Quería vivir cada momento. ¿Quién sabía si volvería a hacer esto después de esta noche?

Otro golpe.

Se dio la vuelta y su atención se dirigió a la pared del fondo. Había un armario con espejo. Se acercó a él y examinó el reflejo frente a él. Tenía manchas de sangre en la frente de cuando había matado al guardia. Se la limpió con la manga.

El armario se sacudía suavemente en la parte superior e inferior de la puerta. Pero no había ninguna brisa en la habitación, ni corriente de aire proveniente de ninguna ventana abierta.

Había alguien ahí.

Preparó su arma y sujetó el tirador de la puerta. Tiró de ella, pero la puerta no se deslizó como esperaba. Su contacto la hizo temblar de nuevo. Pensó que debía haber sido esto lo que había provocado el ruido sordo.

Siguió tirando. Pero nada. Arriba, vio que la puerta se había salido de sus rieles. Jaló más fuerte, moviendo la puerta menos de dos centímetros.

Estaba atascada.

«Pum».

Otro, pero no venía de esta habitación. Venía del piso de abajo.

Miró por última vez su reflejo, impresionado por su imagen. Con el tronco en la mano, parecía recio y peligroso. Podría visualizar esa imagen en la portada de un libro algún día, pensó.

Volvió al piso de abajo y encontró un lavadero, una cocina y una pequeña zona de aseos. Regresó a la zona comunal y luego a un estrecho pasillo con piso de madera. Ante él había cuatro puertas de madera, cada una de ellas tenía una frase inspiradora pintada con tipografía estilizada.

«Cuando las cosas parezcan una batalla cuesta arriba, piensa en la vista desde la cima».

Una sonrisa de satisfacción se le dibujó en la cara.

«Qué montón de mierda —pensó para sí mismo—. Estas mujeres están en el fondo y van a morir allí».

Su pulso se aceleró hasta niveles que no había sentido desde que estranguló por primera vez a aquella chica en el coche. Pensó por un instante en aquel primer asesinato, deleitándose con la emoción y la estimulación. Algunos asesinos en serie habían dicho que el primero era siempre el mejor y que pasarían el resto de sus carreras intentando recrear esa primera sensación. Él creía firmemente que esto era cierto, sobre todo después de haberlo experimentado en carne propia. Sin embargo, también creía que si uno podía sobrepasar el goce del primero, entonces esa experiencia se convertiría en la protagonista de sus fantasías.

Empujó la puerta y se abrió con un pequeño chirrido, revelando cuatro camas colocadas en cada esquina de la habitación.

Todas las camas estaban perfectamente tendidas. No había nadie en ellas. Todas estaban vacías.

La frustración afloró en su interior, pero se calmó y salió de nuevo al pasillo. No, esta noche no habría ninguna falla. Se dirigió a la siguiente puerta de la fila.

«No te avergüences de tu historia. Inspirará a otros», decía allí.

—Claro que lo hará —susurró y cuidadosamente giró la manija. Se abrió silenciosamente y reveló una habitación dispuesta

exactamente igual que la primera. Movi6 los ojos de cama en cama, sintiendo una vez m6s la punzada de frustraci6n.

No. Solo tres camas estaban vacías.

En la cama m6s alejada de 6l, vio un brazo colgando sobre el borde de la cama. Distingui6 la silueta característica de una persona tumbada de lado. Tenía el pelo largo hasta los hombros. Claramente se trataba de una mujer. Era delgada, joven, tal vez de veintitantos ańos, como a 6l le gustaban.

Consult6 su reloj. 1:08. La impaciencia se apoder6 de 6l. Le empezaron a temblar las manos de emoci6n, haciendo vibrar el tronco de roble que tenía apretado en el puńo. Respir6 hondo para calmarse. Pens6 en su h6roe y en c6mo había matado a las chicas de Chi Omega en un silencio casi total para no alarmar al resto de la casa. 6l iba a hacer lo mismo.

* * *

Ella corri6 hacia la puerta principal del centro de rehabilitaci6n Maya para mujeres en recuperaci6n y trat6 de abrir la puerta. Estaba cerrada.

Dio un paso atr6s y analiz6 la disposici6n de la vivienda, buscando desesperadamente una forma de entrar. Junto a la puerta principal había una valla met6lica puntiaguda. Apenas se dio cuenta del borde afilado un segundo antes de sujetarlo con las manos y subir por encima de 6l.

Se le clav6 en las manos, de una forma casi insoportable, pero trepar por vallas como esta era algo que todo agente tenía que hacer en su carrera, o eso era lo que le habían dicho. Una vez que consigui6 subir, puso el pie entre dos de las rejas y salt6 a la parte trasera de la zona exterior.

Ignor6 el dolor y se apresur6 a ir hacia la entrada trasera. La puerta había quedado abierta por una chaqueta de abrigo que impedía que se cerrara.

Varios pensamientos se le vinieron a la mente como un torbellino. ¿Esta puerta siempre estaba abierta de esta manera? ¿O era una señal de intrusión?

Entonces se le ocurrió algo. Sus sentidos captaron un olor. El mismo olor que había encontrado en las últimas tres escenas del crimen. Había sangre en el ambiente. Podía percibir los rastros cobrizos en la nariz y en la lengua.

No había ninguna duda.

El asesino estaba aquí.

Sacó su pistola y entró en el edificio. Harris ya había llamado al centro y les había dicho que estuvieran en alerta máxima, pero dado que eran las primeras horas de la madrugada, era imposible saber hasta qué punto se había tenido en cuenta esa información. Ella se mantuvo tan silenciosa como pudo, permaneciendo cerca de las paredes y revisando las esquinas mientras las recorría.

Entró en un espacio más amplio, la temperatura bajó uno o dos grados. Ella se dio cuenta de que era una sala de estar con moqueta. Se detuvo y escuchó el entorno. Contuvo la respiración. Se familiarizó con los sonidos del edificio. El agua corriendo por las tuberías oxidadas. La lluvia golpeando el viejo tejado plano. El fuerte viento golpeando las ventanas de un solo cristal.

Una tabla del piso crujió en alguna parte.

Se concentró en el momento. Agudizó su mente. Intentó no pensar demasiado, como había hecho antes. Las familias de los muertos necesitaban que estuviera muy concentrada.

El mismo crujido.

No era debajo de sus pies. Se dio cuenta de que era encima de ella.

Luego pasos a lo largo del techo. No eran rítmicos, sino lentos y metódicos.

Calmó sus pensamientos, pero en lugar de mantenerse en su posición, se dirigió al pasillo contiguo donde vio que se filtraba un poco más de luz. En el estrecho pasillo había una fila de ventanas

que dejaban pasar la luz de las luces de la calle. No era mucha, pero era preferible a la oscuridad absoluta.

Esperó con su pistola a la altura de la cintura, preparada para adoptar la postura para disparar en cualquier momento. Miró a su alrededor y vio una hilera de puertas con frases motivadoras pegadas en ellas.

Ella se preguntaba si habría alguien en su interior. Si algo violento estaba a punto de ocurrir, tenían que saberlo. Peor aún, Ella necesitaba saber si alguien de allí ya había sido atacada.

Abrió la primera puerta a la que llegó y encontró cuatro camas. De repente, oyó el crujido de las escaleras. Quienquiera que fuera estaba bajando la escalera lentamente, como si intentara deliberadamente que su presencia no fuera percibida.

Ella lo escuchó, pudo sentirlo.

Regresó a la habitación y se escondió entre las sombras. Quienquiera que fuera se estaba acercando a ella. Lo oyó entrar en la habitación de al lado y salir tan rápido como había entrado.

Y entonces estuvo fuera de la habitación en la que ella estaba. Apenas a unos metros de distancia. Ella olió el calor de su cuerpo, escuchó sus pulmones expandirse y contraerse.

La ansiedad se apoderó de ella, empañándole su visión y haciendo que la oscuridad circundante se expandiera y la consumiera. Intentó calmarse, pero le costaba controlar sus reacciones. Aquí estaba, sola con un hombre que había cometido múltiples homicidios sin remordimientos. ¿Y si algo salía mal? ¿Y si él era más inteligente que ella? ¿Y si ya le llevaba un paso de ventaja y ella no lo sabía?

Palpó una de las camas que tenía a su lado. Sus pensamientos se centraron en su padre, asesinado mientras dormía. ¿Se estaba repitiendo la historia? ¿Acaso la frágil simetría de la vida la predestinaba a morir de la misma manera que su padre?

El hombre entró en la habitación, su silueta era una nube negra impregnada de la sangre de inocentes. A pesar de toda su determinación y su firmeza, Ella se quedó paralizada, inmóvil por

una combinación de terror y ansiedad. No podía ver, ni oír, ni pensar. Este no era un crimen sobre el que estaba leyendo en un libro, esto era la vida real y potencialmente era el final de la suya. Así sería recordada: una agente novata asesinada en el campo por uno de los asesinos en serie más abominables de la historia. Ella moriría esta noche y su nombre aparecería en los libros sobre este hombre durante años. Ese sería su legado y un día, alguien diría su nombre por última vez y ella desaparecería para siempre.

Sentía que estaba en un estado de ensoñación, lista para despertar a la realidad en cualquier momento.

Pero no lo hizo.

Y el hombre se acercó a ella, levantando algo por encima de la cabeza.

Sus últimos pensamientos fueron sobre su padre.

* * *

Caminó cautelosamente hacia ella, deteniéndose un instante cerca de cada cama con el fin de que, si ella se despertara, podría suponer que era una chica más de la casa que se estaba acostando a dormir. Se acercó a unos metros de ella, lo suficiente como para oler su singular aroma. Todas las mujeres tenían uno. Quienquiera que fuera esta pobre chica tenía aroma a vainilla, tal vez por una crema de manos o un champú perfumados. No tendría tiempo para saber nada de ella, así que se inventó un perfil rápido para ayudarle a añadir un grado de personalización a su muerte. Había descubierto que eso hacía que los asesinatos fueran mucho más placenteros.

Pensó que era una secretaria. Poca paga, poca responsabilidad, poca felicidad. Fue traída a este centro por el abuso doméstico de su ex, de quien pasó años tratando de deshacerse, pero siempre regresaba con él gracias a un falso sentimiento de afecto. Tal vez él la golpeaba, pero la protegía al mismo tiempo.

Descubriría la verdad sobre su identidad cuando leyera sobre ella en las noticias, pero por ahora, solo era una víctima y nada más. Una parte de la historia que le ayudaba a consolidar un legado que competía con el de sus héroes.

Con una oleada de adrenalina, levantó el tronco de roble por encima de la cabeza y preparó su remate para darle justo en la sien. Lo único que necesitaba era un golpe contundente y ella moriría. Sin ruido, sin dolor.

El caos estaba a un latido de distancia. Dio un golpe con el tronco, apuntando a la cabeza.

Pero la figura se movió.

El pánico lo invadió. Le comenzaron a temblar las piernas. La rabia ciega le inundaba de pies a cabeza.

—¿Qué carajo? —gritó.

Las luces se encendieron en el techo y allí estaba ella, de pie junto a la pared, apuntándole con una pistola.

—Se terminó el juego, hijo de puta —gritó ella.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Ella mantuvo su posición de tiro. Él estaba acorralado contra la pared. La única forma de pasar era a través de ella, e incluso con todo el miedo recorriéndole cada centímetro del cuerpo, no había forma de que ella fallara.

—Quietos. No te atrevas a moverte, ¿entendido? Arroja tu arma al suelo, ¡ahora!

El hombre que estaba frente a ella hizo lo que ella le exigía y dejó caer el trozo de madera sobre una cama vacía. Él no dejó de mirarla y su postura se mantuvo erguida, dominante. Eso la preocupó.

—Bien. Ahora, escúchame. Soy una agente del FBI que recibió honores especiales en armas de fuego. Eso significa que puedo dispararte en el culo desde un kilómetro de distancia y ahora mismo tengo mi punto de mira justo en medio de tu cráneo. Si te mueves un centímetro, te volaré la cabeza. ¿Me entiendes?

No hubo respuesta.

—Dije: ¿me entiendes?

—Sí, cariño —dijo el hombre.

—Dime «cariño» una vez más y te voy a circuncidar con una bala. ¿De acuerdo? Eres un hombre muy buscado y no dudaré si tengo que llevarte a la comisaría en una bolsa para cadáveres. Vivo o muerto, nos importa una mierda.

Había una rabia incontenible en su voz, odio en sus palabras y sabía que la mejor manera de vencer a este hombre era mediante la

intimidación. Si ella mostraba un gramo de debilidad, él lo aprovecharía y eso no iba a ocurrir de ninguna manera.

—Ponte de rodillas y pon tus manos detrás de la cabeza —gritó ella.

Él hizo lo que le pidió.

«¿Dónde demonios está Ripley? —pensó Ella—. No quiero arriesgarme a esposarlo solo y quiero mantenerlo vivo. Haz que siga hablando».

Este era el escenario de sus sueños, su feliz pesadilla y sin embargo, todo lo que sentía por el hombre que tenía delante era odio y repulsión. Era un asesino en serie orgánico, un verdadero psicópata en su hábitat natural, el más raro de los depredadores en la historia del crimen y no obstante la fascinación que sentía por él era mínima. No tenía ningún deseo de hablar con él ni de meterse en su mente. Eso ya vendría después, si llegaba a suceder. Ahora mismo, lo quería esposado y entre rejas. Él quería que ella se sintiera fascinada por él y lo último que ella quería era darle esa satisfacción.

¿Pero quién era este hombre? Cuando vio su vaga silueta al entrar en la habitación, estuvo segura de que era él. La misma altura, el mismo perfil, aunque sus rasgos característicos estaban ocultos con una capucha negra. Aun así, estaba segura de que era el hombre del que había hecho el perfil.

El hombre asintió con una sonrisa.

—¿Quién eres? —preguntó ella.

—¿Quién crees que soy?

—Sácate esa capucha. Déjame verte bien.

Lentamente, casi burlándose de ella, reveló su rostro por completo.

No era el Dr. Richards, no era nadie que hubiera visto antes.

Eso la dejó perpleja y en silencio. Una vez más, se había equivocado. Su perfil la había traído hasta aquí, pero se había equivocado con respecto a la identidad del agresor. Se sintió como una principiante al asumir que el primer nombre que se le había

ocurrido era el del sudes. En retrospectiva, fue algo estúpido. Se maldijo a sí misma.

Quienquiera que fuera este hombre tenía un corte profundo alrededor del ojo derecho, debido a su pelea con Alex, pensó Ella. Era un hombre común y corriente, delgado, con los pómulos bajos y una abundante melena negra. Tenía una ligera barba alrededor de la barbilla y el labio superior y aunque su rostro estaba un poco demacrado, había signos de juventud y vitalidad en él. Tenía la boca apretada en una mueca y la piel enrojecida.

Ella se había pasado la vida entera estudiando a personas como el hombre que ahora estaba con la espalda contra la pared frente a ella, pero había algo inexplicable sobre el momento en el que se encontraba. Si hubiera visto a este tipo en cualquier otra circunstancia, habría supuesto que era un trabajador de la construcción, un cartero, un tipo que disfrutaba de las actividades al aire libre, que se ensuciaba las manos y que luego regresaba a su casa con su pequeña familia en su casa adosada de tres habitaciones. Luego, si hubiera hablado con él, se interesaría por la historia de su vida. ¿Era aficionado a los deportes? ¿Tenía problemas económicos? ¿Cómo fue su educación? ¿Tal vez estuvo en el ejército, tal vez de niño fue un genio matemático superdotado?

Todo era ordinario. Nada en el hombre que tenía delante era monstruoso. Le costaba creer que fuera responsable de alguna conducta indebida y mucho menos de la infernal matanza de múltiples personas.

Kemper, Ramirez, Gein, Dahmer, Gacy, Bundy. Esos eran monstruos para ella porque ya era consciente de su historia antes de indagar en sus historias de vida. Los estudió a través de una óptica de presunta maldad que, aunque no le gustara admitirlo, contaminaba y distorsionaba su percepción de todo lo relacionado con ellos.

Y sin embargo, el hombre que tenía delante vivía en el mismo mundo que ella. Recorría las mismas calles y era esclavo de los mismos impulsos. Ella y él estaban unidos por su humanidad y, sin

embargo, él era diferente de alguna manera, por algún defecto biológico o por una percepción retorcida del mundo. Ahora sabía que todas sus investigaciones y conocimientos nunca le permitirían, ni a ella ni a nadie, penetrar realmente en la mente de un asesino en serie. Podían hacer todo lo posible para emular sus pensamientos y patrones, pero eso era todo lo que podía ser: una emulación.

Los asesinos en serie no eran personas normales, pero las personas normales eran asesinos en serie.

—Soy tu hijo —dijo él, finalmente.

—¿Qué?

—Soy tu hermano. Estoy en todos lados.

—Oh, cállate de una vez. No me interesan tus citas de Ted Bundy. Pero el hecho de que estés diciendo su mierda cuando tienes una pistola apuntándote a la cara me dice todo lo que necesito saber sobre ti.

—¿Y qué sabes sobre mí? —le preguntó—. ¿Crees que puedes meterte en mi cabeza solo porque tuviste un poco de capacitación, o porque tal vez leíste algunos libros?

Ella se acercó lentamente a la puerta para bloquearla en caso de que él intentara huir.

—Te encontré aquí, ¿no? Nunca te había visto antes y predije esto basándome en las brutales mierdas que ya habías hecho. Creo que eso califica como meterse en tu cabeza, ¿no?

El hombre se rio.

—Entonces, continúa. Dime cómo lo hiciste. ¿Cómo adivinaste que estaría aquí?

—Te diré la versión corta. Edmund Kemper, Richard Ramirez, Ed Gein, Jeffrey Dahmer, John Wayne Gacy y ahora Ted Bundy. El mismo tipo de víctimas, las mismas ubicaciones, las mismas metodologías. No hay muchos lugares por aquí donde vivan un montón de chicas.

Él bajó las manos y se apoyó en la pared que tenía detrás.

—¿Así que te diste cuenta de eso?

—Claro.

—Me da curiosidad —dijo él—. ¿En qué momento hiciste las conexiones?

Ella reajustó su postura para hacerle saber que aún lo tenía en la mira.

—A partir de la tercera muerte. Pero obviamente lo tenías todo planeado, ¿verdad?

—En realidad, no. —El hombre se encogió de hombros—. La idea se me ocurrió después de estrangular a esa perra pidiendo aventones. Me di cuenta de que había copiado a Kemper, así que me dije, «a la mierda», bien podría copiar a los seis grandes. Recién cuando iba por la mitad me di cuenta de que se acercaba el cumpleaños de Bundy.

—¿Decidiste matar a seis personas por puro antojo?

—Ja, podrías decir que sí. La vida es algo aburrida por aquí. A veces es necesario incorporar un poco de asesinatos en serie para animar las cosas —se rio—. Aun así, me impresiona que hayas logrado adivinar que estaría aquí esta noche. ¿Cuál fue tu favorito? —preguntó.

—¿Mi favorito?

—Tu asesinato favorito.

—La gente normal no tiene asesinatos favoritos. No todos somos perdedores ineptos que vivimos indirectamente a través de los monstruos del mundo. Algunos aprendemos de ellos y luego atrapamos a los que los copian.

—Y sin embargo, sabías que estaba imitando a Gein, Dahmer y a los demás.

—Se llama investigación.

—No, se llama fascinación morbosa. Ahora te puede ver, con esa pistola apuntándome, una parte de ti quiere apretar el gatillo y dispararme entre los ojos. Pero otra parte de ti quiere sentarse conmigo y hablar durante horas, ¿tengo razón?

—No.

Apoyándose en la pared, se deslizó hacia el suelo hasta ponerse en cuclillas. Ella mantuvo el punto de mira centrado en su frente.

—Mentira. Sabes que probablemente ambos hemos leído los mismos libros y que hemos visto los mismos documentales. Hemos consumido la misma información y, sin embargo, ahora nos encontramos en dos polos opuestos. Es raro, ¿no?

—Mantén tus manos donde pueda verlas. No te atrevas a quitarlas de encima de tu cabeza, pedazo de mierda.

El hombre hizo lo que Ella le exigió.

—Vaya, ¿a qué viene ese lenguaje grosero? ¿Te pongo nerviosa?

—En absoluto.

—La gente solo maldice cuando tiene miedo. ¿Tienes miedo, agente?

Ella se sentía casi anestesiada por el miedo, pero se esforzaba por no demostrarlo. Se mantuvo firme, se aseguró de que ninguna parte de su cuerpo temblara. Mantuvo su mirada fija en él y no la apartó ni un segundo. Solo rezaba para que su actuación fuera lo suficientemente convincente como para reemplazar a la real.

—Cállate y quédate en el piso. Yo soy la que tiene el arma, ¿verdad?

—¿Estás segura de que eres una agente del FBI? Tu rodilla derecha no deja de temblar. Tus pupilas están dilatadas. Sigues frunciendo el ceño. ¿Sabes qué me dice eso? Me dice que tienes miedo. Eres nueva en este trabajo, ¿no?

—Si dices algo más, irás directamente al infierno.

Pero él la ignoró.

—¿De qué tienes miedo? ¿Nunca detuviste a nadie? ¿Esperas refuerzos y te preocupa que se hayan olvidado de ti? Debe de ser un pensamiento aterrador, ¿no? Estás sola aquí con un auténtico psicópata y la única solución es que tú misma te conviertas en una asesina. Te preocupa que haciendo eso no seas diferente de mí, sin mencionar todo el conocimiento que podrías extraer de mí cuando esté entre rejas.

Ella presionó suavemente el gatillo un poco más. Cuanto más le hablaba, más le preocupaba que la única salida fuera sobre su

cadáver. No quería eso. Sería como una bofetada para las familias de sus víctimas. La muerte era fácil. La cadena perpetua no lo era.

«Intimídalo. Hazle saber que apretarás el gatillo si es necesario».

Se produjo un silencio en el dormitorio. Ella vio que algo en el rostro de él cambiaba.

—Pregunta, ¿hay alguien más en la casa? —preguntó él.

—Nadie más —mintió. A decir verdad, ni ella misma lo sabía—. Lo siento, pero no conseguirás tus preciosos asesinatos de Bundy esta noche.

Él sonrió.

—Aún puedo conseguir uno.

—¿En serio? Porque yo tengo seis balas que tienen tu nombre.

—Mentira. Me quieres vivo.

A Ella le frustró que él supiera lo que quería. ¿Cómo lo sabía? Ella pensó que debía ser intuición de psicópata.

—Me importa una mierda si vives por siempre o si mueres hoy —mintió.

—Entonces, ¿qué estás esperando? —le preguntó—. Estoy aquí.

—La policía llegará en cualquier momento —dijo ella, rezando para que sus palabras se convirtieran en realidad de alguna manera. A decir verdad, no tenía ni idea de si Ripley, Harris o cualquier otra persona estaba realmente en camino. ¿Y si todavía estaban buscando al Dr. Richards en el hospital? ¿Y si se lo habían llevado para interrogarlo?

No, no había forma de que la abandonaran así. Ripley prometió que vendría en cuanto inspeccionara el hospital.

Sus pensamientos tomaron el control y, por un breve instante, su enfoque laser en la cabeza del sospechoso se movió. Su postura Weaver se relajó durante un segundo y el sospechoso lo notó.

Un momento de debilidad fue todo lo que necesitó.

El hombre estiró la mano, cogió el tronco de roble de la cama y lo usó para golpear las manos de Ella. El tronco le chocó los nudillos provocando un ruido espantoso y haciendo que la pistola saliera volando fuera de la habitación.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Se abalanzó sobre ella y la golpeó en un costado de la cabeza, haciendo que Ella saliera del dormitorio hacia el rugoso suelo del pasillo.

Su visión se nubló cuando una sensación insoportable y punzante la privó de cualquier pensamiento posible. Durante un segundo, se quedó inmóvil. El tiempo se detuvo durante más tiempo de lo que parecía posible.

Y luego él estaba sobre ella. Entre las piernas de él, vio su Glock 17 tirada en el suelo a lo lejos, fuera de su alcance. De repente, el tronco de roble volvía a acercarse a ella, amenazando con destrozarle el cráneo en mil pedazos.

Ella levantó el antebrazo, bloqueando el golpe y luego se deslizó por debajo del hombre que tenía encima. Se levantó de un salto, ignorando el intenso dolor que sentía en el cráneo y el agudo pitido de los oídos. Se encontraba al final de un pasillo envuelto en la oscuridad. Había un ligero hilo de luz procedente del dormitorio en el que se había escondido, pero no era suficiente para iluminar todo el pasillo.

Se sintió encerrada y la única escapatoria posible era salir de la oscuridad, hacia los brazos de un asesino en serie. De repente, oyó una respiración agitada. Una figura emergió de las sombras y se lanzó de nuevo contra ella, pero Ella lo esquivó y corrió de regreso al dormitorio. Se tiró al suelo y buscó su pistola.

No estaba allí. Claro que no. Estaba en el pasillo.

De nuevo escuchó pasos.

—¿Buscabas eso? —Él apareció en el umbral de la puerta, ahora empuñaba un arma en cada mano. Le apuntó con la pistola y se rio —. Parece que voy a conseguir una muerte después de todo. ¿Una agente del FBI y una joven zorra atractiva al mismo tiempo? Las cosas han salido mejor de lo esperado.

Era la primera y única vez en su vida que se enfrentaba al cañón de un arma. Pensó en el campo de tiro, en todos los novatos que vio que claramente no habían manejado un arma de fuego en su vida. Todos adoptaban la misma postura. La de este tipo era igual. Ella podía darse cuenta de que nunca había tocado un arma.

Aprovechó la oportunidad.

—No vas a matar a nadie con el seguro puesto, ¿verdad? Idiota.

No había ningún seguro puesto, pero él no lo sabía. En su rostro asomó la duda. Ella lo vio al instante y en el momento en que su atención disminuyó, se lanzó hacia él y lo agarró por la muñeca. Se colocó a su lado mientras él apretaba frenéticamente el gatillo y disparaba dos veces al suelo. Ella levantó la rodilla y se la clavó en la columna vertebral mientras le tiraba todo el cuerpo hacia atrás. Él permaneció de pie, pero Ella pudo apartarle el arma de las manos.

El codo de él apareció de la nada golpeándole la sien y enviándola de vuelta al pasillo. Ella se dio cuenta de que él era físicamente competente, a diferencia de lo que sugería su perfil. Era rápido, rudo y peleaba como un delincuente callejero. Se dio cuenta de que no estaba entrenado formalmente, pero tenía fuerza.

Consciente de ello, sintió que el pánico se apoderaba de ella. Se serenó y se concentró, pero un momento de debilidad la invadió. Él se dio la vuelta y arremetió contra ella, empujándola contra la pared con un fuerte golpe. Le lanzó un puñetazo, pero Ella logró esquivarlo. Él golpeó la ventana, resquebrajando un pedazo del vidrio y provocando que los nudillos quedaran enrojecidos y cubiertos de fragmentos de cristal.

Ella entró a tropezones en la sala comunal, donde reinaba la oscuridad. Intentó orientarse, pero de repente sintió una mano alrededor del cuello. El aire no podía llegarle a los pulmones. Se le

debilitó el cuerpo y le empezaron a temblar las piernas mientras el hombre la asfixiaba, tumbándola en el suelo mientras le quitaba la vida. Él puso todo el peso del cuerpo sobre ella, manteniéndola inmovilizada. No podía moverse.

Siempre había oído que cuando la muerte se acercaba, lo sabías. Lo peor de todo era que la aceptabas como algo inevitable. Solo pudo pensar en las técnicas de asfixia de sus antiguas clases de artes marciales, recordando una sola. Pero si eso le podía dar unos segundos más de vida, los iba a aprovechar. No habría ninguna muerte esta noche, ni la de ella, ni la de él.

Apretó la lengua contra la parte superior de su boca para inclinar la parte inferior de su barbilla. Eso creó un pequeño espacio entre los pulgares de él y la tráquea y ella sintió un ligero alivio. Eso le dio unos segundos de claridad, que fueron suficientes para que su subconsciente recordara una segunda técnica. La técnica más poderosa del manual, siempre y cuando se utilizara en un inexperto. Dada la falta de habilidad que él tenía con las armas de fuego, Ella podía suponer que sus habilidades de combate tampoco estaban a la altura.

A pesar de la agonía y el sufrimiento, Ella sonrió. Miró a su agresor a los ojos y se esforzó por esbozar una sonrisa.

«Si pataleas y gritas, eso solo le indica que está funcionando».

La duda apareció. El agarre de él se distendió mientras reajustaba su posición, creyendo que estaba haciendo algo mal. En ese fugaz momento, Ella pudo respirar profundamente. Le bastó menos de un segundo.

Con renovado vigor, le empujó el brazo contra el cuerpo y ella se inclinó hacia la derecha. Él le lanzó un puñetazo a la cara, pero ella había generado demasiada distancia para que él pudiera alcanzarla. Ella aprovechó el impulso para rodar hacia un lado, apartándolo de ella y haciéndolo caer sobre las espaldas en un rápido movimiento. Con el brazo que tenía libre, le clavó el codo en la nariz, sintiendo cómo el hueso y el cartílago se rompían con un crujido nauseabundo. Del rostro del hombre brotó una fuente de sangre que

lo cubrió con una máscara carmesí. Ella siguió dándole más puñetazos, golpeando hasta que le sangraron los nudillos. Un golpe en el ojo izquierdo reavivó la herida dejada por Alex, casi sacándole el globo ocular de su cavidad. El hombre gritó de dolor, intentando patéticamente apartar a Ella y protegerse, pero ella no sintió nada. Ni dolor ni remordimiento. Se acercó a él por detrás, le agarró la pierna y le torció el tobillo en un ángulo que ningún hueso humano podría soportar. Le presionó la rodilla para que la pierna no girara con la torsión y, como si fuera papel de seda mojado, el hueso del tobillo se rompió, dejándolo incapacitado en el suelo.

Ella se alejó de él, se puso en pie y corrió hacia el lugar donde había dejado caer su pistola. Buscó en el suelo, encontrando varios residuos y finalmente dio con su pistola. La recogió. Cuando regresó, él intentaba alejarse arrastrándose. Ella se quedó parada allí, bloqueándole la salida.

—No hay forma de salir.

Se miraron a los ojos una vez más, él en el suelo y ella de pie. Cualquier rastro de fascinación que pudiera haber sentido antes había sido sustituido por la furia. Sentía que se le podía romper el cuerpo en cualquier momento, pero no su mente. Encontrarse cara a cara con un asesino en serie había sido una especie de fantasía morbosa desde que era una niña y atrapar a uno era algo que seguramente nunca podría ocurrir en su vida. Ahora, ambas fantasías le parecían infantiles. El hombre que tenía delante no tenía nada de especial y cada fibra de su ser le decía que el mundo estaría mejor si él estuviera dos metros bajo tierra. Fue necesario usar toda su fuerza de voluntad y toda su fibra moral para no meterle una bala entre los ojos.

Él rodó sobre su espalda, chorreando sangre y aparentemente a punto de exhalar su última respiración.

—¿Sabes lo que dijo Bundy cuando lo atraparon? —gritó entre respiraciones.

Ella le apuntó el arma a la frente una vez más.

—Sí, lo sé.

—Dímelo.

—Él dijo: «Desearía que me hubieras matado».

—Mátame ahora. Sé que quieres hacerlo —le dijo frunciéndole el ceño—. Vamos, inténtalo. Matar se siente genial. ¿No quieres saber cómo se siente?

—No —dijo ella, aunque la verdad no era tan clara, ni siquiera para ella misma.

—Si me encarcelan, me van a escribir cartas. Lo sabes, ¿no? Voy a ser un icono. Como Bundy lo fue para mí, yo lo voy a ser para ellos. Los asesinos en serie somos sus hijos y sus maridos. Estamos en todas partes y habrá más de sus hijos muertos mañana. ¿Por qué no me matas ahora, para que no inspire a nadie más?

Ella le apuntó con la pistola entre los ojos. Presionó el gatillo suavemente hasta que estuvo a punto de disparar.

—¿Quieres que lo haga?

Él se rio maníacamente, golpeando con el puño el suelo a su lado.

—Mierda, sí eso quiero. No voy a ir a la cárcel.

Ella se acercó, con la pistola apuntándole. La bajó y le puso el cañón en la frente.

—¡No! —gritó una voz detrás. Una gran cantidad de pasos resonaron con ella, llegando a toda velocidad desde la zona del patio—. Ella, no te atrevas a dispararle. Entrega el arma. Se acabó.

Ripley apareció con Harris detrás. Ella se dejó caer en el suelo, manteniendo la mirada en el hombre que había estado a escasos centímetros de matar.

Ripley y Harris se precipitaron hacia el sospechoso y lo inmovilizaron. Harris le puso las esposas. Ripley corrió hacia Ella y bajó suavemente su arma. No dijo nada, pero no hacían falta las palabras. Ripley la rodeó con los brazos y la abrazó mientras a Ella se le llenaban los ojos de lágrimas. Al otro lado de la lejana ventana rota, las luces azules y rojas iluminaban las calles de la madrugada. Llegaron dos oficiales más, pero esta vez entraron por la puerta

principal. Ayudaron a Harris a poner al sospechoso en pie. Él se esforzó por ponerse en pie sobre su tobillo, seguramente roto.

—¿Estás herida? —preguntó Ripley.

Ella se secó los ojos.

—De pies a cabeza.

—Vamos. Tenemos que llevarte al hospital.

Ripley acompañó a Ella fuera del centro hasta el aire fresco de la noche. El fresco chaparrón de la lluvia se sentía bien contra la cara, calmando sus heridas y devolviéndola al mundo real. Esta noche no habría ninguna muerte, al menos no en este pueblo.

Había tres coches patrulla en la acera fuera del centro de recuperación. Harris y dos agentes estaban rodeando al sospechoso mientras lo introducían con cuidado en la parte trasera. Ella se dio cuenta de que, después de todo lo que había pasado con él, ni siquiera sabía su nombre. Ni siquiera estaba segura de querer saberlo.

—¿Me esperas un segundo? —le preguntó a Ripley—. Solo tengo que hacer algo.

Ripley asintió y la esperó junto a su coche. Ella se acercó a Harris y a los otros oficiales. La puerta trasera del coche seguía abierta.

—Siempre se ven muy diferentes con esposas, ¿no? —dijo Harris—. ¿Quieres decirle algo a este cretino antes de que lo encerremos para siempre?

Pero él interrumpió antes de que ella pudiera contestar.

—Oh, creo que nos volveremos a ver pronto.

—No, no lo haremos —dijo ella, cerrándole la puerta del coche en la cara—. Tengo mejores cosas que hacer. —Se dio la vuelta y se dirigió hacia Ripley.

—¿Qué fue eso? —preguntó Ripley, destrancando el coche.

—Me dijiste que no debía idealizar a esta gente ni este trabajo.

—Sí, lo hice y sigo creyéndolo.

—Esa era yo no idealizándolo —dijo Ella. Siempre había pensado que el día en que se encontrara cara a cara con un asesino en serie sería la experiencia más reveladora y cautivadora de su vida. Pero

acababa de ocurrir y no era en absoluto lo que había imaginado. Siempre se había imaginado que los asesinos en serie eran de una clase diferente, como si guardaran un secreto sobre la vida que nadie más supiera. Creía que tendrían una visión que iba más allá del filósofo con más experiencia.

Pero el hombre con el que había peleado no era nada especial, ni memorable, ni fascinante. Era humano, como ella y Ripley, y como todos los que había conocido en los últimos días.

—Bien —dijo Ripley—. Ahora sí estás aprendiendo.

—Ya no voy a dejar que esta gente siga consumiendo mi vida entera —dijo Ella—. Ahora salgamos de aquí.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Eran las diez de la mañana de un nuevo día y pensó que el mundo parecía diferente. Había pasado la noche recuperándose en el hospital Saint Mary tras ser atendida por sus heridas y según su diagnóstico, volvería a estar completamente sana después de unos días de descanso.

Tenía una habitación con vista y afuera vio el primer amanecer desde que había llegado a esta extraña parte del mundo. Aún no le parecían reales los sucesos de la noche anterior, ni los de los últimos cinco días, de hecho. Sin duda lo parecerían con el tiempo, pero incluso con el malestar en la garganta y las cicatrices en la mejilla, tenía la sensación de que lo había soñado todo, desde el viaje en avión hasta los horrores de la noche anterior.

Una enfermera asomó la cabeza dentro del cubículo de Ella.

—Sra. Dark, tiene una visita.

Ripley entró, vestida con unos vaqueros normales, una camiseta holgada y una chaqueta marrón. Ella nunca la había visto tan informal.

—¿Sigues viva, novata? —Se sentó en el borde de la cama—. ¿Cuál es el veredicto? ¿Vivirás lo suficiente como para luchar un día más?

—Tengo la tráquea dañada, algunos nudillos lastimados y un par de cicatrices en la cara. También me dejó una conmoción cerebral. Tengo que tomar algunos antibióticos para mi lesión de garganta y después de eso, estaré como nueva. Bueno, casi.

—Hiciste un trabajo increíble. Mucha gente le habría disparado ahí mismo, por miedo y conveniencia. Pero tú lo dejaste con vida para nosotros. Un sospechoso vivo siempre es mejor que uno muerto. Eso es algo que debería haberte dicho, pero no hay mejor maestro que la experiencia.

Una parte de Ella deseaba haber matado a tiros al hombre en cuanto entró en el dormitorio. Sabía que cuando las cosas se calmaran, repetiría la escena en su mente una y otra vez, reproduciendo todos los resultados posibles.

—Lo sé. Por eso lo hice.

—En los próximos meses y tal vez incluso en los próximos años, vas a jugar mucho al juego de los «y si». ¿Y si se hubiera escapado? ¿Y si hubiera llegado a las habitaciones antes que tú? Cosas así. No hay cura, solo tienes que reflexionar sobre ello y superarlo. Pero alguien con tu fuerza debería ser perfectamente capaz de hacer eso. Atrapaste a un asesino sin ayuda. No mucha gente en el mundo puede decir eso.

—Si no hubieran aparecido, podría haberlo matado.

—Le he disparado a más gente de lo que tú cenas en tu casa, pero no me ves presumiendo al respecto.

Ella se rio. El momento quedó suspendido en el aire.

—De todos modos, ¿quién era él? —preguntó con reticencia.

—Su nombre era Austin Creed, trabajaba en una granja de caimanes por aquí. Ni el comisario ni ninguno de los oficiales de la policía habían oído hablar de él. Era un absoluto donnadie. Sin antecedentes penales, sin ADN en la base de datos, absolutamente nada. Al revisar su vida, se podría llegar a pensar que era un ciudadano modelo.

—¿Has hablado con él?

—Sí, mientras tú descansabas en la cama, algunos tenemos que trabajar —bromeó Ripley—. Confesó todo. Te podría decir que ha cantado como un canario. Cuando saben que se les acabó el juego, no pueden esperar a confesar. Este tipo confesó todo sin que se lo pidiéramos. Sabía todos los detalles intrincados de las escenas del

crimen, incluso nos dijo cómo encontró a todas sus víctimas. Harris y algunos oficiales fueron a su casa esta mañana y encontraron joyas y documentos de identidad de las víctimas. También hablamos con algunos de sus vecinos y compañeros de trabajo. Nadie tenía nada malo que decir sobre él.

—¿Cómo era la casa? —preguntó curiosa Ella.

—Si hubiera visto esa casa en otras circunstancias, supondría que este tipo era un hombre común y corriente. Era lo más normal que se puede ser. Bien cuidada, limpia. Incluso tenía un perrito alegre corriendo por ahí. El cachorro también estaba bien cuidado, por lo que parecía.

—¿El nombre del perro era Crunch?

Ripley la miró completamente sorprendida, luego levantó las manos con las palmas hacia arriba.

—Sí. ¿Cómo lo supiste?

—El perro de Bundy se llamaba Crunch.

—Bueno, eso confirma aún más las cosas —se rio—. Es nuestro asesino, no hay duda al respecto.

—Gracias a Dios —dijo Ella.

—Dios no tuvo nada que ver con esto. Fue puro mérito tuyo.

Ella estiró las piernas, notando un pequeño entumecimiento en ellas.

—Pero mi perfil estaba completamente equivocado.

—No, no lo estaba. Un perfil psicológico es una herramienta de diagnóstico para orientar y predecir, y eso fue exactamente lo que hizo el tuyo. No es una ciencia estricta, a pesar de lo que digan algunos manuales.

—Creo que lo descubrí por las malas.

—Creed era un solitario, un trabajador manual, vivía en la zona y tuvo una infancia difícil. De hecho, lo único que no fue preciso fue el historial de desviaciones sexuales y el hecho de que no haya constancia de que se produjeran delitos sexuales no significa que no hayan ocurrido. Estuviste cerca y a veces ese es el mejor resultado que se puede desear. —Ripley se levantó—. En fin, ¿estás lista para

irte de aquí? Hay un vuelo de vuelta a Washington en cuatro horas. Me imagino que te mueres por volver a casa.

—Solo estoy esperando a que el doctor me dé el alta, entonces podré irme.

—Muy bien. Te esperaré abajo.

* * *

Antes de bajar al vestíbulo del hospital, Ella se desvió hacia el cuarto piso. No sabía si aún lo encontraría allí y no sabía si se metería en problemas por hacerlo, pero de todos modos decidió intentarlo.

La mayoría de las camas estaban vacías, quizás era un efecto secundario de situarse en un pueblo tan apartado, donde la población era escasa y la enfermedad se consideraba una debilidad. Siguió el camino de memoria hasta llegar a la misma cama de hacía apenas dos días atrás. Lo encontró completamente vestido y listo para irse, al igual que ella.

—¿Alex? —dijo. Él levantó la mirada sorprendido. El chico lucía mucho mejor que la última vez que lo había visto. Casi no tenía marcas en el cuello y tenía un brillo saludable en el rostro. Ya no tenía vendas en ninguna parte.

—Oh, hola, agente —dijo—. Vaya, te ves casi tan mal como yo —bromeó, señalando con la cabeza los cortes y los moretones que ella tenía en la mejilla.

—He estado en la guerra, igual que tú. De hecho, fue la misma guerra.

Alex abrió los ojos de par en par. Pestañeó un par de veces.

—¿Qué? ¿En serio?

—En serio.

—¿Es que tú...?

—¿Si lo atrapé? Sí. Lo atrapé. Bueno, nosotros lo atrapamos.

Alex cerró las manos en forma de puños y dio un puñetazo al aire.

—¡Sí! Mierda, eso es impresionante. ¿Le has dado una paliza?

—Algo así. Tú lo ablandaste para mí. —Le sonrió al decirlo.

—¿Qué va a pasar con él? —preguntó Alex, en su tono se escuchaba una mezcla de emoción y preocupación.

—Como mínimo, nunca saldrá de presión. Como máximo, inyección letal.

—¿La pena de muerte? —preguntó Alex.

—No debería decirte esto, pero sé cómo se siente que algo te atormenta toda la vida. El hombre que te atacó era un asesino en serie. Antes de atacarte, había matado a cuatro personas. Tú ibas a ser su quinta víctima y yo estuve a punto de ser la sexta.

Los labios de Alex se separaron, dejó caer su mandíbula atónito.

—¿Un asesino en serie? ¿Escapé de un asesino en serie?

—Lo hiciste. No mucha gente puede decirlo.

Era evidente que Alex no sabía qué responder.

—A la mierda. Supongo que debería jugar a la lotería esta noche ya que la suerte está de mi lado —dijo.

—La suerte no tuvo nada que ver. Tú luchaste contra él. Tienes que estar orgulloso de ti mismo.

—¿Quién era? ¿Alguien que vivía por aquí?

—Un local. Eso es todo lo que te puedo decir, pero estoy segura de que lo oirás todo en las noticias muy pronto. Espero que no necesites recuperar tu coche en un futuro cercano porque la policía lo va a necesitar como prueba durante un tiempo.

Alex se rio.

—Ese coche era un pedazo de chatarra, así que me alegro de deshacerme de él. Eso no me importa, pero me gustaría poder recuperar mi llavero. ¿Crees que podría? En cuanto la policía ya no lo necesite, claro.

Ella vio que algo cambiaba en la expresión de Alex, como si estuviera reprimiendo algo.

—Puede ser. ¿Era importante para ti? —preguntó.

Alex se encogió de hombros.

—Fue un regalo de mi madre cuando conseguí mi primer coche. Ella murió un par de meses después de eso.

—Lamento escucharlo. Por desgracia, la policía no encontró ningún llavero cuando registró la casa del sospechoso.

Un desanimado Alex volvió a encogerse de hombros.

—Me lo imaginaba. En fin, cosas que pasan.

—Entiendo lo difícil que es. Cuando era niña, alguien también me quitó algo y todo lo que siempre he querido es recuperarlo. Me he pasado más de veinte años soñando que un día lo recuperaría y la sensación cuando te despiertas y no está ahí duele como ninguna otra cosa.

—Es horrible, ¿verdad?

—Sí, por eso no puede entregarle esto a la policía —dijo Ella. Sacó un trozo de metal rectangular de su bolsillo y lo dejó sobre la cama de Alex. El grabado decía: «ALEX, NO IMPORTA LO LEJOS QUE ESTEMOS, SIEMPRE ESTARÁS EN MI CORAZÓN».

Alex lo vio e inmediatamente se tapó la boca con la manga. Emitió un sonido que era mitad risa, mitad llanto. Se llevó la manga a los ojos mientras las lágrimas se apoderaban de él.

—¿Qué de...? ¿Dónde lo conseguiste?

Ella se encogió de hombros.

—Así es como se hace un verdadero truco de magia —se rio.

A decir verdad, Ella no estaba segura. La noche anterior, mientras la acompañaban al hospital, se llevó la mano al bolsillo y encontró el llavero allí. Era muy probable que lo hubiera recogido del suelo cuando buscaba armas durante la pelea. Tal vez se lo quitó mientras lo golpeaba hasta dejarlo medio muerto.

—Muchísimas gracias. No creo que esto haya sido un accidente —dijo Alex, conteniendo sus lágrimas—. Este llavero me salvó. Sé que mi madre me estaba cuidando cuando ese demente trató de matarme. Fue ella la que intervino.

Ella sonrió.

—¿Puedes hacerme un favor? No le digas a nadie que te he dado esto.

Alex negó rotundamente con la cabeza.

—Es nuestro secreto. Gracias.

Por primera vez en la última semana, Ella solo sentía positividad. Vio los frutos de su trabajo duro. Vio un poco de ella en Alex, pero Alex ahora estaba libre de los grilletes que lo habrían retenido por el resto de su vida si este asesino hubiera escapado. Sabía que había hecho una diferencia en las vidas de las familias de las víctimas, pero ser capaz de ver lágrimas de alegría verdaderas, gratitud verdadera frente a ella, era un premio inigualable. Por primera vez, sintió que todo esto había valido la pena. Se había hecho justicia.

Quizá esto no curara las heridas mentales, pensó Ella, pero era una prueba de que él había superado un momento difícil y había vivido para poder contarlo. Sin duda, Alex se enteraría de los recientes asesinatos en las noticias y tal vez sería asediado con las repeticiones de ellos durante el resto de su vida. Con suerte, ese pequeño adorno le permitiría recordar su trauma como una victoria.

* * *

Observó a Alex salir de la sala con su padre mientras ella permanecía atrás, tomándose un rápido café de máquina para cargarse de energía antes de emprender el largo viaje de regreso a casa. Mientras esperaba que la máquina terminara de vibrar, una sombra se cernió sobre ella. Alguien apareció detrás de ella, estaba demasiado cerca como para que fuera un extraño.

En el reflejo de la máquina dispensadora, vio el mismo perfil borroso que había visto el día anterior.

—¿Así que pensaste que era un asesino en serie? —preguntó una voz.

Se dio la vuelta y se encontró cara a cara con el Dr. Richards, el hombre que había supuesto erróneamente que era el asesino. Ripley ya le había contado su incidente con él la noche anterior. Una expresión de derrota y vergüenza se extendió por el rostro de Ella.

—Y estaba equivocada. Lo siento mucho —dijo, rogando que él no estuviera enfadado por sus predicciones. Tenía los ojos enrojecidos. De repente se sintió increíblemente culpable por haber asumido su culpabilidad—. ¿Cómo te enteraste?

—Mi primera pista fueron las veinte notificaciones cuando mi teléfono tuvo señal.

Ella sonrió derrotada.

—¿Solo eso?

—No. Mi segunda pista fue cuando una agente del FBI irrumpió en la habitación de mi padre buscándome.

—Oh —se rio Ella—. Bueno, supongo que eso lo reveló.

—Solo un poco.

—Sinceramente, lo siento mucho. Tu recepcionista me dijo que estabas celebrando un cumpleaños y eso me llevó a pensar mal. Es mi culpa. No culpes a la policía ni a nadie más por esto.

—Está bien. A veces nos equivocamos. Dios sabe que me he equivocado varias veces en la sala de autopsias, ¿y sabes qué? Los errores siempre se pueden perdonar si tienes el valor de admitirlos. Tú lo has hecho, así que gracias.

Ella no esperaba una respuesta así de alguien a quien había acusado de asesino.

—Agradezco que seas tan comprensivo. Mucha gente no lo sería en tu situación —sonrió.

—Está bien. No se aprende nada siendo perfecto. En fin, no te retendré. Te dejaré seguir.

Ella se quedó pensativa. Realmente deseaba quedarse y hablar, quería disculparse por haber hecho suposiciones que podían cambiar la vida de alguien que apenas conocía.

—Dile a tu padre que le dije feliz cumpleaños —dijo.

—Gracias, pero no puedo. Falleció anoche.

—¿Falleció? Oh, por Dios, lo siento. —Su culpabilidad se duplicó y le dio un fuerte golpe en el estómago—. ¿Estás bien?

—Sí, es decir, lo perdí hace tiempo, si soy sincero. Hace tiempo que se veía venir. Me alegro de haber podido pasar tiempo con él

antes de que se fuera.

—Es todo lo que se puede pedir. Los recuerdos son el diario que llevamos para siempre. Mientras esté en tu corazón, está contigo. Es el mismo lugar donde tengo a mi padre, también.

—Siento escuchar eso, pero parece que tenemos mucho en común. Es una pena que tengas que irte pronto.

—Ahora mismo en realidad. Mi vuelo a Washington sale en un par de horas.

—Qué pena. Me gustaría ir contigo. Nunca he estado a Washington. ¿Cómo es?

—Está superpoblado y huele a azufre, pero creo que te encantaría —bromeó—. Deberías venir. Puedo ver si hay algún puesto de forense disponible si quieres.

—Eso sería genial. ¿Y si no hay?

—Entonces veré si hay algún puesto de asesino en serie disponible en su lugar.

Ambos se rieron.

—Hazlo. Aún tengo tu número de la última vez —dijo él.

—Pero esta vez escríbeme, ¿de acuerdo? Estaré esperando.

Se despidieron y se fueron por caminos distintos. Ella no tenía ni idea de si volviese a verlo, pero una posibilidad era mejor que nada.

EPÍLOGO

Ella abrió los ojos y se encontró a nueve mil metros de altura. Estaba sentada con las piernas cruzadas en un asiento de cuero blanco y a su lado había una azafata sirviéndole bebidas a la gente del otro lado del pasillo. Frente a ella, Ripley miraba con los ojos entrecerrados la computadora portátil, machacando el teclado.

Ripley la vio.

—Lo siento, ¿te he despertado con mi tecleo? Odio hacer estos informes, así que los escribo como si estuviera aplastando un nido de hormigas.

—No, para nada. Creo que aún sigo agotada.

—No me sorprende. Cuando regresemos, tómate un par de días libres y luego ve cómo te sientes.

La idea de volver a la vida en la Unidad de Inteligencia le parecía un poco extraña. No era que fuera inferior a ella, sino que sentía que había contribuido más a mejorar el mundo en los últimos días que en los últimos veintiocho años. Pero incluso así, con heridas como las que tenía, ¿era esta la vida que quería para sí misma en el futuro? ¿Quería acabar como Ripley, recorriendo el país y consumiendo semanalmente los detalles de los crímenes más inquietantes de Estados Unidos?

Hasta hoy, habría dicho que no. Pero lo que sintió cuando le dijo a Alex que había atrapado al monstruo que sin duda lo atormentaría para siempre fue algo que nunca olvidaría.

Ripley cerró su computadora con un golpe innecesario.

—¿Harías esto de nuevo, Dark?

Ella se asomó a la ventana y observó cómo los pequeños edificios de abajo se esfumaban hasta desaparecer. Las nubes aparecieron a su lado.

—No lo sé. ¿Por qué? ¿Quieres que lo haga?

—Esa no es mi elección. ¿Recuerdas lo que dije? ¿Sobre no idealizar estas cosas?

—Claro.

—Lo dije en serio. Tus talentos pueden ser utilizados en otra parte, así que no creas que tienes que hacer esto de nuevo. Edis querrá que vuelvas cuando lea mi informe. No tengo dudas sobre eso, pero es tu elección y se mantiene así. No dejes que él te convenza de nada.

—No lo haré. Gracias por el consejo, pero honestamente, es una decisión difícil. Una parte de mí dice que sí, otra parte dice olvídale.

—Si tienes alguna duda, puedes acudir a mí en cualquier momento, ¿de acuerdo?

Ella pensó en ello por un minuto.

—Bueno, tengo una pregunta —dijo Ella.

—Dime.

—Hace un par de días, dijiste que solo habías perseguido a un asesino imitador en toda tu carrera.

Ripley se recostó en su asiento, claramente anticipando lo que vendría.

—Así lo hice.

—¿Quién era? Porque no conozco ningún imitador de asesinos en serie en los Estados Unidos. Al menos ninguno que haya sido lo suficientemente importante como para justificar una investigación del FBI.

Ripley dio un trago a una botella miniatura de *whisky* y miró la señal del cinturón de seguridad que sonaba por encima de ella. Se quitó el suyo.

—Fue en 1995, atrapé a un tipo llamado Lucien Myers. ¿Sabes algo sobre eso?

Ella sabía sobre él. Lucien Myers había matado cinco mujeres en las zonas rurales de Iowa. Era poco conocido al margen de los entusiastas del crimen real, pero sus crímenes siguen siendo de los más sádicos de la historia moderna.

—Claro que sí. Tienes un premio por atraparlo.

—Correcto. Todo el mundo conoce a Myers, pero lo que mucha gente no sabe es que en 1998, alguien se inspiró en los crímenes de Myers. Lo inspiró tanto como para imitarlo.

—Oh, no, no lo sabía.

—Probablemente porque nunca llegó al nivel de ser en serie. Pero un tipo, o más bien un fan obsesionado, se puso en contacto con Myers en la cárcel. Myers le dio mi nombre y después de matar a una mujer en Iowa, vino a buscarme.

Ella trató de imaginar cómo sería la vida, vivir cada día sabiendo que te persigue un monstruo vengativo. Encontrarse accidentalmente en el punto de mira de uno de ellos la había estremecido hasta la médula, pero ser perseguida activamente por uno era un horror incomparable. Y lo que era peor, la noción de que no sabías que te perseguía alguien cuya misión era torturarte y matarte. Sintió una gran compasión, combinada con un nuevo respeto por Ripley.

—¿Y te encontró? —preguntó Ella.

—Me encontró. Me secuestraron en una furgoneta y me llevaron a una choza abandonada. Me desperté atada a una silla con una mesa llena de armas quirúrgicas frente a mí. Me dijo que eligiera el arma con la que me mataría. Dijo que si no elegía, las usaría todas. Exactamente lo mismo que Myers hacía con sus víctimas.

Ella rápidamente se dio cuenta de por qué Ripley no quería hablar de esto antes. Ella había analizado los detalles de crímenes horribles que iban más allá de la comprensión humana más veces de las que podía enumerar, pero hubo algo en el relato de los detalles por parte de Ripley que la impresionó de manera diferente. Ahora, no había ningún desapego entre Ella y los detalles macabros. No podía mantener una distancia indirecta. No solo tenía que asimilar

los detalles directamente, sino que también tenía que lidiar con las consecuencias emocionales de la víctima. Se dio cuenta de que ahora las cosas serían diferentes para ella. ¿Sería así con cada caso en el que trabajara a partir de ahora?

—Dios. Eso... No lo sabía. Lamento haber sacado el tema.

Ripley consultó su teléfono, luego lo dejó a su lado y miró por la ventana. Hubo un largo silencio y ninguna de las dos agentes quiso romperlo. Ella temía haber molestado a Ripley por haber mencionado todo esto.

—Nunca le dije a nadie lo que pasó realmente —continuó Ripley, para alivio de Ella.

Se produjo otro silencio. Ella realmente deseaba que continuara la conversación, pensando que tal vez escuchar el trauma de Ripley la ayudaría a aliviar el suyo propio.

Pero Ella no se atrevió a decir nada más.

—Sinceramente, debería haberme retirado en ese momento, pero seguí intentando atrapar a los malos. Tenía la esperanza de que si cazaba suficientes monstruos, acabaría venciendo mi trauma, superándolo.

—Pero no siempre funciona así —terminó Ella.

—En absoluto. Por eso, cada vez que oigo el término imitador, todo se me viene a la mente. Durante diecisiete años, he sufrido *flashbacks*, pesadillas, enfermedades, alucinaciones. Me hizo sentirme desconectada de las personas que más quería. Me separó de mi exmarido y de mis hijos. Como dije, no es que no creyera en tu teoría desde el principio, es que no quería hacerlo.

Ella asimiló todo y ahora veía a Ripley desde una perspectiva diferente que antes. No había elegido ser como era, sino que era así por las dificultades y la angustia. Ella sentía un gran afecto por ella, pero cargado de compasión. Sentía que era una oportunidad para desahogarse de su propia pena, pero dudaba en hacerlo. Ella no quería que Ripley pensara que estaba tratando de superarla. No quería que Ripley creyera que estaba comparando su trauma con el de ella.

Pero revelar su pasado podría hacer que Ripley la viera de manera diferente. De la misma manera que Ella ahora veía a Ripley desde una nueva perspectiva, con una nueva simpatía y respeto. Quizás nunca hubiera un mejor momento para hacerlo.

—Hace unos días, me preguntaste por qué me hice agente. No te dije la verdad.

Ripley desvió su atención de la ventana y miró a Ella. Una expresión de preocupación le recorrió el rostro.

—¿No?

Ella respiró hondo y pensó por dónde empezar. ¿Debía contarle lo que definitivamente sabía, o lo que creía saber? ¿Debía incluir los detalles más sombríos o solo una descripción general?

—Cuando tenía cinco años, mi padre fue asesinado. No tengo ni idea de por qué ni por quién.

Ella se dio cuenta de que, en cuanto a los hechos, eso era todo lo que sabía. Todas las visiones, pesadillas y teorías que tenía estaban de más. Pero aun así, fue un alivio decir las palabras en voz alta por fin. A pesar de todo lo que había pensado sobre estos acontecimientos durante los últimos veintitrés años, el hecho de poder contar los detalles le resultaba un poco extraño.

La expresión de preocupación de Ripley se convirtió en compasión. Ella vio una comprensión en ella, como si hubiera sabido todo el tiempo que había algo traumático en el pasado de Ella.

—Eso es terrible, Dark. No sientas que tienes que contarme los detalles si no te sientes cómoda con ello.

—No hay mucho más que contar y aunque la mayoría de las noches tengo que revivir la escena en mis sueños, todavía no sé cómo ocurrió realmente. Algunos días, estoy segura de que entré en la habitación de mi padre en mitad de la noche y vi al asesino de pie sobre su cuerpo. Otros días, estoy segura de que encontré su cuerpo por la mañana. Es todo un lío.

—Eso se llama una reacción al estrés agudo. Has sido testigo de un acontecimiento que te ha cambiado la vida y tu mecanismo de defensa primario lo afronta como puede. A mí me pasa lo mismo. A

veces sueño mi trauma de principio a fin, pero ciertas cosas son un poco diferentes. Llega un punto en el que no estoy segura de qué pasó realmente y qué no.

Se produjo un cómodo silencio entre ambas, a pesar de sus respectivas confesiones. Ripley fue la primera en romperlo.

—En realidad es gracioso. Ambas estamos aquí por las mismas razones.

—Creo que no somos tan diferentes después de todo —dijo Ella.

Una azafata colocó dos cafés en la mesa que había entre ellas.

—Café con leche con crema —dijo Ripley—. Te lo pedí para ti mientras dormías.

Ella sonrió para darle las gracias. Se recostó y pensó en la idea de volver a hacer todo esto, en otro estado, con otro psicópata como objetivo. Sabía que no podía tomar una decisión precipitada, pero si volvía a hacer todo esto con Ripley a su lado, Dios sería el único capaz de ayudar a algunos de los criminales con los que se encontrarían.

Ella se volvió hacia la ventana y vio su reflejo. Aún la sorprendía verse el rostro cubierto de cortes y moretones. Era un rostro que apenas reconocía.

Pero algo le decía que volvería a ver ese rostro en el futuro.

Notas

[1] Sudes, originalmente en inglés «*unsub*» (*unknown subject or unidentified subject*) es un acrónimo de SUjeto DESconocido o SUjetos DESconocidos que es el término con el que se clasifica a un criminal ignoto, alguien que no se sabe con claridad su identidad, según se plantea en la serie *Mentes Criminales* que basa sus historias en un grupo de investigadores de la Unidad de Análisis de Conducta del FBI en su sede en Quántico, Virginia. (Nota del editor digital). <<

[2] Aventón. C. Rica, El Salv., Guat., Hond., Méx., Pan. y Perú.
Autostop. (Nota del editor digital). <<

[3] Ciudadino. Bol., Col., C. Rica, Cuba, Méx., Nic., Pan. y Ven. Perteneiente o relativo a la ciudad.

Bol., Col., Cuba, Méx., Nic., Pan. y Ven. Dicho de una persona: Que vive en la ciudad. (Nota del editor digital). <<